

Historia Universal

DEL

Conde de Segur.

TOMO XVI.

HISTORIA

Universal.

HISTORIA MODERNA

Por el Conde de Segur,

DE LA ACADEMIA FRANCESA, PAR DE FRANCIA

traducida al español

Por D. Alberto Lista,

con correcciones, notas y adiciones.

TOMO XVI.



MADRID, AGOSTO DE 183

Imprenta de DON TOMÁS JORDAN,

Calle de Toledo, frente á la del Burro.

HISTORIA DE FRANCIA.

CAPÍTULO XXIV.

Luis octavo, el Leon.

Luis VIII el Leon, rey de Francia. Victorias de Luis contra los ingleses: tregua. Falso Balduino.

Luis VIII el Leon, *rey de Francia* (1223). El hijo de Felipe Augusto fue el primer rey que despues de tres siglos poseyó al subir al trono la verdadera fuerza, se halló libre del yugo de los señores, y escedió en poder á todos los grandes vasallos de la corona. Pero si el valor de Luis el Gordo y el genio y la fortuna de Felipe habian elevado hasta tal punto la autoridad real á pesar de los obstáculos que les opuso el feudalismo, era necesario todavía mucha prudencia y firmeza para conservar un poder cuyo aumento repentino, no sostenido por las instituciones, escitaba tanta envidia. Los reyes de Francia no tenian autoridad verdadera y legal sino en sus propios dominios. Subyugados por los barones, cuando el territorio se limitaba á las ciudades de Reims y de Laon, mas respetados cuando el cetro pasó á manos del duque

de Francia, solo cuando reunieron á su señorío el Anjou, la Turena, el Poitou, el Maine y la Normandía, fueron superiores á los duques de Aquitania, Bretaña y Borgoña, y á los condes de Tolosa, Flandes y Champaña. No ejercian, pues, este gran poder en calidad de reyes, sino como señores mas ricos en dominios que los demas. Este hecho es incontestable: las ordenanzas del monarca no tenian fuerza de ley sino en sus señoríos: y para estender su jurisdiccion, eran necesarios convenios en que los otros señores confederados con el rey adoptaban y firmaban sus decretos. El rey no podia exigir en sus guerras privadas otro auxilio que el de los vasallos de sus dominios. Los otros señores no se lo debian sino en las guerras generales, las cuales no se emprendian nunca sin haberlos consultado. Algunos principes hábiles fueron poco á poco agregando al trono los derechos del señorío; y aprovechándose con tanta perseverancia como sagacidad de las rencillas de sus barones, del descontento de los oprimidos, de la codicia de los opresores y de la necesidad que tenian los pueblos de un protector, dieron libertad á las villas, se declararon sus patronos, resucitaron las apelaciones á la justicia real, confiscaron los bienes de los nobles que se negaban á cumplir las obligaciones del vasallage, estendieron las atribuciones y la competencia del tribunal de los pares, compusieron y modificaron á su arbitrio esta corte suprema, emplearon las fuerzas casi irresistibles de sus vastos dominios en

hacer respetar sus resistencias, y dieron de este modo solidez y existencia verdadera al poder monárquico, que desde Cárlos el Calvo era solo una sombra magestuosa.

Si Luis VIII, cuyo reinado fue solamente de cuatro años, no brilla en nuestros anales con el mismo esplendor que su padre y su hijo, debe sin embargo confesarse que fue valeroso como ellos, que supo conservar con habilidad la herencia que recibió del uno y preparar sagazmente la marcha gloriosa del otro. Su nombre, colocado entre dos reyes ilustres, está unido con ellos sin hacerles sombra ni mancharlos. Algunos historiadores le han acusado de débil: pero, como nota Condillac con mucha razon, "sus barones no conocieron esa flaqueza: porque á haberla conocido, se habrian alterado: y su reinado fue tranquilo." Ademas, si hubiese merecido ser puesto entre los monarcas débiles, el pueblo no le habria dado el sobrenombre de *Leon*, que mereció por sus victorias contra los ingleses, mientras su padre triunfaba de los alemanes en Bouvines, y por la rápida conquista de Inglaterra. Guillermo de Puis Laurens, escritor de aquel tiempo, dice que Felipe solía llamar á su hijo, *homo delicatus et debilis* (hombre delicado y débil). Pero esta apelacion indicaba evidentemente la flaqueza de su constitucion física. Ningun hecho prueba la opinion de Sismondi, que le llama *débil de cuerpo y de ánimo*, y que le acusa de demasiada deferencia á la corte de Roma, sin advertir que en aquel

siglo todo se sometia á ella, y que el mismo Felipe se vió en la precision de negar á su hijo los socorros necesarios para sostenerle en Inglaterra, mientras Luis arrostraba los rayos del Vaticano en la conquista de este reino. Lo cierto es que en el reinado de este príncipe á pesar de la resistencia de los barones, se multiplicaron las apelaciones reales, y el canciller y los grandes dignatarios de la corona continuaron siendo miembros del parlamento.

Ademas, un gran número de señores que tenian la ambicion é injusticia de sus soberanos inmediatos, buscaron asilo en el trono, cuyo poder era suficiente para asegurar su tranquilidad. En esta época comenzó el uso de poner en seguridad los dominios particulares; y para lograrla, acudian al rey, el cual, como dice Condillac "aumentó diariamente su poder, declarándose á un mismo tiempo patrono del estado llano y protector de los nobles oprimidos." Mably observa tambien que "en el reinado de Luis VIII comenzaron los franceses á sentir la necesidad de una potencia en el estado que uniese, estrechase y gobernase con unos mismos principios sus diversas partes. Luis, añade, hizo algunos reglamentos generales, no como legislador, lo que habria ofendido á los grandes vasallos: sus ordenanzas solo fueron convenios de confederacion con los prelados y barones que asistian á su parlamento." Uno de los medios mas sagaces y prontos de estender la autoridad monárquica fuera de los dominios reales, fue la resolucion

atrevida que tomó Luis VIII de mudar el patronato en soberanía directa, y declarar pertenecientes á su señorío todas las villas á las cuales habian cedido ó vendido los señores las franquicias comunales. Así Mr. de Montlosier dice que esta declaracion fue uno de los mayores atentados contra los derechos de la nobleza.

Felipe Augusto, no por envidia como han supuesto sin razon algunos historiadores, sino por manifestar que su familia estaba tan radicada en el trono que no necesitaba para reinar de las ceremonias de la consagracion, algunas de las cuales recordaban el derecho electivo de los pueblos, no habia tenido por conveniente hacer que su hijo fuese coronado. Mas este príncipe, apenas fue rey, se conformó á la costumbre antigua, y fue consagrado con Blanca, su esposa, el 6 de agosto de 1223, por Guillermo de Joinville, arzobispo de Reims. Juan de Brienne, rey de Jerusalen, que habia pasado á Europa á solicitar socorros para los cristianos de la Palestina, asistió á la consagracion. La entrada del jóven monarca en Paris fue magnífica, brillante y animada por el contento que tenian los franceses de ver en el sólio á un príncipe belicoso, descendiente de Hugo el grande por su padre, y de Carlomagno, por su madre. El abate Vely se complace en describir con estilo florido las fiestas que hubo en la capital con motivo de esta entrada solemne. "Muchas fuentes de vino, dice, corrian en las calles. Habia mesas llenas de manjares y frutas. El

aire resonaba con el concierto de los instrumentos y con las aclamaciones públicas. El pueblo corria en tropel á ver á su rey, al cual en todas partes se le hacian discursos, se pronunciaban elogios y se cantaban alabanzas. Hasta la universidad fue parte de la alegría comun. Los filósofos pusieron treguas á sus disputas: Aristóteles y Platon enmudecieron. Todos arrojaban flores sobre los ricos tapices con que los parisienses habian cubierto las calles por donde el rey pasaba." Los señores que rodeaban á Luis, se aprovecharon de los primeros momentos de su reinado para persuadirle á que hiciese un acto de injusticia y arbitrariedad: y fue abolir por ordenanza real todas las deudas que tenian contraidas con judíos. Esta ordenanza no habia tenido vigor de ley fuera de los dominios de Luis, si la mayor parte de los señores no se hubiese apresurado, como era de preveer, á adoptar y firmar un acto, solicitado por su codicia. La forma en que está redactado, es muy digna de reparo, porque prueba de un modo incontestable que la autoridad real necesitaba entonces del asenso de los grandes vasallos, cuando queria hacer una ley ó reglamento general. Los términos del preámbulo son los siguientes: "Sabed que con la voluntad y consentimiento de los arzobispos, obispos, condes, barones y caballeros del reino de Francia, tanto los que tienen judíos en sus dominios como los que no, hemos hecho el estatuto que sigue, que han jurado observar los infrascriptos, &c."

Durante las fiestas de la coronacion de Luis, llegó un embajador de Enrique III, rey de Inglaterra, á reclamar el ducado de Normandía, confiscado en el reinado anterior, alegando que Felipe Augusto habia prometido restituirlo. Luis contradijo que hubiese habido tal promesa, y se negó públicamente á restituir tan importante conquista. Como la tregua espiraba en 1224, se prepararon ambas naciones á la guerra. Luis se aseguró prudentemente de la neutralidad del emperador Federico II, y logró que el vizconde de Thovars negase todo auxilio á los ingleses. Hugo de Lusignan, conde de la Marcha, le causaba recelos por su influjo y talento, por el gran número de sus aliados, y por la necesidad en que se hallaba de contemporizar con los ingleses, si no queria ver embargado, en caso de hostilidades, el dominio de su muger Isabela, viuda de Juan Sin tierra. El rey adquirió su alianza, prometiéndole en indemnizacion dos mil francos de pension y los señoríos de Saintés, de Oleron, y aun de Burdeos si los franceses llegaban á tomarla.

Victorias de Luis contra los ingleses: tregua (1224). Apenas espiró la tregua, Luis esperando la victoria de su prontitud, marchó inmediatamente al Poitou, acometió al general inglés Mauleon que era estimado por muy hábil, le derrotó, tomó á Niort y á San Juan de Angely, y sitió á la Rochela. Mauleon que se habia retirado á esta plaza, la defendió con vigor: pero como no recibió socorro de Inglaterra,

tuvo que capitular. El rey con la esperanza de hacerse amar de los rocheleses, é impedir que volviese la ciudad al poder de los enemigos, les concedió grandes privilegios que se conservaron hasta que el cardenal de Richelieu se apoderó de ella. La indolencia del rey de Inglaterra le hizo perder muchos aliados, que se pasaron á su rival favorecido de la fortuna. La mayor parte de los señores de Aquitania, del Limosin, del Perigord, y aun el mismo Mauleon, prestaron juramento de fidelidad al rey de Francia, que volvió triunfante á París. Inglaterra envió algunas fuerzas, que solo se mostràron al fin de una campaña, cuyos desastres eran fáciles de preveer. Ricardo, hermano de Enrique III, llegó á la ria de Burdeos con trescientas velas, El título que tomó de conde de Poitou, anunciaba sus esperanzas: y algunas ligeras ventajas parecieron confirmarlas al principio: pero despues, rechazado por los franceses en las cercanías de la Reole, no se atrevió á arriesgar una batalla, y se embarcó muy desairado para Inglaterra.

Enrique III, mal favorecido por sus armas, se acogio á la mediacion del papa Honorio III, que escribio á Luis exortándole á que pusiese fin á una guerra escandalosa entre príncipes cristianos. Enrique pago treinta mil marcos de plata, y se firmaron treguas por cuatro años. Sin duda los recursos pecuniarios del rey eran cortos, y se habia disipado el tesoro que juntó su padre: pues se perdió la ocasion de arrojar á

los ingleses á su isla, cuando Ricardo habia huido ignominiosamente, habia un ejército frances victorioso en el centro de Guiena, y Enrique, mal visto y abandonado de sus vasallos, no pensaba en enviar fuerzas al continente. Algunos autores dicen que el deseo que tenia Luis de concluir la guerra de los albigenses, le movió á hacer aquella tregua. Entonces era ignorado el arte de conservar; y los intereses permanentes de los estados se sacrificaban á los caprichos ya de los príncipes, ya de las naciones.

Esta fue la época floreciente de la caballería, de la cual tendremos que hablar muchas veces, porque esta institucion, mas social que política y en nada semejante á las otras, tuvo mayor fuerza é influencia que las combinaciones de los legisladores mas sabios. Hemos visto que la caballería nació en medio del desórden, y fue su remedio. La proteccion que dispensó á los oprimidos, y las hazañas que la ilustraron, le adquirieron el aplauso universal, y llegó á ser una de las primeras dignidades militares, y aun se la comparó al sacerdocio. Un caballero, segun sus votos, debia igualar al monge en devocion, al magistrado en justicia, y al héroe en intrepidez. Á pesar de esto, el amor era estímulo y premio de sus hazañas; y juraba servir á su dama, en el mismo juramento que hacía de servir al rey y á Dios. Todos los palacios y castillos se transformaron muy pronto en escuelas de caballería. Dábanse lecciones á los niños, desde que tenian siete años,

para enseñarles la profesion militar, y el servicio de la corte. Primero, acompañaban á un señor en calidad de page, doncel, ó *varlete*, y despues como escudero. Este servicio doméstico era entonces tan honroso en todas las casas como hoy lo es en los palacios: y aun el nombre de *varlet* (criado), envilecido segun las costumbres modernas, se daba en aquel tiempo á los príncipes jóvenes. En estas escuelas se enseñaba á las señoritas, ademas de los principios severos de la religion y moral, y las labores propias de su sexo, los medios de agradar con las artes del espíritu á los caballeros, cuyo valor habian de inflamar con su ternura, y cuya gloria debian premiar con su mano. Ningun doncel ascendia á escudero hasta la edad de catorce años: un sacerdote bendecia la espada del nuevo aspirante á la caballería. Los caballeros y grandes tenian en su séquito muchas clases de escuderos. El de la cámara recibia á los forasteros en el castillo, y hacía funciones de camarero. El trinchador debia cortar la vianda con destreza y distribuirla con cortesía: era tambien copero y repartidor del pan: la bajilla estaba confiada á su custodia. El escudero de *corps* acompañaba al señor á todas partes; llevaba sus armas y bandera, daba el *grito de armas*, propio del señorío, en los combates, le ponia el arnés y los brazaletes, y le daba el escudo, la espada y la lanza: en la pelea no se apartaba de su amo, paraba los golpes que los enemigos dirigian contra su señor, le levantaba

si caía, y le daba otro caballo, si el que tenia estaba herido. Los prisioneros se confiaban á la guardia de los escuderos. En tiempo de paz, se ocupaban incesantemente en los ejercicios militares, en la carrera, en la sortija, y en el manejo de la lanza. En medio de las fiestas, los torneos ofrecian la imagen de la guerra, harto parecida muchas veces. La presencia de las damas y del príncipe, ó señor, animaba á los combatientes, que recibian de manos de las bellas los premios señalados á la fuerza, á la destreza, á la gallardía y á la agilidad.

Habia dos clases de caballeros: los de la primera, se llamaban de *bandera:* los de la segunda, *bachilleres*. El de bandera tenia en su comitiva muchos caballeros, seguidos cada uno de cierto número de soldados. Para entrar en esta clase superior, era preciso poseer una heredad considerable, y probar cuatro generaciones de nobleza. Debia mantener á lo menos cincuenta hombres de armas, seguido cada uno de dos caballeros, y acompañado de muchos donceles. Su bandera tenia la figura de cuadro: la del bachiller estaba dividida en dos puntas. Solo el caballero de bandera tenia derecho de señalar *grito de armas*, como estos: *Chatillon al noble duque*, *Flandes al Leon*. El grito real era *Montjoie Saint Denis:* el de muchos príncipes de la sangre, *Montjoie al gabilan blanco*. A los caballeros se les daba el tratamiento de *don*, *sire-messire* ó *monseigneur*, y á solas sus esposas el de *madama*. Las demas se llamaban *da-*

miselas. Solos los caballeros gozaban el privilegio de comer en la mesa del rey, tener beletas en sus casas, y usar en sus vestidos oro, pieles finas, terciopelo y brocado. Eran exentos de todo derecho en los géneros de su uso. Las puertas del templo del honor estuvieron cerradas por muchos años á todo lo que no fuese el nacimiento, la opulencia y las hazañas. Dos siglos despues se permitió entrar por ellas á las virtudes de los plebeyos y á la sabiduría. Creóse una tercera clase de caballería para los legistas y literatos: pero el orgullo de los caballeros antiguos se ofendió de esta innovacion, despreció á los nuevos, y aun estendió este desprecio á las leyes y letras; desdeñaron el saber, solo cultivaron el arte de las armas, desertaron de los parlamentos, se alejaron de los tribunales, y con este desprecio impolítico y esta ciega preocupacion, dieron el golpe de muerte al sistema feudal y aceleraron su ruina. Creyendo vengarse, abdicaron realmente el poder, y abrieron á los plebeyos el campo de la legislacion y del gobierno. Así dejaron la presa por la sombra: y aislados en las grandezas de una vanidad quimérica, fueron gobernados en lugar de ser gobernantes. Tal fue el principio de la revolucion en las costumbres, que despues produjo otra mas estensa en casi todos los gobiernos. Un gran rey ha dicho que *el ejemplo de los monarcas es respetado, y obliga á imitarle.* Luis el gordo, Luis el menor, Felipe Augusto, y Luis VIII, brillaron con todas las cualidades heróicas, y se mostra-

ron celosos y perfectos caballeros. Un gran número de rivales intrépidos siguieron las pisadas de estos ilustres modelos en todos los paises de Europa. Pero mas veces fueron imitadas sus proezas que sus virtudes: y muchas mas, estos protectores del desvalido, arrástrados por los vicios del siglo, continuaron robando á los mercaderes, tiranizando á los débiles, y seduciendo y aun robando á las damas, que debian ser objeto de su culto respetuoso. Su devocion degeneraba con frecuencia en supersticion y fanatismo, y su galantería, en libertinage. El abate Vely dice, que muchas señoras mandaban á las damiselas de su servicio dividir su lecho con los caballeros que iban de visita al castillo, y cita un pasage de un poema antiguo, que parece confirmar su asercion; su sentido es este:

"Llamó una doncella suya,
La mas prudente y apuesta;
Y con secreto le dijo:
No tardes, amiga bella,
En ir con el caballero,
A yogar."

Sin embargo, ni los versos de un poeta de la edad media, ni las aventuras de Tirante el blanco son documentos suficientes para afirmar que estuviese en uso este modo estraordinario de ejercer la hospitalidad. Á pesar de estos abusos, inevitables en el crepúsculo de la civilizacion, la institucion de la caballería produjo grandes

bienes. Si no purificó al principio las costumbres, á lo menos las suavizó: dió asilo á los desgraciados, vengó la inocencia, animó la poesía, elevó las armas, prestó á la virtud el atractivo de la gloria, y creó en el honor una potencia nueva, que á falta de instituciones, sirvió por mucho tiempo de suplemento á la moral, de defensa á la justicia y de freno á la tiranía. Así de todos los castigos y suplicios que pudiera haber inventado el poder mas rigoroso, ninguno aterraba mas los ánimos que la degradacion de un caballero, convencido de infamia, falsedad y deshonor. Se le ponia en un cadalso: se rompian en su presencia todas sus armas: se borraban los emblemas de su escudo: los heraldos le llenaban de injurias: le llamaban *traidor*, *desleal y fementido*: y despues, cubierto de un paño mortuorio, se le llevaba á la iglesia en un carreton y se le rezaba el oficio de difuntos. Puesto en libertad, adonde quiera que fuese, si se atrevia á sentarse en la mesa de los caballeros, se cortaba el mantel por el sitio que él estaba, y se le echaba con ignominia. De esta manera estableció el honor poco á poco su imperio y su culto en Francia, y se mantuvo siempre como el poder mas irresistible, como una especie de religion, y aun ahora sus decisiones son mas respetadas que las mismas leyes.

Falso Balduino (1225). Balduino, conde de Flandes, y uno de los caballeros cuyas hazañas hicieron entonces ilustre el nombre frances en las naciones estrangeras, se habia elevado por

su valor, como hemos dicho, al trono de Constantinopla, veinte años antes del reinado de Luis. Este fundador de un nuevo imperio, vencido, hecho prisionero y muerto por los vúlgaros, se presentó de improviso en Francia; ó por lo menos, un hombre que se le parecia enteramente, fingió ser él y fue reconocido por muchos de sus vasallos. La mayor parte de los flamencos é ingleses fueron engañados, ó afectaron serlo, por el impostor, al cual favorecian muchas circunstancias. Juana, hija del verdadero Balduino, gobernaba entonces á Flandes. Esta princesa altanera y avara, reinaba por ausencia del desgraciado Ferrando su marido, preso siempre en el castillo del Louvre, porque su muger no queria pagar su rescate. Juana era aborrecida de sus vasallos: el odio produjo la credulidad, y la esperanza de sacudir su yugo, hizo que los flamencos diesen fe á las fábulas del falso Balduino, á quien la muchedumbre acogió con alegría. La condesa, viéndose abandonada, huyó, y pasó á París á implorar la proteccion del rey de Francia, que le prometió socorro, fue á Perona, y mandó desde allí al supuesto Balduino comparecer ante él.

Este aventurero, protegido por el rey de Inglaterra y favorecido por la opion pública, tuvo osadía para presentarse al rey y sostener con firmeza su impostura. Encargóse al cardenal de Sat Angelo que le hiciese el interrogatorio. Juana decia que el impostor era Bernardo de Rays, ermitaño en otro tiempo en Champaña, y que

efectivamente se parecia mucho al conde Balduino. Él respondió con tanta claridad como prontitud á la mayor parte de las preguntas que le hicieron: pero cuando se le mandó señalar exactamente las épocas en que prestó homenaje á Felipe Augusto y casó con María de Champaña, se turbó y contradijo: su cortedad ó su falta de memoria fueron tenidas por pruebas evidentes de la impostura. Luis le echó de su palacio con desprecio y le mandó salir del reino. Muchos creyeron que un castigo tan suave manifestaba que aun habia algunas dudas en los ánimos de los jueces: sin advertir que el acusado habia comparecido con un salvoconducto del rey.

Pero esta clemencia retardó pocos dias su suplicio. Apenas llegó á Borgoña fue sorprendido por unos caballeros de la condesa Juana, que le mandó dar muerte, despues de haberle hecho sufrir mil ultrages. En vano la princesa publicó cartas de Constantinopla en que se contaban los milagros obrados en el sitio de Bulgaria donde tenia sepultura su padre: el pueblo se obstinó en creer que una soberana injusta era preciso que fuese mala hija: y las cronicas de Flandes, segun observa M. de Sismondi, dicen que "la mayor parte del pueblo acusó siempre á Juana de haber mandado ahorcar á su padre." Lo que contribuyó quizá á propagar esta opinion, fue la conducta interesada del juez: pues el auxilio que prestó Luis á la condesa, fue vendido mas bien que dado, por las plazas de Douay y de la

Esclusa y grandes sumas de dinero que exijió de Juana. Sus tropas pacificaron enteramente y con prontitud el condado de Flandes, que volvió gimiendo al yugo aborrecido de la condesa. El rey de Inglaterra no se atrevió á hacer movimiento alguno para impedirlo, no teniendo aliados en el continente: porque el año antes habia hecho Luis alianza contra Inglaterra con Enrique, rey de romanos, la cual se firmó en Vaucouleurs; y el papa, para escitar al rey de Francia, á dirigir todas sus fuerzas contra los albigenses, habia prohibido á Enrique con pena de escomunion, mover armas contra este príncipe mientras durase la guerra religiosa. Esta continuaba cubriendo de ruinas, crímenes y sangre las provincias meridionales de Francia. Raimundo, conde de Tolosa, habia muerto escomulgado, se le negó sepultura eclesiástica, y su ataud se arrojó al campo cerca de un cementerio. Rymer asegura que tres siglos despues se conservaba aun el esqueleto de este príncipe.

Su hijo Raimundo VI recobraba la herencia de su padre por medio de las armas, con valor aplaudido de los suyos y admirado de los enemigos. Su rival Amury de Montfort iba perdiendo poco á poco todas sus conquistas. Heredero del odio y del valor de su padre Simon, buscaba ardientemente todos los medios de que triunfase su partido, y á este fin habia cedido al rey Luis todas sus pretensiones al condado de Tolosa: ahora instaba al pontífice que reanimase el celo de los cruzados con nuevas indul-

militar cuarenta dias. Pero muchos vasallos de Raimundo, temerosos de la tempestad que se acercaba, se sometieron. Nimes abrió sus puertas á Luis y fue agregada á la corona. Otras muchas ciudades siguieron su ejemplo

Entretanto Raimundo mostraba valor igual al peligro que le amenazaba, y procuraba reunir todos los medios de defensa que tenia, contra tantos y tan encarnizados enemigos. La resistencia de Aviñon le dió tiempo para hacer sus preparativos. Esta ciudad no quiso permitir al rey el tránsito por su territorio. El la sitió, y escribió al emperador justificando su agresion contra un pueblo dependiente del imperio, con la santidad de la guerra emprendida y los intereses de la religion. Berenguer, conde de Provenza, prometió obedecer al rey en todo lo que no fuese contrario á los derechos del emperador. Los diferentes cuerpos de los cruzados tomaron á Narbona, Beancaire, Carcasona, Arlés, Tarascon y Orange: solo Aviñon hizo resistencia ostinada.

El ejercito frances sufria terrible escasez, y enfermedades contagiosas, originadas del calor del clima. Luis dispuso asaltar la plaza: pero el puente por donde iban pasando sus tropas, se rompió, y tres mil hombres perecieron en el Ródano. Poco tiempo despues hicieron los sitiados una salida en medio de la noche, sorprendieron los franceses entregados á la alegría de los banquetes y les mataron mucha gente. Al mismo tiempo formaban liga

contra el rey varios señores, cuyos gefes eran Pedro de Dreux, conde de Bretaña, y Teobaldo IV, conde de Champaña. En fin, los de Aviñon, fatigados de los combates y careciendo de víveres, capitularon, y se les obligó á demoler sus fortificaciones.

El rey gozó poco del triunfo: una enfermedad de consuncion debilitaba sus fuerzas. No obstante, deseando terminar la empresa, entró en Languedoc, y llegó hasta cuatro leguas de Tolosa: pero como su vida se acababa de dia en dia, y ademas le abandonaban las tropas conforme iba espirando el tiempo de su servicio, dejó el sitio de aquella ciudad para la primavera siguiente, y se volvió á París. Su enfermedad, que se agravaba continuamente, le obligó á detenerse en Montpensier, ciudad de Auvernia. Los historiadores de aquel tiempo cuentan una fábula demasiado estraordinaria para ser creida: pero que prueba, á lo menos, la idea que se tenia de las virtudes del monarca. Dicen que los médicos recetaron para curarle de su languidez y restituirle la salud, que durmiese con una damisela jóven, y que el rey se negó á recibir este medicamento inmoral. A pesar de eso, Arquimbaldo de Borbon, señor de su corte, introdujo en el cuarto del rey una doncella, la cual espuso vergonzosa á Luis el motivo de su visita. "Hija mia, le respondió el monarca, quiero morir antes que salvar mi vida por medio de un pecado mortal." Y llamó á Arquimbaldo, cuyo celo poco edificante habia

movido aquella intriga, y le mandó proporcionar á la jóven un casamiento ventajoso.

El rey estaba cada dia peor: viendo acercarse su fin, recibió los sacramentos, y llamando junto á su cama á los arzobispos de Bourges y de Sens, á los obispos de Beauvais, Noyon y Chartres, á los condes de Boloña y de Blois, á Gualtero de Avernes, á Enguersando de Concy, al mariscal Roberto, su hermano, á Arquimbaldo de Borbon, á Juan de Nesle y á Esteban de Sancerre, les hizo jurar que obedecerian fielmente á su hijo, y á la reina Blanca, á la cual confiaba la regencia. Luis murió á los cuarenta años de edad y cuatro de reinado. La ciudad en que espiró hizo creer al vulgo que con su muerte se cumplía una profecía del famoso mágico Merlin, cuyos términos eran: "el leon pacífico morirá en el monte del vientre (Monti pausæ)." La credulidad del pueblo designó *á Luis por el Leon pacífico*, y á *Montpensier por Monti pausæ.* Algunos autores atribuyeron á un crímen la muerte de Luis. Mateo Páris dice, que durante el sitio de Aviñon, Teobaldo, conde de Champaña, poseido de una pasion criminal á la reina Blanca, y no pudiendo vivir lejos de esta princesa, quiso abandonar el ejército. "Luis, continúa el historiador, le prohibió partir, amenazándole que asolaria sus estados, como no le obedeciese. Teobaldo, indignado, puso en los alimentos del rey un veneno, que en poco tiempo terminó su vida." La edad y la virtud de Blanca quitan toda verosimili-

tud á esta acusacion sin pruebas, y á este atentado del cual no podia sacar el delincuente ninguna utilidad. Luis recibió de sus vasallos el sobrenombre de *Leon pacífico;* y aunque siempre fue muy esforzado en la guerra, en ningun empeño mostró la impetuosidad del leon. Los grandes aplaudian su generosidad, los pobres su caridad, los soldados su valor y todas sus virtudes religiosas y civiles. Aunque la ambicion le hizo cometer algunas injusticias, su nombre hubiera brillado entre los reyes mas grandes de Francia, á no haber vivido despues de un conquistador como Felipe, y antes de un monarca como Luis IX, que reunió las prendas sublimes de príncipe, legislador y santo. Luis VIII auxiliado por su virtuosa muger, procuró, aunque no con mucho fruto, poner freno al desórden de las costumbres. La licencia habia llegado á tal punto, que en uno de sus ejércitos, alistado contra los albigenses, habia hasta mil quinientas concubinas que se presentaban en todas partes adornadas con riquísimas vestiduras. La reina encontró un dia á una de estas mugeres que llevaba un magnífico cinturon, y creyéndola esposa de un caballero, la abrazó. Cuando se supo quién era, se mandó por una ordenanza que las cortesanas no pudiesen llevar *vestidos con cuello caido, sombreros con ramilletes, pieles finas ní cinturones dorados.* Pero como las señoras, que quedaron con el derecho esclusivo de usar estos adornos, daban á veces con el desarreglo de su conducta justo motivo

á la censura, el pueblo hizo y conservó este proverbio: *mas vale nombre honrado que cinturon dorado.* Mandóse por ley que toda muger, convencida de adulterio, fuese paseada por las calles, atada con una soga á su cómplice. El poder de los grandes y la oscuridad del pueblo eludieron facilmente el rigor de esta ley severa. Al mismo tiempo florecia en Italia, y en breve se estendió por toda Europa, la órden de los hermanos menores, protegida por el papa Honorio III. San Francisco de Asís, su fundador, dotado de ardiente caridad para los otros, y que profesaba una moral rígida, enseñó á sus numerosos discípulos á practicar virtudes angélicas entre las abnegaciones de la penitencia, y á perseguir en sus vehementes predicaciones las corrupciones y perversidad del siglo.

Luis tuvo once hijos de la reina Blanca, de los cuales solo cinco le sobrevivieron. Luis, su sucesor; Roberto, conde de Artois; Alfonso, conde de Poitiers; Cárlos, conde de Anjou y de Provenza, y rey de Nápoles, é Isabela, que murió en el monasterio de Longchamps, fundado por ella misma. Antes de morir, declaró el rey en su testamento, que segun su intencion, su hijo Luis debia sucederle y poseer todos sus dominios, como él los habia poseido. Por otro artículo de este acto hizo el rey mandas á dos mil hospitales de leprosos: lo que demuestra hasta qué punto se habia propagado en Francia esta enfermedad, importada de Oriente en tiempo de las cruzadas.

CAPITULO XXV.

Luis nueve, el Santo.

Luis IX el Santo rey de Francia. Sumision de los señores confederados. Segunda coalicion de los grandes contra la reina. Fin de la guerra de Tolosa. Guerra con Enrique, rey de Inglaterra. Fundaciones de Luis. Casamiento de Luis con Margarita de Provenza. Sumision del conde de Bretaña. Rebelion y sumision del conde de Champaña. Mayor edad de Luis. Donacion de reliquias. Casamientos de los hermanos del rey. Neutralidad de Luis en las querellas de güelfos y gibelinos. Rebelion de Lusignan: sitio de Fontenay. Guerra con Inglaterra: batallas de Taillebourg y de Saintes. Sumision del conde de la Marcha: tregua con Inglaterra. Enfermedad de Luis. Concilio de Leon: conferencia de Cluny. Preparativos de la cruzada de san Luis. Marcha del ejército cruzado á Aguas muertas. Navegacion de san Luis á Oriente. Toma de Damieto. Batallas de Manuray y Zaca: cautiverio de san Luis. Tratado de san Luis con el soldan de Egipto. Victorias de san Luis en Palestina. Muerte de la reina Blanca. Vuelta de san Luis á Europa. Causa de Guillermo de Saint Amour. Establecimiento de las seguridades Contestaciones con los reyes

de Aragon é Inglaterra. Tratado de Luis con Jaime, rey de Aragon. Paz definitiva con Inglaterra. Alborotos de los flagelantes. Nueva invasion de los mogoles en Europa. Cárlos de Anjou, nombrado rey de Nápoles. Mediacion de san Luis entre Enrique III y los barones ingleses. San Luis, árbitro entre Enrique y sus barones. Tratado de Cárlos de Anjou con la santa Sede. Batallas de Benavento y del lago Celano. Reformas de san Luis en la cobranza de peages. Contestaciones de san Luis con la corte de Roma. Establecimientos de san Lus: espedicion de Tunez.

LUIS IX EL SANTO, *rey de Francia* (1226). Luis IX, destinado por la providencia á reformar las costumbres de Francia, á triunfar del sistema feudal, á resucitar el reinado de las leyes, á hallar la gloria en el infortunio, á hacer amable su severidad y respetable su bondad, subió al trono de su padre en 1226. Pero era niño y su madre estrangera El cetro, colocado en manos que parecian tan débiles, estaba á peligro de ceder á las tempestades suscitadas por la nobleza descontenta, por las miras ambiciosas de algunos grandes vasallos y por las intrigas del rey de Inglaterra que esperaba, á favor de los desórdenes, recobrar algunas de las provincias conquistadas por Felipe Augusto.

En el momento que Blanca, por muerte de

su esposo, se encargó del poder soberano, estaba para manifestarse un movimiento general. Señales harto seguras habian advertido á la reina del peligro en que se hallaba su esposo: y saliendo de París para recibirle, supo á un mismo tiempo su muerte y su última voluntad que le entregaba el gobierno de la monarquía.

Habiendo, pues, convocado á los grandes para que asistiesen á la consagracion de su hijo, unos se negaron sin rebozo á acompañarle: otros consintieron en ello, pero bajo condicion, exigiendo con imperiosa altanería la libertad de los presos por delito de estado, y la restitucion de las tierras confiscadas por causa de felonía en los reinados anteriores. Blanca, sin asustarse ni sorprenderse, prosiguió su designio, é hizo consagrar á su hijo en Reims por Santiago de la Roche, obispo de Soissons, á causa de estar vacante á la sazon aquella sede arzobispal. Luis, en el primer acto de su vida monárquica manifestó sus sentimientos religiosos, y el temor saludable que le causaba la corona. Mas atento á su peso que á su esplendor, anunciaba ya que era digno de llevarla. Al recibirla, repitió con fervor estas palabras de David: "En Dios solamente confio." Juan de Brienne, rey de Jerusalen, el patriarca de esta santa ciudad, el duque de Borgoña, los condes de Dreux, Bar y Blois, el señor de Concy y las condesas de Flandes y Champaña asistieron á esta ceremonia. Estas dos señoras tuvieron la pretension singular de tomar asiento entre los doce pares,

representar á sus maridos y llevar la espada real. Su peticion fue desechada. Teobaldo, conde de Champaña, enamorado locamente de la reina, se habia puesto en camino para Reims: pero sabiendo que se le sospechaba de haber dado veneno al difunto rey, y que muchos enemigos amenazaban su vida, se detuvo y fue á reunirse con los grandes vasallos rebeldes, que resueltos á vengar la autoridad feudal comprimida y abatida por la monarquía desde el reinado de Luis el Gordo, querian aprovecharse de la menor edad del hijo de Blanca para restablecer su poder, y aun segun se decia, para poner en el trono otra familia. En estos primeros momentos no solo estaban agitados los facciosos, sino aun los amigos del órden se indignaban de ver la patria, enmedio de tantos peligros, gobernada por una muger estrangera, que segun decian, se dejaba dirigir ciegamente por otro estrangero, el cardenal de Sant Angelo, legado del papa, dotado por la naturaleza de ingenio vivo y alegre, de carácter amable y bello rostro, escitaba en todas materias la envida de los cortesanos: y como era admitido al trato íntimo de Blanca, ni la virtud de esta reina, ni aun su edad pudieron libertarla de las flechas envenenadas de la calumnia. Amenazada y despues acometida por una multitud de enemigos conjurados en su ruina, supo no obstante comprimir las facciones con vigor y disiparlas con maña.

Blanca, no menos célebre por sus cualidades personales que por las de su hijo, era her-

mosa, discreta, activa, magestuosa sin orgullo, amable sin flaqueza. Su dignidad enfrenaba á los atrevidos: su dulzura inspiraba afecto. Tenia el arte de penetrar los designios de sus enemigos: sabia pelear con ellos, dividirlos y ganarlos. Veia el peligro con serenidad y hallaba facilmente recursos para salir de él. Su celo ardiente por la religion y la virtud la hacia amar del clero y del pueblo: y muchas veces decia: "Mas quiero ver muerto á mi hijo que manchado con un pecado mortal." Por otra parte, como la pureza de su virtud tranquilizaba su conciencia, veia sin enojo el amor novelesco que inspiró á algunos señores: y recibiendo, segun todos el espíritu caballeroso del siglo, los homenages que le ofrecian, arredraba á los temerarios con cierta malignidad alegre mas bien que con altivez pedantesca. Y aun se ha dicho, que muchas veces se sirvió para sus fines políticos, del ascendiente que le daba su hermosura sobre algunos barones ambiciosos.

Sus enemigos eran muchos: pero el afecto de sus amigos centuplicaba sus fuerzas: era magnánima, no le faltaba dinero, sabia elegir buenos consejeros y marchaba sin temor al frente de sus tropas que estaban muy aguerridas. El esplendor de la gloria de Bouvines ilustraba todavía su corona: el anciano Montmorency era caudillo de sus guerreros: la esperiencia de Guerin, prudente en el consejo, obispo elocuente en el púlpito, y capitan intrépido en las batallas, dirigía sus planes; y la amistad del legado le

aseguraba la proteccion de Roma. Pero lo que principalmente contribuyó á sus triunfos, fue su mérito personal, y su fuerza de alma, mezclada de tal modo con la dulzura, que los mismos que desde lejos eran sus contrarios, quedaban rendidos á ella cuando la veian ó escuchaban. El mas temible de sus adversarios era Felipe, conde de Boloña, hijo de Felipe Augusto, y tio del rey, que no podia mirar sin disgusto la tutela de su sobrino y el gobierno de la monarquía en manos de una española. Sus pretensiones á la regencia, no absurdas á los ojos de la razon, eran sostenidas por muchos grandes y por el voto de los pueblos. Era dificil vencerle, y aun mas ganarle. No obstante, Blanca logró desarmarlo: con importantes concesiones, con deferencias aparentes, con promesas de grande confianza grangeó el afecto de Felipe: el cual, contento con la posesion de algunas villas y con la soberanía del condado de San Pol, privó á la liga de los facciosos de su apoyo mas formidable. La reina supo buscar en las prisiones un aliado no menos poderoso y útil: el desgraciado Ferrando, conde de Flandes, continuaba cautivo siempre en el Louvre, y la despiadada condesa su muger, no queriendo pagar su rescate, le dejaba en las cadenas. Las crónicas de aquel tiempo atribuian la antipatía recíproca de los dos esposos á un orígen rídiculo y que pareceria increible, si pudiese serlo alguna estravagancia del espíritu humano. Dicen que jugando al algedrez, tuvieron una disputa enardecida de la

cual procedió su aborrecimiento. No obstante, parecen causas mas verosimiles de esta aversion la avaricia y el orgullo de la condesa. Esta, resuelta á romper sus lazos, pensaba en casar con el conde de Bretaña, Pedro *Mauclere*, enemigo jurado de la reina Blanca, la cual desconcertó sus proyectos dando libertad á Ferrando; y el conde pagó su generosidad con un afecto jamas desmentido. Tales fueron los medios que la hábil regente empleó con tanta prudencia como prontitud para evitar una sublevacion general. Los principales confederados eran los condes de Bretaña, de la Marcha y de Champaña, deudos de la familia real. Enrique III, rey de Inglaterra, fovorecia al conde de la Marcha su padrasto: Ricardo, príncipe ingles y duque de Guiena, ofrecia el socorro de sus tropas á los condes de Bretaña y Champaña. Estas tropas tenian por caudillo al célebre Savary de Mauleon, general famoso, que pasó el Garona, amenazó la Rochela y sublevó contra el rey los nobles del Poitou. La reina, sabiendo que las confederaciones tardan mucho en formarse y en concertar sus planes, no dejó á los rebeldes tiempo para que se acordasen entre sí y se fortificasen; y marchó contra ellos tan rápidamente que los aterró. Teobaldo, conde de Champaña, solicitó tener con la reina una conferencia que le fue concedida; y apenas se halló en presencia de Blanca, se despertó su amor y triunfó de la ambicion y del orgullo. La crónica de Francia asegura que cuando la vió, dijo estas palabras:

"os juro, señora, por mi fé, que mi corazon es vuestro, y lo mismo todo mi señorío. Nada hay que pueda complaceros, que yo no haga de buena gana: y jamás, con el auxilio de Dios, iré ni contra vos ni contra los vuestros." "De allí, continua el cronista, se postró sumergido en sus pensamientos, y le ocurrian muchas veces á la memoria las suaves miradas y el lindo talle de la reina. Entonces entró en su corazon la dulzura amorosa: pero cuando se acordaba de que era tan alta señora, de tan buena fama y conducta, y tan pura, su pensamiento lisonjero se mudaba en gran tristeza"

Sumision de los señores confederados (1227). La reina, vencido este contrario sin combate, entró en Turena. Su rápida marcha habia ya amedrentado á los caudillos de los rebeldes, contra los cuales dió sentencia el parlamento. Humilláronse, pues, entraron en negociacion y pidieron la paz. Despues de una corta discusion, se presentaron al rey en Vendoma, se sometieron á él, y concluyeron un tratado, en que se acordó que el príncipe Juan de Francia, á quien Luis VIII habia legado el Anjou y el Maine, casaría con Yolanda, hija del conde de Bretaña, recibiendo en dote á Bellesma, Briecontc-Robert y algunas otras plazas; y el conde de Bretaña se obligaba á no hacer alianza alguna ni con el rey de Inglaterra, ni con el duque de Guiena. El conde de la Marcha cedió al rey todas las pretensiones de su muger Isabela, viuda de Juan Sintierra, á los dominios

que Luis VIII le habia dado ó prometido, recibiendo en recompensa una pension de mil quinientas libras. Los confederados renovaron solemnemente su homenaje, y el condestable Mateo de Montmorency juró, *por el alma del rey*, observar el tratado. Ya no quedaban mas enemigos que los ingleses. Sabary, su caudillo, fue derrotado, y se retiró á Gascuña. Gregorio IX, atento á sostener el equilibrio en Occidente, y el poder vacilante del rey de Inglaterra, su vasallo, prohibió al rey de Francia continuar la guerra con Enrique III y aun le exortó que restituyese á los ingleses las provincias confiscadas por Felipe Augusto. Blanca, no obstante estos preceptos y consejos, continuó su marcha: pero debilitado su ejército por la ausencia de las milicias feudales que habian cumplido el tiempo de su servicio, concedió á instancias reiteradas de Enrique, treguas por un año. Cuando volvió á París, firmó un tratado con el emperador Federico, el cual le prometió romper toda alianza con Inglatarra. Algunos autores acusan injustamente á Blanca por no haber proseguido sus victorias contra el duque de Guiena, ni aprovechado la ocasion de arrojar á los ingleses de Francia. Pero entonces se estaba tramando una basta conspiracion que estalló poco despues y la reina siguió la máxima de prudente política, de terminar la guerra estrangera cuando amenazan turbulencias interiores.

Segunda coalicion de los grandes contra la reina (1228). Hallándose con su hijo en Orleans,

los barones que no podian acostumbrarse al yugo monárquico, procuraron conseguir por traicion, lo que no habian podido á fuerza de armas. El conde de Boloña reducido por sus artificios y envidioso de Blanca, entró en una conjuracion de la cual esperaba ser regente, Los caudillos descontentos resolvieron apoderarse de la persona del rey cuando saliese de Orleans á París. El secreto mas profundo cubria esta trama: todas las disposiciones estaban tomadas: los diversos destacamentos que habian de acometer al séquito del rey, habian llegado ya al punto designado: los señores rebeldes, reunidos en Corbeil, solo esperaban la noticia del suceso que les parecia seguro. Pero el conde Teobaldo, uno de ellos, el mas turbulento de los vasallos, el mas inconstante de los cortesanos, el mas frívolo de los trovadores, atraido sucesivamente á la rebelion por el orgullo feudal, y á la fidelidad por su amor á la reina, vendió á sus compañeros y avisó á Blanca el peligro que corria. El rey se refugió en Montlery. Paris se levanta y se arma á favor de su monarca: gran multitud de soldados y ciudadanos sale de sus murallas, inunda el camino de Montlery, abre entre sus filas armadas, ancho camino á Luis, asegura su tránsito y le acompaña hasta la capital, llenando el aire de aplausos y votos por su felicidad. Esta jornada de peligro convertida en dia de triunfo, quedó grabada en la memoria del niño rey: y Joinville dice que siempre la recordaba como uno

de los momentos mas felices de su vida. Los rebeldes, consternados y avergonzados, se dispersaron y buscaron su remedio en una pronta fuga. Su vana tentativa solo sirvió para probar á toda Francia el respeto y cariño que inspiraban á los pueblos la reina y su hijo. Los triunfos de Blanca aumentaban el odio de sus enemigos: y aunque abatidos por algun tiempo, no tardaron en volver á levantarse. El deseo de restablecer la potencia feudal, minada por la monarquía, producia incesantemente nuevas conspiraciones. El conde de Boloña solicitó de nuevo la regencia, fortificó á Cales, y pidió socorros á Inglaterra. El conde de Bretaña se habia convenido en invadir súbitamente las tierras de Francia, mientras los otros señores sus aliados, fingiendo acudir al socorro del rey, le rodearian y se apoderarian de su persona. El conde de Champaña descubrió á la reina esta conspiracion como la anterior. Aunque el rigor de Blanca no daba esperanza alguna á su amor, acudió á socorrerla con trescientos caballeros. El rey se puso á su frente, sorprendió al conde de Bretaña, y le obligó á someterse.

Los rebeldes, engañados en sus planes, volvieron su enojo contra el aliado infiel que los habia vendido; declararon guerra á Teobaldo, le acusaron de haber dado veneno al difunto rey, y sostuvieron las pretensiones de Alix, reina de Chipre, á quien habia despojado de la herencia de su padre. Cuando esta querella iba á decidirse

por las armas, los aliados mudaron súbitamente de política; prefiriendo el artificio á la fuerza, y confiando en el carácter inconstante del ambicioso conde, trataron de seducirle, proponiéndole para esposa á Yolanda, princesa de Bretaña. Teobaldo, deslumbrado por el esplendor de este enlace, lo aceptó: todas las condiciones estaban ya estipuladas, y señalado el sitio para la conferencia del conde y los señores, en Val secret. Yolanda esperaba á su esposo, y el altar estaba ya adornado. Teobaldo montaba á caballo para ir á la cita, cuando el panetero mayor de Francia le trajo una carta del rey que decia así: "Señor Teobaldo, he oido que habeis prometido tomar por esposa la hija del conde de Bretaña. Pero yo os digo, que si amais todo lo que teneis querido en Francia, no hagais eso. La razon, bien la sabeis: no hay un hombre que haya querido hacerme mas daño, que él." Esta carta, acompañada probablemente de órdenes secretas de la reina, mudó la resolucion del conde: y sin murmurar, rompió el tratado hecho, se volvió á Chateau Tierry, á cuyas puertas recibió la carta, y tomó por esposa á Margarita de Borbon. Esta ruptura inesperada, esta falta de fé, esta injuria sangrienta exaltó hasta lo sumo el furor de los señores rebeldes. El duque de Borgoña, los condes de Dreux, de Brienne, de Coucy, de San Pol y de Nevers, y otros muchos barones entraron en Champaña, y la talaron á sangre y fuego. El conde de Boloña, tio del rey, era general de es-

tas cuadrillas devastadoras. Antes de comenzar la guerra, desafió á singular batalla á Teobaldo, acusándole de haber dado muerte al rey Luis VIII. El conde de Champaña, acosado de enemigos tan poderosos, invocó el socorro del rey su soberano. Luis, que segun las leyes del sistema feudal, tenia obligacion de defender á su vasallo, reunió su ejército y se acampó junto á Troyes. El duque de Lorena unió sus tropas á las del rey de Francia. Este escribió á los señores confederados mandándoles salir de Champaña. Los barones, en lugar de obedecer, le suplicaron que se retirase él mismo, y le prometieron no pelear contra Teobaldo sino con trescientos hombres menos de los que este conde podia juntar. Luis declaró que "nunca sería espectador indiferente del peligro de sus enemigos." Pidieron al monarca que por lo menos permitiese ventilar en su presencia las pretensiones de Alix y de Teobaldo. Luis respondió que "nada oía hasta que evacuasen á Champaña." Este vigor asombró á los barones, y los turbó tanto mas, cuanto acababan de perder un aliado muy poderoso. El conde de Boloña, sabiendo, si se ha de creer la crónica de Flandes, que los confederados, en vez de darle la regencia, querian ensalzar al trono á Enguerrando de Coucy, rompió de pronto todas sus conexiones con ellos, socolor de defender sus dominios, invadidos entonces por el conde de Flandes. Desalentados con esta defeccion, obedecieron al rey y se retiraron. La mayor parte de los historiadores

miran como fabulosa la anécdota del señor de Coucy, la oferta que se le hizo del trono y su negativa. A pesar de esto, algunos escritores de aquel siglo dicen que Coucy usaba ya en secreto de ornamentos reales. Lo mas probable es que si á algunos rebeldes exaltados les pasó por la imaginacion mudar de dinastía, este proyecto fue abandonado al mismo tiempo que concebido. Sin embargo el conde de Boloña se reconcilió sinceramente con Blanca. Esta reina terminó tambien las desavenencias entre Alix y Teobaldo. La princesa renunció á sus derechos á Champaña y Bria, y recibió en indemnizacion tierras y rentas. Teobaldo no tenia dinero para pagar las sumas estipuladas en el tratado: pidió á Luis que se lo prestase, y cedió á la corona en premio de este socorro las ciudades de Blois, Chartres, Sancerre y Chateandun.

Los rebeldes, no teniendo ni pretesto para pelear, ni fuerzas suficientes, para esperar la victoria, se sometieron y abandonaron las armas. La autoridad del rey y de su madre fue respetada en toda la monarquía. La prudencia de los planes de Blanca, su prontitud en la ejecucion, y su arte para dividir los enemigos, disiparon en breve tiempo las tempestades que parecian deberla arruinar, sacaron falsas las predicciones de todos, comprimieron las pasiones y restituyeron la paz á Francia y la seguridad al gobierno.

Esta paz no fue turbada sino por una guerra de estudiantes y una rebelion de universidad,

que parecerian ahora muy ridículas, pero que entonces eran muy serias por la intervencion del clero en los negocios de la enseñanza. Los sargentos de Paris querian prender á algunos estudiantes que habian cometido desórdenes: los camaradas de estos jóvenes toman armas, y resisten á la guardia, y la pelea es sangrienta. Pero la guardia, despues de sufrir pérdida considerable, habiendo recibido refuerzo, dispersó á los rebeldes. Muchos fueron presos, y en medio del tumulto algunos inocentes, confundidos con los culpables, fueron á la cárcel. Entonces los profesores pidieron, en nombre de la universidad, pronta justicia y satisfaccion pública.

Blanca, demasiado cauta para consentir que la autoridad real volviese atrás, desechó la demanda de los profesores. Entonces todos los individuos de la universidad abandonaron sus cátedras, bancos y escuelas, pasaron á Angers y á Orleans, y algunos se refugiaron en Inglaterra. El papa se declaró á favor de la universidad, á la cual llamaba *concilio perpetuo de la iglesia galicana*, y espidió una bula, atribuyendo á los obispos de Francia el juicio de esta causa. La reina consideró la bula como subrepticia, se opuso á su ejecucion, y no dió curso á la sentencia de escomunion, que lanzó entonces el obispo de París y un concilio provincial, reunido en Sens, contra los que resistiesen á la autoridad pontifical. La causa duró dos años, al cabo de los cuales se sometió la universidad,

vencida por la firmeza de la reina. En este tiempo, la universidad, ya como cuerpo encargado de la enseñanza, ya como autorizada por la iglesia á publicar sus decisiones en materia de doctrina, declaró que sin riesgo de condenacion eterna, no se podian poseer dos beneficios á un mismo tiempo. Esta máxima, aunque no refutada, fue mal cumplida: pues el mismo Felipe, canciller de la universidad, continuó poseyendo muchos beneficios que tenia, y como en el artículo de la muerte le advirtiese un obispo el peligro que corria su alma, por su ostinada avaricia, respondió, no sin impiedad: "quiero saber si los juicios de la otra vida son conformes á los que vosotros dais en esta."

Fin de la guerra de Tolosa (1229). La turbulencia del conde de Bretaña no dejó gozar á Francia por mucho tiempo de la paz que debia á la prudencia de la reina. Reuniendo sus fuerzas á las de Ricardo, duque de Guiena, y animado por las promesas del rey de Inglaterra, invadió á Turena y Anjou. Blanca convocó un parlamento, en que fueron condenados estos dos barones. El rey se puso al frente de sus tropas, sitió á Belesma, la obligó á capitular y con la rapidez de sus victorias aterró á los normandos, que parecian dispuestos á sublevarse. Los barones de esta provincia, los grandes del ducado de Guiena y los señores de Poitou representaban con energía al rey de Inglaterra cuán vergonzosa era su inaccion; y le instaban á que socorriese á los bretones, se conquistase las pro-

vincias perdidas, é impidiese que Blanca se afirmase en un trono cuya potencia crecía con tanta rapidez. Enrique, estimulado por ellos, prometia hacer la guerra: pero detenido por su inclinacion á los deleites, no podia salir del agradable abismo, en que su privado Dubourg prócuraba sumergirle. Decíase que la reina Blanca tenia ganado á este ministro con un regalo de tres mil marcos de plata. El conde de Bretaña, privado de los socorros de Inglaterra en que habia confiado, se sometió al rey, y recibió el perdon. Hasta entonces el Languedoc, á pesar de la prudencia de Felipe Augusto, los esfuerzos belicosos de Luis VIII, y la hábil política de Blanca, era teatro de todas las calamidades que pueden producir las discordias civiles y religiosas.

Raimundo, conde de Tolosa, defendia valerosamente los restos de su poder contra Roma, contra Montfort y contra la cruzada de los señores franceses. Oponiendo invencible valor á los trances de la guerra, y el afecto de sus vasallos al número temible de sus enemigos, los aterraba unas veces con súbitas acometidas, y los admiraba otras con retiradas hábiles. En una ocasion instruido de sus planes y de sus marchas, los sorprendió en Castel Sarasin, los destrozó é hizo prisioneros mil quinientos caballeros y dos mil hombres de armas.

Raimundo, semejante á su siglo, peleaba como héroe y abusaba de la victoria como bárbaro. Puso en prision á los nobles que habia

hecho cautivos: y envió los plebeyos al campamento enemigo con las narices y orejas arrancadas. A esta barbarie correspondieron represalias no menos atroces.

Entretanto el conde seguia su marcha victoriosa con tanta rapidez, que el papa pidió socorros al rey para los cruzados. Convócose un concilio en Narbona, y fulminó nueva sentencia de escomunion contra Raimundo y sus adherentes. En el mismo concilio se mandó que los judíos llevasen en sus vestidos, para distinguirse, la figura de una rueda.

En él se confirmó tambien el tribunal de la Inquisicion, poniendo comisarios en todas las parroquias, se escluyó de los empleos públicos á todo hombre sospechoso de heregía, y se exigió la presencia del cura para la validez de los testamentos.

Era necesario dar al rey medios con que subvenir á los gastos de la guerra, cuyo objeto era el esterminio de la heregía de los albigenses; y el legado le autorizó á tomar una parte del dinero eclesiástico. Los cabildos de Reims, Tours y Ruan se negaron á pagar este subsidio. Entonces el pontífice le permitió embargar los bienes de estos cabildos, y "hasta las capas de los canónigos." Luis no creyendo necesarios tantos esfuerzos y sacrificios contra enemigos tan débiles como eran los albigenses, se contentó con enviar al mediodia un cuerpo de tropas á las órdenes del condestable Beaujeu.

Estas tropas empleaban en ejercicios reli-

giosos la primer parte del dia, y despues tomaban la espada y entraban en combate con el mayor valor, ó se entregaban al saqueo con increible ferocidad.

Todo el pais de Foix fue destruido; y el Languedoc, aterrado, decayó de ánimo. El conde de Tolosa abandonado por sus mas intrépidos guerreros, entró en negociacion, se sometió á las condiciones del legado, consiguió una tregua, y pasó á París á firmar un tratado que consumó la ruina de su casa. En él juró esterminar á los hereges y á sus favorecedores, aunque fuesen parientes ó amigos suyos: sostener los privilegios del clero: restituirle los bienes que se le habian quitado, y dar á diferentes abadías veinte y cuatro mil marcos de plata. De los estados de su padre solo conservó el Agenes, el Rovergue, una parte del Albiges y del Querci y las tierras de la diócesis de Tolosa: pero estos dominios debian recaer, despues de su muerte, en su hija Juana que casaria con Alfonso, hermano del rey. Desde que se firmó el tratado, entró Luis en posesion de los bienes que el conde tenia al occidente del Ródano. Las fortificaciones de Tolosa fueron dimuidas, y adjudicados á la santa sede el condado Venaissin y la ciudad de Aviñon.

Raimundo hizo penitencia en la Iglesia de Nuestra Señora, en camisa y con los pies desnudos, y allí recibió la absolucion. El conde de Montfort, que algunos años antes habia recibido en el concilio de Letran la investidura del

condado de Tolosa, declaró solemnemente que renunciaba sus pretensiones á favor del rey; y recibió como indemnizacion la espada de condestable.

Luis celebró con mucha magnificencia las bodas de su hermano Alfonso y de Juana de Tolosa; y para mayor esplendor de la solemnidad, dió á Raimundo la órden de caballería, le admitió entre sus amigos íntimos, y le envió al Languedoc colmado de favores y presentes. El mismo año se celebró un concilio en Tolosa, en el que se dió una forma regular al tribunal de la Inquisicion, y se amenazó con severos castigos á los magistrados que no pusiesen en ejecucion sus sentencias. En aquel tiempo se mandó que los hereges reconciliados con la iglesia, llevasen dos cruces sobre sus vestidos, y que no pudiesen obtener destino público, sin espreso permiso del papa. "Todo herege, dice el concilio, que parezca no haberse convertido sino por temor, se le tendrá en prision perpetua, y su alimento será á cargo de aquel á quien se hubiesen cedido sus bienes." En este mismo sínodo se manda á los jueces administrar justicia gratuitamente, y prohibe á los barones y municipalidades formar ligas entre sí como no sean contra los hereges. Las máximas que dictaron estos decretos, eran conformes al principio adoptado por los reyes y las naciones, que colocaba la religion sobre todos los poderes políticos, y que miraba la infraccion contra su pureza como el mayor crímen de estado.

Blanca promulgó en nombre de su hijo una ordenanza conforme á los cánones del concilio de Tolosa; por la cual se privó á los herejes de sus empleos y bienes, y se mandó á los barones y bailíos, so pena de perder su libertad y sus propiedades, buscar, denunciar y prender á los acusados de heregía y entregarlos á los jueces eclesiásticos. En este mismo edicto se mandaba "embargar los bienes de aquellos que hubiesen vivido un año *encenagados* en la escomunion sin solicitar ser absueltos." La inquisicion empezó ejerciendo con severidad sus facultades: ciento ochenta hereges fueron quemados en Champaña en presencia de diez y ocho obispos. Prohibióse tambien á los legos la lectura de la Biblia, y solo se les permitió la del Salterio y del Breviario sino en latin: providencia á que dieron orígen los errores y abusos de los valdenses, que interpretaban á su arbitrio, y no segun el espíritu y sentido de la iglesia, los testos de la sagrada escritura. El principio de los siglos de la edad media se ha conservado, á lo menos en las fórmulas, hasta nuestros dias: pues Luis XV y Luis XVI juraron cuando recibieron la consagracion, *esterminar los hereges*; cuando nadie ignoraba el gran número de calvinistas que habia entonces en Francia, protegidos ó tolerados por la ley. La guerra de los albigenses que duró veinte años, terminó con la ruina de la dinastía de Tolosa, y con el aumento del señorío real: mas no se estinguió enteramente el germen de la oposision contra el poder de Roma. Conservóse

oculto, y esperó la ocasion de tener por cómplices las potestades seculares, para desenvolverse, tres siglos despues, con mayor furia y mayores ruinas.

Guerra con Enrique, rey de Inglaterra (1230). Los progresos de la autoridad real irritaban cada dia mas el odio y la envidia de los grandes vasallos. El conde de Bretaña no cesaba de formar nuevos proyectos para levantar el feudalismo decaido: pero como no podia fundar ninguna empresa con probables esperanzas de buen suceso sin el socorro de los ingleses, hizo los mayores esfuerzos para despertar los resentimientos de Enrique III y animar su valor. Sus artificios le salieron tan bien, que este monarca, creyendo que su ministro Dubouros estaba ganado por Blanca, se enojó furiosamente contra él, y aun quiso matarle con su propia mano. Resuelto á pelear con los franceses, hizo un tratado con el conde de Bretaña, y le dió el condado de Richmont y cinco mil marcos de plata. El conde, pareciéndole ya que podria burlarse impunemente de la ira del rey frances, violó desvergonzadamente sus juramentos. Un caballero del temple llevó á Luis una carta suya concebida en estos términos: "Me habeis quitado á Belesma y todas las tierras que yo poseia desde el tratado de Vendoma. Estoy determinado á hacerme justicia con las armas; y asi no os reconozo por señor ni soy vuestro vasallo; y ademas, os declaro guerra." El rey estaba entonces en Saumur con algunos barones y tropas; marcho al

momento contra el nuevo enemigo y tomó á Angers; pero abandonado de allí á poco por las milicias señoriales que solo estaban obligadas al servicio de cuarenta dias, hubo de detenerse. Los rebeldes, animados con esta inaccion, penetraron en Champaña y llegaron hasta Provins. Al mismo tiempo desembarcó en San Maló el rey de Inglaterra, y recibió solemnemente el homenage de los bretones.

Luis no podia rechazar una liga tan poderosa, sino apoyándose en el consentimiento de sus barones, y en el voto nacional; y á este efecto convocó un parlamento en Ancenis. Las fórmulas de sus actas, que fueron muy importantes, merecen ser observadas: porque siendo mas concluyentes que las disertaciones de los autores, engañados muchas veces por el espíritu de sistema, nos dan á conocer de una manera cierta los derechos, usos, costumbres y leyes. El decreto del parlamento de Ancenis está redactado en los términos siguientes: "Nos, Gualtero, por la gracia de Dios, arzobispo de Sens, &c. Felipe, conde de Flandes; Teobaldo, conde de Champaña, &c. y otros barones y caballeros, cuyos sellos estan puestos mas abajo, hacemos saber, que en presencia de nuestro muy querido señor Luis, ilustre rey de los franceses, hemos juzgado unánimente que Pedro, antes conde de Bretaña, ha perdido por justicia el *arrendamiento* de Bretaña á causa de las faltas que ha cometido contra dicho señor rey, y que los barones de Bretaña que le han hecho juramento á

causa de dicho arrendamiento, quedan libres de la fé que le debian, y que por tanto no estan obligados ya á obedecerle ni á hacer nada por él. En fé de lo cual hemos hecho poner nuestros sellos á estas presentes." La reina Blanca asistia al juicio del tribunal del rey, como prueban muchos documentos, citados por Ducange. Tenia indudablemente derecho para ello como regente, y ademas, antes de esta época habian tenido asiento las mugeres en dicho tribunal. Mafalda, condesa de Artois, habia asistido como juez y par, al proceso de Roberto, conde de Flandes.

Destituido el condado de Bretaña, los barones trajeron todas sus tropas al campamento del rey, que tomó la defensiva, se acercó á Nantes y se apoderó por asalto de la ciudad de Ouden. El rey de Inglaterra, testigo ocioso de las hazañas del enemigo que habia provocado, en vez de mostrar la misma actividad, perdia en Nantes el tiempo en bailes y festines. En vano vinieron á ofrecerle sus espadas y á escitarle al combate sesenta caballeros normandos, célebres entre los mas valientes: ninguna instancia, ninguna reprension pudo sacarle de su afeminado letargo. Su ejército, corrompido por su ejemplo, se entregó sin freno á toda especie de escesos y disoluciones que fueron castigados con enfermedades contagiosas y lo arruinaron. Toda Inglaterra resonaba con quejas é imprecaciones contra la cobarde inaccion y vida escandalosa de este príncipe débil. El odio de los pueblos se repartió entre el rey y su ministro. Luis se hu-

hiera aprovechado mejor de las ventajas que le daba la flaqueza de Enrique, á no haber detenido sus esfuerzos la desunion de los barones, que conservaban gran parte de sus fuerzas para sus guerras privadas, y que ademas, temerosos de la autoridad real, no auxiliaban sinceramente el poder que amenazaba su existencia.

Blanca, que todo lo preveia, conoció la necesidad de conciliar aquellas desavenencias y tranquilizar los ánimos suspicaces de los señores: y así convocó á Compiegne todos los grandes vasallos del reino, y con diestras y hábiles negociaciones, logró terminar las querellas que tenian los condes de Flandes, Champaña y Boloña. Tambien reconcilió al conde de Chalons con el duque ds Borgoña, y al duque de Lorena con el conde de Bar. La reina y su hijo confirmaron esta pacificacion, jurando solemnemente en presencia de la junta que mantendrian los privilegios de cada uno, que observarian las antiguas leyes y costumbres, y que harian á todos justicia.

El rey de Inglaterra confiaba para el buen suceso de sus designios no tanto en sus armas como en la discordia. Despues de un corto viage que hizo á Guiena, entró en el Poitou y tomó la ciudad de Mirebeau. Pero cuando supo la pacificacion interior, debida á Blanca, y la reunion de todos los barones franceses al rededor del trono, se apoderaron de él el desaliento y el temor. Hallándose sin aliados ni dinero, y contrariado por el papa que predicaba la paz en Europa para

socorrer la tierra santa, abandonó vergonzosamente una empresa mal concebida y peor ejecutada, y se embarcó con precipitacion para Inglaterra.

Esta partida, ó por mejor decir, esta fuga causó en Francia alegría universal, que no se turbó sino por la muerte de dos hombres célebres, uno y otro muy amados, ministros prudentes, y guerreros ilustres. Mateo de Montmorency, uno de ellos, fue condestable en tiempo de tres reyes, se inmortalizó en la batalla de Bouvines, y adquirió un nuevo título de gloria dirigiendo la educacion de Luis IX El otro era el canciller Guarin, obispo de Senlis, elocuente, sábio y gran guerrero, habia logrado la confianza de tres reyes. El fue quien comenzó á formar el archivo de cartas. El respeto que inspiraba su virtud, se tributó tambien á su dignidad: y desde entonces el empleo de canciller se hizo superior á todos los otros, y aun á los pares del reino.

Los cuidados del gobierno no impedian á Blanca velar cuidadosamente por la educacion de su hijo. Obligábale á que dedicase al estudio todo el tiempo que le dejaban libre los combates. Luis hacía rápidos progresos, gustaba de instruirse, y si el estudio no le hubiera sido agradable, no por eso hubiera dejado de entregarse á él con la misma aplicacion, desde que se le demostrase que era un deber. Este príncipe religioso hubiera tenido escrúpulo de reinar sin ser capaz de ello; y buscaba con ansia en la historia antigua y en las crónicas modernas,

lecciones, ejemplos y modelos. Aprendió muy bien la lengua latina: y la lectura de los libros sagrados hizo en su ánimo profunda impresion. Una de sus mayores diversiones, cuando estaba desocupado, era esplicar á sus cortesanos las obras de los santos padres. Entre todas sus virtudes sobresalia la piedad religiosa; las lecciones de su madre le habian preparado para la santidad. Su fé era vigorosa y constante: y el espíritu propio de su siglo le hacia mirar como crimen político todo error en materia de religion. Joinville refiere que habiéndole contado que un abad habia maltratado á un judío de resultas de una disputa que tuvo con él acerca de su creencia, dijo el rey: "creed que ninguno, que no sea teólogo perfecto y muy instruido, debe disputar con los judíos: sino cuando los oiga hablar mal de la fe cristiana, defenderla, no solo con palabras, sino con buenos tajos y reveses de espada, la cual deberá meter en el cuerpo de los maldicientes é infieles tanto como pueda entrar." En uno de sus edictos mandó atravesar con un hierro encendido la lengua de los blasfemos: y un vecino opulento de París sufrió este castigo, á pesar de todos los que se empeñaron para consegir su perdon. Pero su profunda devocion y santidad no impidieron que se opusiese á las pretensiones desmedidas del clero, á la ambicion, que siempre crecia, de la corte Romana, á sus violencias contra el emperador, á la supremacía que affectaba sobre todos los tronos, y á la temeridad

de algunos prelados que ponian en entredicho los dominios reales. Joinvilla cita un ejemplo de su vigor en resistir á lo que no le parecia justo, aunque procediese de lo que él mas respetaba, que era el sacerdocio. "Un dia, dice, que estaban reunidos todos los obispos de Francia, enviaron por diputado al de Auxerre para que dijese al rey que la cristiandad se iba perdiendo bajo su gobierno. *¿Y por qué razon?* dijo el buen rey santiguándose: *Porque ya los escomulgados*, dijo el obispo, *no solicitan ser absueltos*: *y os pedimos que mandeis á vuestros bailíos embargar los bienes de los que pasen un año sin absolucion. Probad que son delincuentes*, dijo el rey, *y yo haré lo que pedis.* El obispo replicó: *no nos toca á nosotros conocer de su causa. Siendo eso así*, repuso Luis, *yo obraria contra Dios y la razon: porque el conde de Bretaña, escomulgado por los obispos bretones, ha pleiteado siete años contra ellos, y al fin ha ganado el pleito en el tribunal del papa. Ya veis, pues, que si al fin del primer año hubiera yo embargado sus bienes, habria cometido una grande injusticia.*" De todos los infieles los que esperimentaron mas el rigor de Luis fueron los judíos: porque á todos los miraba como deicidas. Jamas quiso mejorar su suerte: y aun la agravó en sus ordenanzas; segun las cuales eran reputados siervos de los señores y sometidos á su jurisdiccion, *al acostarse y al levantarse*, segun la frase de las leyes. Sus bienes eran tenidos por pertenecientes á los

señores, de tal manera que si un judío se convertia, sus propiedades quedaban confiscadas, para que el señor no perdiese por la conversion una parte de su dominio. Ningun cristiano podia servir á un israelita. Toda union con una judía era asimilada al crimen de bestialidad: y para que este pueblo proscrito fuese conocido en todas partes, se mandó á las mugeres llevar velo amarillo, y á los hombres bonete del mismo color.

Luis tenia grabados en su corazon los principios de la moral evangélica, tan respetada en su siglo esteriormente, pero tan ultrajada en los pensamientos y obras. Siempre se mostró caritativo con los pobres, clemente con los enemigos, compasivo con las flaquezas agenas, severo con las suyas, amante de la justicia, sumamente escrupuloso en sus promesas y tratados, y de tal modo íntegro é imparcial, que todos los pueblos y reyes le elegian por árbitro de sus desavenencias. Era suave en el trato doméstico, y arrostraba los peligros con la osadía de un leon. Se lastimaba de los males de los soldados: avaro de la sangre de sus tropas, prodigaba la suya; y tan cristiano en los campamentos como en el templo, asistia á los apestados en los hospitales con valor verdaderamente evangélico. Aquellos infelices, abandonados por sus compañeros, solo eran consolados y asistidos por su rey. Anquetil dice que hubo dos hombres en san Luis: uno, activo, valiente y animoso, cuando grandes peligros é intereses le

escitaban: otro, débil hasta el esceso, sumiso á su madre y que parecia dejarse gobernar por sus sirvientes. Sin embargo, añade este historiador, nunca tuvo privado. Nosotros creemos que este santo rey, si cumplia en los campos de batalla, y el manejo de los negocios públicos las obligaciones impuestas por su dignidad, reservaba para la vida interior y doméstica el ejercicio de la humildad y de la abnegacion cristiana, y de aquí procedió que sus contemporáneos, no acostumbrados á esta clase de virtudes, atribuyesen á flaqueza su mansedumbre. El mismo Voltaire, padre del filosofismo del siglo XVIII, y pocas veces imparcial con los devotos, paga sin embargo homenaje al caracter de este monarca. "Luis IX, dice, era la esperanza de Europa: reunia la política mas profunda con la justicia mas escrupulosa. Era prudente en el consejo, intrépido con serenidad en el combate, compasivo como si hubiese sido contínuamente desgraciado. Parece imposible llevar la virtud á un grado mas alto."

Fundaciones de Luis (1232). San Luis construyó muchas iglesias, reedificó á san Dionis y fundó la abadía de Royaumonte. "Es muy agradable á Dios, decia, adornar y enriquecer los templos que habita."

A pesar de la deferencia de Luis para con el clero, muchas veces los obispos, sin motivos justos, ponian entredicho en las diócesis y escomulgaban á los oficiales del rey. Luis mandaba embargar las temporalidades: mas como

no pudiese traerlos á la razon, suplicó al papa Gregorio IX que les prohibiese semejante abuso. El papa le concedió, como una gracia especial, la bula que pedia.

San Luis empleó grandes sumas en adquirir reliquias, algunas de las cuales, atendidos los pocos progresos de la crítica en aquel siglo, estaban muy lejos de ser auténticas. El tesoro de la Santa Capilla ascendió, por su liberalidad, á tres millones, suma entonces muy considerable. Fundó ademas en París doce monasterios y nueve colegios. Esta generosidad para la iglesia de un príncipe, por otra parte muy ecónomo, era desagradable á los señores cuyos privilegios se restringian cada vez mas. Aquellos hombres altivos, feroces, envidiosos del clero, é indóciles á la autoridad real, reprendian la devocion de Luis, y le aplicaban todos los nombres injuriosos en que abunda la lengua francesa para estigmatizar la supersticion, y que facilmente estienden los hombres de mala intencion al verdadero espíritu religioso. Cuando este príncipe, atacando las costumbres bárbaras y anticristianas de los barones, les prohibió los desafios, añadieron á los otros denuestos los nombres de perjuro y tirano. Todos los malcontentos procuraban sublevar los pueblos contra él y hacerle objeto del menosprecio público. Pero la bondad, justicia y mansedumbre del rey le habian ganado de tal manera la estimacion general, que aquellos medios infames no podian ser peligrosos.

Sin embargo la astucia y la calumnia produjeron algun efecto en el vulgo necio, inconstante y envidioso, que cree consolarse de su miseria aborreciendo á los ricos y á los grandes. Un dia que el rey pasaba por París, le detuvo una muger del pueblo, llamada Sarreta, y le insultó asi públicamente: "tú eres indigno de reinar: tú no eres rey sino de los franciscanos, dominicos, sacerdotes y clérigos. Es lástima que estés en el trono de Francia." Los guardias querian castigar á aquella muger insolente: Luis no permitió que le pegasen, ni aun que la arrojasen de allí. Este acto de clemencia produjo su efecto ordinario: inspiró justo desprecio á la ofensa y profundo respeto al ofendido.

El pueblo de París tenia necesidad mas que otro alguno de ser instruido por las luces y ejemplos de un rey virtuoso. Para formar idea de la grosera corrupcion que reinaba entonces en la capital, basta citar la descripcion que hace de ella el cardenal de Vitry. "En este tiempo, dice, de calamidades y crímenes, París, así como las demas ciudades, era una cloaca de inmundicias. Sus habitantes caminaban en las tinieblas; la corrupcion del clero de esta ciudad, excedia á la del pueblo. Los eclesiásticos corrompian á los forasteros con su ejemplo, y la deshonestidad apenas era culpa para los parisienses. Las mugeres públicas detenian en las calles y plazas á los eclesiásticos, y los injuriaban con el infame nombre de *búlgaros*, si se negaban á seguirlas. Los vicios mas vergonzosos

y abominables dominan de tal modo en esta ciudad, que el que no hace mas que tener muchas concubinas, es estimado como hombre de ejemplares costumbres. En las casas se ve en el piso bajo una escuela, y en el alto un lupanar: de modo que arriba disputan su presa las desvergonzadas prostitutas, mientras abajo ventilan y discuten los estudiantes y maestros cuestiones de filosofia y teología." Este antiguo cardenal no era muy amigo del buen tiempo pasado, tan aplaudido en nuestros dias.

Casamiento de Luis con Margarita de Provenza (1233). Cuando el espíritu de faccion destilaba el veneno de la sátira contra las virtudes de Luis, otros procuraban, atacando su moral, hacerle perder la veneracion que inspiraban generalmente sus buenas costumbres: le acusaban á un mismo tiempo de deshonesto é hipócrita, y decian que se entregaba en secreto á amoríos ilegítimos. Blanca, para desacreditar estos rumores calumniosos y preservar á su hijo de las tentaciones, á que le esponía su juventud, resolvió casarle, y le dió por esposa á Margarita, descendiente de la casa real de Aragon, e hija de Raimundo, conde de Provenza, por el derecho de su muger, que era hija de Tomás de Saboya. El rey, muy ofendido de la injusticia con que se le acusaba de sacrificar sus deberes á sus placeres, renunció desde entonces á toda diversion, aun la de la caza, que le gustaba mucho. La virtud de Blanca estaba tan espuesta como la de su hijo á los tiros de sus enemigos comu-

nes, y se sospechaba que tenia trato de amores con el legado y con el conde de Champaña. Mateo Paris, autor muy parcial contra Francia, dice, que estos rumores no carecian de fundamento. Sin embargo, la austeridad rigorosa de la regente bastaria para acallar á sus detractores: pero como estas culpas y flaquezas, cuando las hay, se encubren con el velo del misterio, la malignidad sacaba partido de sus sombras, que roban igualmente las pruebas de la inocencia y del delito. Lo cierto es que la perseverancia del conde de Champaña, despues rey de Navarra, y los muchos romances que escribió á la señora de sus pensamientos, dieron algun pretesto á los malignos para acusar á la reina, sino de complicidad, á lo menos, de demasiada indulgencia. El carácter de Blanca era muy firme y altivo para temer estas sátiras ni para irritarse por ellas. Continuaba manejando con vigor las riendas del gobierno, y obligaba sus pueblos á la gratitud, los estrangeros á la admiracion y los facciosos al silencio. Sus embajadores fueron á Provenza por la princesa Margarita, que se desposó en Sens el año de 1233. Las cuatro hijas de su padre Raimundo fueron todas coronadas. Margarita casó con Luis IX: Leonor, con Enrique III rey de Inglaterra: Sancha, con Ricardo, hermano de Enrique III, y despues electo rey de romanos, y Beatriz con Carlos, conde de Anjou, hermano de San Luis, y que algunos años despues fue rey de Sicilia. Las bodas del rey se celebraron con magnificencia.

Luis dió la órden de caballería á algunos señores, y segun el uso, tocó á muchos enfermos de lamparones: porque desde el tiempo de Roberto la credulidad atribuía á los reyes de Francia la virtud de curar este mal. San Luis gustaba mucho de la sencillez en su vida privada: pero en las fiestas usaba del lujo conveniente á su dignidad: lujo, que sin embargo parecia mezquino, comparándolo con la magnificencia moderna: pues que en el banquete nupcial que dió el rey, causaron admiracion, como una preciosidad rara, dos cucharas de oro que habia en la mesa. Las particularidades que cuentan las crónicas con motivo de las bodas de Margarita, prueban que continuaba entonces la costumbre de la primera dinastía, de asignar sobre las rentas de muchas ciudades la viudedad de las reinas. Vemos tambien que los abusos feudales del palacio del rey vejaban tanto al pueblo como en las cortes de los grandes barones. Cada uno de los grandes dignatarios de la corona cobraba derechos de los diversos gremios de mercaderes: y así los mesoneros y taberneros estaban sometidos á la administracion del copero mayor, y le pagaban sumas cuantiosas.

Sumision del conde de Bretaña (1234). Blanca quedo libre de un enemigo tan temible para ella por su nacimiento, como por sus prendas personales que le habian ganado el afecto público. Felipe, conde de Boloña, murió, y la opinion general acuso de nuevo a Teobaldo, conde de Champaña, de haber empleado la pon-

zoña: y aun se llegó hasta acusar á Blanca de complicidad. Teobaldo, maltratado por los rumores del vulgo, los temia tanto menos, cuanto en esta ocasion la fortuna le indemnizaba con nuevos y grandes favores; pues ciñó la corona de Navarra, que heredó su muger. El mismo año terminó el conde de Flandes su larga vida: Blanca perdió en él un aliado agradecido y un fiel vasallo.

El conde de Bretaña habia conseguido entonces á fuerza de ruegos y artificios, que se rompiese la tregua entre Francia é Inglaterra. Creyéndose seguro de que Enrique le auxiliaria, comenzó temerariamente las hostilidades. Pero el rey de Inglaterra, siempre irresoluto, difirió tomar las armas, no envió socorros, y la osadía del conde de Bretaña se trocó en consternacion. Viéndose sin apoyo y amenazado por las fuerzas del monarca frances, pidió una suspension de hostilidades que se le negó; y no le quedó otra esperanza para conseguir su perdon, que entregar al rey sus estados. Vino pues á ofrecerlos, se echó á sus pies con un dogal al cuello, é imploró humildemente su clemencia. "Perverso traidor, dijo Luis, aunque has merecido muerte infame, yo te perdono por consideracion á la nobleza de tu sangre: pero á condicion que entregarás el condado de Bretaña á tu hijo: y se lo dejo no mas que por su vida: pues muerto él, quiero que se agregue á la corona de Francia."

Algun tiempo despues mitigó la severidad de este decreto; el conde entregó al rey muchas

de sus fortalezas, y prometió servir en Palestina cinco años, apenas su hijo fuese mayor de edad. Conservó su señorío bajo estas condiciones, y aun recibió el título de duque por el derecho de su muger. El rey de Inglaterra, cuando supo este tratado, se enfadó mucho, y aun añadió amenazas á las quejas: pero el conde burlándose de su enojo, armó algunos bajeles que arruinaron el comercio inglés.

La política de Blanca y de su hijo era muy hábil: porque se servian diestramente de los mismos abusos del sistema feudal para impugnarlo y encadenarlo; y como la mayor parte de los señores no permitian á sus vasallos formar alianzas ó casamientos contrarios á sus intereses, Luis quiso tambien ejercer el mismo derecho sobre todos los señores y grandes feudatarios de la corona. En virtud de este derecho que recordó escrupulosamente en la mayor parte de sus tratados, se opuso al casamiento de la condesa de Flandes con Simon de Montfort, conde de Leicester, y al de la hija del conde de Ponthieur con el rey de Inglaterra. Por el mismo motivo, negó su consentimiento al matrimonio de la princesa Matilde, viuda del conde de Boloña, con Mantfort.

Rebelion y sumision del conde de Champaña (1236). El indócil Teobaldo, conde de Champaña y rey de Navarra, que sucesivamente era amante sumiso y vasallo rebelde, se atrevió á casar su hija con Juan de Dreux, hijo del conde de Bretaña, sin haber obtenido el permiso del

rey, Luis, temiendo las consecuencias de este ejemplar, marchó rápidamente contra él, derrotó sus tropas y le obligó á pedir la paz. Teobaldo habia tomado la cruz y era protegido por Roma: pero á pesar de las instancias del pontífice, el rey no le perdonó sino con duras condiciones: éstas fueron que Teobaldo le cediese las plazas de Bray del Sena y de Monterecuifaut Joune, y le prometiese partir inmediatamente á Palestina y no volver sino despues de siete años. El rey de Navarra, vencido y humillado, se presentó en palacio y le insultaron groseramente los pajes del conde de Artois, hermano de Luis, cortándole la cola á su caballo y tirándole un queso á la cara. Pero en vano los agresores confiaban en la proteccion de su amo; la justicia del rey no conocia privilegios, y todos fueron condenados á muerte. Blanca intercedió por ellos, y Teobaldo, que no podia negarla nada, solicitó y consiguió que fuesen perdonados. Despues de este servicio, se retiró, dejando á la reina por despedida cuatro versos, cuyo sentido es este:

Ella manda que parta, amor me obliga,
Y gracias doy de tan cruel ausencia:
Cuando el ángel que adoro me castiga,
No hay mas razon en mí que la obediencia.

En vano procuraba Blanca calmar todas las agitaciones, sosegar todas las desavenencias y reprimir todos los malcontentos. Deshecha una

tempestad, se formaba otra: y la razon mas ilustrada no podia mantener en reposo los elementos, siempre en lid, del sistema feudal. La sumision de Raimundo, conde de Tolosa, no bastó para tranquilizar el Languedoc. Los albigenses se sublevaron y dieron muerte á muchos inquisidores y sacerdotes; el obispo de Tolosa tuvo que huir de la ciudad, y en Narbona se cometieron iguales desórdenes. Entrambos partidos tomaron las armas: pero el rey para impedir la guerra civil, mandó á unos y otros que presentasen ante los tribunales sus quejas respectivas. El pontífice por su parte amenazó á los del Languedoc con las armas eclesiásticas, mandó á todos los franceses, so pena de escomunion, obedecer las órdenes de la inquisicion, y desterró á Raimundo á Palestina. San Luis y su madre que querian proteger á su vasallo, solo pudieron conseguir una próroga de ocho meses

Pero en este término se recibieron en Roma noticias del abuso que se hacía en Francia del poder inquisitorial. Llegaron al sumo pontífice quejas violentas contra Roberto, que era el principal de los inquisidores, hombre hipócrita, cruel y escandaloso, que vivia públicamente con una muger maniquea, *para conocer mejor*, segun él decia, *los secretos de los hereges*. Se jactaba de distinguir por la fisonomía á los enemigos de la fé, y así sentenciaba sin misericordia á los que se hacian sospechosos por su semblante. Al principio gozo este hombre la confianza del papa, de la reina y del rey, y fue enviado

á Champaña, Borgoña y Flandes, donde quemó y despojó indistintamente á los inocentes, sospechosos y culpables. El pueblo le llamaba Roberto *el búlgaro* Pero al fin, San Luis, informado de sus crímenes, le mandó encerrar en una prision, donde terminó su vida. La mala conducta y la violencia de este inquisidor desacreditaron la inquisicion en Francia, la impidieron echar raices, y produjeron en fin su abolicion.

Mayor edad de Luis (1237). Luis habia llegado ya á ser mayor, y tomó en sus manos las riendas del gobierno. No obstante, Blanca continuó reinando. La ley daba al jóven príncipe entera independencia: pero su amor filial era tan fuerte, que aun en los negocios de la vida privada, temia, como en su infancia, dar disgusto á su madre. La reina Margarita llevaba muy á mal esta sujecion. Blanca, celosa de conservar este ascendiente que tenia sobre el corazon de su hijo, turbaba á cada instante sus conversaciones secretas, las cuales decia que le robaban á los cuidados del gobierno. Temíanla tanto los dos esposos, que se veian obligados á encubrir con el velo del misterio sus legítimos y castos amores. Las crónicas de aquel tiempo refieren que estando un dia Luis en el cuarto de Margarita, sintió venir á su madre y se ocultó detras de una cortina. Blanca le vió y le dijo imperiosamente: "¿ qué haceis ahí perdiendo el tiempo ? idos." Margarita, que entonces estaba enferma, esclamó: "¡pobre de mi! no me será

permitido ver á mi señor, ni en vida ni en muerte." Luis, valiente en los combates, intrépido en la adversidad, sostenedor impertérrito de la justicia, no desmintió jamas el carácter de sumision á su madre, aun cuando parecia que ésta ampliaba sus derechos mas de lo justo. Su obediencia á Blanca era una parte de la abnegacion cristiana, que siempre ejercitó con el mayor placer, cuando la justicia y la dignidad del trono se lo permitian. Los sentimientos y virtudes religiosas, eran en este rey afectos vehementísimos Su imaginacion se exaltaba cuando oia contar las desgracias de los cristianos de Palestina y los ultrajes que los musulmanes cometian contra el santo sepulcro. Hablaba continuamente de esto con tanto ardor que en breve se estendió en el Oriente la noticia de una nueva cruzada dirigida por San Luis para conquistar la tierra santa.

Esta noticia escitó el terror y la ira del *Viejo de la Montaña*, príncipe de los asesinos. La mayor parte de los historiadores aseguran que envió al Occidente dos emisarios para que diesen muerte á Luis; y que despues, mejor informado, arrepintiéndose de su primer designio, despachó dos emires, que con su diligencia se anticiparon al crimen, y avisaron al rey el peligro que le amenazaba Los asesinos, detenidos por los emires en Marsella, los acompañaron á París, y se echaron á los pies del rey. Este príncipe les hizo, por generosidad, grandes regalos: pero no olvidó lo que exijia la pruden-

cia política, y desde entonces tuvo siempre una guardia de maceros.

Donacion de reliquias (1238). Siendo conocida la fervorosa devocion de San Luis, le ofrecian de todas partes por complacerle, dones religiosos que preferia á los demas homenajes y presentes. El emperador Balduino II, que por falta de talento, soldados y dinero, perdió el imperio de Constantinopla, durante sus apuros habia dado en prendas á los venecianos por una fuerte suma la corona de espinas del Salvador. Nicolás Querini, noble veneciano, la compró y la regaló á San Luis. El rey salió á recibirla hasta Sens, y la trajo con los pies descalzos hasta París á la iglesia de nuestra Señora. Al mismo tiempo le regalaron un pedazo de la cruz, el hierro de la lanza que atravesó el costado de Jesucristo, y la esponja en que le dieron hiel y vinagre. Enrique III, rey de Inglaterra, solicitó, á ejemplo de Luis, presentes de la misma clase.

Casamiento de los hermanos del rey (1239). Las ocupaciones piadosas de Luis no le impedian seguir con actividad sus planes para el aumento de la autoridad real y disminucion del poder de los señores. Celebró con magnificencia en París las bodas de Roberto su hermano con Mafalda, condesa de Brabante, y le dio el condado de Artois. Alfonso, otro de sus hermanos, casó tambien entonces con Juana de Tolosa, y se le dió este condado.

Joinville describe pomposamente estas so-

lemnidades, cuyas principales fiestas eran los juegos militares, llamados *torneos*, imágenes, tal vez sangrientas, de la guerra. Muchos príncipes habian perecido en ellos, y los papas quisieron abolirlos. Felipe Augusto prohibió á sus hijos presentarse en torneos sin su permiso: y el mismo San Luis, afligido con las tristes noticias de Palestina, y creyendo que era mas decente á los cristianos ir á la guerra contra infieles que á las fiestas, quiso suspenderlas: pero la costumbre fue mas poderosa que su voluntad. Los nobles guerreros eran muy apasionados á estos ejercicios, usados desde los tiempos de Carlos el calvo y Luis el germánico, aunque la mayor parte de los historiadores atribuyen su invencion á Godofre de Previlly el año de 1066. Godofre quizá dió reglas para estos combates: pero no fue su inventor. Los torneos no podian abolirse hasta la caida del feudalismo, al cual sobrevivieron ellos y los desafios. La nobleza europea, que durante muchos siglos no habia reconocido otra virtud que la fuerza, otro juez que la espada, se burló de todas las leyes religiosas y civiles que se oponian á esta aficion de gladiadores. Sin embargo, este error, largo aunque brillante, produjo algunos bienes: fortificó el valor, mantuvo el heroismo, y creo el pundunor, sin el cual la tiranía feudal hubiera convertido á Europa en un rebaño de esclavos. La justicia, establecida por las leyes, era preferible sin duda a aquella independencia, fundada en una preocupacion y sostenida por la espada; porque siendo

legal, hubiera sido universal. Pero á falta de leyes, el pundonor conservó libre la parte numerosa de las naciones que era noble. Sin el pundonor la última centella de independencia se hubiera estinguido en Occidente como se estingió en Oriente. Los nobles á la verdad no querian conservar este fuego sagrado sino para sí mismos: pero bastaba que existiese, para que fuese imposible negarlo á las demas clases de la sociedad. Algunos han representado los héroes de este tiempo como modelos de virtud, lealtad y constancia: pero la historia no puede adoptar el lenguage de la novela. La caballería estaba compuesta de los principales barones, y de sus vasallos, y hemos visto con demasiada verdad cuales eran las costumbres feudales, para no haber perdido tan halagüeñas ilusiones. La moral del orden de caballería no fue observada fielmente sino por muy pocos caballeros: desgracia comun á todas las instituciones, por buenas que sean. Eran comunes los homicidios y robos, las perfidias y los quebrantamientos de tratados: y de todas las cualidades heróicas que los partidarios del tiempo antiguo atribuyen á aquellos guerreros turbulentos, la única que no se les puede negar, es el valor. Pocos señores y príncipes cumplieron con la escrupulosidad que Luis todos los deberes de caballero: y estas escepciones eran tan raras, que confirman, en lugar de impugnar, el juicio severo que hace Robertson de aquella época de ignorancia y anarquía.

Neutralidad de Luis en la querella de güelfos y gibelinos (1240). Raimundo, ex-conde de Tolosa, uno de los principales caballeros de esta época, no contenido por sus juramentos, ni escarmentado con sus desgracias, volvió á tomar las armas, afectó pretensiones á Provenza, y la invadió de improviso. Trencavel, su hijo, conde de Beziers, se apoderó de muchas plazas. Luis socorrió á Berenguel, su padre político, y libertó en breve sus estados. Las tropas victoriosas del rey, mandadas por Juan de Beaumont, uno de sus camareros, derrotaron á Trencavel, le persiguieron, le sitiaron en Montreal y le hicieron prisionero. Este triunfo sofocó el espíritu de rebelion, y Raimundo aterrado se sometió y consiguió su perdon.

En el mismo año Teobaldo, rey de Navarra, Pedro, conde de Bretaña, el duque de Borgoña y el conde de Bar partieron á Oriente con grande número de cruzados, que ascendia, segun los historiadores á mil y quinientos caballeros y cuarenta mil peones. Con este motivo adquirieron las municipalidades nuevos privilegios que lograron de los barones á condicion de costear sus equipages: pero se arruinaron casi todos los pequeños vasallos y tributarios, sobre quienes echaban sin piedad impuestos arbitrarios en ocasiones semejantes. Joinville refiere candorosamente una anecdota, que no se puede oir sin indignacion en el dia, y que prueba hasta qué punto de humillacion estaba entonces reducido todo hombre que no era

noble. "El conde Enrique de Champaña, dice, yendo á misa, encontró en las gradas de la iglesia un caballero pobre hincado de rodillas, que le dijo: *Señor conde, os pido por Dios, que me deis con que pueda casar mis dos hijas que veis aquí: porque no tengo con que hacerlo.* Artaldo de Nogent, vecino rico, que estaba detras del conde, dijo al caballero: *haceis mal en pedir á mi señor que os dé: porque ha dado tanto, que ya no tiene de qué.* El conde que lo oyó, se volvió á Ataldo y le dijo: *Te engañas, villano, pues te tengo á tí y te doy á él. Ahi le teneis, señor caballero: yo os le doy y le hago bueno.* El pobre caballero, sin detenerse, le cogió por la capa muy bien agarrado, y le dijo que no le soltaria hasta que hubiese transigido con él. Artaldo se vió obligado á dar quinientas libras por su rescate (1)." Joinville no manifiesta indignacion por esta violencia bárbara, antes la mira como un chiste: y sin embargo el buen senescal, digno de la amistad de san Luis, era caballero estimado tanto por su probidad como por sus hazañas: pues cons-

(1) Nosotros condenamos por bárbara una ley que ponia un hombre á disposicion de otro. Pero al contarse esta anecdota, debió censurarse, sino la osadia, á lo menos la dureza de Artaldo, que quiso impedir hasta la generosidad agena. En este suceso se ven contrastadas la violencia é injusticia de la aristocrácia feudal con el egoismo y mezquindad de la aristocrácia de riqueza que empezaba entonces, y que no desmintió su origen cuando llegó á ser predominante. *(N. del T.)*

ta que en lugar de oprimir á los otros, arruinó su caudal para pagar los gastos de su viage á Palestina. No contento con vender parte de su herencia, reunió los hombres ricos de su pais. Sabed, les dijo, que voy á la empresa de ultramar: no se si volveré. Pero si hay alguno á quien tal vez haya agraviado y quiera quejarse de mi, preséntese y le daré satisfaccion, como tengo costumbre de hacer con los que se quejan de mí ó de los mios." El rey se aprovechó tambien del entusiasmo de los cruzados para adquirir algunos de sus dominios en premio del dinero que les adelantaba. El conde de Melun le vendió sus estados. Montfort era querido de Luis por su piedad religiosa: y el rey costeó su armamento y equipo. Las fuerzas terribles que se reunieron entonces contra los sarracenos, despertaron la esperanza de los cristianos de Palestina. Se creia que iban á conquistar á Jerusalen: pero aquellos peregrinos indóciles llevaban al Asia el mismo espíritu de ambicion y discordia que en su patria los hacía pelear unos contra otros; y su division salvó á los musulmanes. Pedro de Bretaña, no queriendo reconocer gefe, se alejó del campamento francés; y mas codicioso de botin que de gloria, saqueó las cercanías de Damasco. Este egemplo contagioso fue harto seguido: los barones franceses en lugar de marchar con orden, se dispersaron, fueron rodeados por los infieles y sufrieron grandes pérdidas. Cayeron prisioneros los condes de Macon, de Bar, de Traynel, y de Forez, y Ro-

berto de Courtenay. El rey de Navarra y el conde de Bretaña volvieron sin gloria al Occidente. El duque de Borgoña y Gualtero de Brienne quedaron en Asia, pero con fuerzas demasiado cortas para ofender ó para defenderse largo tiempo. Por felicidad, llegó entonces Ricardo, hermano del rey de Inglaterra, con socorros inesperados, aunque no suficientes para conquistas de importancia: pero supliendo con la pericia la falta del número, peleó ventajosamente contra el califa de Bagdad (á quien los cruzados llamaban soldan de Babilonia) y le obligó á hacer treguas y dar libertad á 500 prisioneros. Por esta hazaña adquirió el príncipe inglés mucho renombre en toda la cristiandad. Ya declinaba en occidente el entusiasmo de las cruzadas; pocos querian consagrarse á una guerra lejana, peligrosa y cuyos resultados habian sido casi siempre infelices.

Entonces se encendió en Europa una nueva lid entre el sacerdocio y el imperio. Los sumos pontífices formaron el proyecto de asegurar la independencia de Italia, arrojando de ella á los estrangeros, norte constante de la política romana. Los emperadores alemanes pretendian reinar en Roma é Italia como Carlomagno, confirmar, juzgar y deponer á los papas, y reducir el pontificado á los límites de la autoridad espiritual. Esta lucha inundó de sangre á Alemania é Italia. La tiara y la corona imperial tuvieron partidarios celosos y enardecidos. Los que sostenian el poder de la santa sede y la li-

bertad é independencia de Italia, se llamaron *güelfos*, y sus adversarios *gibelinos*. Los primeros defendian la nacionalidad y el gobierno de su pais: los otros, la prepotencia germánica. Los güelfos se apoyaban no solo en la justicia con que toda nacion defiende sus leyes antiguas y su independencia contra la opresion estrangera; sino tambien en los beneficios que Italia debia á la potencia pontifical: pues solo por ella se hallaba todavia al frente del mundo civilizado.

Federico II, descendiente de la ilustre casa de Suevia, gobernaba entonces el imperio: sus prendas eran dignas de tan alto puesto. Hábil, ilustrado, valiente, heredero de vastos dominios en Suevia, reunió despues á su corona las de Sicilia y Jerusalen. Rico, emprendedor y victorioso, aspiró al dominio absoluto de Italia. Sus eminentes cualidades y los derechos de Pipino y Carlomagno que reclamaba, le hicieron mas temible que todos sus predecesores á la sede de Roma y á los señores y pueblos de Italia que no podian sufrir el yugo de los alemanes. Ya se habian levantado reyertas y altercaciones muy graves entre el imperio y la santa sede con motivo de la donacion que la condesa Matilde hizo á la iglesia de Roma, de sus vastos dominios. Una nueva causa de discordia irritó de nuevo los ánimos. Federico, sin consultar al papa, hizo elegir á su hijo Enrique rey de Romanos: sin embargo esta tempestad se calmó en el momento de estallar. Honorio III confir-

mó la eleccion de Enrique y le coronó: pero obtuvo en recompensa, de Federico, la promesa de llevar sus armas á Palestina y de confirmar la donacion de Matilde. El emperador casó con Yolanda, hija del famoso Juan de Brienne que le cedió todos sus derechos al trono de Jerusalen. Este tratado solo fue una tregua que dió á la animosidad tiempo para afilar las armas. El emperador reterdaba su espedicion á Palestina. Por otra parte, se formó en Lombardía una confederacion de muchas ciudades y señores, resueltos á no reconocer la autoridad imperial: pero el jóven príncipe Enrique acudió y comprimió esta rebelion. Los rebeldes amedrentados acudieron á la mediacion del pontífice, que logró que se les concediese una tregua.

Honorio III murió poco despues, y fue su sucesor Gregorio IX, hombre de carácter ardiente é imperioso. Este papa intimó á Federico que cumpliese su promesa, y le amenazó con los rayos del Vaticano sino aceleraba su viaje á Palestina. El emperador se embarcó, pero los vientos le fueron contrarios y cayó enfermo; por lo cual volvió al puerto y dejó la empresa para otra ocasion. El papa se enojó cuando lo supo, escomulgó al emperador, y desató á sus vasallos del juramento de fidelidad. Federico, no menos irritado, escitó á sus partidarios de Italia, movió una sedicion en Roma, y la plebe turbulenta é inconstante arrojó al pontífice de esta capital. Federico, contento con esta venganza, se embarcó de nuevo. Llegó á Ptole-

maida: su fama, su valor y la fuerza de su ejército amedrentaron al soldan de Egipto, cuyos estados eran entonces teatro de disensiones intestinas. Este príncipe musulman entabló negociaciones: y el afortunado Federico logró con un tratado, sin combatir, que se restituyesen á los cristianos, Belen, Nazaret, Sidon y Jerusalen. Parecia que eran debidas acciones de gracias á este monarca por haber libertado en tan poco tiempo el sepulcro de Jesucristo, que hasta entonces no se habia podido recobrar con tanta sangre derramada. Pero en Roma solo se atendió á la situacion precaria en que quedaban los estados conquistados en Palestina, los cuales volvieron muy pronto al poder de los infieles. Ademas el papa acusó á Federico por haberse atrevido á pelear en defensa de la cruz, sin ser absuelto de la escomunion. Cuando entró en Jerusalen, ningun obispo quiso recibirle ni coronarle, y se puso él mismo la corona. Gregorio le acusó de sacrilegio por haber profanado el santo templo, y de perjurio, por haber vendido la causa de los cristianos, haciendo tratados con los musulmanes. Dos franciscanos llevaron de Roma al patriarca de Jerusalen la orden de promulgar la escomunion contra el emperador, y prohibieron á los grandes maestros de las órdenes religiosas reconocer la autoridad del monarca. Gregorio, á pesar de las súplicas de los príncipes cristianos, publicó en Europa una cruzada contra Federico; y tomó las armas de acuerdo con los tos-

canos, lombardos y otras ciudades de Italia, para quitarle los reinos de Nápoles y de Sicilia. El duque de Espoleto, general de Federico, sorprendido por esta repentina insurreccion, fue vendido, y sitiado en Sulmona. El emperador, informado del mal estado de los negocios, volvió á Italia con prontitud, hizo levantar el sitio de aquella plaza, y recobró su antigua superioridad. Gregorio escribió á todos los fieles para que tomasen las armas contra su enemigo.

Esta querella infausta dividió el mundo cristiano en dos grandes partidos, enfurecidos el uno contra el otro. Los güelfos para distinguirse llevaban dos llaves por insignia en el hombro, y los gibelinos una cruz. El emperador venció á los güelfos, y la guerra se suspendió por una paz muy poco síncera para que pudiese durar. Federico mostró arrepentirse y el papa le absolvió. Sin embargo las injurias continuaban entre los partidarios, aunque habian cesado los combates. El emperador incapaz de separarse por ningun motivo de sus vastos proyectos de ambicion, casó á Encio, su hijo natural, con la heredera de Cerdeña y erigió en reino aquel señorío. Como el mayor de sus yerros, á los ojos de la corte de Roma, era el aumento de su poder, la adquisicion de la isla fue mirada como un delito, bien que en aquella ocasion se hablaba mucho de un libro titulado *los tres impostores*, y atribuido á Pedro de Vignes, canciller de Federico. En Roma se creyó que esta obra impía se habia escri-

to por influjo del emperador para destruir el cristianismo, y con él la potencia del pontífice: y así no es estraño que en las bulas se le comparase *á una bestia, llena de nombres de maldicion, que se habia levantado del mar.* El emperador respondió á las acusaciones del papa con tales injurias, que justificaban las sospechas de impiedad que habian recaido sobre él: llamábale, *antecristo*, *príncipe de las tinieblas*, *segundo Balan*, *y gran dragon que seduce el universo.*

Estos dos implacables enemigos solicitaron en vano, cada uno por su parte, interesar al rey de Francia en su querella. Luis permaneció neutral: pedíasele el auxilio de sus armas y él ofreció solamente su mediacion que no fue atendida. Sus embajadores representaron, tambien en vano, cuan escandalosa era esta guerra, y cuan nesesaria la paz. Los legados de la santa sede, mirando á todos los monarcas como vasallos de Roma, cobraron subsidios en sus estados. Estos subsidios ascendieron á una suma muy cuantiosa en Inglaterra. Un legado quiso hacer lo mismo en Francia: pero san Luis no lo permitió, y prohibió toda salida de dinero fuera del reino. Su religion era ilustrada, y sabia cumplir los deberes de cristiano y de rey. La corte de Roma le ofreció para su hermano Roberto la corona imperial, de que procuraba despojar á Federico. Luis, despues de representar al papa que admitiendo la oferta obraria contra la caridad y contra los derechos de

los soberanos, juntó los barones para consultarlos acerca de la proposicion. Estos se esplicaron con mas vehemencia que el rey. "Sabemos, dijeron en su respuesta, que Federico ha peleado en la tierra santa por la causa de Dios, y que el papa le persigue en vez de protegerlo. No entendemos de donde haya venido al pontífice la facultad de deponer al emperador. Aun cuando hubiera merecido este castigo, no podria imponérsele sino en un concilio general. Gregorio manifiesta menos celo por la religion que Federico: pues cuando este príncipe arrostraba, por la causa de Jesucristo, las tempestades del mar y las espadas de los sarracenos, Gregorio, aprovechándose de su ausencia, le despojaba de sus posesiones. Nosotros no tomaremos las armas contra un príncipe poderoso, defendido por la justicia de su causa aun mas que por las numerosas tropas que tiene á sus órdenes, ni derramaremos nuestra sangre para que el papa, arruinado Federico, pueda dominar á su arbitrio sobre los demas reyes cristianos. No obstante, por respeto á la religion y á la santa sede, enviaremos diputados á Alemania, que se informen de la fé de Federico. Si es catolico, no tomaremos las armas contra él: pero si es herege, le herémos guerra á todo trance, como la hariamos al papa, si fuese enemigo de la religion." En este discurso se vé que el cristianismo era todavia la primera ley del estado: pero que ya empezaba á desconocerse é impugnarse la dictadura ponti-

fical, creada por Gregorio VII; ó mas bien por las necesidades de su siglo, sobre todos los reyes y naciones cristianas. Los embajadores franceses fueron á Alemania: el emperador les aseguró con lágrimas que era buen cristiano y buen católico, y les pidió que no se dejasen seducir por las ofertas de su implacable enemigo. "Dios nos libre, respondieron los barones franceses, de pelear contra vos sin motivo legítimo. El conde Roberto es uno de nuestros príncipes, y no tiene necesidad de corona: le basta ser hermano del gran rey Luis, que habiendo subido al trono por derecho de nacimiento, es evidentemente superior á todo príncipe electivo." Mateo Paris cita estas cartas y respuestas: el abate Vely y otros escritores sospechan que son apócrifas, fundados en que les parece inverosímil el lenguage de los barones. Sin embargo, todo es natural en estos documentos; todo es conforme al espíritu de aquel siglo: y en una querella que hubo con motivo de Pedro de Bretaña, hablaron casi de la misma manera. La resistencia de Luis descontentó á Gregorio, que le manifestó su desagrado en la primera ocasion que representó. Pedro Charlot, hijo natural de Felipe Augusto, fue nombrado obispo de Noyon: su eleccion, aunque regular, fue anulada por el papa: pero el monarca la sostuvo con firmeza. Gregorio, siempre resuelto á deponer á Federico, viendo que aunque se le negaba á la corte de Roma la facultad de derribar los monarcas, se le atribuia al concilio

general, convocó uno, é intimó al emperador que compareciese en él. Federico no quiso reconocer la competencia de este tribunal, y respondió á la citacion en cartas llenas de espresiones indecentes de enojo y menosprecio. El rey persistió en su neutralidad; no envió embajadores al concilio: mas no prohibió á ningun prelado asistir á él. Algunos obispos que se pusieron en camino para obedecer al papa, fueron apresados en el mar por los bajeles de Federico. El clero francés se indignó de este atentado: y Luis encargó á su embajador que se quejase al monarca aleman y reclamase los prisioneros. Esta demanda fue mal recibida al principio. "El rey de Francia, dijo Federico, no debe llevar á mal que César encadene á los que quieren encadenar á César." Luis le respondió: "No ofendais á Francia: es muy poderosa para permitir que la derribeis á los pies y la piqueis con las espuelas." Los obispos recobraron inmediatamente su libertad.

Rebelion de Lusignan: sitio de Fontenay (1241). Al mismo tiempo se libertó el emperador de su enemigo: Gregorio murió: Celestino, su sucesor, no reinó mas que diez y ocho dias, é Inocencio IV ascendió en 1241 al trono pontifical. Como en todos tiempos se habia mostrado afecto á Federico, los gibelinos estaban muy contentos con su eleccion; pero el emperador, que preveia mas, dijo á los que se alegraban de ella: "estais engañados: Inocencio era mi amigo: pero ya es pontífice, y será el mas ardiente de mis adversarios." La neutralidad que Luis habia observado pru-

dentemente en la gran querella del sacerdocio y del imperio, no bastaba para dar á Francia tranquilidad estable. La turbulencia de los señores, sus pretensiones, rivalidades y discordias hacian temer á cada instante la guerra civil. Aquellos orgullosos barones ni podian vivir en paz unos con otros, ni permanecer sometidos al trono, y el aumento de la autoridad real les parecia un atentado contra sus derechos: no obstante, su propio interes los obligaba á respetar el poder del rey: porque si los grandes barones dejaban de reconocerlo, sus propios vasallos podrian con igual razon sublevarse contra los señores inmediatos. Los monarcas capetos, muy hábiles en su marcha progresiva, estendian su poder apoyándose en las usurpaciones mismas del sistema feudal, y solamente en calidad de señores restituian al trono los derechos que le habia quitado el feudalismo· Luis, cuyas miras eran tan elevadas como las de Carlomagno, en vez de temer á los parlamentos, los solicitaba como auxiliares. En ellos decidia las desavenencias de los barones, era árbitro de sus disputas, reprimia, juzgaba y condenaba á los facciosos, y daba inmensa fuerza á su voluntad con la voluntad de todos.

Ningun príncipe convocó mas frecuentemente á sus grandes vasallos. En estas solemnidades pasageras renunciaba á su sencillez habitual y mostraba toda la magnificencia de un rey. "Nunca se vieron, dice Joinville, hablando del parlamento de Saumur, tantas

sobrevestes y guarniciones de tela de oro." Los obispos y abades se presentaban con el lujo propio de señores feudales.

Despues de haber terminado en Saumur las desavenencias de algunos barones, pasó el rey á Poitiers con el designio de que todos los señores del pais prestasen homenaje al conde Alfonso su hermano. Hugo de Lusignan, conde de la Marcha, poseedor de muchos grandes feudos en Poitou, Saintonge y Angulema, era el único que resistia á las órdenes de Luis y rehusaba prestar vasallage á Alfonso.

El rey le amenazó y él vacilaba: su muger Isabela, viuda de Juan Sintierra, le aconsejaba que resistiese. Esta muger, altanera y vehemente, era capaz de cometer todos los crímenes que le dictasen el orgullo y la ambicion. El pueblo manifestaba el odio que le tenia, llamándola *Jezabel* en lugar de Isabel. "Si reconoces, decia á su marido, al conde de Poitou por señor tuyo, todos te tendrán por cobarde, y con razon. ¿Qué temes? Luis no está todavia afirmado en el trono, que es facil conmover y aun derribar en venganza de las usurpaciones de Felipe Augusto. Atrévete, pues, y acomete: apenas tomes las armas, los condes de Tolosa, Cominges, Armagnac y Foix, y los reyes de Castilla, Aragon é Inglaterra acudirán en tu socorro y unirán sus fuerzas á las tuyas para quitar la corona al hijo de Blanca."

Lusignan, subyugado por el ascendiente de su muger, formó una liga con los príncipes des-

contentos, de quienes esperaba ser auxiliado: mas resuelto á no descubrirse hasta que le llegasen los socorros, disimuló, aparentó obedecer al rey, vino á Poitiers, prestó juramento como los demas vasallos al príncipe Alfonso, y se retiró despues á Lusignan con un gran número de caballeros.

Procuraba con suma actividad reunir tropas, cuando de improviso llegó Luis á su castillo, con muy corta comitiva. Esta osadía inesperada del soberano aterró é intimidó al vasallo infiel, que temblaba viendo al monarca contra el cual preparaba sus armas; y en vez de resistirse á su voluntad, firmó el tratado que el rey le dictó: pero este acto fue tan poco firme como poco síncero. Algun tiempo despues que el rey volvió á su capital, informado Alfonso de los manejos del conde de la Marcha para sublevar la nobleza, le mandó que viniese á prestarle nuevo juramento en las fiestas de Navidad. Lusignan pasó á Poitiers; pero seguido de un gran número de soldados: y acercándose á Alfonso, mas bien como enemigo, que como vasallo, le dijo: "Por sorpresa me habeis obligado á hacer el juramento, que ahora declaro nulo. Sois usurpador del Poitou, que pertenece de derecho á Ricardo de Inglaterra. No sois mi señor, y no recibiré, ni vuestras órdenes, ni las del rey. A Dios." Apenas acabó este atrevido razonamiento, salió aceleradamente de palacio, atravesó la ciudad y se alejó de ella, despues de pegar fuego á la casa donde habia tenido su alojamiento.

Luis, cuando supo este atentado, convocó su parlamento, y le preguntó: "¿De qué manera creeis que debe castigarse á un vasallo culpable de felonía?" "Debe ser destituido de sus feudos," respondieron los señores. "Vosotros, repuso Luis, habeis sentenciado al conde de la Marcha." El parlamento tomado conocimiento de los hechos condenó á Lusignan, y decretó que se le declarase la guerra.

Enrique III, aprovechándose de esta ocasion y creyéndola favorable para recobrar las provincias que habia quitado á los ingleses Felipe Augusto, declaró públicamente que socorreria al conde de la Marcha: pero el parlamento inglés, descontento de la inepcia funesta con que habia dirigido las últimas espediciones en Bretaña, é irritado de la condescendencia con que permitió al legado pontificio sacar sumas inmensas de Inglaterra, le negó subsidios, declarando que sería vergonzoso é injusto quebrantar sin motivo la tregua recientemente jurada, y auxiliar á un vasallo rebelde á su soberano.

En valde redobló Enrique sus instancias: nada pudo conseguir: y reducido á sus cortos medios, desembarcó en Francia con trescientos caballeros y treinta barricas de plata. Á pesar de ser tan mezquino el socorro, la orgullosa Isabela recibió con la mayor alegria á su hijo, que venia, segun ella, á terminar su humillacion, y á socorrerla contra el hijo de Blanca, su mortal enemiga. Luis, que con su actividad doblaba sus fuerzas, y desbarataba los designios de sus ene-

migos, armó ochenta buques para la defensa de las costas, y reunió en el campamento de Chieron cuatro mil caballeros, dos mil hombres de armas, las tropas de la nobleza, las normandas de los concejos y una numerosa infantería. Al frente de este ejército, entró en Poitou, taló las campiñas del enemigo y tomó y arrasó varias de sus fortalezas. Los aliados del conde de la Marcha estaban lejos: el rey de Inglaterra prometia auxiliarle en breve; pero sus levas eran lentas y dificiles por la penuria de su tesoro.

Isabela, no pudiendo acometer á viva fuerza el ejército del rey su enemigo, se valió contra él de la astucia y aun del crímen. Lusignan repartió su gente en los castillos, despues de quemar las mieses, arrancar las viñas y envenenar el agua de los pozos. Al mismo tiempo fueron presos en la cocina del rey dos hombres desconocidos que iban á poner veneno en los manjares reservados para Luis. Fueron juzgados y ahorcados; y antes de morir confesaron su delito, y declararon que Isabela les habia dado orden de cometerle. Cuando la condesa supo que era pública su odiosa traicion, mas enfurecida por no haberla logrado que pesarosa del crímen, rasgó sus vestidos, se arrancó los cabellos, y fue acometida de una calentura violenta, que abatió sus fuerzas sin calmar su rabia.

El rey abandonó el castigo de aquel atentado á la indignacion de sus barones y al valor de sus tropas. Cercó la ciudad de Fontenay, donde mandaba Alfonso, hijo de Lusignan. La re-

sistencia fue obstinada, rechazado Luis en muchos asaltos, y herido gravemente Alfonso. Allí dió el rey audiencia á un enviado de Enrique, que le declaraba la guerrra por haber atacado injustamente al conde de la Marcha. Luis, al reves de los príncipes dotados de talentos militares preferia siempre la paz: y para lograrla, estaba dispuesto á sacrificar su amor propio, sus resentimientos, todas sus pasiones en fin, escepto el bien público; y así, olvidando sus injurias personales, propuso al inglés condiciones honrosas y aun algunas ventajas.

Guerra con Inglaterra: batallas de Talleibourg y de Saintes (1242). Enrique se negó á toda reconciliacion. La imperiosa Isabela le habia dado grandes esperanzas fundadas en el número y poder de los príncipes coligados en su defensa. Rotas las negociaciones, Luis volvió con nuevo ardor á las hostilidades, y tomó á Fontenay por asalto. El ejército enfurecido pedia á gritos la muerte de Lusignan el jóven y de sus caballeros en castigo de la traicion de Isabela. El rey, oponiendo á aquellos clamores su santa firmeza, les dijo: "No castigaré el delito imitándolo. El conde de la Marcha es el único culpable: su hijo y sus guerreros cumplen su obligacion obedeciéndole y peleando contra mí." Arrasaron las fortificaciones de Fontenay, que ha conservado hasta ahora el nombre de Fontenay *el derribado*. Esta victoria difundió el terror: muchas plazas, entre ellas Taillebourg, abrieron sus puertas al ejérciro vencedor. Luis se

acampó al pie de sus murallas, en la ribera del Charente, en frente del ejército inglés, que estaba apostado en la otra orilla para defender el paso del rio. Habian ya llegado los refuerzos que tanto deseaba Enrique: su ejército reunido con el del conde de la Marcha, ascendia á treinta mil hombres. Las fuerzas de Luis, disminuidas por los sitios de las plazas, las enfermedades y los cuerpos destacados, eran inferiores en número á la de los ingleses. Ademas de esta desventaja, el rio, aunque poco ancho, era profundo, y no tenia paso sino por un puente estrecho, de modo que solo admitia cuatro hombres de frente, y estaba defendido con unas torres que ocupaban los ingleses. Estos obstáculos estimularon el valor del rey: que, siendo humilde en el templo, modesto en los consejos, manso en la vida doméstica, y sumiso á su madre, era en los combates leon ardiente y águila rapidísima; y poseia el arte de comunicar á los suyos su osadía y confianza. Sin vacilar un punto, manda dar la señal de ataque: una parte de sus tropas se arroja al puente: otros atraviesan en barcas el rio sin hacer caso de la nube de dardos enemigos. La victoria coronó al principio este esfuerzo atrevido: el paso del puente se ganó; pero los ingleses volvieron á tomar las torres.

Luis, alentando sus tropas y marchando al frente de ellas espada en mano, forzó en fin aquel paso peligroso: pero como le seguian pocos soldados suyos, fue rodeado por los caballeros y batallones de Enrique, que dirigieron to-

los gritos de *Montjoie Saint Denis* y los ingleses con el de *Realistes.* De entrambas partes es igual el furor y el encarnizamiento. En esta espantosa y sangrienta pelea no pudiendo los caudillos disponer movimientos, combatieron cuerpo á cuerpo como los saldados. La fortuna tuvo por largo tiempo incierta la balanza entre las dos naciones, émulas en poder, en valor y en gloria. En fin el valor, intrépido de Luis decidió la accion: los ingleses desbaratados se retiran precipitadamente en desorden, y se llevan en la fuga á su rey Enrique. Los franceses persiguieron al enemigo, é hicieron en él gran destrozo. Algunos caballeros; como Juan de Barres, enagenados por su ardor, entraron en Saintes mezclados con los enemigos y fueron hechos prisioneros.

Enrique no tenia el caracter necesario para hallar recursos en la desgracia: y aunque le quedaban fuerzas, se creyó enteramente perdido, salió de noche de la ciudad, abandonó el ejército y espoleó su caballo hasta Blaye. Su partida causó en el ejército inglés sumo desorden y consternacion. Nadie queria ni mandar ni obedecer. En fin cada uno miró por sí, y huyeron por diferentes caminos á Guiena: Saintes abrió sus puertas al vencedor, que halló en esta plaza los bagages y la capilla portatil del rey de Inglaterra.

La mayor parte de los barones rebeldes se sometieron y abandonaron los estandartes de sus caudillos. Solo Bertoldo, señor de Mira-

beau, dió en aquellos dias de miedo y traicion, raro ejemplo de valor y lealtad. Era vasallo del rey de Inglaterra: se presentó á este príncipe y le pidió que pelease con él para defender su castillo, ó sino podia socorrerle, le dejase libre de su juramento. Enrique hizo esto segundo: y entonces el honrado baron fué al campamento de san Luis, y le dijo: "Si mi soberano, vencido por el capricho de la fortuna, no me hubiese vuelto mi libertad, no me veriais, sino con las armas en la mano. Pero pues me es permitido entregarme á vos, creed que os seré fiel mientras os sean agradables mis servicios." "Yo os recibo con alegria, respondió el rey: entregaos á mí con toda confianza. Guardad en mi nombre el castillo: á nadie mejor que á vos puedo fiar su defensa."

Sumision del conde de la Marcha: tregua con Inglaterra (1243). El conde de la Marcha, privado de todo auxilio, no tenia mas esperanza que la bondad del rey, y pidió perdon. Luis exigió que el conde, Isabela y sus hijos se entregasen á discrecion: los obligó á ceder las plazas que se les habian tomado, el feudo de Annis y algunos otros territorios: y á hacer homenage *lige* al rey por Angulema, Jornac y Castres, y al conde de Poitiers, por Lusignan y el condado de la Marcha. El conde, que era soberbio por caracter, perdió el orgullo en la adversidad, y no conservó aquella dignidad que nunca abandona á los modestos: suscribió á todo, pidió perdon al rey por su insolencia y por

los delitos de Isabela, y se arrojó con ella á sus pies. Luis, demasiado pronto quizá en olvidar los infames atentados de la condesa, y de su esposo, los mandó levantar y los perdonó generosamente: pero ordenó al conde que le acudiese con sus tropas para marchar contra el ex-conde de Tolosa y contra los otros príncipes, aliados del rey de Inglaterra. Raymundo, aunque uno de los miembros de la coligacion formada por Enrique y Luisignan, en lugar de enviarles socorros, no habia hecho mas que aprovecharse de su guerra con que detenian las armas del rey, para engrandecerse: y así mientras que Luis peleaba en Taillebourg y en Saintes, él se habia apoderado de Alby, Narbona y otras muchas plazas. Pero la fama, esparciendo á lo lejos la noticia de las victorias del rey, trocó la suerte de Raimundo: sus aliados le abandonaron, cuando supieron que las tropas de Luis se acercaban, y le dijeron que no podian conservar amistad alguna con un príncipe en cuyo palacio se habia dado de puñaladas poco antes á un inquisidor y á muchos sacerdotes. Raimundo, acometido de fuerzas superiores, se hallaba sin socorro alguno: solicitó su perdon, y lo consiguió por la intervencion de Blanca, á la cual se acusó juntamente de sobrada indulgencia. El conde, al reconciliarse con Luis, le mostró cartas del emperador Federico en que le instaba á rebelarse. Así pagó aquel príncipe ingrato, inmoral y envidioso del rey de Francia, la neutralidad gene-

rosa que este observaba en la guerra del imperio con la santa sede.

Enrique III, vencido por los franceses, despreciado de los ingleses, robado por sus mismos soldados, estaba en Burdeos sin poder, sin dinero y sin honor. Abatido por el infortunio pidió una tregua y Luis se la concedió, con gran disgusto del pueblo: porque todos querian que se aprovechase aquella ocasion de arrojar á los ingleses del reino: cosa que parecia entonces bastante fácil. Pero la moderacion de Luis, que se atribuia al amor escesivo de la paz y á los crecrúpulos de la devocion, tenia otros motivos. El ejército francés, se hallaba disminuido por los combates y las fatigas, por el retiro de las tropas señoriales cuyo servicio se habia acabado, y en fin por una enfermedad contagiosa de la cual perecieron en el mismo año veinte mil personas.

Este terrible mal no perdonó al rey; antes le acometió con tanta fuerza, que durante algunos dias se perdió la esperanza de que viviese. Todas estas circunstancias obligaron á Blanca y á su hijo á dejar á Enrique algunas reliquias de sus posesiones en Francia.

Enrique, deseando volver pronto á inglaterra, y no atreviéndose á correr el riesgo de que los bretones le apresasen en el mar, pidió á Luis permiso y pasaporte para atravesar el reino de Francia. Algunos barones digeron que se le debian negar. "Nó, replicó Luis: el permiso de retirarse es un favor que jamas negaré

los delitos de Isabela, y se arrojó con ella á sus pies. Luis, demasiado pronto quizá en olvidar los infames atentados de la condesa, y de su esposo, los mandó levantar y los perdonó generosamente: pero ordenó al conde que le acudiese con sus tropas para marchar contra el ex-conde de Tolosa y contra los otros príncipes, aliados del rey de Inglaterra. Raymundo, aunque uno de los miembros de la coligacion formada por Enrique y Luisignan, en lugar de enviarles socorros, no habia hecho mas que aprovecharse de su guerra con que detenian las armas del rey, para engrandecerse: y así mientras que Luis peleaba en Taillebourg y en Saintes, él se habia apoderado de Alby, Narbona y otras muchas plazas. Pero la fama, esparciendo á lo lejos la noticia de las victorias del rey, trocó la suerte de Raimundo: sus aliados le abandonaron, cuando supieron que las tropas de Luis se acercaban, y le dijeron que no podian conservar amistad alguna con un príncipe en cuyo palacio se habia dado de puñaladas poco antes á un inquisidor y á muchos sacerdotes. Raimundo, acometido de fuerzas superiores, se hallaba sin socorro alguno: solicitó su perdon, y lo consiguió por la intervencion de Blanca, á la cual se acusó juntamente de sobrada indulgencia. El conde, al reconciliarse con Luis, le mostró cartas del emperador Federico en que le instaba á rebelarse. Así pagó aquel príncipe ingrato, inmoral y envidioso del rey de Francia, la neutralidad gene-

rosa que este observaba en la guerra del imperio con la santa sede.

Enrique III, vencido por los franceses, despreciado de los ingleses, robado por sus mismos soldados, estaba en Burdeos sin poder, sin dinero y sin honor. Abatido por el infortunio pidió una tregua y Luis se la concedió, con gran disgusto del pueblo: porque todos querian que se aprovechase aquella ocasion de arrojar á los ingleses del reino: cosa que parecia entonces bastante fácil. Pero la moderacion de Luis, que se atribuia al amor escesivo de la paz y á los crerúpulos de la devocion, tenia otros motivos. El ejército francés, se hallaba disminuido por los combates y las fatigas, por el retiro de las tropas señoriales cuyo servicio se habia acabado, y en fin por una enfermedad contagiosa de la cual perecieron en el mismo año veinte mil personas.

Este terrible mal no perdonó al rey; antes le acometió con tanta fuerza, que durante algunos dias se perdió la esperanza de que viviese. Todas estas circunstancias obligaron á Blanca y á su hijo á dejar á Enrique algunas reliquias de sus posesiones en Francia.

Enrique, deseando volver pronto á inglaterra, y no atreviéndose á correr el riesgo de que los bretones le apresasen en el mar, pidió á Luis permiso y pasaporte para atravesar el reino de Francia. Algunos barones digeron que se le debian negar. "Nó, replicó Luis: el permiso de retirarse es un favor que jamas negaré

á mis enemigos." Y como los cortesanos se burlasen en su presencia de la fuga del rey de Inglaterra, Luis les impuso silencio, diciéndoles: "no le deis pretesto para aborrecerme: respetad la magestad de su clase; y esperemos que con acciones mas piadosas y justas reparará los yerros que le han obligado á cometer consejeros malos é imprudentes." Despues de la derrota de Enrique, y de la sumision de los condes de Tolosa y de la Marcha, los reyes de Castilla, Aragon y Navarra, depusieron prudentemente las armas (1). Así esta liga numerosa y temible, dirigida á trastornar el trono de Francia, fue disipada en pocos meses por un príncipe apenas mayor, por un héroe de 28 años.

El nacimiento del príncipe Luis, heredero de la corona, aumentó la alegría de la corte y consolidó las esperanzas de los pueblos. La tranquilidad que les dió el rey, no pudo estenderse á Europa, mas qué nunca turbada por los furores de los güelfos y gibelinos.

El emperador tenia entabladas negociacio-

---

(1) No sabemos que Fernando el santo, rey de Castilla, primo de san Luis, hijo de Berenguela, hermana amada de Blanca, ocupado entonces esclusivamente contra los moros de Andalucía, haya entrado sin objeto ni utilidad alguna para sus vasallos, en una coligacion injusta, donde ademas habia un príncipe, sospechoso de heregia y en cuyo palacio se asesinaba á los sacerdotes. Lo mismo decimos de Jaime de Aragon. Este error de M. de Segur no ha podido provenir sino de las mentirosas esperanzas con que Lusignan engañaba al rey de Inglaterra. (*N. del T.*)

nes con la santa sede, y habia convenido con ella en las bases de un tratado: pero al redactarlo, insertó cláusulas y restricciones, que anulaban el efecto de sus promesas y las hacian ilusorias. El cardenal de Fiesco, que ascendió al trono pontifical, con el nombre de Inocencio IV, escomulgó de nuevo á Federico, y mandó que se publicase el anatema en todas las iglesias de Europa; lo que hizo que los dos partidos volviesen á tomar las armas con estraordinaria violencia. Es singular la manera que tuvo de publicar la escomunion un cura de París; subió al púlpito, presentó á los fieles la bula de Inocencio IV y dijo: "ya sabeis, hermanos mios, que tengo orden de fulminar la escomunion lanzada últimamente contra Federico: yo no sé porque causa: solo se que hay grandes desavenencias y ódio irreconciliable entre el pontífice y el emperador. Dios es quien únicamente conoce cual de los dos tiene culpa: y así, escomulgo con todo mi poder al que hace injuria al otro y absuelvo al que la sufre." París y la corte se rieron de la estravagancia del cura: el pontífice le impuso penitencia, y el emperador le envió presentes. Esta osadía de un sacerdote particular manifiesta cuan acertada es la providencia que han adoptado los gobiernos católicos en los últimos siglos, de no publicar las bulas pontificias sin permiso de la autoridad civil.

Si san Luis, ya por el laudable deseo de evitar la efusion de sangre, ya por el amor de

la justicia, que para él era el primero de los intereses políticos, no se aprovechó tanto como hubiera podido, de las victorias de Taillebourg y de Saintes para aniquilar en Francia la potencia Inglesa, por lo menos supo valerse de la ocasion para dar un nuevo golpe al feudalismo; y segun su costumbre, le atacó con las mismas armas del sistema feudal. Todos los grandes barones se atribuian la facultad de prohibir á sus vasallos que contrajesen sin permiso alianza con otros soberanos. Luis, como soberano de todos los franceses, prohibió que sus vasallos tuviesen feudos en paises estrangeros, y por tanto que siguiesen legalmente una bandera estranjera y enemiga socolor de cumplir obligaciones feudales. Hartas veces habian tomado las armas los señores de Francia, como vasallos de Inglaterra, contra un rey: una ordenanza real los obligó á optar, ó abandonar los feudos que tenian en dominios ingleses, ó las tierras que poseian en el de Luis. Esto era atreverse á mucho para aquel tiempo, y la obediencia de los barones prueba hasta qué punto estaba ya consolidada la autoridad régia. Casi en el mismo tiempo, usando el rey de los derechos de supremo soberano, prohibió el desafio que el conde de la marcha debia hacer segun la costumbre del siglo con el conde de Poitiers.

Con esta destreza proseguian los capetos su designio, estendiendo por grados y con rapidez su autoridad, ya con leyes, ya con sentencias, confiscaciones y conquistas, y no pocas veces

con ordenanzas acordadas anticipadamente con algunos duques, condes y prelados. Poco á poco la aristocracia francesa, mas esforzada y turbulenta que política ó suspicaz, se humilló al pie del trono; y no supo oponer al cetro sino resistencias parciales mal combinadas ó enojos impotentes. No sucedió lo mismo en Germania, donde la nobleza y clero sostuvieron con tanta union y pertinacia, no solo sus derechos legítimos, sino aun las pretensiones mas infundadas, el feudalismo se consolidó, y el cetro imperial, despojado de todo poder verdadero, no tuvo mas fuerza que la que le daban las posesiones hereditarias y privadas del emperador.

En tiempo de San Luis tuvo mayor violencia que nunca la lucha perpetua entre el imperio y la aristocrácia. Los gibelinos fomentaban en Italia rebeliones contra la santa sede, al mismo tiempo que los güelfos movian en Alemania grandes sublevaciones contra el emperador. Federico hizo vasallos de su corona á muchos señores romanos, dándoles en Germania tierras y títulos de príncipes. Siendo adictos á su causa, fomentaron en Roma una gran sedicion; y el papa obligado á huir para salvar su vida, salió precipitadamente de su palacio, se escapó á Génova vestido de soldado, y no creyéndose seguro en aquella ciudad, pasó con prontitud á Francia,

Confiaba en la santidad del rey: pero la política le privó de este asilo. Ni Luis ni los barones quisieron que se estableciese en su reino

la corte de Roma, cuyas pretensiones en materia temporal eran muy temidas entonces, mayormente siendo dirigida por un pontífice hábil y de grande ánimo. Inocencio, al llegar al monasterio de Cister, recibió la respuesta inesperada del rey, que pasó á la abadía, acompañado de su corte y de muchos señores: el séquito del papa no era menos numeroso: y una y otra comitiva con los criados y caballos, se alojaron cómodamente y aun con suntuosidad en aquel convento que era muy rico. Los monges apoyaron con ardor la solicitud del sumo pontífice: el rey dijo que nada podia resolver sin el consentimiento de sus barones en un asunto tan importante: y los barones declararon unánimemente, que no querian que se estableciese en Francia una autoridad, émula de la del rey. La desgracia, en vez de debilitar, daba nuevas fuerzas al carácter de Inocencio. Indignado del desaire, esclamó: «Cuando haya triunfado de Federico, que es el gran dragon, no se atreverán á levantar la cabeza estas culebrillas," aludiendo á los barones.

Enfermedad de Luis (1244). El rey volvió á su capital, y el papa se retiró á Leon, ciudad entonces imperial é independiente. Allí convocó un concilio y escribió á todos los príncipes de Europa exortándoles á que tomasen las armas en favor de los cristianos de Palestina. Al mismo tiempo cayó gravemente enfermo San Luis. La noticia de su peligro se estiende con rapidez: toda Francia se lamenta y teme: nunca el afec-

to público se habia manifestado con tanta vehemencia: los pueblos, de comun acuerdo, le daban el título honroso de *príncipe de paz y justicia:* pero el cielo parecia sordo al grito general: el arte de los médicos cede á la violencia de la calentura: el riesgo crece: Luis recibe los sacramentos y cae en un letargo.

Todas las iglesias se llenan del pueblo afligido, que invocaba á Dios por la salud del padre de la patria. Llegan personas de los paises mas lejanos al palacio del rey, que resuena con ayes y sollozos. Ya una de las damas de la reina cree ver en el rostro de Luis la señal de la muerte, y le cubre la cabeza: pero si su cuerpo estaba helado, su alma religiosa ardia. Muévese de repente, suspira y dice: "la luz del oriente se ha esparcido sobre mí por la misericordia del Señor: él me restituye desde la morada de los muertos."

Despues de estas pocas palabras, dirigiendo la vista al obispo de París, le pidió la cruz y la recibió de sus manos. La calentura cesó poco despues, sus fuerzas se restablecieron, y se atribuyó su salud á milagro obrado por las reliquias de San Dionis, que se habian llevado muchas veces en procesion en el palacio, y por un pedazo de la verdadera cruz puesto sobre el lecho del enfermo, de orden de su madre.

El entusiasmo de los europeos por las cruzadas se habia disminuido gradualmente; y la resolucion del rey causó en Francia general consternacion. Joinville dice: "cuando la buena

reina Blanca vió cruzado á su hijo, se afligió tanto como si le viese muerto." Los demas reyes que condujeron sus ejércitos á Palestina, favorecian por razon de estado espediciones tan lejanas. En ellas tenian un medio de empobrecer y arruinar á los mas temibles de sus barones, y de asegurar la tranquilidad de sus reinos, dirigiendo ácia el oriente la turbulenta ambicion de sus vasallos. En San Luis no habia este motivo: el celo religioso fue la única razon que le movió á tomar la cruz. El clero de Francia hizo al papa donativos magníficos para consolarle de la repulsa que habia sufrido en Cister. El abad de San Dionis, agotó el tesoro de su monasterio para esceder en munificencia á los demas prelados. Diósele el arzobispado de Ruan: pero Luis le obligó á devolver á la abadía las sumas que habia tomado.

Concilio de Leon: conferencia de Clung (1245). Reunióse el concilio convocado en Leon, y asistieron á él ciento cincuenta obispos ó abades, gran número de templarios, Balduino II, emperador de oriente, los condes de Tolosa y Provenza, y otros muchos príncipes. Tadeo, embajador de Federico, prometió al concilio en nombre de su señor, acometer á los sarracenos en todos los paises mahometanos, y solicitar la reunion de la iglesia griega con la latina. Creía conjurar así la tempestad que estaba próxima: pero Inocencio, rechazando desdeñosamente estas promesas, dijo: "el emperador desea sus-

pender el golpe que le amenaza: pero no detendrá la segur que está ya pronta á cortar de raiz este árbol orgulloso." Despues se quejó á los padres del concilio de las *cinco llagas* que afligian el pontificado, y eran, los desórdenes del clero y de los pueblos, los triunfos de los musulmanes, el cisma de los griegos, la invasion de los tártaros en Llugría, y las persecuciones de Federico, á quien pinta como herege, tirano, mónstruo manchado de vicios y capaz de todos los crímenes. El embajador Tadeo procuró justificar al emperador, presentando á los padres muchas cartas que atestiguaban la ortodoxia y sinceridad de Federico. El pontífice queria, despues de la primer sesion, deponer al emperador: pero los embajadores de Castilla, Francia é Inglaterra pidieron término, dentro del cual pudiese Federico defender su causa. Los padres aprobaron este dictámen, y citaron al emperador para que se justificase en su presencia: mas él no quiso comparecer y apeló al concilio general.

Apenas Inocencio supo cuál habia sido la respuesta, reunió el concilio, y dijo: "*yo soy el vicario de Jesucristo: cuanto yo ligare en la tierra, quedará ligado en el cielo:* tal es la promesa que nuestro Señor hizo á San Pedro. Por tanto, conocidos los crímenes de Federico, que he espuesto al concilio, declaró á este príncipe convicto de heregía, escomulgado y destituido del imperio. Absuelvo á sus vasallos de su juramento: les prohibo obedecerle, bajo pena de

escomunion; mando á los electores que nombren otro emperador, y me reservo disponer á mi arbitrio del reino de Sicilia." Pronunciadas estas palabras, entona el *Te Deum:* y concluido este himno, todos los prelados apagan sus velas y se retiran. En este memorable concilio recibieron los cardenales orden y privilegio para llevar vestidos encarnados, manifestando con ellos que debian estar siempre dispuestos á derramar su sangre en defensa de la iglesia. El emperador, cuando se le notificó la sentencia, tomó enfurecido la corona en sus manos, y mostrándola á los circunstantes, dijo: "quieren quitármela; pero aun es mia, y antes que la pierda, correrán mares de sangre." Las cartas que escribió á los reyes de Francia é Inglaterra contra la corte de Roma, y en general, contra la superioridad del clero sobre los tronos, fueron violentísimas. En ellas atribuye su desgracia á la connivencia de los otros monarcas que se dejaban dominar por la curia romana. "Jamas, decia, he contestado al papa la plenitud de su poder en materia espiritual: pero ninguna ley divina ni humana le hace dueño de nuestros cetros. Los reyes no tienen mas juez que Dios, y solo Dios puede castigarlos." Quéjase despues de la inobservancia de trámites y formalidades jurídicas en su juicio, acusa á Inocencio de haber depuesto á Sancho, rey de Portugal, por sí y ante sí, sin consentimiento de los obispos, y concluye diciendo que sostendrá, aunque á pesar suyo,

con las armas en la mano la causa comun de todos los monarcas. San Luis desaprobó la deposicion de Federico, y declaró á Inocencio que usurpaba los derechos de los soberanos, y por tanto obraba contra el espíritu del evangelio. El emperador, animado con esta declaracion, se manifestó muy agradecido al rey, y le propuso someterse á su juicio, y al de los pares legos de Francia, hacer á la iglesia todas las concesiones que se creyesen necesarias, y acompañarle con su hijo en la espedicion á Palestina.

El rey acordó con el papa tener una conferencia, que se verificó en la abadía de Clung. El monarca concurrió á ella con un cuerpo numeroso de tropas: los príncipes de su familia, el emperador de oriente y muchos señores y prelados le acompañaban: todos se alojaron muy cómodamente en el monasterio. Solo la reina madre asistió á la conversacion del papa y del rey; las representaciones é instancias de Luis no pudieron doblegar al pontífice, siempre resuelto á pelear por la independencia de Italia. Luis se separó de él sin haber conseguido nada. Pero su viaje y el armamento de sus tropas tenian otro objeto que el de conferenciar con el papa; y era el de casar al príncipe Cárlos, su hermano, con la hija del conde de Provenza. El rey de Aragon la pedia para uno de sus hijos, y se preparaba á disputarla con las armas al hermano del rey de Francia. Los provenzales se manifestaban afectos al ara-

gonés. Otro pretendiente, que era Raimundo, conde de Tolosa, alegaba en su favor una promesa que le habia hecho el conde de Provenza: pero al acercarse Luis con un ejército de cincuenta mil hombres, cesó toda irresolucion: Cárlos, que ya era conde de Maine y de Anjou, casó con la princesa, adquirió con esta union los ricos dominios de su suegro, y aumentó en gran manera su poderío sin satisfacer su insaciable ambicion, la cual llenó despues á Italia de turbulencias, é inundó á Sicilia de sangre francesa. Luis habia siempre oido los consejos que le daban, y él mismo, á pesar de su juventud, enseñaba á los otros con sus lecciones y ejemplos: pero el deseo de reconquistar el sepulcro del Salvador le hizo inaccesible á las representaciones de sus ministros, á los votos de su pueblo, y á las súplicas de su madre.

No obstante, Blanca hizo el último esfuerzo para impugnar su resolucion, y juntó un gran número de señores y prelados que encargaron al obispo de París representar al rey sus temores y su dolor: que siendo el imperio víctima de la guerra civil y religiosa, y cuando apenas estaba terminada la querella entre los condes de Poitou y de la Marcha, amenazada la paz interior por los manejos de los ingleses, la agitacion de los normandos y los movimientos del Languedoc y de Aragon, la ausencia del monarca y de sus mejores tropas esponia el reino á los peligros mas inminentes y á las mas espantosas ca-

lamidades. "En fin, le dijo el venerable prelado, si habeis de corresponder á los votos de vuestra familia y de vuestros barones y calmar los temores de vuestro pueblo, ningun escrúpulo debe conteneros. Vuestra conciencia no está ligada por el juramento que hicisteis en un estado tal de cuerpo y ánimo, que apenas gozábais de vuestras facultades." Luis, enternecido del amor que dictaba aquellos consejos, no por eso se mostró menos inflexible en su determinacion, y poniendo la mano sobre su pecho, dijo: «esta es la cruz que tomé, segun decís, en un momento en que mi espíritu no estaba libre. Os la devuelvo, pues: pero ahora, que indudablemente tengo el conocimiento necesario para contraer una obligacion, la recibo de nuevo, jurando pelear contra los infieles. Esta cruz es la prenda de mi vida: dadmela, porque estoy resuelto á no tomar alimento alguno sin llevarla puesta. En vano me pintais con terribles colores los peligros que amenazan al reino. La prudencia acreditada de mi madre, el amor de mis pueblos y el valor de mis soldados, son para mí fiadores ciertos de la tranquilidad de Francia."

Luis tuvo que sostener otro ataque mas terrible: Blanca su madre, llenos de lágrimas los ojos y de pesar el corazon, le dijo: "Dios, cuando me impuso el deber de velar por vuestra infancia, me concedió tambien, hijo mio, el derecho de recordaros las obligaciones que os impone el cetro: pero mas me agrada haceros oir la voz de una tierna madre, que los discursos de

la política. Vuestra partida me presenta solo la imágen de una eterna separacion. Me robais toda mi felicidad. Y si sois insensible á mis pesares, ¿podreis olvidar vuestros hijos? ¿Habeis tomado irrevocablemente la cruel resolucion de abandonarlos en la cuna y privarlos de vuestras lecciones y apoyo? ¿Os son por ventura menos amados que los cristianos de Palestina por los cuales vais á pelear? Si los facciosos en vuestra ausencia suscitan peligros á vuestra familia, ¿no dejariais al punto el Asia para venir á libertarla? Pues esos peligros que os obligarian á volver, solo vuestra partida los producirá. ¿Por qué vais tan lejos á dar testimonio de vuestro valor y piedad? Dios os proporciona bastantes ocasiones, sin que os separeis del trono, para mostrar vuestro afecto á la religion, vuestras virtudes régias. El Señor, decís, exige que se liberte su sepulcro. Prodigad, pues, vuestros tesoros: enviad al Asia numerosos ejércitos. Dios bendecirá vuestras armas: pero así como no permitió que Abraham consumase su cruento sacrificio, tampoco os permite, creedme, que cumplais el que quereis hacer de vuestra vida, de la cual pende la suerte de vuestra familia y la salvacion de vuestro reino." Luis amaba á su madre; pero á este cariño y á todas sus razones solo respondia las palabras de una voz interior, que habia oido durante su enfermermedad, y eran estas: "Rey de Francia, ves los ultrages que sufre la ciudad de Jesucristo: el cielo te ha escogido para vengarlos."

Preparativos de la cruzada de San Luis (1246). Perdida toda esperanza de que Luis renunciase á su empresa, solo se trató ya de buscar los medios para asegurar el tiunfo. El cardenal de Tísculo, legado del papa, predicó la cruzada en todo el reino. Una parte de los barones, animada por su elocuencia, y aun mas por el ejemplo del monarca, se alistó en esta belicosa peregrinacion. Otros fueron movidos por un artificio singular, y poco conveniente á la gravedad del asunto: pero todos los autores coetáneos refieren el hecho; y manifiesta muy bien el carácter del rey, que sin dejar de ser santo, y monarca, sabía mostrarse con sus amigos y cortesanos jovial, sencillo, alegre, y familiar. Era entonces uso que en las fiestas solemnes diese el rey á los señores de su corte capas aforradas, y como él mismo las daba, tomaron el nombre de *libreas*, (*livrée*, entregadas). Luis mandó en secreto que las que se hiciesen para la víspera de Navidad llevasen cruces muy grandes. En medio de la noche vinieron los barones, segun la costumbre, á dar las pascuas á Luis: las luces estaban apagadas en su cuarto. Repartióles las capas, y apenas se las pusieron, fue con ellos á la iglesia. Quedáronse admirados cuando á la luz de las hachas vieron las cruces que todos llevaban. Esta piadosa burla, en vez de irritar á aquellos valientes guerreros, los divirtió mucho. Los mas consintieron en que se les mirase como alistados en la santa milicia, y dijeron riéndose á San Luis,

que "merecia el título de pescador de hombres, pues acababa de sacar tan linda redada." En un parlamento que juntó el rey para tomar las providencias necesarias al gobierno de la monarquía durante su ausencia, y al buen éxito de la guerra lejana que emprendía, para inflamar su pueblo en el celo religioso que le abrasaba, citó las palabras de David cuando se indignó por haber entrado una gente impía en el templo del Señor: "¿Quién podría ver sin enojo ni compasion, añadió el príncipe, los arroyos de sangre que corren en las murallas de Jerusalen, los viejos degollados, las vírgenes ultrajadas, los ministros del Señor escarnecidos y asesinados; sus cadáveres privados de sepultura, y sirviendo de pasto á las aves del cielo? ¿Quereis que vuestraindiferencia haga creer á las naciones que hemos perdido el valor y la piedad de nuestros abuelos? El Oriente celebra todavía las hazañas de Luis VII, de Felipe Augusto y de sus compañeros de armas: su espada es la que llevó; conservémosle el antiguo esplendor; cumplid, pues, caballeros, vuestras obligaciones y juramentos: armaos todos á mi voz: Dios nos llama: peleemos por su gloria y la de Francia." Los tres hermanos del rey, Roberto, Alfonso y Carlos se obligaron á seguirle, como tambien el duque de Borgoña, los condes de Bretaña, Flandes, la Marcha, San Pol, Dreux, Bar y Soissons, el condestable de Beaujeu, Gauchero de Chatillon, el camarero mayor Beaumont, Courtenay, Arquimbaldo de Borbon, Barre, Mailly, Bethume,

Nohailles, Joinville y otros muchos señores. Muchos obispos se unieron á ellos: porque la costumbre y el espíritu del siglo les permitia militar en las guerras contra los infieles. Se echó la contribucion de un diezmo sobre los bienes eclesiásticos. Enrique, rey de Inglaterra, quiso resistirse á que en sus estados se cobrasen impuestos para esta cruzada: pero el papa le amenazó con la escomunion, y cedió.

Los enviados de la corte de Roma creyeron que podrian sacar dinero de Francia para la guerra contra Federico: pero los barones se opusieron á ello, amenazaron que no reconocerian á Inocencio, y aun formaron liga contra él, el duque de Borgoña y los condes de Bretaña, Chatillon, San Pol y Angulema. Inocencio escomulgó á los de la liga: pero Luis la sostuvo en cuanto al efecto de no permitir que se sacasen fondos de Francia, y se prohibió á los obispos prestar dinero á la corte de Roma. Al mismo tiempo se publicaron muchas ordenanzas para impedir las contínuas ampliaciones de la jurisdiccion eclesiástica.

El rey á quien los príncipes y señores estaban acostumbrados á invocar por árbitro, decidió en este año con suma prudencia un pleito tan singular como importante, relativo á la sucesion del condado de Flandes. La hija de Balduino, soberano de este condado, había estado casada primero con Bouchardo de Avennes: pero habiendo recibido este primer esposo órdenes sacras se separó de él, y dió su mano á

Guillermo de Dampierre. La condesa Margarita tuvo hijos de entrambos matrimonios, y los Avennes y Dampierres disputaban su herencia con sumo ardor, queriendo cada una de estas dos familias apoderarse esclusivamente de toda ella. Luis adjudicó el condado de Flandes á los Dampierres, y el de Henao á los Avennes.

Marcha del ejército cruzado á Aguas muertas (1247). San Luis, estando ya todo pronto para el viage á Oriente, convocó en París un parlamento para asegurar la tranquilidad del reino. Habiendo confiado la regencia á la reina Blanca, mandó á todos los señores sus vasallos que hiciesen juramento de reconocer la autoridad de su madre. Tambien prestaron juramento de fidelidad á los hijos del rey. Soinville dice en sus memorias, que habiéndole intimado en esta ocasion que prestase juramento, se negó á hacerlo, porque no era vasallo directo del rey, sino del conde de Champaña. Era conveniente para la seguridad del reino llevar al Asia los grandes que podian turbar la paz pública en ausencia de Luis. Los mas turbulentos habian ya prometido seguirle. Raimundo, conde de Tolosa, procuraba eludir su promesa diciendo que la pobreza de sus vasallos le impedia juntar el dinero necesario para el viage: pero la reina Blanca se lo prestó. Luis recibió sumas considerables de los arrendadores de sus dominios, y magníficos presentes, de los concejos de los pueblos. En este mismo año firmó nueva tregua con los ingleses: y los condes de Salisbury y

Leicester prometieron militar en Palestina bajo la bandera real de Francia. San Luis buscaba en todas partes aliados contra los musulmanes: envió al monge Mateo Paris por embajador á Hacon, rey de Noruega, á exortarle para que se embarcase con él y pelease contra los infieles. Hacon respondió: "Yo iré á Palestina, pero no con los franceses: porque se dice que son arrogantes y burlones, y mis noruegos son orgullosos y poco sufridos."

Si las cruzadas fueron costosas y en general poco felices, produjeron muchas acciones caritativas y repararon muchas injusticias. La esperiencia de lo pasado mostraba que en estas espediciones lejanas era incierto volver y probable morir, y así casi todos los cruzados hacian testamento antes de embarcarse y solicitaban la proteccion del cielo con restituciones y limosnas.

La virtud de Luis le movia á restituir los bienes cuya posesion le parecia dudosa. Ricardo, hermano de Enrique III, procuró escitar los escrúpulos del rey de Francia, y en el momento que iba á partir, llegó á París, y le instó á que restituyese la Normandía y demas provincias que Felipe Augusto quitó al rey de Inglaterra. Luis vacilaba: pero la firmeza de Blanca le sostuvo, demostrándole el daño inmenso que haria al reino y el descontento general que se seguiria. El rey, asegurada su conciencia, dijo á Ricardo que la confiscacion era una ley establecida y general; y que por otra

parte, nada podia ceder de sus dominios sin el consentimiento de los pares, que nunca lo darian. San Luis era timorato, pero no triste ni áspero. Los que vivian familiarmente con él, le observaron siempre sereno, suave y alegre. Zoinville dice que este buen príncipe, hablándole un dia de los bienes mal adquiridos y de la restitucion, añadió: "es tanto peor apoderarse del bien ageno, cuanto es muy dificil resolverse á restituirlo. Pronunciar la palabra *rendre* (restituir) les desuella el paladar con las dos *erres* y dicen que estas *erres* quieren decir *renta para el diablo*, el cual sabe muy bien conservar bajo su dominio á los que quieren restituir el castillo ageno. El diablo es muy sutíl, y persuade á estos usureros ladrones dar á la iglesia el fruto de sus rapiñas, en lugar de devolverlo á sus dueños legítimos."

Entretanto el papa procuraba consumar la ruina de Federico, y despues de haberle depuesto, nombró emperador á Enrique, Landgrave de Turingia, que fue coronado, de orden de la santa sede, por muchos obispos alemanes. Federico llenó de sus quejas toda la cristiandad, y aun acusó al papa de haber enviado emisarios para que le asesinasen. Esta lid escandalosa afligia mucho al rey de Francia, y pidió al papa una nueva conferencia en Cluny. Pero Inocencio alegaba que solo ponia en uso armas legítimas para defender la iglesia contra un infiel, transgresor de todas las leyes y violador de todos sus juramentos. San Luis respondió: "Si

es delincuente; el evangelio os manda perdonarlo: los soldados de la cruz os lo suplican, y toda la iglesia os pide que acepteis la sumision de Federico, pues Dios mismo no desecha la del arrepentido." Inocencio se mostró inflexible: escomulgó á dos obispos que se atrevieron á asegurar que Federico era católico, y no quedó otro recurso que el de las armas para decidir aquella causa, mas política que religiosa: pues la verdadera cuestion era la espulsion de los alemanes de Italia.

Conrado, hijo de Federico, peleó sin felicidad contra el Landgrave: pero le derrotó completamente en otra batalla, y el vencido murió de pesar. Federico, libre de este competidor, pasó á Italia con su ejército, sometió á los sicilianos, volvió despues á los Alpes, y manifestó á las claras el designio de sitiar al papa en Leon. Luis se puso al frente de su ejército para defender á Inocencio: y el emperador, temeroso de enemistarse con el rey de Francia, pasó segunda vez los Alpes, y sitió á Parma, guarnecida por tropas pontificias. Pero la fortuna le fue contraria: los sitiados salieron intrépidamente de las murallas, le derrotaron y le obligaron á refugiarse en Nápoles. Al mismo tiempo le suscitaba Inocencio un nuevo enemigo, dando la corona imperial á Guillermo, conde de Holanda.

El rey de Francia, perdida la esperanza de reconciliar con su mediacion al emperador y al papa, creyó que no debia retardar su partida,

y segun la costumbre de sus predecesores pasó al monasterio de san Dionis á recibir el oriflama que le presentó el cardenal Odon. La reina madre encargada de la rejencia del reino con los poderes mas estensos, acompañó á Luis hasta Cluny. Sumergida en profundo dolor, sus tristes abrazos, sus gemidos y lágrimas demostraban bastantemente que no esperaba volverle á ver. La reina Margarita siguió á su esposo, á quien acompañaron tambien el legado Odon, los príncipes de la familia real, y el famoso Esteban Boileau ó Boisleve, preboste de París, amado por su prudencia y respetado por su saber.

En otro tiempo París fue gobernada por vizcondes. Hugo Capeto les sostituyó un preboste, cuyo emplo era venal. Luis IX reformó este abuso. Queria mucho á Boisleve, que sentaba á su lado cuando administraba justicia, y que presidia el tribunal regio del Chatelet. Formó la primera coleccion que hubo de títulos, reglamentos, tarifas y estatutos de artes mecánicas. Esta coleccion existía aun en 1789 en la cámara de cuentas.

En el reinado de Luis empezaron á ser conocidas las palabras *archivo* y *archivar*. Los archivos se llamaban antes *volúmenes* ó *rollos*. San Luis mandó que se enviasen sus ordenanzas á Boisleve preboste de París, y á los condes, senescales y bailíos, para que las copiasen en sus archivos. El rey, habiéndose despedido de su madre, pasó á Leon, é hizo nuevas é

inútiles tentativas para reconciliar á Federico con el papa. Informado de que Rugero de Clorege, señor de un territorio que se hallaba en su camino, era por sus latrocinios el terror de los pueblos y el tirano del pais, le acometió, se apoderó de su castillo y lo arrasó. Poco despues llegó á las playas del Mediterráneo.

Habia mucho tiempo que la ruina del comercio y la barbarie de las costumbres rompian toda comunicacion entre Francia, Asia y Africa: y así en las provincias meridionales del reino no habia puertos para la navegacion, casi nula entonces. San Luis mandó en 1246, abrir el de Aguas muertas: pero el terreno se eligió tan mal, que veinte años despues estaba ya cegado por la arena. Ahora dista el mar nada menos que una legua de la ciudad.

Navegacion de san Luis á Oriente (1248). En este puerto se embarcó Luis para Palestina, sin haber resuelto aun á cuál de los paises ocupados por los infieles acometeria primero. Cuando dió la orden de levar anclas á su numerosa y magnífica armada, se entonó en todos los bajeles el himno, *Veni, creator Spiritus.*

Referiremos brevemente los últimos sucesos de Grecia y Asia, los reveses y discordias de los cristianos, y los progresos sucesivos de los musulmanes, que se estendian siempre en Oriente á costa de los principados latinos. El imperio de Constantinopla descaecia rápidamente desde la muerte de Balduino y de su hermano Enrique. Pedro de Courtenay descendiente de Luis

el Gordo, recibió en Roma la corona imperial: pero no pudo llevarla hasta Constantinopla: porque los griegos le acometieron y asesinaron en el camino. Los vicios y la cobardía de su hermano Roberto aceleraron la ruina de los latinos. Balduino II, su sucesor, ascendió al trono desde la cuna: pero su tutor Juan de Brienne sostuvo algun tiempo con gloria el cetro ya casi rompido. Fue digno del título de emperador que se le dió, y venció muchas veces á los infieles y á los búlgaros: pero las mismas victorias debilitaron á los latinos. Sus tropas, disminuidas por la guerra, se reponian muy dificilmente, cuando se aumentaban sin cesar las de los griegos, sarracenos y bárbaros, que los rodeaban. En vano Brienne pasó á Europa á implorar el auxilio de los príncipes occidentales: no consiguió mas que promesas. Despues tuvo mas dicha el jóven Balduino, á quien envió á Occidente. Luis le recibió en Francia muy cordialmente, le dió tropas, y le concedió la octava parte de las rentas eclesiásticas del reino por tres años. Pero al querer volverse el jóven príncipe, le negó pasar por sus estados el emperador de Alemania. La intervencion de Luis allanó esta dificultad, y Balduino llegó en fin á Bizancio al frente de sesenta mil hombres. Fue coronado emperador; y á haber vivido Brienne, podrian esperarse victorias: pero el nuevo emperador era débil, sin prevision, é incapaz de resistir á los príncipes griegos, aguerridos con perpetuos combates, rigoroso destierro y gran-

des infortunios. Miguel Paleologo sorprendió á Balduino en su capital y le hizo huir de ella. Esta derrota terminó vergonzosamente el efímero imperio de los latinos. Mientras que los cristianos disputaban las ruinas del trono de los Césares, los mahometanos, mejor unidos entre sí, estrechaban cada dia mas el corto resto de los cruzados que habia en Palestina. Ya se habia perdido el fruto de las negociaciones de Federico: los príncipes, divididos, ni sabian prepararse á la guerra con esfuerzos comunes, ni conservar la paz. La conducta de los templarios suministró pretestos á los musulmanes para volver á tomar las armas, y Jerusalen cayó de nuevo en manos de los infieles.

Una sola esperanza quedaba á los defensores de la cruz en Oriente; y era la próxima llegada de un numeroso ejército francés, mandado por San Luis, monarca á quien precedia la mas brillante fama. En efecto, no tardaron en saber, que este príncipe, despues de una breve y feliz navegacion, habia arribado á la isla de Chipre, donde, en virtud de sus órdenes, se habia reunido gran cantidad de municiones y víveres. De todas las cruzadas, emprendidas hasta entonces, ninguna debió inspirar mayor confianza. La dirigia un solo gefe, llevaba un solo objeto, y se habia preparado durante tres años con toda prudencia y actividad. No habia que temer discordias con un rey que acababa de reprimir la anarquía en sus estados. No se recelaba la ambicion privada: porque Luis en

esta guerra no tenia mas móvil que el celo religioso: y dominando en su alma el deseo de quitar á los infieles el sepulcro del Salvador, borraba toda idea de engrandecimiento para su poder, ó de esplendor para su trono. En fin, los cristianos de oriente veian llegar en su auxilio un caudillo hábil y victorioso, un conciliador suave y prudente, un reformador severo de los desórdenes, y en una palabra, un héroe con cilicio y un santo armado. El principio de esta célebre espedicion correspondió á la esperanza general, y fue ilustre con grandes victorias: pero con harta prontitud se siguieron á ellas los reveses mas espantosos. Enrique de Lusignan, rey de Chipre, recibió á Luis, y le llevó con pompa á Nicosia, su capital. El rey determinó pasar el invierno en aquella isla, y esperar allí diferentes cuerpos de cruzados que debian reunírsele.

Si sus prudentes consejos no pudieron terminar la antigua querella de griegos y latinos, por lo menos consiguieron amortiguar el fuego del rencor. Su carácter conciliador puso tambien paz entre los caballeros hospitalarios y templarios: en cuyos capítulos no reinaban menos la discordia, la codicia y la mala fé, que en las cortes mas corrompidas ó en los campamentos mas sediciosos. Tambien reconcilió á Haiton, rey de Armenia, con Boemundo, príncipe de Antioquía. Las virtudes nobles y la benigna santidad de Luis eran mas poderosas que sus discursos. Sus palabras conven-

cian; pero su ejemplo ganaba los ánimos.

En cualquier parte donde estaba, renacian el orden y la paz, y aun se le atribuyeron muchas conversiones. En Chipre recibió los embajadores de un príncipe tártaro, llamado David, que, segun decian, era cristiano, y solicitaba su alianza. Luis les prodigó sus dones al despedirlos, y envió con ellos algunos religiosos con regalos magníficos para aquel príncipe. Muchos autores creen fabulosa esta anécdota, é inventada para agradar al piadoso monarca, tan deseoso de la conversion de los infieles: mas no es imposible que entre tantas tribus errantes hubiera una, cuyos gefes hubiesen sido convertidos al cristianismo por los misioneros. Lo cierto es, que despues de la partida de los embajadores nada refiere la historia, ni del príncipe tártaro, ni de los religiosos y presentes que se le enviaron. Llegaba ya el momento de comenzar las operaciones militares, y el rey estuvo indeciso mucho tiempo si desembarcaria primero en Palestina, ó en Egipto. Esta importante cuestion dividia los ánimos, y produjo disputas muy animadas. Los cristianos de Asia hacian las mayores instancias á Luis para que los socorriese, los libertase de la opresion, se pusiese á su frente, y lograse sin tardanza el principal objeto de su empresa, que era la conquista de Jerusalen. Pero la mayor parte de los caudillos del ejército decian que con esa operacion solo se lograba echar por tierra las ramas, cuando era menester cortar el

árbol de raiz. Proponian que se acometiese á Damieta, y se aniquilase el poder del soldan de Egipto, única esperanza y apoyo de los infieles en el Asia. Esta opinion era harto favorable á los intereses del rey de Chipre para que no la sostuviese con ardor; y así prometió tomar la cruz, si se acometia á Egipto.

Luis se resolvió á ello, y segun la generosa costumbre de aquel siglo, envió reyes de armas al soldan, al cual, por ignorancia en geografía é historia, se le daba tambien el título de soldan de Babilonia. Los reyes de armas llevaban una carta de San Luis, en la cual declaraba guerra al soldan, sino se convertia á la fé de Cristo. "Los franceses, respondió el orgulloso Malech Sala, no confiarian tanto en sus armas, si hubiesen visto desde mas cerca el filo de las cimitarras agarenas que acaban de destruir las murallas de los cristianos de Palestina. Dios concede muchas veces la victoria al menor número, á los humildes, á los pacientes. Los sucesos que vuestras amenazas me anuncian, han de dar materia, como predice el Alcorán, á las conversaciones de los venideros. Sabed que nadie ha insultado impunemente á Egipto, y estad seguros de que el primer dia que acometais á los musulmanes, será el último para los cristianos." Algunos sucesos recientes justificaban las orgullosas esperanzas del sultan. Pocos años antes, el ilustre y valeroso Brienne, nombrado por Felipe Augusto rey de Jerusalen, invadió á Egipto, tomó á Da-

mieta por asalto y marchó contra el Cairo: pero disminuido su ejército por las enfermedades, asaltado por enemigos, cuyo número aumentaba incesantemente, y vencido por el clima, se vió obligado á retirarse, á evacuar el pais y á restituir sus conquistas. Despues Teobaldo, rey de Navarra, hizo otro desembarco en el mismo punto, y fue rechazado con pérdidas. Federico tuvo la prudencia de entablar negociaciones con el soldan de Egipto, en vez de pelear contra él; y logró por fruto la ocupacion momentánea de Jerusalen. Cuando los yerros de los templarios atrajeron nuevas tempestades sobre los cristianos, el príncipe Ricardo de Inglaterra habia conseguido del soldan que renovase la tregua, y pusiese en libertad quinientos cautivos cristianos. En fin, Malech Sala, cansado de las continuas infracciones de la paz, que por codicia ó imprudencia cometian los caballeros del Temple y del Hospital, entregó la Palestina á los corasmios, nacion belicosa y feroz que saqueó á Jerusalen, pasó á cuchillo siete mil cristianos, y derrotó tan completamente á los templarios y hospitalarios, que apenas sobrevivieron sesenta caballeros á este desastre. Los corasmios se hicieron en breve odiosos por sus latrocinios, y fueron vencidos por el soldan de Damasco que les quitó sus conquistas. Pero no se mejoró por esto la situacion de los cristianos. Eran castigados por las ofensas que habian hecho al soldan de Egipto; tenian reunidas contra sí todas las fuerzas de los infieles,

y se hallaban sitiados en las únicas ciudades que les quedaban, y eran Acre, Trípoli y Antioquía. Luis, que deberia haber desunido á los soldanes de Egipto y Damasco, fortificó su alianza con la agresion, y salió de los puertos de Chipre para desembarcar en las playas de Egipto.

Batalla y toma de Damieta (1249). Luis no tardó en esperimentar la inconstancia de la suerte. Una horrible tempestad dispersó sus bajeles, y no le dejó mas que la tercera parte de las fuerzas que tenia al salir de Chipre: pero pocos dias despues, el duque de Borgoña y Ville Harduin, príncipe de Acaya, se le reunieron con algunos navíos y tropas.

Animado con este refuerzo, se dió de nuevo á la vela, llegó á vista de Damieta, y juntó consejo de generales. El ardor de su esfuerzo le encendia y hermoseaba el semblante: su noble ademan inspiraba respeto y admiracion, al mismo tiempo que su magestad suave, la sencillez de su vestido, y la bondad que brillaba en sus miradas, ganaba el afecto aun de los corazones mas tibios.

Segun Mateo Paris, el discurso de San Luis á los gefes fue como sigue: "Compañeros, no sin designio nos ha traido la providencia á vista de los enemigos con tanta celeridad. Su voluntad omnipotente no nos ha presentado estos bárbaros para que escuchemos con serenidad sus amenazas. Contemporizar ahora sería dar á ellos valor, y entibiar los corazones de

los guerreros de la cruz. Esta playa no ofrece ni abrigo ni puerto á nuestros navíos, y otra tempestad pudiera dispersarlos enteramente. El Señor nos ofrece el combate, y en él la victoria. Si perdemos esta ocasion de vencer, nos castigará su justicia. Despreciad el gran número de los infieles que se representa á vuestros ojos, y pensad solamente en el poder de Dios vuestro caudillo. Poned en él vuestra confianza. No creais que la salvacion del estado y de la iglesia consiste en la vida frágil de vuestro rey. Vosotros mismos sois el estado y la iglesia. Yo no soy mas que un hombre, cuya existencia es un soplo: con una sola palabra puede aniquilarme el Altísimo: fiad solo en su proteccion. Marchemos seguros del triunfo: porque siguiendo las órdenes de Dios, el éxito no puede menos de ser favorable: si vencemos, daremos al nombre cristiano una gloria que solo acabará con el universo: si somos vencidos, lograremos la corona eterna de los mártires. Pero ¿por qué hemos de dudar de la victoria? Peleamos por la causa de Dios: el Señor del mundo quiere triunfar de los bárbaros con nuestras armas: celebremos su gloria, y preparémonos con fervientes oraciones á ser dignos instrumentos de su poderío." Estas palabras, dichas á héroes tan religiosos como valientes, inflamaron sus corazones y multiplicaron sus fuerzas. Ya no temian, sino deseaban con ardor el peligro, y miraban con cierta admiracion y alegría la costa africana,

cubierta del innumerable ejército del soldan. "Muchos convidados nos esperaban, dice Joinville en su estilo candoroso: Facardin, lugarteniente del monarca egipcio, estaba armado de oro fino, tan resplandeciente cuando el sol daba en él, que parecia el mismo sol. Sus instrumentos militares hacian estruendo horrible y muy estraño para los franceses." Sin embargo, en medio de los gritos que daban los cruzados pidiendo la señal del combate, muchos gefes aconsejaban á San Luis que esperase lo restante de la armada dispersa. El rey conocia que este consejo era prudente: pero temía las dilaciones. Ademas, muchos bajeles sarracenos habian acometido ya á la escuadra cristiana, que los rechazó con pérdida.

"Ya no es tiempo de deliberar, dijo Luis: es preciso vencer," y dá en el momento la señal. Todos sus guerreros se arrojan con intrepidez á las lanchas: el oriflama vá delante. Las nubes de flechas, que disparan los mahometanos oscurecen el dia.

Tanta multitud de armas arrojadizas detuvo la velocidad de las barcas: pero como estaban á corta distancia de la ribera, Luis, dando á los suyos noble ejemplo, se arroja al mar; las ondas espumosas le cubren hasta los hombros: pero ni las aguas ni las flechas le detienen: puesto el escudo al cuello, el yelmo en la cabeza y espada en mano, marcha impertérrito al enemigo: todo el ejército le sigue llenando el aire del grito *Montjoie Sain Denis*. Ape-

nas los franceses tocaron la playa, fueron acometidos furiosamente por seis mil giuetes musulmanes: pero los intrépidos cruzados, apiñados en masa, se cubren con sus escudos, apoyan en la tierra sus fuertes lanzas, y presentan en sus puntas una barrera impenetrable á los bárbaros. Detras de esta muralla de caballeros, llegan y se forman sucesivamente todos los cuerpos de la infantería francesa: apenas se van poniendo en orden de batalla, se arrojan sobre los musulmanes, los acometen, y despues de una larga resistencia, los desbaratan.

El ejército africano es derrotado, y la escuadra del sultan cortada, dispersada y entregada á las llamas: Luis prosigue su victoria y ataca impetuosamente los reales de los sarracenos. La lucha fue allí tan obstinada como sangrienta: y la suerte del combate entre corazones tan valientes estuvo largo tiempo indecisa. En medio de aquella terrible pelea quedó muerto el conde de la Marcha, y los tres emires principales de los musulmanes cayeron atravesados por las cuchilladas de los franceses. En fin, Luis escediendo en intrepidez á los mas valerosos, decide la victoria, se apodera de los atrincheramientos y queda dueño de la orilla occidental del Nilo.

Parecia natural, que los sarracenos, todavia muy numerosos á pesar de su derrota, se encerrarian en Damieta, y que la toma de esta plaza costaria un largo sitio: pero se apoderó de ellos el terror; y demasiado cobardes para

defender ciudad tan importante, demasiado obstinados para entregarla á los cristianos, le pegaron fuego y huyeron. Los franceses volaron á ella con tanta rapidez, que llegaron á tiempo de apagar las llamas. Estinguido el incendio, entró el rey en la ciudad, mas bien como humilde peregrino que como triunfador. El mismo ejército que peleando el dia ántes con horrible griteria, derramaba en todas partes la sangre y el terror, marchaba entonces lentamente con silencio religioso, solo interrumpido por los himnos de los sacerdotes. Al frente de las tropas iba descalzo el Santo rey, seguido de su esposa Margarita, del rey de Chipre, del legado del papa, del patriarca de Jerusalen y de los principales caudillos de la cruzada. Humillando todos sus frentes victoriosas ante la bandera de la cruz, entonaron el *Te Deum* en la mezquita de los musulmanes, purificada ya por los sacerdotes y convertida en templo cristiano. Tantas victorias conseguidas por el rey en tan poco tiempo, esparcieron en todo el mundo la fama de su nombre: pero el modesto príncipe no admitia los elogios que se le tributaban, atribuyendo su victoria solo á Dios "que pone á su arbitrio en los corazones el denuedo ó el temor."

Los sarracenos, huyendo precipitadamente, habian dejado en danieta todas su riquezas. El botin fue inmenso: segun la antigua costumbre de los francos, la tercera parte pertenecia al caudillo, y las otras dos al ejército: pero el

rey quiso que se esceptuasen del repartimiento las municiones de guerra y boca necesarias para la provision de la plaza. Esta prudente decision escitó grandes murmuraciones. Un caballero viejo, llamado Valeri, se atrevió á reprehender á San Luis porque quebrantaba la antigua costumbre: pero el monarca fue inflexible, su razon triunfó de las preocupaciones envejecidas, y lo que entonces era muy raro, obligó el interés privado á ceder al general. Quizá debia aprovecharse del terror de los enemigos para marchar inmediatamente contra el Cairo, sin dar tiempo á los musulmanes para reunir nuevas fuerzas y concertar planes de campaña: pero esta operacion se creyó temeraria, porque se acercaba la época de las inundaciones del Nilo, y ademas el rey queria esperar los navíos retardados por los vientos. Resolvió, pues, detenerse en Damieta todo el estío.

No tardó en esperimentar los funestos efectos de esta resolucion, dictada al parecer, por la prudencia. Ni sus súplicas, ni sus órdenes ni su ejemplo pudieron impedir la relajacion de la disciplina. La ociosidad produjo la licencia: y se sabe hasta que punto solian mezclarse en aquel siglo de ignorancia el celo religioso con las malas costumbres, y el amor caballeresco de la gloria con los vicios mas vergonzosos. Los guerreros salian de las iglesias compungidos, para pasar lo demas del dia y de la noche en los escesos escandalosos del banquete, el juego y la embriaguez. Desde el mismo cuarto del rey

se oian los cantares oscenos de los lupanares: y los franceses añadieron á los vicios propios de Africa y Asia, los que ellos traian de Europa. Violábanse públicamente la justicia y el orden. Los gefes daban el ejemplo del latrocinio: y hasta los oficiales de la casa real robaban á los mercaderes. A tantos desórdenes se siguieron, como era de esperar, los mas espantosos desastres. En aquel siglo solo se sabia pelear y vencer: pero era ignorado el arte de preparar la victoria y de coger sus frutos. En vez de tomar informes esactos acerca de las fuerzas enemigas, de los paises que iban á atravesar y de los medios de subsistir y defenderse, no se tenia el menor conocimiento de la naturaleza del territorio en que se hacía la guerra. Joinville, uno de los paladines mas instruidos de su siglo, nos dá una prueba singular de su ignorancia en geografia. Tanto él como sus compañeros creian que el Nilo tiene su fuente en el Paraiso terrenal, y que en donde sale de las montañas, echan los egipcios muchas redes para pescar la especeria y perfumes que trae del Paraiso.

El soldan, asegurado por la inaccion no esperada de los latinos, escribió á Luis una carta irónica y desdeñosa. "¿Por qué, le decia, habeis traido tantos víveres á mis playas? A mi me toca hospedaros, y no tengo dificultad en dar á vuestro ejército las subsistencias necesarias para el poco tiempo que ha de estar en este pais." "Desembarqué en Egipto, le respondió San

Luis, el dia que habia resuelto desembarcar: pero aun no he determinado la época de mi salida." El altivo sultan le desafió, y le propuso para dar la batalla el dia 25 de junio. «No acepto ningun dia fijo para pelear, respodió el rey; porque eso sería escluir los demas dias. Hoy, mañana, siempre que nos encontremos, pelearé con vos y os perseguiré como enemigo hasta el feliz momento en que pueda abrazaros como hermano mio y discípulo de Jesucristo."

Las hostilidades comenzaron poco despues, y la llanura de Damieta se pobló de nubes de árabes. Los franceses tenian un campo atrincherado junto á la ciudad, que era acometido todos los dias por los habitantes del desierto, cuya aridez invariable era fiel imágen de aquel pueblo siempre errante y belicoso. Estas tribus han atravesado treinta siglos desde el tiempo de Abraham, sin haber alterado sus costumbres. Se encuentra en ellos la misma creencia del fatalismo, el mismo trage, la misma inclinacion al robo. No reconocen mas caudillos que los padres de familia, ni mas nobles que sus caballos, cuya genealogía conservan con sumo cuidado. Sus frecuentes batallas con los cruzados no podian producir ni victorias ni derrotas decisivas. Solo eran escaramuzas, que daban ocasion á los guerreros franceses para hacer alarde de su habilidad y valor. Sargines, Marly, Nanteuil, Beaujeu y Chatillon se distinguieron por sus grandes hazañas en esta especie de guerra.

Los socorros que esperaba San Luis, tar-

daron mucho: pero en fin su hermano Alfonso, conde de Poitiers, desembarcó con numerosos refuerzos. El emperador envió al campamento francés muchos víveres y caballos. Aguardábase tambien al conde de Tolosa: pero llegó la noticia de su muerte y de que la reina Blanca habia tomado, en nombre de Luis, posesion de sus señoríos. El rey, hallándose ya con fuerzas suficientes para ponerse en campaña, pensó si sería mejor apoderarse de Alejandría. Por desgracia abandonó este prudente designio y tomó la resolucion de poner sitio al Cairo. El ejército compuesto de cuarenta mil hombres de infantería y veinte mil de caballería, salió de Damieta al fin del estío: la escuadra subia al mismo tiempo por el Nilo, cargada de provisiones.

Los sarracenos, careciendo de fuerzas al principio, se valieron de la traicion para detener á los franceses: vinieron en gran número al campo cristiano, con cruces en sus vestidos y diciendo que se habian convertido. El sórdido interés fue el que movió á los beduinos á empresa tan temeraria: porque el soldan les prometia un besan de oro por cada cabeza de cristiano que le presentasen. Luis, naturalmente sincero, creyó lo que deseaba y recibió á los traidores, que validos de la oscuridad acometieron una noche á algunos franceses desarmados, y los degollaron. Pero á los gritos de las víctimas, tomaron sus armas los caballeros, y despues de poca resistencia mataron ó echaron al rio quinientos musulmanes.

Poco despues se presentó un enviado de Melechsala para entablar negociaciones: ofrecia ceder á Damieta, restituir á Jerusalen, dar libertad á todos los cautivos cristianos y pagar los gastos de la guerra. Pero como se supo que el soldan estaba próximo á la muerte, parecieron ilusorias sus promesas, y no quiso Luis firmar el tratado. En efecto, murió Melech de allí á pocos dias; pero los visires ocultaron este suceso hasta la llegada de su hijo Almoadan, al cual habia desterrado á Mesopotamia. Mientras llegaba, tenia el mando de las tropas Facardin, famoso y valiente musulman, que habia recibido el orden de caballería de Federico emperador de Alemania: lo que prueba que el espíritu de esta institucion habia penetrado en oriente, y establecido la fraternidad de armas entre cristianos y musulmanes. Acaso esta condescendencia con un infiel dió motivo al pontífice para acusar á Federico de irreligion, añadiéndose á ella si es cierto lo que afirma Voltaire, que este príncipe tuvo algun tiempo guardia musulmana, para precaverse, segun decia, del puñal de sus enemigos los barones italianos. Facardin justificó su fama, oponiendo activa resistencia al ejército francés, que asaltado sin cesar, hallaba á cada paso nuevos obstáculos y nuevos enemigos.

Batallas de Mansura y Haca: cautiverio de San Luis (1250). El rey, habiendo llegado cerca de Mansura, donde se reunen los dos ramales del Nilo, halló el de Tauris muy bien de-

fendido, y tuvo que hacer, para pasarlo, esfuerzos prodigiosos. Mandó construir un puente muy largo con galería cubierta y fuertes torres de madera en los estremos, guarnecidas de ballesteros y proveidas de máquinas para lanzar piedras. Estos trabajos se interrumpian á cada instante, ó al menos iban mas despacio, por los asaltos de los musulmanes, que se renovaban diariamente, y aun no se suspendian de noche. Los infieles habian aprendido de los griegos la composicion de un fuego líquido, llamado *greciano* ó *fuego de Medéa.* Lanzábanlo con fuerza por medio de máquinas que tenian el tamaño de un tonel grande; incendiaba los bajeles, penetraba debajo de las armas, y consumia en poco tiempo los hombres y caballos. No podia apagarse sino con sal ó vinagre. "Esta era, dice Joinville, la accion del fuego greciano: salia como un cuerpo de enorme grueso: su cola fulminante y larga semejaba una media caña de cuatro palmos. Hacía tal ruido al llegar que parecia un rayo ó una gran serpiente volando por el aire. Daba tanta luz que se veia en nuestro ejército tan claro de noche como de dia: tantas llamas y fuego llevaba consigo." Luis, oyendo el ruido de este fuego terrible y destructor, esclamaba con lágrimas: "Buen señor Dios Jesucristo, libradme á mí y á toda mi gente." Los sarracenos arrojaban el fuego, ó con pedreros ó con ballestas. Quemaron muchas veces las torres que los franceses construian, y algunas penetraron hasta los reales.

Los víveres se consumian: el tiempo pasaba: los afanes, las heridas y las enfermedades disminuian el ejérctito: el número de los enemigos crecia diariamente y los cruzados se hallaron muy pronto en situacion muy crítica. Facardin, informado esactamente por sus espías de la penuria y miseria de los franceses, resolvió darles batalla, antes que recibiendo nuevos refuerzos y víveres, recobrasen la superioridad. Los escuadrones mahometanos cubrieron las riberas del canal de Tauris: su infantería acomete con furia el puente y las torres, favorecida de muchas barcas llenas de soldados y máquinas de guerra. El aire se oscurece tal vez con una nube de flechas, tal vez se enciende con las llamas del fuego greciano que los enemigos arrojaban de todas partes. Despues de muchos asaltos repetidos con vario suceso y de una cruel batalla, los franceses rechazaron á los infieles. El conde de Anjou tuvo la gloria del valor en esta jornada. Los musulmanes dieron pocos dias despues nuevo ataque, y fueron tambien derrotados. En esta segunda accion se distinguieron por sus hazañas el conde de Poitiers y Joinville. Estos triunfos sangrientos debilitaban cada vez mas el ejército vencedor; sin embargo, merced á tantos esfuerzos, los franceses habian podido pasar el canal de Tauris. Un beduino se presentó al rey, y prometió, si se le daban quinientos besanes de oro, descubrir un vado. El guia, aunque poco seguro, respondia con su cabeza: fue seguido, y cumplió su palabra. El

duque de Borgoña se quedó encargado de la custodia de los reales y llamó la atencion de los sarracenos.

Todo el ejército pasó el rio. El conde de Artois tuvo el honor de ser el primero que se presentó en aquel trance peligroso. Luis cedió, aunque con repugnancia, á sus súplicas: conocia su ardor temerario, y temia justamente las consecuencias. Persuadido de sus ministros, le dió por conductor al gran maestre de los templarios, guerrero envejecido en las armas y de mucha esperiencia; y para mayor seguridad obligó al príncipe á jurar sobre los evangelios que no acometeria al enemigo, ni le perseguiria mas allá del canal, hasta que el rey hubiese pasado. La numerosa caballería musulmana apostada al otro lado del rio, no se atrevió á disputar el paso, y huyó, apenas vió á los escuadrones del conde de Artois atravesar intrépidamente las aguas. El jóven príncipe, viendo á los enemigos en huida, olvidó su obligacion y su juramento. Arrebatado por su ardiente valor, se arroja á perseguirlos, y no escucha ni las súplicas ni las reprehensiones del gran maestre. Fancauldo de Mesle, su ayo, que era viejo, ostinado y sordo, en vez de calmar el ardor de su alumno, le escitaba diciendo en terribles gritos: *á ellos, pues: á ellos, pues.* Los valientes templarios, no pudiendo impedir la ciega animosidad del príncipe, siguieron su rápida carrera; y aquella débil tropa de mil cuatrocientos caballos alcanza

los escuadrones enemigos, los aterra y derriba, los persigue hasta su campamento, entra en él y hace espantosa carnicería. Grande fue el miedo que causó el atrevimiento de un corto número de caballeros que acometian á un ejército. El terror hizo imposible toda resistencia. El mismo Facardin, sorprendido en el baño, tomó las armas y peleó inútilmente: en vano llama á grandes voces sus guerreros: todos le abandonan, y cae atravesado de muchas heridas. El ejército sarraceno huye derrotado: el conde de Artois es señor del campamento: pero ciéganle las bendas de la gloria y de la fortuna: persigue de nuevo á los fugitivos, y entra con ellos en la ciudad de Mansura. Allí se arroja á sus pies el gran maestre Guillermo de Sonac suplicándole que se detenga para no convertir tan brillante victoria en reves y desastre. "Así sois los templarios, le replica el conde de Artois: quereis eternizar la guerra. Atendeis á vuestro interés mas bien que al de la cristiandad." En vano el conde de Salisbury añadió sus ruegos á los del gran maestre. El príncipe cerró sus oidos, y prosiguió como un insensato su temeraria carrera. La suerte cansada de favorecerle, le abandona, despues de haberle entregado el paso de un rio muy ancho, el campamento del enemigo, sus máquinas, equipages y municiones, y una plaza fuerte. Si hubiera escuchado la voz de la razon, la campaña era concluida, la victoria completa; y Luis, concediendo la paz

al Egipto sometido, habría logrado en este solo triunfo la libertad de Jerusalen y del santo sepulcro. Una ciega imprudencia lo echó todo á perder. Mientras el conde de Artois se empeña delirante en perseguir á los vencidos, y una parte de sus tropas saquea la ciudad, reconocen en fin los mahometanos que han sido acometidos y ahuyentados por solo un puñado de franceses; la vergüenza y el enojo despiertan su valor: el intrépido Bondocdar, uno de sus gefes, los reune, y vuelven cara al débil enemigo que los perseguia. En vano los templarios y el príncipe asaltados por todas partes procuran haciendo prodigios de valor, resistir al torrente que los arrebata. Desbaratados, fugitivos y perseguidos, vuelven á entrar en Mansura, donde les esperan nuevos riesgos, porque el pueblo se habia sublevado y tomado las armas. De todas partes llueven sobre los franceses piedras, dardos y llamas que les arrojan desde lo alto de las casas, al mismo tiempo que la numerosa caballería de los musulmanes los rodea y acomete. El conde de Artois, Salisbury, Radulfo de Coucy y Roberto de Ver, sin mas esperanza que la de vender cara su vida, la disputan algun tiempo defendidos por los montones de cadáveres de sarracenos, inmolados por sus cuchillas: pero ya casi no tienen sangre habiéndola perdido por innumerables heridas: trescientos templarios mueren á sus pies: ellos mismos caen escitando al morir la admiracion y el respeto de sus vencedores. El gran

maestre de los templarios, que habia quedado casi solo, habiendo perdido un ojo en esta sangrienta batalla, y recibido otras muchas heridas graves, se abrió paso con el sable en mano por medio de la multitud de los sarracenos, y logró reunirse con el estandarte real.

Luis advertido demasiado tarde del peligro inminente en que se habia puesto su hermano, acababa de enviar en su socorro al condestable de Beaugeu. Las tropas de este caballero detuvieron con su choque vigoroso la fogosidad de los infieles. En esta accion atravesó Joinville con su espada á un gigante sarraceno, y poco despues cayó y fue atropellado por los escuadrones musulmanes, cuyo sin número crecía á cada momento. Los guerreros del condestable, cediendo á la muchedumbre, estaban ya próximos á perecer como los templarios, cuando el conde de Anjou llegó y mejoró el combate. Su valor hacía mas dudosa la lid; mas no podia fijar la victoria. Luis decidió la suerte de aquella jornada. Mientras los cristianos y musulmanes se daban cuerpo á cuerpo su combate á muerte, el rey, el yelmo en la cabeza y la espada en la mano, se arroja en medio de la batalla." Nunca, dice Joinville, se ha peleado otra mas encarnizada: nadie se acordaba de las flechas: y todos daban grandes golpes con buenas mazas, espadas y lanzas." El valor de Luis lidió mucho tiempo contra la fortuna, que algunas veces pareció su enemiga. Ya cejaban los escuadrones franceses: algunos guerreros se echa-

ron al brazo del Támesis y se ahogaron en él; los sarracenos dieron el grito de victoria: Bondocdar hace el último esfuerzo y desbarata la tropa que estaba alrededor del rey; dos sarracenos cojen por las riendas el caballo de este príncipe: pero Luis los derriba muertos, al uno con la maza, al otro con la espada. "Yo creo, dice Joinville, que el poder de Dios doblaba entonces sus fuerzas." Entretanto el condestable habia podido rehacer su caballería. Los franceses animados al ver el peligro del rey, acometen de nuevo: su valor es ya rabia: nada le resiste, y los enemigos desbaratados y dispersos huyen por todas partes: victoria gloriosa, pero funesta: pues no hubo entre los vencedores ninguno, cuya sangre no tiñese el campo de batalla. Joinville recibió en esta jornada cinco heridas y su caballo quince. Pero el carácter frances se manifestó entonces como siempre, alegre y festivo enmedio de aquel teatro de dolor y carniceria. "Senescal, decia el buen conde de Soisons á Joinville oyendo los gritos furiosos de los sarracenos; dejemos bramar á esa canalla: y por la cuna de Dios (este era su juramento) que todavía hablaremos en presencia de las damas vos y yo de los sucesos de esta jornada." Al mismo tiempo vieron llegar al conde de Bretaña, que habiéndose escapado de Mansura cubierto de heridas, vomitaba sangre y venia asido de las clines de su caballo, porque le habian cortado las riendas. En este miserable estado no dejaba de insultar y de de-

cir sarcasmos á los sarracenos que le perseguian. Poco despues encontró Joinville al rey, cubierto de polvo y sangre y muy fatigado. Un caballero le preguntó si tenia noticias de su hermano el conde de Artois. "No se mas, respondió llorando Luis, sino que está ahora en el Cielo, y que debemos adorar con resignacion los últimos juicios de Dios." Desgraciadamente el rey se empeñó en continuar su plan de campaña, aunque ya estaba inutilizado por la detencion en Damieta. La guerra era de invasion y solo podia esperarse la victoria, de la rapidez. Los musulmanes habian vuelto en sí de la primer sorpresa y recibian nuevas fuerzas diariamente, al mismo tiempo que las de los cruzados se debilitaban. Todavía eran posibles la retirada y la paz: pero el pundonor mal entendido no permitió dar oidos á la razon: perdiéronse los momentos preciosos, y la ruina fue inevitable. Los franceses eran acometidos todos los dias, y estos combates parciales en que brillaba su valor, y vertian su sangre, iban abriendo poco á poco el abismo en que la ostinacion los detenia. No solo los caballeros hicieron alarde su denuedo en aquellos campos de batalla harto célebres. "Un dia, dice el buen senescal Joinville, salió solito el limosnero Juan de Vairi con su yelmo y espada; se mete entre los sarracenos, que le tuvieron al principio por uno de los suyos, los ataca de improviso dándoles tajos y estocadas, los hace huir, despues se retira peleando, se para, vuelve muchas veces con-

tra los musulmanes que le persiguen, y cuando ya se veia cercado, acude en su socorro un destacamento francés, le saca del peligro y le trae en triunfo á los reales; donde unánimemente se le concedió el título de *esforzado sacerdote*, que conservó siempre." El valor de los musulmanes, siempre rechazados, descaecia. Bondocdar para animarlos les mostraba las armas del conde de Artois adornadas de flores de lis, y su cabeza todavia ensangrentada; y les hizo creer que estos despojos eran de San Luis, á quien decia que habia muerto en el combate.

Las batallas continuaron: los franceses guardaban con vigilancia de dia y de noche y defendian con valor sus reales, su puente y las dos orillas del Nilo. El general sarraceno les dió batalla campal con todas sus fuerzas: duró el combate todo el dia: el conde de Anjou, derribado del caballo, fue cercado y hecho prisionero por los enemigos. San Luis acudió en defensa de su hermano y le sacó de entre las manos de los musulmanes. Chatillon y los demas caballeros franceses adquirieron en esta accion mucha gloria para sí y para su patria. Los templarios, no menos valientes pero mas desgraciados, perecieron casi todos á imitacion de su gran maestre.

El ala mandada por el conde de Flandes desbarató á los sarracenos é hizo en ellos gran mortandad. En otras partes la fortuna fue contraria á los cristianos. Alfonso, conde de Poitiers, hermano del rey, mandaba el ala izquier-

da. Los infieles dirigieron contra él sus mayores esfuerzos, y despues de una resistencia vigorosa, le rodearon y prendieron. Ya le llevaban encadenado: pero en su infortunio conoció que un príncipe, defendido mas bien por el amor que por el miedo, tiene siempre grandes recursos y justos motivos de esperanza. Alfonso era muy querido de todos: y cada uno al ver el peligro en que estaba, olvida el propio suyo, sus afanes y sus heridas: lanzan un grito de furor, y no solo los caballeros y soldados, sino tambien los vibanderos, criados y mugeres del campamento vuelan en su socorro. Nada resiste á su choque impetuoso: las cadenas del príncipe se rompen, y los enemigos rechazados, pierden la presa y la victoria. El dia espiraba cuando los sarracenos se retiraron vencidos en todos los puntos. Despues de este último triunfo, reconoció el ejército vencedor que habia perdido la mitad de sus guerreros. En uno exortaron al rey para que volviese á Damieta, adonde todavía era posible llegar. Luis, mas caballero que monarca en esta ocasion, desechó el consejo creyendo sin razon que una prudente retirada sería fuga ignominiosa.

El nuevo soldan Alinoadan llegó al campo de los sarracenos con crecido número de soldados que traia de Asia.

En este tiempo el ejército cristiano se hallaba afligido con un azote mas formidable que la misma guerra. El aire se infestó con los montones de cadáveres aglomerados en las orillas del Nilo y corrompidos por los rayos del sol ar-

diente de Egipto. Sus exalaciones envenenaban las aguas y alimentos. Pocos cruzados se libertaron del contagio: unos padecieron calenturas malignas que resistian á los esfuerzos del arte: otros, escorbutos terribles que disolvian la sangre, enflaquecían los sólidos, podrian las encias y aniquilaban las fuerzas. Los progresos del mal fueron mas rápidos, porque San Luis no quiso que se echasen al agua ó se quemasen los cadáveres de los que morian apestados, sino que se enterrasen religiosamente como mártires y soldados cristianos muertos por la fé. Ninguno se atrevía á rehusar este trabajo peligroso, porque el rey mismo daba el ejemplo con el azadon en la mano. Todas las desgracias se acumularon entonces: un convoy numeroso que la reina Margarita envió desde Damieta, donde habia quedado, cayó en poder de los sarracenos. San Luis tan infatigable como intrépido, consolaba á los afligidos, alentaba á los débiles, y empleaba todo el dia en visitar y asistir á sus caballeros moribundos: hasta que al fin contrajo la enfermedad cuyos furores arrostraba. Este último infortunio abatió de tal manera los ánimos, que el rey se vió obligado por el voto general á entrar en negociacion. Propuso la paz: y los sarracenos que ignoraban probablemente la estrema miseria de los cruzados, convinieron en las primeras conferencias en entregar á Jerusalen, saliendo de Damieta los franceses; á los cuales se darian víveres para el viaje, tratando con la mayor humanidad á los enfermos que quedasen

en Egipto. Despues de estipuladas estas condiciones, no pudieron convenirse en cuanto á los rehenes. Luis consentia en dejar uno de sus hermanos: Almoadan solicitaba que quedase el mismo monarca por rehen. Entonces Sargines declaró que los franceses se dejarian degollar antes que dejar á su rey por prenda en poder de los infieles. En vano el santo monarca quiso entregarse: su ejército le desobedeció por la primera vez, y respondió á las órdenes que daba, *vencer ó morir*. Rompiéronse pues la negociaciones, y se emprendió la retirada, llena de obstáculos y peligros.

Embarcáronse en las galeras los enfermos y equipages: Luis, aunque oprimido por la calentura é incapaz de llevar sobre sí el arma mas ligera, quiso marchar con las reliquias de su ejército. Chatillon mandaba la retaguardia. A cada paso era forzoso pelear en tierra y agua: pero á pesar de los esfuerzos del enemigo, se pasó el canal de Tauris. El legado y los obispos se embarcaron para Damieta en una galera y todo el ejército suplicó en vano al rey que se fuese con ellos. "Jamas, decia, abandonaré á mis valientes: ó volveré con todos, ó moriré con ellos." Sin espada, yelmo ni peto tomó su puesto en la retaguardia, marchando entre el valiente Sargines y el intrépido Chatillon. Estos dos guerreros, semejantes á dos torres fortísimas, servian de defensa al rey, y los sarracenos que se atrevian á acercarse, caian bajo sus terribles cuchillas. "El rey, dice Joinville, montaba una

haquilla, vestido de una casaca de seda, y despues le oí decir que de toda su guardia solo le quedaron Chatillon y el buen señor Godofre de Sargines que le defendian del mismo modo que un buen sirviente defiende de las moscas la mesa de su amo.

Así llegó el rey, siempre peleando, hasta la villa de Chamarzak llamada hoy Zaca, donde la postracion de sus fuerzas le obligó á detenerse en casa de una muger, natural de París, aunque casada en Egipto. Viendo la suma debilidad de este príncipe, todos creyeron que aquel asilo sería su tumba. Los musulmanes invadieron en crecido número la ciudad. Solo Chatillon con algunos hombres de armas se atrevió á resistirles: los acometió muchas veces, los retiró, y volvió adonde estaba el rey, con el escudo erizado de flechas. Pero el número de los infieles se aumentaba incesantemente: todos los soldados de Chatillon perecieron, y solo él combatia aun. Cercado y acometido de todas partes, gritaba: "á Chatillon, caballeros, á Chatillon: ¿dónde estan mis hombres buenos?" Estas fueron sus últimas palabras y cayó atravesado de mil heridas. Su vida habia durado veinte y ocho años: su gloria durará siempre. Felipe de Montfort defendia otra parte del pueblo con las reliquias de la retaguardia, y con orden del rey, pidió á los sarracenos una suspension de hostilidades. El gefe musulman, admirado del valor intrépido que infundia la desesperacion á los franceses, consentia en la tregua: y ya Montfort

y él dándose las manos, iban á trocar sus anillos, cuando un traidor llamado Marcelo, que era ugier, gritó: "Señores y caballeros, el rey me manda deciros que os rindais todos, si quereis salvar su vida." Á estas palabras, creyendo que el rey estaba cautivo, rindieron las armas.

Un destacamento de sarracenos fue á custodiar al rey y á sus hermanos. Príncipes, señores, caballeros y soldados sufrieron todos igual suerte. Los prisioneros, el oriflama y los equipages fueron llevados en triunfo á Mansura; sin escaparse de manos de los infieles mas que la galera en que iba el legado: porque las demas fueron apresadas ó consumidas por el fuego greciano. Los sarracenos degollaron en estos buques gran número de cautivos. Joinville cuenta que salvó su vida, diciendo, por consejo de un sarraceno, á los que iban ya á matarle, que "era primo del rey." Este príncipe desgraciado, mas grande quizá entre las cadenas que en su palacio, ennobleció el infortunio con su valor, y manifestó en las prisiones la misma intrepidez que habia mostrado en los dias de su gloria junto á los muros de Taillebourg. Enmedio de los infieles invocaba con fervor al Dios de sus padres, y obligaba á sus fieros vencedores con su noble constancia y presencia serena, á respetar la magestad real. En vano procuraron derribar su fé: su silencio, lleno de dignidad, hacía que enmudeciese el fanatismo de los musulmanes. Los infieles ofrecieron á todos los

cautivos la alternativa entre la apostasía y la muerte: algunos cedieron, pero la mayor parte imitaron valerosamente el ejemplo del monarca, y muchos recibieron la palma del martirio. Mateo Paris dice, que la primera intencion de Almoadan, despues de su victoria, fue hacer con Luis las mismas crueldades que los persas hicieron antiguamente con el emperador Valeriano. Queria encadenarle, y llevarle en su séquito por todo Oriente, pero mudó de resolucion, ó porque temia á la venganza de todos los príncipes occidentales, ó porque temia perder el gran rescate que debia dársele por la libertad del rey. La naturaleza no habia concedido al temperamento de Luis la misma fuerza que á su alma: postrado al cansancio, á la calentura y á la privacion de asistencia, vestido, aire y alimentos saludables, estaba ya próximo á la muerte. El soldan informado de que iba á perder aquella prenda preciosa, se apresuró á socorrerle por avaricia y no por generosidad; y le envió médicos, provisiones y vestidos. Luis mejor alojado y alimentado, recobró poco á poco sus fuerzas; y poco á poco tambien el odio de los sarracenos, testigos de su constancia, se iba convirtiendo en admiracion. "Si Mahoma, decian, nos abandonase, como su Dios ha hecho con éste, y nos espusiese á sufrir tantos males, ya habríamos renegado de él."

En este tiempo la reina Margarita, llena de dolor y de susto, estaba en Damieta en contínua afliccion. Pareciale á cada instante,

que iba á recibir la noticia de la muerte de su esposo. Estaba en cinta en una ciudad infiel, con una pequeña guarnicion de franceses é italianos, dispuestos, segun se creia, á abandonarla, y en vano les prodigaba sus tesoros para alentar su constancia é impedir que huyesen de la plaza. Lo que mas la horrorizaba, era el temor de ver ultrajada su honra por los bárbaros que rodeaban las murallas de la ciudad con numerosos escuadrones. Custodiaba de noche y dia á la reina un caballero francés octogenario, pero leal é intrépido. "Hacedme juramento, le dijo Margarita una tarde, de poner en ejecucion lo que yo os demandare." El caballero lo juró: y ella dijo entonces: "Pues señor caballero, lo que yo os demando sobre vuestra fé, es que si los sarracenos entran en la ciudad, me corteis la cabeza antes que lleguen aquí:" "Eso haré yo de muy buena gana, y ya lo habia pensado," respondió el caballero con ingenuidad.

En medio de estas angustias dió á luz la reina un hijo, al cual se le dió con harta razon, el nombre de Juan Tristan. El oro y las joyas de Margarita movieron á los genoveses y pisanos á permanecer en su defensa. Muchos sarracenos disfrazados con los vestidos de los franceses muertos á sus manos, procuraban entrar en Damieta: pero fueron conocidos por la tez abrasada de sus rostros: la guarnicion tomó las armas, y los acometió y ahuyentó. Como las intenciones del soldan eran ya mas pacíficas, consintió entrar en negociacion, y el rey nombró

por su plenipotenciario al conde de Bretaña. El soldan exigió por primer artículo que los cristianos de Palestina abandonasen todas las plazas que poseian. "Esas plazas pertenecen, respondió el conde, al emperador Federico y á los templarios que han jurado no abandonarlas." "Pues yo os enviaré espadachines, replicó Almoadan, que hagan con vosotros lo que han hecho con muchos de vuestros compañeros." Y envió algunos asesinos para intimidar á los cautivos, pero ellos se burlaron de sus amenazas. En fin Almoadan declaró al rey que le daria tormento sino suscribia á la condicion propuesta y renegaba de su ley. "Soy prisionero del soldan, respondió tranquilamente Luis: puede hacer de mi cuerpo lo que quiera: pero mi alma á nadie pertenece sino á Dios." El fiero sarraceno, vencido por esta magnanimidad, pidió la cesion de Damieta, y preguntó cuánto dinero podria dar Luis por conseguir la paz y su libertad. "Haced vuestra demanda, dijo Luis: y si á la reina le parece justa y razonable, la aceptará:" "¿Cómo? esclamó el infiel: un hombre, un rey ¿puede mostrar tanta deferencia á una muger?" "Es mi señora y compañera, replicó San Luis." Almoadan exigió la evacuacion de Damieta y un millon de besanes de oro por el rescate del rey. "Sabed, respondió este príncipe, que un rey de Francia no se rescata nunca á precio de dinero. Yo os daré á Damieta por mi libertad, y un millon en oro por la de mis guerreros." "Vive Mahoma, esclamó el sol-

dan, que este franco es leal y guerrero. Yo le perdono 200,000 besanes del millon." Concluyóse el tratado; prometióse la libertad á los prisioneros; aseguróse la inviolabilidad de las propiedades y la retirada por tierra ó por mar á eleccion de Luis. La entrevista del rey y del sultan fue amistosa, y parecian terminadas todas las contestaciones: pero pocos dias despues se sublevaron los mamelucos, degollaron á Almoadan, y Luis y los cristianos se hallaron por este acontecimiento sumergidos en el abismo de que creian haberse librado.

Aquel desgraciado soldan habia gozado poco de su triunfo, y la noticia de su ruina se difundió al mismo tiempo que la de su victoria. Apenas habia recibido en un gran palacio que habia edificado, las enhorabuenas y homenages de los príncipes de Siria que decian *haberle destinado Dios para la conquista del mundo*, cuando los mamelucos llamados con razon *los leones de los combates*, le probaron que merecian aun con mas justicia el título de *tigres sin piedad.* Almoadan era orgulloso y cruel: ninguno de sus antecesores habia sido mas arbitrario y rigoroso. Condenó á destierro ó á muerte á casi todos los visires y amigos de su padre. El musulman que se atrevia á exhalar una queja, era muerto al instante. Todos los emires, temerosos de igual suerte, se comunicaron unos á otros su descontento, y el mismo miedo que tenian les infundió el valor propio de la desesperacion. Sobre todo los mamelucos,

milicia creada por Saladino y orgullosa con los privilegios que le habia dado, no podian sufrir la preferencia que dispensaba el soldan á algunos jóvenes cortesanos sobre tantos guerreros esperimentados que acababan de salvar el trono de Egipto. Censuraban en Almoadan como un crímen el tratado que sin consultarlos habia hecho con los cristianos. Los celos alimentaron el fuego del odio. Una sultana, llamada Chegger Eddour, enfurecida de haber perdido su influjo sobre el corazon de Almoadan, inflamó con sus artificios el enojo de los descontentos. Contóles que despues de un banquete habia cortado el sultan algunas hachas con su alfange, diciendo, que, "del mismo modo cortaria la cabeza á todos los mamelucos." Entonces llegó á su colmo el furor: formaron una conspiracion y todos juraron esterminar al tirano ó perecer. El sultan abandonándose sin desconfianza á sus inclinaciones voluptuosas, despreció con desden los avisos secretos que recibia de sus leales partidarios. Dió un gran banquete á los gefes del ejército, lo que fue entregarse á sus espadas. Al fin de la comida se levantaron los conjurados; Bondocdar fue el primero que acometió al príncipe con el sable desembainado y le hirió, aunque ligeramente. En vano Almoadan grita que le socorran: ningun acento fiel responde á su voz, ni su guardia se mueve para defenderle. Logra escaparse, y se encierra en una torre: los mamelucos le sitian: quiere aplacarlos y justificarse y no le oyen, sino abrasan el castillo con

el fuego greciano. Almoadan, perseguido por las llamas, se arroja de una ventana: una escarpia que habia en el muro coge su vestido, y se queda colgado en el aire: cae en fin, y mil cimitarras le amenazan; se echa á los pies de su lugar teniente Octai, y éste le rechaza sin piedad. Entonces Bondocdar le hiere de nuevo: Almoadan cubierto de sangre, huye, se abre paso y se arroja al Nilo: y cuando procuraba pasarlo á nado, algunos mamelucos que le perseguian, le alcanzan y le acaban. Joinville embarcado á la sazon en una galera, fue testigo de la muerte del sultan acometido á un mismo tiempo, dicen los autores árabes, por el hierro, el fuego y el agua. Los homicidas ciegos todavía de furor, saltan, armados de hachas y sables, en la galera de Joinville. Este senescal, el conde de Bretaña, Monfort, Balduino y otros cristianos creyeron que era llegada su última hora.

No conservando ya ninguna esperanza de vida, y solo pensando en la necesidad de prepararse para la muerte, se confesaron unos con otros. «Pero yo, dice Joinville, no me acordaba del mal ni de los pecados que habia cometido, y solo pensaba en recibir el golpe mortal. Me eché á los pies de un sarraceno, estendí el cuello, me santigué y dije estas palabras: *Así murió santa Inés.* El condestable de Chipre se puso de rodillas á mi lado, se confesó conmigo, y le dí la bendicion que estaba en mi mano darle, y cuando me levanté, no me acordé de una palabra de

lo que me habia dicho." Los mamelucos contentos con haberlos asustado, los dejaron llenos de admiracion de verse libres tan prontamente de aquel peligro imprevisto. Luis oyó desde su tienda este grande tumulto, sin saber la causa: cuando de repente se le presenta Octai, armado y cubierto aun de la sangre del sultan, y le dice: "¿Qué me darás por la muerte de Almoadan tu enemigo?" El silencio del desprecio fue la respuesta de Luis. Entonces el bárbaro, oprimiendo con la punta de su sable el pecho del monarca, le dijo: "pues morirás á mis manos, sino me das la orden de caballería." "Recibe el bautismo, respondió Luis, y te armaré caballero." Los demas héroes de la comitiva de Luis se hallaron al mismo tiempo amenazados por las cuchillas de los mamelucos: pero aquellos hombres feroces, sorprendidos y subyugados, bajaron de improviso sus sables. La serenidad del santo monarca á vista de la muerte, escita su admiracion. Su furor se trueca en respeto; todos se arrojan á sus pies y gritan: "Jurad que cumplireis el tratado, y sois libres." Algunos autores añaden que los bárbaros tuvieron por algunos momentos la idea de nombrarle soldan y darle la corona. Este hecho es harto inverosimil para creerlo. Pero esta fábula se esparció en Europa, pues Luis dijo un dia á Joinville, despues de su vuelta á Francia: "¿Creeis que yo hubiera aceptado la corona de Egipto?" "No, respondió el senescal: porque hubiérais sido un loco en fiaros de los que acababan de matar á su se-

ñor." "Pues á pesar de eso, replicó Luis, sabed que no la hubiera rehusado."

Sea de esto lo que fuere, los emires renovaron y confirmaron el tratado anterior: pero una dificultad retardó algunos dias que se firmase. Los sarracenos querian que Luis hiciese el juramento en términos blasfemos y con imprecaciones sacrílegas, por las cuales renegaba de Jesucristo y renunciaba á toda esperanza de salvacion si quebrantaba el tratado. Luis no quiso suscribir á ello: y como los infieles creian que el patriarca de Jerusalen le aconsejaba que se resistiese á jurar así, le dieron tormento en presencia del rey. El pobre anciano octogenario, vencido del dolor, decia. "Señor, jurad sin miedo, yo tomo ese pecado sobre mí."

A pesar de la afliccion del santo rey á la vista de tan cruel espectáculo, no es creible de su firmeza que consintiese en hacer el juramento sin modificacion: pero los historiadores nada dicen de esto, y solo añaden que el tratado se ractificó. El rey se embarcó en el Nilo: la reina y las princesas salieron de Damieta, y se embarcaron en unos bajeles genoveses. Apenas los musulmanes entraron en la plaza, comenzaron á violar el tratado, matando sin piedad á los enfermos cristianos que habian quedado asegurados en la fé del enemigo. Despues de esta alevosía, quisieron cometer otra, dando muerte al rey: pero el temor de perder su rescate los tenia indecisos. Luis tuvo que salir de su galera á la ribera

del Nilo, donde se halló cercado de 20.000 sarracenos. No lejos de allí, habia otra galera que parecia no tener mas que un hombre de tripulacion: pero apenas se acercó á ella el rey, se presentaron en la crugía ochenta soldados franceses, con las ballestas armadas. Al verlos huyeron los infieles, y Luis, libre en fin de todos los peligros, entró en el buque con el conde de Anjou, Sargines, Nemours, Alberico, Clemente y Joinville. Otros navíos se presentaron inmediatamente, y se embarcaron en ellos los demas caballeros. Luis habia jurado no salir de la costa de Egipto hasta pagar 400.000 besanes de oro; y su hermano el conde de Portiers quedaba en rehenes hasta la entrega de esta suma. Dijeron al rey que faltaban para completarla 60.000 besanes, pidiólos á los templarios, que se deshonraron negándolos. Siendo inútiles los ruegos, Joinville los obligó con amenazas á prestar aquel dinero. Hecho el pagamento, Montfort se jactó en presencia del rey, de que habia engañado á los sarracenos en 10.000 besanes. El rey enojado de semejante tacañería, le mandó restituirlos á los enemigos. Habiendo cumplido sus promesas con esta fidelidad, y recibido en un brazo á su hermano, se embarcó y llegó con felicidad á San Juan de Acre. Su fama, aumentada con el infortunio, le precedia, y fue recibido con los honores que merecia un héroe, un rey y un mártir.

Entretanto Francia, engañada por lo dis·

tante de los lugares y las revueltas de la fortuna, habia pasado de la mayor alegria á la mas violenta desesperacion. Mientras Luis y su ejército yacian en cautiverio, París iluminada y todo el reino celebrando fiestas, aplaudian los triunfos del monarca, á quien ya se creía señor de Egipto. Pero despues, cuando la fortaleza de este gran príncipe habia vencido á sus vencedores, desarmado su odio y roto sus cadenas, todos los franceses lloraban su cautiverio, y esperaban de un instante á otro la noticia de su muerte. En todos los templos exhalaba el pueblo afligido sus oraciones y lamentos al cielo: los mismos ingleses, olvidando su rivalidad, se compadecian en la ruina del santo rey. El rey de Castilla tomó la cruz y juró socorrerle ó vengarle. Blanca, llena de dolor; mandó alistar nuevas tropas, y muchos guerreros tomaron las armas á su voz. El luto era universal, y el dolor público llegaba hasta el delirio. Los príncipes mahometanos se valieron de este mismo entusiasmo para agravar los males de Francia. Un renegado, emisario de los sarracenos, habia predicado algunos años antes una cruzada de niños, haciendo creer al vulgo ignorante que las armas confiadas á aquellas manos inocentes, tendrian la misma fuerza que la espada de un ángel. Dícese que este fraude grosero costó muchas víctimas. El apóstata, llamado Yacob, que habia sido monge del Cister, tenia todas las esterioridades necesarias para engañar á la

muchedumbre: sus canas, su ademan grave, sus megillas hundidas, sus miradas penetrantes y su elocuencia fácil y vehemente hacian que se le tuviese por un profeta.

Pagado por el soldan para encender en occidente la discordia, predicó en todos los campos una nueva cruzada. "He visto en sueños, decia, gemir á los ángeles por las desgracias de Sion. El mismo Dios me habló, indignado de los ultrages que se hacen á la santa ciudad. A todos os convoca á las armas y manda que le vengueis: pero aparta lejos de sí á la nobleza orgullosa, opresiva, entregada á los demonios de la ambicion y de la avaricia: porque es indigna de llevar su cruz. Solo á los sencillos, á los pobres, á los artesanos, á los laboriosos cultivadores confia el cuidado de su venganza y la libertad del santo sepulcro." Este faccioso logró fácilmente inflamar el odio habitual de los pobres contra los ricos. A la voz de Jacob tomaron las armas todos los aldeanos. De todas partes suministraba el fanatismo al falso profeta, granos, armas y provisiones: y así pudo, contra toda apariencia, alimentar la inmensa multitud que le seguia; y el vulgo creyó que renovaba el milagro de la multiplicacion de los panes. Dióse el nombre de *pastorcillos* á todos los que componian su desordenado ejército, que se aumentaba continuamente. Con la afluencia de aventureros, vagamundos, mugeres públicas y rufianes que acudian á alistarse en sus banderas.

Jacob tuvo en poco tiempo bajo sus órdenes un ejército de 100.000 hombres, y tomó el título, no se sabe por qué, de *Señor de Ungria*. Acumulando, usurpando y confundiendo todos los poderes, mandaba los movimientos como general: como sacerdote, confesaba, y casaba y aun descasaba á su arbitrio: como príncipe y juez, condenaba á penas, y confiscaba bienes. Lejos de respetar á los ministros de la iglesia, los trataba como enemigos y de la misma manera que á los nobles: acusaba á los monges de ociosos y disolutos, y no daba á Roma otro nombre que el de *Nueva Babilonia*. Lo que parece inconcebible es que la prudente y virtuosa Blanca fuese engañada tambien de este impostor, que logró su proteccion y favor: fue recibido en triunfo en Amiens: y en París mismo, predicó en la iglesia de San Eustaquio con ornamentos episcopales. Pero el voraz lobo no pudo ocultarse mucho tiempo bajo el vestido de pastor. Jacob, entregándose muy pronto á sus inclinaciones de crueldad y codicia, mataba los sacerdotes, incendiaba las aldeas y saqueaba las ciudades. Uu cura de Orleans subió al púlpito para echarle en cara sus maldades: Jacob le hizo degollar. Este crímen abrió en fin los ojos á Blanca: pero el vulgo defendia el falso profeta, hasta que el malvado cometió en Bourges tales escesos, que la ilusion se disipó, y el desprecio y la ira sucedieron á la admiracion y al respeto: sus

mas ardientes partidarios se convierten en implacables enemigos. El pueblo se arma, acomete á los pastorcillos, los pone en huida y hace en ellos gran matanza. Jacob pereció á manos de un carnicero. Este azote devastador pasó y desapareció como una tempestad violenta. Todos los cómplices del emisario de los musulmanes perecieron ó á hierro ó en la horca. Los pueblos olvidaron, como siempre, su necedad: pero Blanca debió lamentar largo tiempo su funesto error y avergonzarse de él. Esta princesa tenia entonces otros temores mas grandes: porque ya le parecia ver en Germania y acaso en Francia á los tártaros, espanto del mundo, cuyas tribus furiosas acababan de asolar á Rusia, Polonia y Ungria. Al mismo tiempo esperaba cada dia la noticia de la muerte de su hijo, cautivo, indefenso y espuesto á la venganza feroz de los musulmanes. Felizmente, supo que el gefe de los tártaros, permitiendo á la Europa respirar, dirigia sus armas al Asia: y de allí á poco recibió cartas de Luis, en que le daba cuenta de su libertad, de su salida de Egipto y de su llegada á San Juan de Acre.

Tratado de San Luis con el soldan de Egipto (1251). El rey juntó sus barones en esta ciudad para deliberar sobre lo que se habia de hacer. ¿Debia quedarse en Palestina con fuerzas tan pequeñas, que no le daban esperanza alguna de hacer conquistas; ó volver á Francia, donde le llamaban grandes intereses, los peli-

gros que amenazaban, los votos de su pueblo y las lágrimas de su madre? Todos los barones que habian venido de occidente con él, despues de haberle representado que carecia de tropas y dinero, le instaron á que partiese para su reino. "Solo allí, decian, hallareis recursos suficientes para cumplir vuestras esperanzas, y volver con ejército numeroso á sostener la causa del Señor." El conde de Jafa fue de contrario dictámen, y dijo que el rey se cubriría de ignominia, si volvia vencido á su patria. Pidióse á Joinville su voto, y sostuvo atrevidamente la opinion del conde. "Aun no está encentado, le dijo, vuestro tesoro propio: abridle; prometed paga suficiente, y hallareis en Grecia, en Morea y en Ultramar, tantos caballeros y gendarmas como querais." Guillermo de Beaumont fue el único caballero francés que apoyó el dictámen de Joinville. El rey, dilatando la decision, despidió á los barones, y les dijo, que á los ocho dias les manifestaria lo que determinaba hacer. Todos los señores al salir del consejo insultaron con burlas amargas á Joinville, diciéndole, que en efecto el rey cometeria una locura en no preferir la opinion de tan prudente consejero, á la de todos sus barones. Luis, contra su costumbre, no dijo nada al senescal la primera vez que le vió. Joinville creyó haber caido de su gracia, y se quedó parado, triste y pensativo, junto á una ventana: y aun ya formaba el proyecto de dejar la corte, y retirarse al palacio del príncipe de Antio-

quía, cuando sintió que un hombre le cogia por detras la cabeza. Pensando que era M. de Nemours, uno de los que se habian burlado de él con menos piedad, le suplicó que le dejase en paz, y al volverse hácia él, sintió que le tapaba los ojos con las manos, y en la esmeralda que tenia en un dedo, conoció que era el rey. "Venid acá, señor de Joinville, le dijo Luis: ¿cómo habeis tenido atrevimiento para darme un consejo contrario al de los mas grandes señores de Francia; y de proponerme, vos que sois tan jóven, que me quede en esta tierra? Yo le respondí, que si mi consejo era bueno, le siguiese: y si malo, que no hiciese caso de él. Entonces me preguntó, si en caso de permanecer me quedaria con él, y yo le respondí que sí, aunque fuese á mi costa ó á la de otros. El rey me dijo entonces que me agradecia el consejo que le habia dado de quedarse en Palestina: pero que me guardase de decirle esto á nadie. Todo el dia estuve tan alegre, que ningun mal me incomodaba."

Otra narracion del senescal prueba los grandes privilegios de que gozaban todos los que entraban en la orden de caballería. Le Gonlu, sargento del rey, cogió á un caballero de los que seguian á Joinville, y le empujó con bastante fuerza. El senescal se quejó al rey: éste le aconsejó que desistiese de la querella, pues el sargento no habia hecho mas que empujarle, y no le habia pegado. Entonces Joinville le declaró que dejaria su servicio, sino le hacía justicia,

porque un sargento no tenia autoridad para poner las manos en un caballero. El rey atendió á la queja, y el sargento segun la costumbre, fue al alojamiento de Joinville descalzo, en camisa y con la espada en la mano: habiéndose puesto de rodillas ante el agraviado, le presentó la espada por el pomo, y le dijo: "señor caballero, yo os pido perdon de haberos puesto las manos, y os traigo esta espada que os presento, para que si quereis, me corteis el puño." Satisfecho el caballero, le perdonó.

El rey, habiendo juntado de nuevo el consejo, declaró á los barones que estaba resuelto á permanecer en Palestina, como habia dado á entender al senescal. Prodigando inmediatamente sus tesoros, para reparar los reveses de Egipto, alistó tropas en todas partes. Cada abanderado gozó veinte sueldos diarios: los bachilleres y escuderos, diez; y el noble de infantería, dos. Luis no solo juntaba ejército, sino tambien entablaba negociaciones. El soldan de Damasco ofrecia cederle á Jerusalen, si queria unir sus fuerzas á las suyas contra el sultan de Egipto, homicida de su primo Almoadan. Cualquiera otro hubiera aceptado al instante una proposicion tan ventajosa, que le ponia en las manos, sin pelear el objeto de sus ardientes deseos. Pero la virtud de Luis era tan invencible como su valor: como esclavo de su palabra, respondió que habiendo hecho paces con el soldan de Egipto, no aceptaria la alianza propuesta

sino en el caso de que este príncipe se negase á cumplir las condiciones del tratado. Esta fue la respuesta que de orden suya llevó el monge Ives á Damasco. Las crónicas de aquel tiempo refieren que este religioso encontró en el camino una vieja con un brasero encendido en una mano y un cántaro de agua en la otra: y habiéndole preguntado qué era aquello, respondió: "con el brasero voy á quemar el paraiso, y á apagar el infierno con el agua, para que en adelante nadie obre bien por temor ó esperanza, sino por puro amor de Dios." Esta fábula fue probablemente una parábola de las que son tan comunes en el lenguage de los orientales. Si la virtud del rey se opuso muchas veces á su engrandecimiento, la fidelidad á sus promesas le consiguió un premio muy honroso. El señor de Valencia del Ródano, á quien habia enviado á Damieta, obtuvo la completa ejecucion del tratado, y los franceses lograron el placer de ver llegar á sus reales una multitud de cautivos que casi habian perdido ya la esperanza de volver á su patria y de recobrar su libertad.

El viejo de la montaña, príncipe de los asesinos, acostumbrado á que todos temblasen de su nombre, envió en este tiempo diputados á Luis, exigiendo el tributo que los demas soberanos le pagaban infamemente para libertarse de sus puñales. El rey recibió con serenidad y desprecio estos mensageros, que en otras cortes infundian tanto terror, y ni aun se dignó de responderles: pero dió orden de advertirles que

serian arrojados al mar, si su amo no daba pronta satisfaccion de su insolencia. Desde entonces los caballeros mas intrépidos empezaron á temer por la vida del rey: pero su noble firmeza hizo tanta impresion en el tirano de las montañas, que movido á respeto envió otro embajador encargado de disculparle y de dar á Luis ricos presentes: uno de los cuales era la misma camisa del príncipe del Líbano, y un anillo de oro en que estaba grabado su nombre, con lo cual "daba á entender, segun dijo el embajador, que recibia al rey por *consorte*, y se unía con él de la manera que lo estan los dedos de la mano." Envió ademas un elefante y un tablero de cristal de roca adornado de oro. Luis recibió benignamente esta embajada, y pagó los regalos con ricos vestidos de escarlata y vasos de plata y oro que llevó el monge Ives al viejo de la montaña. Cuando este religioso estuvo de vuelta, contó que el príncipe musulman tenia mucha veneracion al apóstol san Pedro; del cual creia que aun estaba vivo, y que su alma habia animado sucesivamente los cuerpos de Abel, Noé y Abraham. Encendióse entonces una guerra sangrienta entre los sarracenos de Egipto y Siria. Luis se aprovechó del tiempo que le daba la querella de los dos sultanes para visitar las plazas cristianas de Palestina y ponerlas en estado de defensa. En Tiro, Nazaret y Cesaréa reedificó las murallas, y les añadió nuevas fortificaciones. Habia sentido sobradamente su Damieta los fatales efec-

tos de la indisciplina, para no conocer la necesidad de reprimirla con vigor. Persuadido á que el orden es la verdadera fuerza de los ejércitos, castigó con severidad en el suyo los que se entregaban á la disolucion. Habiendo aprehendido á un caballero muy noble en un lupanar, le condenó el rey, á pesar de los ruegos de los barones, á ser llevado por las calles de san Juan de Acre desnudo, en camisa, y atado con una cuerda á la cómplice de su desorden: rigor escesivo, pero necesario si se habia de atajar la licencia, que destruyó tantos ejércitos cristianos en Asia.

Los cruzados no podian ser por mucho tiempo testigos inmóviles de las batallas que se daban sus enemigos. El soldan de Egipto, habiendo cumplido esactamente su tratado con Luis, le propuso, ademas de una tregua de quince años, unir sus armas con las suyas contra el soldan de Damasco, y ayudar á los franceses á recobrar á Jerusalen. Luis firmó este tratado, y se señaló á Jafa por punto de reunion de los dos ejércitos.

Victorias de San Luis en Palestina (1252). Los sirios se anticiparon á la ejecucion de un designio tan fatal para ellos, y cerraron el paso á los egipcios. Estos fueron rechazados, y señalaron á los cruzados otra época y otro sitio para la reunion: pero fueron vencidos segunda vez, y esta nueva derrota desvaneció toda esperanza de combinar sus movimientos con los de los cruzados. Reducido el rey á solas las fuer-

zas que mandaba, se apresuró á fortificar á Jafa, y dirigió por sí mismo las obras: los caballeros y barones mas distinguidos no pudieron escusarse de trabajar como los soldados, viendo al rey que daba el ejemplo con el carrillo y la zapa en la mano.

Los sirios marcharon en gran número contra los cruzados. Luis les dió la batalla y los derrotó. Despues de esta victoria, el general Damasceno propuso una tregua, y ofreció al rey el libre paso á Jerusalen para visitar el santo sepulcro: mas Luis respondió que su intencion era entrar en aquella ciudad, no como peregrino sino como vencedor.

El soldan de Damasco fue acometido poco despues por los egipcios, y perdió una batalla, de la cual salió herido. Desgraciadamente, este revés, que parecia ser favorable á los cristianos, se volvió contra ellos: porque los dos soldanes se reconciliaron, unieron sus banderas contra los cruzados, y treinta mil musulmanes vinieron á acometerlos.

El rey, cuyas fuerzas estaban divididas, solo tenia entonces á su lado mil cuatrocientos hombres de armas: su ardiente valor triunfó del número, y los sarracenos perdieron el campo de batalla. Dieron un nuevo ataque, y Joinville se puso al frente de la vanguardia y los rechazó. Los soldanes, desesperando de vencer en los sitios donde estaba San Luis, marcharon contra Sidon y saquearon la ciudad: pero no pudieron tomar el castillo defendido valerosamente por

la guarnicion francesa. Desde allí se dirigieron á Cesaréa. Cerca de esta ciudad los acometió Luis, y consiguió la victoria: pero olvidando el desgraciado ejemplo del conde de Artois, siguió á los fugitivos con demasiado ardor, y sufrió tanta pérdida de gente, que no le fue posible socorrer á Sidon. Los bárbaros arrasaron esta plaza.

Muerte de la reina Blanca (1253). En esta época recibió Luis noticias importantes de Europa. Sus hermanos Alfonso y Carler, que habian vuelto á Francia de orden del rey, habiendo comprimido una rebelion en Provenza, pasaron á Inglaterra á solicitar socorros para los cristianos de Palestina: mas no pudieron conseguir sino promesas vagas: porque la rivalidad era mas poderosa en Inglaterra que la caridad. No fueron mas felices en los oficios que hicieron cerca del sumo pontífice, que tenia su corte en Leon, para restablecer la paz en Europa.

La corte de Roma se vió libre de su mas implacable enemigo. Federico murió cerca de Nápoles, ahogado, segun se dijo, por Manfredo su hijo bastardo. Este príncipe fue uno de los hombres mas grandes de su siglo, político hábil, gran capitan, protector de las ciencias y amigo de la justicia: pero la guerra que declaró á la potencia temporal y en parte á la espiritual de la santa sede, afeó su carácter, y produjo todas sus desgracias. Gregorio é Inocencio, en la cruel guerra que le hicieron, llevaban un objeto

nacional; noble y grande, cual era libertar á Italia de la dominacion germánica. Cuando supo el pontífice la muerte de Federico, mandó á todos los príncipes cristianos formar una cruzada contra Conrado su heredero. Este príncipe, viéndose á peligro de muerte de resultas de un veneno que le habian dado, acusó públicamente de este crímen á la corte de Roma, lo que no se probó, aunque el odio recíproco de los partidos hizo que se tuviese por probable aquella acusacion.

Los legados de Inocencio publicaron en Francia la cruzada contra el emperador: pero Blanca se opuso á ello, convocó un parlamento, se prohibió que se publicase la bula, se mandó confiscar los bienes de los que tomasen la cruz, y se reprendió severamente á los dominicos encargados de juntar las contribuciones en dinero para la empresa. La reina tuvo entonces otra desavenencia con el clero de Francia. Los habitantes de Chatenay reclamaban contra el derecho de señorío que ejercía sobre ellos el cabildo de nuestra señora de París, y contra la esclavitud del terruño á que se hallaban reducidos. El cabildo mandó poner en prision la mayor parte de ellos. Blanca los tomó bajo su proteccion, é intercedió con los canónigos: mas éstos respondieron que á nadie tenian que dar cuenta de lo que hacian con sus siervos, y al mismo tiempo metieron en las prisiones á los hijos y mugeres de los de Chatenay. Blanca indignada salió de su palacio con su guardia, pasó á Cha-

tenay, rompió las puertas de la carcel, dió libertad á los presos y embargó los bienes del cabildo. Los canónigos reconocieron la autoridad del cetro.

La reina supo que el rey de Inglaterra se preparaba á recobrar las provincias perdidas; á cuyo efecto, socolor de hacer un viage á Guiena pidió permiso para pasar por Francia. Blanca se lo negó: pero los temores de la reina se disiparon muy pronto por la gran discordia que se suscitó entre el conde de Leicester y Enrique III, y por la terrible rebelion de los habitantes de Guiena contra los ingleses.

Francia iba á perder el prudente gobierno y las benignas virtudes de la madre de San Luis. Cayó enferma, y tomó el hábito de las religiosas del Cister: cubierta de su vestido de gerga, murió cristianamente sobre un lecho de paja, edificando con la humildad de sus últimos instantes á un pueblo religioso que veneraba su piedad, tanto como habia admirado su firmeza, justicia y gloria. Su cuerpo fue enterrado en la abadía de Maubuisson, y su corazon en la de Lys. Luis, hijo mayor del rey, solo tenia entonces doce años: pero los barones quisieron que á pesar de la costumbre, tomase en sus manos las riendas del gobierno.

El rey estaba en Jafa cuando supo la muerte de su madre. La tristeza del legado á quien se encargó que se la anunciase, le sirvió de pronóstico. Su amor filial y su profundo dolor se manifestaron al principio en lamentos y lágri-

mas: pero despues, resignado y fortalecido por los sentimientos religiosos, se hincó de rodillas, y dió gracias á Dios por haberle conservado tantos años una madre tan amante y virtuosa. "Vos sabeis, Señor, dijo, con cuánto estremo la queria: vos me la disteis, vos me la quitasteis: no tengo derecho para quejarme de vuestros decretos." Se vió con admiracion que la misma Margarita llorase la muerte de Blanca, y el buen senescal Joinville no pudo dejar de decirle: "Ya tengo por verdadero que no se debe creer en muger que llora: pues el llanto de la reina es por la persona á quien tenia mas aversion en este mundo." Margarita replicó: "no lloro por ella, sino por el rey mi esposo que está muy aflijido, y por mi hija Isabela, que ahora está sin guia ni apoyo, y bajo la custodia de hombres." Hasta entonces la habilidad, valor y prudencia de Blanca habian asegurado al rey de que se conservaria la tranquilidad en Francia durante su ausencia: pero apenas la hubo perdido, determinó volver prontamente á su reino. En Flandes se encendia guerra civil por las pretensiones opuestas de los señores de Dampierre y de Avennes. Enrique estaba en Guiena al frente de un ejército: sus emisarios fomentaban movimientos en Normandía. Todas estas causas reunidas debian acelerar la partida del rey. Sin embargo, antes de emprenderla, creyó necesario consultar, no solo á los señores que le habian acompañado de Francia, sino tambien á los barones de Siria y Palestina, y todos convinieron unánimemente

que no le era posible permanecer mas tiempo en Asia.

Vuelta de San Luis á Europa (1254). El rey se embarcó, pues, en el puerto de San Juan de Acre, cuya defensa confió al valiente Sargines, y á cien caballeros que dejó bajo sus órdenes. La intrepidez y las virtudes de Luis escitaban justamente el entusiasmo de los pueblos cristianos de Asia: y pudo gozar, al partir, de sus homenajes, de sus votos y de sus sentimientos, dictados por la gratitud y no por la lisonja. El rey, estando ya a bordo, dijo á Joinville, que salia de Asia en el mismo dia del año que nació. "Y con razon, replicó el senescal; porque salir sano y salvo de una tierra tan peligrosa, es nacer segunda vez."

En la navegacion sufrió violentas tempestades. El santo rey, que solo tenia su confianza en Dios, obligaba á los marineros á cumplir con regularidad las obligaciones religiosas: y mientras estaban ocupados en ellas, él y sus caballeros hacian el servicio de las maniobras. Su bajel, impelido por los vientos, dió contra un escollo. El capitan del navío dijo que era menester que el rey saliese del buque, porque estaba roto y hacía agua. "Si estuviéseis solo, le dijo Luis, ¿qué harian?" "Nos arriesgaríamos, respondió el capitan, á continuar nuestro camino: porque en ese caso solo se esponia la vida de unos marineros como somos nosotros: pero la de vuestra magestad no tiene precio, y no debemos aventurarla." "Pues, sabed, dijo

el rey, que todos estais obligados á amar vuestra vida, como yo la mia. Si salgo del buque, todos los que me siguen querrán salir tambien, y quedarán abandonados, porque no encontrarán navíos que los reciban. Mejor quiero poner en manos del Señor mi vida y la de mi familia, que dejar á tantos valerosos en un riesgo, del cual no participe yo." Calafateóse el buque, la armada dió la vela, y fue asaltada de otra tempestad, que desanimó á los pasageros. Margarita hizo voto, si escapaba de aquel peligro, de enviar al templo de san Nicolás de Lorena un navío de plata: el viento se sosegó inmediatamente, y se atribuyó la bonanza á la piedad de la reina. La escuadra llegó en fin á la isla de Hieres. Un religioso franciscano que habitaba en un convento, se grangeó justamente el aprecio del rey, diciéndole con noble libertad que "era menester reparar con leyes benéficas los males inseparables de la guerra; que la justicia era la primera obligacion de los reyes, y que jamas habia perdido una familia el cetro, sin haber quebrantado esta obligacion." Máxima que despues repitió Luis muchas veces: tal era la impresion que habia hecho en su ánimo. El rey desembarcó de allí á pocos dias en el puerto de Marsella: su salud parecia muy alterada con sus afanes y desgracias. No habia logrado el objeto de su espedicion: y la gloria adquirida en oriente, no recompensaba la pérdida de tantos valerosos, cuya muerte lloraba, y de tantos tesoros disipados sin fruto. El abad de

Cluny le salió á recibir, y le regaló dos hermosos caballos. Este abad, á pesar de los muchos negocios que tenia el rey, consiguió de él una larga audiencia. "¿No es verdad, señor, dijo despues Joinville á Luis, que el regalo del buen monge ha contribuido bastante á que le escucháseis tan largo tiempo?" "Es posible," respondió el rey. "Pues conoced en eso, replicó el caballero, lo que harán los de vuestro consejo, sino les mandais que no reciban nada: porque ya lo veis, se oye con mas gusto al que dá un regalo." Luis se sonrió de esta leccion ingénua, y se aprovechó de ella. Continuando su viaje, subió embarcado por el Ródano. Este buen príncipe, afable con los que se le presentaban, oía todas las quejas, y reparaba en cuanto le era posible todos los agravios. En el camino publicó una ordenanza, prohibiendo á los senescales y bailíos las providencias restrictivas en materia de venta de géneros, sin el dictámen de un consejo que compuso de algunos prelados, barones, caballeros y habitantes de las ciudades principales. Así protegia los derechos de la propiedad individual, sin olvidar los de la corona. En todas partes usó como sus predecesores, del privilegio de alojamiento, al cual estaban sometidos el clero, los señores y las municipalidades. En fin, llegó á Vincennes, y partió inmediatamente á san Dionis á dar gracias al Señor por su libertad y vuelta á Francia.

París, toda júbilo y fiestas, celebró con

aclamaciones generales y sinceras la entrada de su rey. Luis no creía que fuese permitida á un monarca la ociosidad. Empleado sin intermision en cumplir sus obligaciones, cuando la paz le daba tiempo para ello, descansaba de los afanes militares, entregándose sucesivamente á los ejercicios de piedad, al gobierno y á la administracion de la justicia. Conservaba en la memoria el prudente consejo de Joinville, y prohibió á los funcionarios públicos recibir presentes ni indemnizaciones. Era inflexible con los enemigos de la religion, y castigó severamente la heregía. Sus edictos mandaban atravesar la lengua á los blasfemos, imponer el último suplicio á los hechiceros, y quemar el Talmud y los demas libros de los judíos. Compuso el consejo y el parlamento de hombres instruidos, sin atender á que su estraccion fuese noble ó plebeya: porque este monarca ilustrado no preguntaba cuál habia sido la cuna de los hombres, á quienes dispensaba su confianza: sino si tenian conocimientos y virtudes. Así comenzó insensiblemente á nacer una grande revolucion, tan favorable al pueblo como contraria al sistema feudal. Montlosier dice que los barones cometieron un yerro grave en permitir aquella innovacion, cuyas consecuencias es muy probable que no previeron. Eran poco amigos de venir á la corte, y de asistir al parlamento cuando no habia que tratar en él negocios importantes, y gustaban mas de vivir en sus castillos como soberanos, que cerca del

monarca como súbditos: y olvidaron, que daban el golpe mas funesto á su grandeza y á su soberanía, permitiendo que los juzgasen, en caso de apelacion, los que no eran iguales suyos. En efecto, la gerarquía feudal dejó de existir, cuando los señores mas poderosos consintieron en comparecer ante un tribunal, compuesto de vasallos inferiores y aun de burgueses. Es verdad que el príncipe, respetando en gran manera las antiguas costumbres y derechos, no les permitió conocer con claridad los resultados de su política. Se observó con mucho cuidado y constantemente la atencion de dejar á los señores gozar de sus prerrogativas, y ejercer cuando quisiesen y en las ocasiones mas importantes los privilegios de pares en el parlamento del rey. El mismo San Luis no quiso casar su hija Isabela con Teobaldo de Champaña sin el consentimiento de sus barones, á quienes consultaba tambien siempre que se meditaba una grande empresa, ó se trataba de declarar guerra ó hacer la paz. Los barones aprobaron la union de Isabela de Francia con Teobaldo de Champaña, y el rey celebró las bodas con mucha pompa y magnificencia.

Este buen príncipe, siempre amigo de la paz, escepto con los mahometanos, parecia haberse olvidado de los justos motivos de queja, que el rey de Inglaterra le habia dado durante su ausencia. Enrique III, deseando aprovecharse de sus disposiciones favorables, pasó á París con una comitiva numerosa, y se alojó en el

Temple. El rey le recibió como aliado y hermano, y aun le ofreció en su mesa el primer lugar: pero Enrique no lo aceptó, diciendo: "sois mi señor soberano, y lo sereis siempre." En esta entrevista y en las fiestas que se hicieron con motivo de ella, logró la condesa de Provenza, que á la sazon estaba en París, la satisfaccion, muy poco comun, de ver reunidas á cuatro de sus hijas, todas reinas. Enrique descubrió á Luis el objeto verdadero de su visita y el motivo de su aparente sumision, pidiéndole con instancias que le restituyese el ducado de Normandía, como prometió hacerlo, decia él, el rey Felipe Augusto. La sentencia de confiscacion no habia sido de la aprobacion de todos, y la conciencia timorata de Luis le sugeria algunas dudas sobre la legitimidad de aquella adquisicion importante: y así vacilaba, temiendo que los consejos de la política fuesen contrarios á la justicia. No obstante, convencido del daño que la restitucion haria á Francia y del descontento general que escitaria, respondió definitivamente al rey Enrique que no le era posible conceder lo que pedia. "Yo quisiera, le dijo, revocar sentencia tan severa, y resarciros de pérdida tan grande: pero creedme, ni mis caballeros ni mis doce pares consentirán nunca en ello."

Luis, que deseaba sínceramente dar la paz al mundo cristiano, hacía contínuos é inútiles esfuerzos para terminar la guerra cruel de los güelfos y gibelinos: pero la voz de la razon

era harto débil para que la oyesen las pasiones. Ademas los acontecimientos y los actores de estas escenas sangrientas se succedian con tanta rapidez, que apenas tenian tiempo los mas hábiles políticos para preverlas y formar juicio de ellas. Conrado, heredero de Federico, se hizo dueño de Nápoles, y dominó algun tiempo en Italia: pero á su triunfo siguió muy pronto su inopinada muerte, y dejó á su hijo Conradino, en tierna edad todavía, una corona mal segura. El papa Inocencio dió algunas esperanzas de reconciliacion, y prometió reconocer á Conradino, bajo condicion de que se fiase la rejencia de sus estados á Manfredo, el bastardo inhumano, á quien se atribuia generalmente el crímen de haber asesinado á su padre el emperador Federico. Manfredo se encargó efectivamente del gobierno: pero como un legado del papa pasase á tomar posesion de Sicilia y Calabria en nombre de la santa sede, Manfredo envió tropas contra las del papa que fueron vencidas. Inocencio IV no sobrevivió á este reves, y le sucedió Alejandro IV en la tiara y en sus designios contra la casa de Suecia. San Luis halló en este pontífice disposiciones tan poco pacíficas como en su antecesor.

El rey, perdida la esperanza de reconciliar enemigos tan implacables, dedicó toda su actividad al gobierno de sus propios estados, y logró mezclando oportunamente el rigor y la dulzura, consolidar en ellos el orden y la tranquilidad. Cuanto era mayor la deferencia que

manifestaba á los pares y barones consultándolos acerca de los intereses generales de la nacion, tanto mas rigor sabia mostrar contra los que violaban las leyes y despreciaban la justicia. El baron de Montreal, caballero de Borgoña, aterraba y oprimia á sus vasallos: unos ladrones, que tenia á su sueldo, cometían todo género de escesos, y el temor que infundian, parecia asegurarle la impunidad de sus delitos. Ultimamente habia mandado atar á un sacerdote, tenerlo de noche y dia espuesto á la inclemencía sin darle alimento, y dejarle morir en fin sirviendo de pasto á los insectos y á las aves de rapiña. El rey mandó al duque de Borgoña que castigase á aquel malvado: y como el duque no se daba prisa á obedecer, envió á Borgoña tropas que tomaron y arrasaron el castíllo de Montreal. En el Languedoc castigó tambien la autoridad real á algunos barones que eran tiranos de los pueblos. Un caballero, á quien el conde de Anjou sentenció con demasiada severidad, interpuso apelacion al tribunal del rey, y el conde irritado mandó ponerle en prision. Luis, ofendido de esta injusticia, escribió al conde Cárlos que su calidad de hermano del rey no le libertaba del yugo de las leyes: y admitió la apelacion del caballero: pero este infeliz no halló abogado que le quisiese defender, porque todos temian el poder y el carácter violento del conde de Anjou. Luis le nombró abogado de oficio, y el caballero ganó su causa, recobró su libertad y los bie-

nes que se le habian confiscado. Con estos actos de justicia imparcial lograba Luis que el cetro fuese amado del pueblo: pero su rigor con los delitos contra la fé escitó violentas murmuraciones, en una ocasion que por sentencia suya se le atravesaron los labios con un hierro encendido á un vecino de París, convicto de blasfemia: muchos ciudadanos prorrumpieron en injurias y maldiciones contra el rey. Luis supo por sus cortesanos este delito y los nombres de los delincuentes, y dijo: "á esos los perdono porque solo me han ofendido á mí." Sin embargo, no olvidó este descontento, y en lo sucesivo, dejando sin uso el edicto, castigó á los blasfemos con multas.

No tardó en presentarse una ocasion favorable de mostrar á la tiranía feudal, que en lo sucesivo los oprimidos hallarian en el cetro un firme apoyo contra los opresores. Enguerrando de Concy, gefe de aquella ilustre casa que los rebeldes se habian atrevido en la menor edad de Luis, á designar para que derribase la dinastía de los capetos y usurpase el trono, hizo dar muerte sin ningunas formalidades judiciales, á tres gentiles hombres, naturales de Flandes, por haber cazado sin permiso en sus tierras. Intimóse á Concy que compareciese ante el parlamento del rey: mas no quiso reconocer la competencia de este tribunal, ni someterse á otro juicio que al de los pares del reino. El rey decidió que siendo Concy vasallo de segundo orden, no podia reclamar los

privilegios de los pares ni de los vasallos directos. El acusado fue preso, y se creyó que pagaria su delito en un cadalso. La sorpresa de los grandes fue estrema: irritados de ver que los señores mas poderosos eran sometidos, como el vulgo, al cuchillo de la justicia, se juntaron y reclamaron el derecho incontestable de tomar asiento cuando quisiesen en el tribunal del rey. Llegaron á París en gran número, distinguiéndose entre ellos el rey de Navarra conde de Champaña, el duque de Borgoña, la condesa de Flandes, el arzobispo de Reims y los condes de Bretaña, Bar, Soissons y Blois. Concy fue conducido al tribunal, y siendo interrogado por el rey pidió antes de todo, el permiso de tomar consejo de sus parientes acerca de la causa. Luis se lo concedió: retiróse el reo: y lo que prueba la nobleza su familia y sus multiplicadas conexiones con las principales casas del reino, es que casi todos los barones se levantaron del tribunal y salieron acompañándole como parientes suyos. De allí á poco volvió á entrar con ellos, negó el atentado de que se le acusaba, y pidió el *jucio de Dios*, alegando que el modo de enjuiciar, recientemente adoptado, no podia aplicarse á un baron francés, cuyo derecho era sostener su causa con la espada. Luis respondió que no podia haber desafio entre un acusado poderoso, y acusadores que estaban lejos de su patria y sin proteccion. El conde de Bretaña sostuvo inútilmente la opinion de Concy. "Acordáos, le dijo el rey, que

vos mismo, cuando fuisteis acusado ante mí por vuestros barones, pedisteis el juicio por informacion, diciendo que el desafio no es medio legal." A estas palabras todos enmudecieron. Espusiéronse los hechos: la defensa era imposible. El rey mandó á los barones votar: todos se quedan en silencio y afligidos, y al cabo de algun tiempo se echan con Enguerrando á los pies del rey é imploran su clemencia.

Luis contento con esta sumision, despues de haber reprendido con severidad al acusado, permitió á los jueces no aplicar la pena de muerte. Todos los votos fueron de que se impusiese al delincuente castigo rigoroso, y fue condenado á fundar tres capillas espiatorias, ceder á los monges de san Nicolás un bosque muy grande en el cual se habia cometido el delito, perder en todas sus tierras el derecho de justicia y caza, servir tres años en Palestina, y pagar al fisco una multa de doce mil libras, que se emplearon en edificar la iglesia de los franciscanos de París, y el hospital de Dios de Pontoise. Este ejemplo del poder del rey contra un grande sostenido por todos los barones del reino, intimidó á la nobleza, admiró á Europa, dió esperanzas al pueblo y le inspiró sumo respeto al trono. Fue uno de los golpes mas terribles que dió el cetro al poder feudal. Los barones gimieron, y así el castellano de Noyon, que conocia toda la estension de este acto de autoridad, decia públicamente en todas partes: "Despues de esto, ya no falta mas sino que nos dejemos ahorcar."

Luis, informado de esta espresion sediciosa; mandó llamar al castellano, y le dijo: "ya veis por todo lo que ha pasado á vuestra vista, que yo no mando ahorcar á mis barones, sino que sean juzgados: y que sé castigar á los que infringen impunemente las leyes y ultrajan la humanidad." El castellano, lleno de terror, dijo que le habian entendido mal y calumniado. El rey le dejó libre. Para apreciar como es justo la firmeza prudente de Luis, es menester no perder de vista las costumbres de aquel tiempo y la fuerza de las preocupaciones. Formaremos idea esacta de los obstáculos que oponia el feudalismo á la autoridad del cetro, viendo que Luis, á pesar de su intrepidez y de su amor á la justicia, creia que no le era posible castigar con el último suplicio á Enguerrando, cuyo delito, que era manifiesto, habria costado la vida á cualquier otro delincuente.

El buen rey se aprovechó del tiempo de paz para recorrer las provincias y examinar la conducta de sus senescales y bailíos. Dando continuamente ejemplos de justicia, restituyó á sus antiguos poseedores muchos dominios de que se habia apoderado ilegalmente Felipe Augusto. Con este motivo Alejandro IV le escribió una carta, en que elogiaba con razon sus virtudes y su rectitud. San Luis hizo tambien muchas restituciones á las iglesias y abadías. Su valor y hazañas le hicieron famoso, y los héroes de Francia se jactaban de tenerle por caudillo: pero la verdadera gloria de Luis fue su profunda é ilustrada

piedad, de la cual se derivaban todas sus virtudes domésticas y públicas, señaladamente el amor encendido de la justicia. La iglesia le llamó santo; los soldados valiente guerrero; el pueblo, buen rey.

Este príncipe virtuoso, seguro del amor de sus vasallos, iba por todas partes sin guardia ni temor: era accesible á todos sus vasallos, escuchaba sus quejas, y se dignaba juzgar él mismo sus contestaciones y conciliar sus desavenencias. La venerable encina, al pie de la cual San Luis, vestido sencillamente, daba audiencia como padre de familia á todos sus vasallos sin distincion de clases, fue mas amable á los corazones de los pueblos, que el esplendor de los monarcas mas poderosos, rodeados en su palacio de innumerables cortesanos y de una guardia temida. La pluma candorosa de Joinville describe así este cuadro patriarcal. "El buen rey, dice, no olvidó la leccion del buen franciscano de Hieres; y así ha gobernado su reino bien y lealmente segun Dios: y siempre ha querido hacer y administrar buena justicia como vais á oir; porque era la costumbre que despues que habíamos oido misa los señores de Neelles, el buen señor de Soissons, yo y otros de la corte, fuésemos á oir los pleitos de la *puerta* que ahora se llaman las peticiones del *palacio* de París. Y cuando el buen rey habia venido del paseo por la mañana, nos mandaba llamar y nos preguntaba lo que habia pasado y si habia algun negocio para cuyo despacho fuese necesaria su

presencia: y cuando esto sucedia, se lo deciamos, y él mandaba llamar las partes, y les preguntaba por qué no se avenian á la decision de los ministros, y al instante las contentaba y las ponia en lo que era razonable y justo: y siempre tenia el santo hombre rey esta buena costumbre. He visto muchas veces al buen santo despues que habia oido misa en estío, ir á pasearse al bosque de Vincennes; sentábase al pie de una encina, y nos hacía sentar á todos cerca de él: y todos los que tenian negocios, venian á hablarle sin que lo impidiese ugier ni guardia. El rey preguntaba en alta voz *con su boca* si habia alguno que tuviese pleito: y cuando habia algunos, les decia: *amigos, guardad silencio, y os despacharán á unos despues de otros.* Luego llamaba muchas veces á mi señor de Fontaines, y á mi señor Godofre de Vilette, y les decia: *despachad esos pleitos.* Y cuando notaba alguna cosa que enmendar en los discursos de los que hablaban por otro, él mismo *con su boca* los correjía muy benignamente. Tambien he visto muchas veces al buen rey venir en dicho tiempo de estío al jardin de París con chaqueta de chamelote, casaca de seda sin mangas y capa negra: mandaba tender tapices para que nos sentásemos cerca de él, y allí admistraba pronta justicia á su pueblo, del mismo modo que he contado en el parque de Vincennes." Este príncipe tan bueno y popular, aunque caballero, era enemigo de la galantería. La severidad de su virtud debió parecer grosería á sus cortesa-

nos. Una señora de distincion, ya entrada en años, pero sin haber perdido la pretension de agradar, se presentó un dia en su audiencia vestida con tanta elegancia como si fuera una jóven. "Yo examinaré, le dijo el rey, vuestra pretension: pero señora, atended al bien de vuestra alma. Dicen que habeis sido muy hermosa; pero sabed que ya no lo sois. La belleza del cuerpo pasa como la flor de los campos: no penseis sino en la del alma que nunca muere." Este consejo hizo grande impresion en los circunstantes, y lo que era mas dificil, en la misma dama, que desde entonces renunció á la vanidad. Aquella época fue una de las raras, en que el gefe del estado hace respetar las leyes sometiéndose á ellas. San Luis sacrificó todos sus intereses personales á la justicia. Los herederos de la condesa Matilde le pedian el condado de Danmartin, que en otra ocasion habia prometido restituirles: pero los ministros, defendiendo el dominio real, alegaban que aquel documento era nulo, porque los sellos estaban rotos, y solo quedaban algunos rasgos esparcidos de las facciones del rey y de la caña de las piernas. El sello real se habia alterado despues. Luis mandó traer el sello antiguo, lo cotejó con el del documento, conoció la semejanza, y dijo: "este es efectivamente el sello que tenia antes de ir á Palestina, yo le reconozco, y mi conciencia no me permite retener mas tiempo el señorío de Danmartin,

Causa de Guillermo de Saint Amour (1255). Una

causa ruidosa, que indispuso al rey con la corte de Roma y dividió en partidos la universidad de París, alteró la felicidad y el descanso bien merecidos que disfrutaba Luis. Los arqueros de la ronda hirieron á cuatro estudiantes en una pendencia, y este hecho quedó sin castigo. La universidad obligó á todos sus individuos á jurar que perseguirian en justicia á los agresores; y en efecto logró la satisfaccion que deseaba: algunos de los delincuentes fueron ahorcados, y otros desterrados. Pero dos doctores uno dominico, y otro franciscano, no habian querido prestar el juramento exigido, creyéndolo contrario á la mansedumbre evangélica: y les cerraron las puertas de las escuelas y se borraron sus nombres de la lista de los profesores. Indignados de este rigor, desobedecieron, subieron á las cátedras y enseñaron; y el papa los escomulgó en virtud de querella dada por la universidad. Los religiosos apelaron al mismo pontífice, que mejor informado, los tomó bajo su proteccion y mandó á la universidad que los repusiese en la clase de profesores. Los demas individuos de la universidad se negaron á la ejecucion de esta orden; pero el obispo de Evreux, guiado de un celo mal entendido, compuso un acto con firmas falsas de cuarenta doctores contra la decision de la universidad. Descubierto el artificio, se irritaron los odios: y las facultades del claustro, deliberando cada una separadamente, mandaron publicar en todas las iglesias de París el decreto que habia esclui-

do de la enseñanza á los dos religiosos. Esta providencia fue señal, no solo de turbaciones, sino tambien de una guerra civil de nueva especie. Los legos dominicos se armaron, anduvieron por las iglesias y las calles, dieron de palos á los bedeles de la universidad, y aun al mismo rector y á otros muchos maestros en artes. Al mismo tiempo dos religiosos, el abad Joaquin que era tenido por profeta, y Juan de Parma, general de los franciscanos, publicaron una doctrina nueva y nuevo evangelio que llamaban *el evangelio eterno*. En él se decia que el de Jesucristo, no teniendo mas objeto que preparar, mas no llevar los hombres á la perfeccion, sería abolido, como tambien la iglesia, el año 1260, y le sucedería el evangelio del Espíritu Santo, que establecería un sacerdocio mas perfecto. Guillermo de Saint Amour, doctor de la Universidad, refutó esta doctrina herética: pero tuvo la temeridad de acusar ante la santa sede á los dominicos y franciscanos como sectarios de semejante heregía. El papa Inocencio habia prohibido á los dominicos confesar sin permiso de los curas; lo que daba muchos brios á los enemigos de los religiosos: pero Alejandro IV revocó esta prohibicion, y amenazó con censuras á la universidad, sino restituía sus cátedras á los profesores depuestos. La universidad resistió y protestó contra la bula del papa. Muchos de sus individuos se dispersaron por el reino y algunos pasaron á Inglaterra. El sumo pontífice lanzó contra ellos sentencia de esco-

munion: los arzobispos de Sens, Reims y Bourges, de acuerdo con el rey, proponian á la santa sede arbitrios mas benignos: pero el papa tuvo esta oposicion por atentatoria á su autoridad. Guillermo de Saint Amour, escribió en el mismo tiempo una sangrienta sátira contra los franciscanos, y los amigos de escándalo la celebraron mucho, y esparcieron en el vulgo canciones y letrillas de la misma especie. Santo Tomás de Aquino y san Buenaventura defendieron entonces las dos órdenes religiosas: el papa escomulgó á Guillermo y á sus partidarios: pero San Luis negó su consentimiento á la ejecucion de la bula, y permitió al pueblo asistir á los sermones de aquel doctor. Unos y otros pidieron que se convocase un concilio: y el papa tomó el acuerdo mas prudente, que fue imponer silencio á los dos partidos. Fueron condenados á las llamas el nuevo evangelio y el libro de Saint Amour: éste públicamente, aquel en secreto, por no infamar la reputacion de sus autores, ya arrepentidos. La universidad se sometió al decreto del papa: y consintió, como se le exigia, en admitir en su seno á santo Tomás, san Buenaventura y demas regulares que fuesen dignos de ser recibidos por doctores: pero declarando al mismo tiempo que ocuparian solamente el último lugar entre los profesores. Las virtudes y sabiduría de aquellos dos santos les adquirieron el puesto mas eminente no solo en la universidad, sino tambien en la iglesia.

San Luis veneraba estraordinariamente á

los religiosos de aquellas dos órdenes, y hacía mucho caso de sus consejos. Uno de ellos, cenobita mas celoso que instruido, le dijo un dia: "¿No deseais tener en vuestras manos al Verbo eterno?" "Sí, le respondió el santo." Pues oid, replicó el religioso, lo que os dice el evangelio: *el que deje por mí su padre, su muger y sus bienes, recibirá el centuplo y poseerá la vida eterna.* "Atrevéos, pues, señor, á este último grado de perfeccion. Teneis herederos capaces de llevar el cetro. Habeis consagrado vuestra vida á la gloria de Dios. Abandonad, pues, todos los cuidados, para tomar la cruz, esto es, nuestro hábito. De esta manera ascendereis al sacerdocio, y tendreis á Jesucristo en vuestras manos." El piadoso monarca respondió: "entiendo lo que me decís, lo deseo y lo haría de muy buena gana: mas no puedo resolverme á ello sin el consentimiento de la reina, á la cual estoy unido por mis juramentos, su cariño y sus virtudes." Concluida esta conversacion pasó Luis al cuarto de su esposa y le propuso el designio. Margarita, en lugar de responderle, mandó llamar á sus hijos y al conde de Anjou: y preguntó á los príncipes si querian mejor ser llamados hijos de un sacerdote que de un rey. Ellos enmudecieron sorprendidos, y Margarita les dijo, que su padre, por consejo de un religioso, queria renunciar á la corona, y hacerse fraile y sacerdote. A estas palabras, Carlos de Anjou, cuyo carácter era muy violento, manifestó el mayor enojo contra el rey su hermano, y juró

no permitir religiosos en sus dominios. El hijo mayor del rey, no menos irritado, y olvidando el respeto debido, prorrumpió en imprecaciones tan fieras contra los dominicos, á cuya orden pertenecia el religioso consejero, que su padre tuvo que castigarle dándole un bofeton. "Señor, dijo el príncipe, nunca olvidaré la veneracion que os debo: solo mi padre y mi rey me heriría impunemente. Pero si algun dia llego al trono, juro por mi señor san Dionis, que haré salir del reino á todos los religiosos." Esta escena violenta, dice la crónica de Senone, hizo conocer á Luis que Dios no exigia de él un sacrificio tan contrario á la felicidad de sus pueblos. Pero aunque renunció al hábito religioso, se sometió para asegurar su salvacion, á austeras privaciones, mortificaciones rigorosas y á un régimen mas severo que al de todas las órdenes monásticas. Su confesor se admiraba algunas veces del respeto que San Luis le tenia. "Vos sois mi padre, le decia el rey, y yo soy vuestro hijo y me toca serviros."

Imitando el piadoso ejemplo del rey Roberto, Luis daba de comer en su palacio á doscientos pobres; y no se desdeñaba de servirlos y de lavarlos los pies. Hizo donaciones muy grandes al hospital de Dios, y á los demas de la capital. Los maturinos de Fontainebleau, y los dominicos, franciscanos y carmelitas de París le veneraron como fundador. Hizo un hospital para recibir y mantener trescientos ciegos: y su munificencia religiosa no fue menor

en las provincias: como uno de sus ministros censurase lo escesivo de estas donaciones, S. Luis respondió: "ningun príncipe hay que no gaste sumas muy crecidas en satisfacer sus gustos. Pues mejor quiero que se note el esceso de mis limosnas, que el de un lujo supérfluo y mundano."

Luis favoreció mucho los progresos de las ciencias, y ninguno de sus antecesores protegió con mas actividad la literatura; porque estaba convencido de que para civilizar á los pueblos es menester darles instruccion. Los estudios y escritos se resentian aun de la antigua barbarie. El lenguaje era grosero é irregular como las costumbres, y ningun tratado existia de gramática francesa. Apenas brillaban leves centellas de ingenio en la misma Francia, tan fecunda despues en modelos literarios, como no fuese en las leyes, en las canciones y en las novelas. Los trobadores no sabian cantar sino el amor y la guerra, porque los caballeros no sabian mas que enamorar y pelear. Las primeras obras de importancia que se escribieron en francés, fueron *la relacion de la toma de Constantinopla*, por Ville Hardouin, *la historia de Felipe Augusto*, por Guillermo el breton, *las memorias de Joinville*, y una *historia de Normandía*, publicada en 1160. Los áridos croniones franceses mezclaban siempre las fábulas con los hechos históricos. La biblioteca que fundó San Luis, constaba de la Biblia y de los escritos de los santos padres. Los profesores

eran entonces discípulos de Aristóteles, y se defendian las opiniones de este filósofo con suma intolerancia. La elocuencia consistia en comparaciones, y la filosofía en disputas abstractas, ininteligibles é inútiles. Empezábase ya á distinguir el poder temporal del espiritual; sobre todo, despues que Luis IX, gobernando segun el interés de los pueblos, y debilitando la fuerza feudal y opresiva de los señores, mostró el verdadero objeto del poder político, é hizo menos necesaria la intervencion de los sumos pontífices en los negocios temporales. Pero la primera vez que se ventilaron estas cuestiones fue bajo los velos alegóricos de las dos espadas, ó de los dos luminares, comparando "la luz del sacerdocio al sol, y la del trono, á la luna." Pero á pesar de este mal gusto y de la infancia de la razon europea, la proteccion y el ejemplo de San Luis, estimulando al estudio de las letras y al amor de las ciencias, abrieron el camino, que poco á poco fueron iluminando las luces de la inteligencia.

El amor sincero de la verdad era la virtud característica, que distinguió á San Luis, y le hizo superior á los demas príncipes. Creó en su palacio un empleo honroso, pero enteramente nuevo, y que no era conocido en corte alguna. Eligió entre sus cortesanos al que tenia por mas ilustrado y virtuoso: y le obligó, bajo la fe del juramento, á darle cuenta de todas las quejas, críticas y aun sátiras que ocurriesen

contra su gobierno y persona. Semejante comision hubiera sido en otras partes muy peligrosa para el que la hubiese desempeñado con fidelidad: pero el buen rey, lejos de irritarse con las lecciones que de este modo recibia, se aprovechaba de ellas sabiamente. El artificio no tenia valimiento con él: dispensaba solo al mérito, su favor y su confianza. Era severo contra la licencia de su siglo; y arrostrando el descontento de algunos prelados, prohibió rigorosamente la acumulacion de beneficios. Y así, cuando otros reyes eran frecuentemente reprendidos, amenazados y castigados por los sumos pontífices, Luis fue siempre honrado con el amor y respeto de la santa sede. "Este príncipe, decia públicamente Urbano IV, brilla por sus virtudes sobre los otros monarcas, como su corona es superior en esplendor á las demas." Luis fue ciertamente uno de los políticos mas hábiles de su siglo: ningun rey de Francia contribuyó mas que él á restablecer la autoridad real, y á recobrar los derechos de que la habia despojado el feudalismo. Pero su política era dirigida por la justicia: se armaba contra la anarquía, y respetaba escrupulosamente los derechos de los señores, cuando no eran contrarios á la supremacía legítima, y saludable del poder monárquico.

Así, en vez de romper los escalones de la gerarquía social, en cuya cima sabía defender su posicion con tanta dignidad, siempre procuró restablecer la concordia entre los barones.

La política de Luis, muy distinta de la comun que aconseja dividir para mandar, no nacía sino de su conciencia. Parecíanle la paz y justicia deudas las mas sagradas de la corona; y queria que sus pueblos disfrutasen de estos dos bienes, que por tantos siglos les fueron negados. Habíase encendido la guerra entre los Avennes y los Dampierres. Cárlos de Anjou, hermano del rey, alimentaba el fuego para hacer valer sus mal fundadas pretensiones á los condados de Flandes y Henao. La ambicion del emperador atizaba tambien la discordia. Despues de muchos combates, que costaron mucha sangre á los dos partidos, y nada decidieron, solo la prudencia del rey halló modo de terminar la querella, y las pasiones cedieron á su razon. Cárlos de Anjou y los alemanes renunciaron á sus pretensiones ambiciosas, y repartió con equidad la herencia disputada entre las dos familias beligerantes.

Estos sucesos fueron de poca importancia, y no merecieron que la historia los refiera mas circunstanciadamente: ademas, los escritores de aquel siglo carecian de la competente autoridad para que se les dé crédito. Con una breve cita de una de las crónicas hay bastante para mostrar cuán inconsecuentes eran entonces los juicios, cuán fabulosas las narraciones y cuán grosera la credulidad. Algunos historiadores dan merecidos elogios á Matilde, condesa de Flandes, por su firmeza en el infortunio, su munificencia en la prosperidad, y por su cora-

zon caritativo; pues iba al mismo campo de batalla á llevar socorros á sus enemigos vencidos. Otros autores cuentan de ella la fábula siguiente: "Esta condesa soberbia y avara (así dicen) encontró un dia una pobre que le pidió limosna para sí y para sus hijos que eran muchos. Matilde se la negó con desprecio, y aun la insultó burlándose de su fecundidad. La pobre indignada pidió al Señor que la vengase; y Matilde, en castigo de su orgullo, dió á luz en solo un año trescientos sesenta y cinco hijos. "En aquel siglo se escribian semejantes patrañas, y los pueblos embrutecidos las creían. No solo el rey era el feliz lazo que unía toda la nacion, reconciliando sus vasallos turbulentos: sino mas de una vez restableció con su intervencion la paz entre los príncipes estrangeros. Su virtud estendia los límites de su poder mas allá de las fronteras de sus estados. Los loreneses y borgoñones le nombraron árbitro de sus desavenencias, y depusieron las armas á la voz de Luis. En vano Joinville le reprendia, por qué tan impolíticamente, segun su juicio, terminaba las discordias de los estrangeros: el buen rey respondia, como el Salvador del mundo: *bienaventurados los pacíficos!*

Establecimiento de las seguridades (1256). Francia gemía, desde muchos siglos antes, bajo el interminable azote de las guerras privadas. Los señores mas pequeños, del mismo modo que los mas grandes, se hacian justicia con las armas, á imitacion de los francos sus antepa-

sados. En todas partes y todos los años se quemaban las mieses, se asolaban las aldeas, se despojaba á los mercaderes, se oprimia á los aldeanos y á los siervos, se tomaban, se recobraban y se saqueaban las villas: y en medio de un pais, monárquico y cristiano, florecian las costumbres selváticas de los antiguos bosques de Germania, transplantadas en medio de la civilizacion naciente para ahogar sus gérmenes. Pero el cansancio y el esceso de los males habia desde algun tiempo suavizado un poco las costumbres, y la razon comenzaba á despuntar. Los flacos, buscando apoyo contra los poderosos, lo habian hallado en las franquicias municipales y en las apelaciones á la justicia real. Establecióse ademas la costumbre de las seguridades, en las cuales se prometia no ofender á su adversario ni en la vida ni en los miembros, no contender con él sino ante los tribunales, y contentarse con una satisfaccion que no llegára ni á la muerte ni á la mutilacion: de modo que segun dice Beaumanoir, "solo las malas acciones, dignas del último suplicio, daban derecho justo para vengarse de ellas por medio de las armas." Los reyes de Francia, y principalmente San Luis, procuraron siempre estender esta buena costumbre, y convertirla en ley general: pero sus progresos fueron lentos: muchas veces las pasiones hicieron retrogradar á la razon, y se burlaron de la autoridad soberana. Aun ahora llevamos el sello de las costumbres góticas: y si se han acabado

las guerras privadas, los desafíos que les sobreviven, han triunfado constantemente de los consejos de la razon, de los preceptos del cristianismo y de la autoridad de las leyes.

Contestaciones con los reyes de Aragon é Inglaterra (1257). El rey buscaba todos los medios de estinguir en Francia el fuego de las querellas particulares, que prolongaba los estragos de la guerra, debilitaba el poder nacional con disensiones intestinas é interminables, y multiplicaba los males de los pueblos oprimidos por las armas de los barones grandes y pequeños que se destrozaban unos á otros: creía tambien que era obligacion suya alejar con justicia y moderacion el azote de la guerra estrangera. Con este noble objeto hizo sacrificios, desaprobados por algunos ambiciosos, y por los políticos que no reflexionan. Estos dicen que la condescendencia de Luis y los escrúpulos que le impidieron arrojar á los ingleses de Francia, y aun le movieron á restituirles algunas de las conquistas hechas por los franceses, fueron causa de las terribles desgracias que despues afligieron el reino, y que permitieron á un rey de Inglaterra ocupar algun tiempo el trono francés. No con menos injusticia censuran haber renunciado á los derechos que las victorias de Carlomagno adquirieron á los franceses sobre una parte de España. Pero estos jueces, tan ligeros como rigorosos, aprecian mal las intenciones prudentes de aquel gran monarca, y no pesan con esactitud ni sus recursos, ni los

obstáculos, ni las costumbres de su siglo. El ejército del rey se componia de las milicias feudales, cuyo servicio era siempre de poca duracion, y la espulsion de los ingleses de Guiena hubiera consumido mas sangre, dinero y tiempo que costó la sumision del Albiges. Los reyes de Aragon é Inglaterra hubieran hallado en Francia y fuera de Francia aliados poderosos contra Luis; y quizá una ambicion imprudente hubiera vuelto á hacer problemático todo lo que se decidió en la victoria de Bouvines. Ademas, debe tenerse presente que la posesion legítima de Normandía, Turena, Anjou y Poitou por el rey de Francia, impugnada siempre por los ingleses, era un motivo perpetuo de guerra: y así, el rey de Francia lograba ventajas importantes, comprando el solemne reconocimiento de sus derechos sobre aquellas ricas provincias, con el abandono que hizo al rey de Inglaterra de algunos dominios conquistados en el Saintonge y el Angumes, despues de las batallas de Taillebourg y de Saintes. En cuanto al rey de Aragon, habia muchos siglos que las vicisitudes de la guerra, los tratados, los casamientos y las herencias le daban derechos suficientemente legítimos sobre algunas de las provincias meridionales de Francia; y así los dos reyes pensaron con razon que un convenio prudente y justo acerca de sus pretensiones opuestas era preferible para ellos y para sus pueblos á las inciertas esperanzas que podria darles el éxito de una guerra larga y sangrienta.

Tratado de Luis con Jaime, rey de Aragon (1258). Dirigidos por estos motivos generosos y pacíficos concluyeron los dos reyes un tratado, en el cual Luis cedió sus derechos á Barcelona, Urgel, Gerona, el Rosellon, una parte de Cerdania y algunos otros territorios poco considerables. El rey Jaime renunció por su parte á sus pretensiones sobre Carcasona, Besiers, Agde, Albi, Rodez, Cahors, Narbona, Nimes, Tolosa, Minerva, el Lauragues, el Rovergue, el Querey, el Agenes, el condado Venaissin y el Gevandan. Con este motivo acusan tambien muchos historiadores á Luis por haber decidido la suerte de tantos pueblos sin consultar antes el dictámen de sus barones. No es probable que un monarca tan prudente se descuidase en consultar á los grandes de su reino acerca de un tratado de la mayor importancia. San Luis conocia muy bien los derechos y las fuerzas de sus vasallos, todavía formidables para quebrantar las costumbres feudales en semejantes circunstancias. Pero entonces nada habia regularizado en el gobierno francés, y por eso no quedan vestigios de algun grande concejo ó parlamento en que se deliberase esta transaccion, aunque debe creerse que Luis no la hizo sin estar seguro de la aprobacion de los vasallos poderosos á quienes podia interesar. Este tratado se halla en el archivo real de Cartas y en la Biblioteca. La fidelidad con que se ejecutaron de una parte y otra sus condiciones, basta para probar su conveniencia.

Paz definitiva con Inglaterra (1259). Los mismos críticos censuran, con mas severidad todavía, la paz que se concluyó el año siguiente con el rey de Inglaterra. Pero ¿cómo estos historiadores han podido acusar á Luis de haber decidido tan grandes intereses sin la anuencia de sus pares, cuando todos convienen en que hubo grande oposicion de parte de algunos barones? ¿Esta oposicion no muestra que fueron consultados, y que si el menor número se declaró contra aquel convenio, el mayor lo aprobó? San Luis era muy prudente y hubiera cedido á sus observaciones, á haber sido general el disentimiento. Lo cierto es que este príncipe vaciló mucho tiempo en firmarlo; y que el abad de Westmister, enviado del monarca inglés, tuvo necesidad de mucha maña para lograr su negociacion. Los reyes de Inglaterra, segun parecia, estaban inclinados desde muchos años antes, á no roconocer vasallage al de Francia. Hemos visto que en ningun tratado se habia sancionado la reunion á la corona de Normandía, Turena, Maine, Anjou y Poitou. Ningun pretesto legítimo existia para disputar á Enrique la Guiena ni los demas estados que conservaba despues de las batallas de Taillebourg y de Saintes: y así Luis creyó que debia preferir una paz justa á una guerra ambiciosa, y ventajas seguras, á probabilidades dudosas. Las adquisiciones de Felipe Augusto y el vasallage del rey de Inglaterra solemnemente reconocidos, compensaron ámpliamente, en su opi-

nion, la pérdida de algunos dominios cuya posesion era reciente y espuesta á turbulencias. Si algunos grandes desaprobaron la prudencia del rey, los pueblos la bendijeron: porque tenian necesidad de la paz, cuando la nobleza se engrandecia solamente con la guerra. Firmóse el convenio: el rey de Inglaterra reconoció formalmente la cesion de las provincias confiscadas por Felipe Augusto, y prometió hacer homenage como vasallo, y tomar por árbitro á Luis, no solo de las dificultades relativas á la ejecucion del tratado, sino aun de las desavenencias que empezaban á manifestarse entre él y los barones ingleses. Los príncipes Luis y Felipe pusieron su sello despues del de su padre en la ratificacion del tratado, y este acto se depositó en el temple, sellado por los arzobispos de Ruan y Tarento. Los ingleses mismos justificaron la política de Luis: porque echaron en cara á su rey haberse dejado engañar. "El rey de Francia, decian, aparentando restituirle cinco provincias, no le ha devuelto en realidad sino algunos dominios honoríficos." El rey de Inglaterra opinaba de distinto modo que sus barones. Teníase por feliz en haber recobrado algunas plazas que su impericia le habia hecho perder, y creyendo borrar de este modo la ignominia de su fuga y derrota, se apresuró á cumplir el tratado en todas sus partes, y pasó á la corte de Francia á prestar homenage al rey.

Al contento que causó al santo rey el establecimiento de una paz tan ventajosa, sucedió

la pérdida de su hijo Luis, que murió á la edad de diez y seis años. Este príncipe, educado á su vista, mostraba ya grandes cualidades, que dieron á los franceses la esperanza de que sería como su padre, y así fue muy llorada su muerte. El rey, persuadido que la vida de un monarca debe consagrarse enteramente á la felicidad de sus vasallos, procuraba siempre gravar estos principios en el corazon de su hijo. Joinville refiere que le decia con frecuencia: "te ruego encarecidamente que te hagas amar del pueblo, porque en verdad querria mejor que un escoces viniese de Escocia, ú otro de mas lejos todavía y reinase en Francia bien y lealmente que si tú la gobernases mal." La única distraccion del rey eran los cuidados del trono. Consolidó la paz con útiles alianzas: casó á su hijo Juan con la hija del duque de Borgoña: y para velar por el mantenimiento del orden interior debido á su firmeza y cuidado visitó segunda vez el reino, conteniendo á sus magistrados en el deber con su presencia inesperada, y asegurando á los oprimidos con su activa proteccion. Convocó cuatro parlamentos, en los cuales promulgó ordenanzas útiles y prudentes. Una de sus leyes reprimió la usura: otra impidió las querellas que podrian originarse del descubrimiento de tesoros.

Alborotos de los flagerantes (1260). Fundó muchas abadías y conventos, entre otros, los de los agustinos y carmelitas de París. Satisfaciendo así á las santas inclinaciones de su devocion, no olvidó á sus pobres en los monumentos de su

piedad, porque la caridad era para él, como debe ser para todos los fieles, la primera de las virtudes cristianas. Entre sus fundaciones se cuentan muchos hospitales. Isabela, hermana de Luis, fue la fundadora de la abadía de Longchamps.

Desde que se hicieron mayores las tinieblas de la edad media, la ignorancia, la opresion y las calamidades de los pueblos de Occidente se difundió entre ellos la opinion de que el fin del mundo estaba próximo: y la idea de que era necesario prepararse á él con maceraciones estraordinarias, dió orígen á la secta insana de los flagelantes. Esta moda singular llegó á ser un frenesí contagioso: hombres, mugeres, niños y viejos se herian con varas hasta derramar sangre: el duelo, el llanto y los gemidos sucedieron á las fiestas, cantos y alegrías; y algunos fanáticos aseguraban que no se podia ganar el cielo sino azotándose dos veces al mes. Reuniéronse para celebrar estos sacrificios sangrientos; y la estravagancia de este delirio produjo la mas espantosa licencia. Los caminos de Italia se llenaron de ladrones socolor de procesiones de flagelantes, hasta que la firmeza de Manfredo puso fin á los desórdenes. Pero el contagio de tan absurda práctica amenazaba á los demas estados de Europa. Felizmente el rey de Francia no permitió á los flagelantes entrar en sus dominios: en Polonia fueron castigados, y en Alemania se les despreció, arma la mas segura contra toda especie de fanatismo.

San Luis creyó que podria tambien destruir otro azote que desolaba la cristiandad. Sus leyes habian puesto fin á los furores de las guerras privadas, y esperó que su autoridad podria acabar, aun mas fácilmente, con el uso bárbaro y anticristiano de los desafios: pero su fuerza no fue bastante poderosa contra una preocupacion: y solo en sus dominios pudo publicarse la ordenanza contra los duelos: ningun baron le imitó ni quiso obedecerle: el falso honor continuó ofendiendo á la religion y á las leyes: y casi al mismo tiempo un juez del cabildo de Mans mandó hacer un desafio y todos los canónigos asistieron á él. Luis ademas de los obstáculos que oponian las costumbres francesas á sus proyectos de reforma y legislacion, veía tambien formarse grandes tempestades en Europa y Asia: y estos motivos justos de inquietud le distraian, á pesar suyo, de las ocupaciones pacíficas.

Nueva invasion de los mogoles en Europa (1261). En Oriente habia acaecido una grande revolucion. Los califas, sucesores de Mahoma, habian renunciado, desde mucho tiempo, á la sencillez de costumbres de los antiguos musulmanes, y tenian una guardia estrangera compuesta de seiscientos turcos; los cuales atrevidos y valientes, no tardaron en dominar á sus afeminados señores; y validos de la division de los árabes en abasides y fatimitas, y reforzados con nuevas tribus que bajaron del Turquestan, fundaron en el centro del Asia el

imperio de los Selgiucides. Togrul, su fundador, y tronco de los otomanos, fue dueño de Bagadad, puso al califa en prision honorífica, y no le dejó mas derechos que el de comenzar las oraciones en la mezquita los viernes y el de dar las investiduras á los príncipes turcos. Este fantasma de la inmensa soberanía teocrática que fundó Mahoma, cayó, apenas los mogoles estendieron su imperio hácia el occidente del Asia. Halaen Kan tomó á Bagdad, degolló á ochenta mil hombres, puso en prision á Mostacen, último califa, y abolió el califado. Los feroces tártaros, despues de haber destruido la monarquía árabe, conquistaron y devastaron á Siria y Palestina; al mismo tiempo que las tribus mogoles establecidas entre el Don y el Nieper, hicieron una invasion en Polonia y Ungria, y se atrevieron á enviar mensageros á San Luis, intimándole que reconociese su dominacion. El rey, indignado de tanta osadia, despidió con menosprecio á los insolentes diputados.

Pero el peligro inminente que amenazaba en Asia las cortas reliquias de los cristianos, le affligia en gran manera, y el interés de los cruzados era para él de la mayor consideracion. Reunió, pues, todos sus obispos y barones, como si Francia estuviese espuesta á una invasion, les hizo el triste cuadro de las desgracias de Palestina, y los exortó vehementemente á que deliberasen sobre los medios que habian de adoptarse para socorrerla. Pero el celo de los

barones no correspondió al del monarca: y Luis se vió precisado á tomar de sus ahorros las sumas necesarias para enviar un corto refuerzo de hombres y armas al valiente Sargines, que á pesar de la inferioridad del número defendia con honor y felicidad contra los infieles las pocas ciudades donde tremolaba todavía la bandera de la cruz. Para suplir á los medios humanos que se negaban á Luis, este piadoso príncipe, invocando el socorro del cielo, mandó hacer procesiones y ayunos. En otro tiempo los desastres de los cristianos en Asia habrian puesto en armas todo el occidente: pero entonces no hizo mas que gemir, y se redujo á lamentar con lágrimas estériles la suerte de Palestina, en vez de disponerse á salvarla.

El sumo pontífice no podia atender á la guerra de la tierra santa, por la peligrosa y terrible lid que sostenia en Italia contra Manfredo. No hallándose con fuerzas para resistirle, ofreció el trono de Nápoles á Edmundo, hijo segundo de Enrique III rey de Inglaterra. Edmundo aceptó la corona: pero ó no pudo ó no se atrevió á hacer ningun esfuerzo ni para adquirirla ni para mostrarse digno de ella.

Cárlos de Anjou, nombrado rey de Nápoles (1262). En esta época murió el papa Alejandro IV y tuvo por sucesor al patriarca de Jerusalen, hombre de oscuro nacimiento, elevado por su mérito desde la tienda de un zapatero de basto, donde habia nacido, al trono pontifical: tomó el nombre de Urbano IV, y no olvi-

dado de su origen, llenó el sagrado colegio de cardenales, de hombre mas recomendables por la virtud y la prudencia que por el nacimiento. La estimacion de un rey como San Luis, era de mucho precio para él; y así su eleccion recayó en siete franceses, tres de los cuales habian sido ministros de aquel monarca, y dos de ellos fueron despues sumos pontífices con los nombres de Clemente IV y Martino IV. Urbano procuró la paz: pero Manfredo, irritado contra la corte de Roma, no dió oidos á ninguna proposicion, y para aumentar sus fuerzas con una alianza útil, casó su hija Constanza con Pedro, príncipe hereditario de Aragon.

Destruyéronse las esperanzas de paz, y los progresos de Manfredo, su alianza con el aragonés, y la cobarde inaccion de Edmundo, hacian temer á la santa sede la caida de su potencia temporal. En este peligro imploró Urbano el ausilio de San Luis, y para moverle á sostener su causa, le ofreció la corona de Nápoles: pero el prudente monarca no se deslumbró con la gloria de estender su poderío. Temia enemistarse con Inglaterra, recibiendo el cetro que se habia dado al príncipe Edmundo; y por otra parte, respetaba los derechos de Conradino, y no reconocia en la corte de Roma el derecho de dar ó quitar tronos. Estas querellas del poder le parecian funestas, en un tiempo en que las últimas fortalezas que poseian los cristianos en Palestina, eran amenazadas por los infieles: el imperio latino de Constantinopla volvia al

poder de los griegos, y los mogoles, conducidos por un nuevo Atila, despues de inundar á Polonia y Ungría, devastaban las fronteras de Germania. Rehusó, pues, el cetro de Nápoles, lo que aumentó el afecto que le tenian los franceses, y la admiracion y el respeto de Roma. Entonces el papa se dirigió á un príncipe menos prudente, mas ambicioso y tan esforzado como Luis: éste era su hermano Cárlos, conde de Anjou, harto célebre en los anales de Francia por su valor impetuoso, por la rapidez de sus conquistas, por su gobierno tiránico, por su caida súbita, y por un ejército francés inmolado como víctima al odio que los vencidos profesaban á su caudillo. Este príncipe, insaciable de riquezas, poderío, combates y gloria, aceptó el cetro que su hermano rehusó, y se sometió á todas las condiciones que le impuso la corte de Roma, siendo una de ellas reconocerse vasallo y tributario del sumo pontífice. Sin embargo, Cárlos, á pesar de las instancias de su muger, que deseaba tener una corona como sus hermanas, creyó que debia retardar algun tiempo la ejecucion de sus ambiciosos designios: y aun pareció dudar si aceptaria ó no, ya para adormecer la prudencia de Manfredo hasta el momento que se hallase con poder bastante, ya porque no se atrevia á declararse abiertamente sin vencer antes la resistencia del rey su hermano, que se oponia á sus proyectos. Por otra parte, no era posible invadir otros estados, mientras no habia tranquilidad en los suyos. La Pro-

venza estaba alborotada: Marsella queria recobrar su antigua libertad, y sublevada por una nobleza turbulenta, cuyo gefe era un individuo de la familia Castellane, se habia proclamado república. Carlos acometió á los marselleses, venció á Castellane, y sometió la ciudad. La alianza del rey de Aragon con Manfredo daba motivo de temer que se rompiese la paz recientemente concluida entre franceses y aragoneses: pero la prudente moderacion del rey de Francia lo impidió y retardó por algunos años las largas enemistades que costaron despues tanta sangre á Francia y España. Luis pidió para su hijo Felipe la mano de Isabel de Aragon: los dos monarcas se vieron en Clermont de Auvernia, y el casamiento de los príncipes estrechó los lazos que unian entrambos reinos.

Despues de haber asegurado así la paz de sus estados, continuó sus afanes para la civilizacion de sus pueblos y reforma de las costumbres. Animando el vuelo del pensamiento, permitió á los hombres instruidos escribir sobre filosofía y política: pero al mismo tiempo tomó precauciones para que esta libertad no degeneráse en licencia.

Su austera virtud le inspiró deseos y le dió esperanzas de enfrenar los vicios groseros de su siglo: pero los halló mas difíciles de vencer que sus demas enemigos: y despues de inútiles esfuerzos para limpiar de prostitutas la capital, no pudo lograr mas que limitarlas á un cuartel con trages y colores que las distinguiesen. Las

que renunciaban á sus desórdenes, eran recibidas en una casa de *Arrepentidas* que el rey fundó en el palacio de Soissons.

Este príncipe consagraba el tiempo que otros hombres emplean en placeres, á los ejercicios de devocion. Los cortesanos censuraban esto, y aun tomaban la libertad de ridiculizarlo. "No harian burla, decia San Luis algunas veces, si gastase neciamente todo mi tiempo en juegos, cacerías y diversiones." Como respetaba los tratados, y no turbaba los derechos de los otros príncipes, y ademas no tenia necesidad de reprimir con la fuerza á sus vasallos que le obedecian por cariño, habia muy pocas tropas y costaban poco dinero. La sencillez de sus costumbres apartaba el lujo de la corte, y pudo, segun los deseos de su corazon, moderar los impuestos, que sus predecesores habian echado en sus dominios. Dando ejemplo de sumision á las leyes, perdió muchos pleitos que hombres particulares intentaron contra él, aplaudió la equidad de los jueces y reprendió á los administradores de sus dominios que habian abusado de su autoridad. Parecia que la justicia, la buena fé y la virtud, desterradas del mundo, habian buscado asilo en el palacio de Luis: así, este monarca, triunfando de la envidia con el dulce imperio de la bondad, era universalmente respetado. Los franceses bendecian su autoridad y los estranjeros consultaban su sabiduría.

Mediacion de San Luis entre Enrique III y

los barones ingleses (1263). La historia nos muestra á los reyes de Francia é Inglaterra sucesivamente vencedores y vencidos en una lid larga y obstinada, llevando sus armas sangrientas y estendiendo alternativamente sus conquistas por las riberas del Támesis y por las del Sena. Guillermo el bastardo, francés, subyugó á Inglaterra: Ricardo asoló á Francia: Luis VIII fue coronado en Londres, y uno de los sucesores de San Luis vió coronar á un rey inglés su competidor en las murallas de París. Pero Luis IX ofreció en medio de tan funesta rivalidad, un espectáculo sin ejemplo á la Europa admirada. El mas noble triunfo de este monarca fue debido, no á sus victorias, sino á sus virtudes. Un rey, enemigo suyo, una nacion, rival de la francesa, se someten voluntariamente á su cetro, le eligen árbitro de sus diferencias, defienden su causa ante él, y le autorizan para decidir sus intereses, como un soberano que dictase leyes á sus vasallos.

Inglaterra ardía en discordias civiles: y desde que los barones, unidos al pueblo, obligaron á Juan sintierra á limitar la autoridad real que deshonraba con sus maldades y su cobardía, la gran carta que este príncipe dió forzado á sus súbditos, produjo las disensiones mas violentas. Los ingleses la miraban como el baluarte de su libertad: y los reyes, como la ruina del trono y del poder monárquico: y así la corte procuraba siempre violar ó eludir sus disposiciones. Enrique III la juró y la abolió dos

veces. Viéndose obligado en 1253 á jurarla tercera vez, los obispos reunidos en sínodo, apagaron las velas, y declararon que le escomulgaban si la volvia á quebrantar. No obstante, los ministros del rey hacian poco caso del nuevo juramento. La mayor parte eran estranjeros, y decian que no habiendo nacido en Inglaterra, nada entendian de esas leyes fundamentales, y que se atenian á la autoridad real. Los defensores de las franquicias acusaban á la corte de mala fé; por temor de perder su libertad naciente, exijian á cada momento nuevas seguridades, y llegaron á multiplicar de tal modo las barreras opuestas al poder monárquico, que el rey se quejó con razon de que sus vasallos le tenian encadenado y oprimido. Ni los grandes ni el pueblo se habrian atrevido á reclamar el mantenimiento de sus derechos y franquicias, si Enrique hubiera sido económico, vigoroso ó afortunado. Pero este rey, despues de haber incitado á la rebelion contra Luis á los condes de Bretaña y de Percha, los abandonó á su suerte; y sí se presentó en el campo de batalla, fue para ser vencido. Habia huido de los franceses: acababa de jurar vasallage al rey de Francia y de sancionar en tratado solemne la pérdida de las ricas provincias conquistadas por Felipe Augusto: en fin, era vasallo de la santa sede y habia permitido á los romanos levantar contribuciones en su reino.

El descontento era general: y casi todas las clases del pueblo se hallaban dispuestas á unirse

con los barones, no solo para modificar, sino tambien para encadenar el poder de un monarca generalmente despreciado. Enrique tenia á su favor algunos señores á quienes la pobreza hacía dependientes de la corte; algunas tropas pagadas, y algunos hombres adictos al poder monárquico por principios de conciencia y por la conviccion de su lejitimidad. El rey fue vencido despues de corta resistencia, y hubo de ceder y jurar la ejecucion de la gran carta y de todos los artículos que plugo á los barones añadir á ella.

Era caudillo de la nobleza Simon de Montfort, conde de Leicester, que habia ya hecho célebre su nombre siguiendo los ejemplos de su padre. Intrépido y ambicioso como él, educado en medio del fuego de las guerras civiles y religiosas, llevó á las orillas del Támesis la misma soberbia, el mismo ardor que mostrara en las llanuras de Alby. Vióse obligado á ceder al rey de Francia el condado de Tolosa, y tomó en Inglaterra la máscara del patriotismo para reinar sobre los ingleses. Su ambicion se cubrió tambien con el velo de la hipocresía. Los barones y Leicester dictaron leyes al débil Enrique, y exijieron que este monarca desterrase de Inglaterra á sus cuatro hermanos: decidieron que las dos cartas serían leidas públicamente dos veces al año, en el tribunal de cada condado, con asistencia de todo el pueblo; que los bailios del rey y los jueces de los señores jurarian su observancia; y prohibieron al pueblo obedecer á nin-

guna órden contraria al tenor de dichas cartas. Encargose á veinte y cuatro lores la reforma de los abusos del gobierno y la vigilancia para la ejecucion de las leyes fundamentales. Dióseles la facultad de levantar tropas y nombrar oficiales, á cuya custodia se confiaron las principales fortalezas del reino. Por una especie de ludibrio, el rey se vió forzado á hacer jurar á sus oficiales que volverian sus armas contra él en caso de infraccion de la gran carta. En fin, el valiente príncipe Ricardo, hermano del monarca, no pudo conseguir permanecer en Inglaterra hasta que juró esta convencion que mudaba la monarquía inglesa en oligarquía. El ciego espíritu de partido se vió con sus propias armas y con sus yerros, mas temibles que la fuerza de los enemigos. Leicester y los barones, como todos los revolucionarios, sabian destruir y no edificar: aniquilaron el trono y oprimieron la patria. En vez de defender á los colonos libres, los robaban y acumulaban riquezas mal adquiridas. No tardaron estos colonos, que era la porcion mas instruida del pueblo, en separarse con otros muchos señores de la coligacion de los barones y Leicester: y los partidos venian á las manos siempre que se encontraban. Enrique, cuyo palacio era en realidad su prision, huyó y se embarcó para el continente: pero los vientos tan rebeldes á sus deseos como los lores de quienes huía, le arrojaron á la costa de Inglaterra y le entregaron en poder de Leicester. Sin embargo, sabedor de que la ambicion de los coligados des-

contentaba á gran parte de los señores y del pueblo, convocó un parlamento en Westminter. Habia obtenido del papa una bula que le absolvia á él y á los señores, del juramento prestado á entrambas cartas. Declaró, pues, ante el parlamento, la firme resolucion que tenia de restituir al trono sus antiguos derechos. Un partido numeroso abrazó su causa: el de Leicester le opuso pertinaz resistencia: unos y otros tomaron las armas: los realistas clamaron que no permitirian que su monarca fuese cautivo y esclavo de vasallos rebeldes: los descontentos respondian que no querían ser gobernados por un rey vasallo de Francia y de Roma. Lo mas estraño es que el príncipe Eduardo, hijo de Enrique, sostuvo entonces la convencion de Oxford, ó por la inesperiencia de la juventud, ó porque incierto de lo futuro, creyese de buena política y conveniente al trono, que el partido vencedor cualquiera que fuese tuvise por caudillo á un príncipe de la sangre real.

San Luis árbitro entre Enrique y sus barones (1264). Pero antes de entregar su patria á los horrores de una guerra cruel, y someterse á los sangrientos decretos de la fortuna ciega, cediendo á los consejos é instancias de los obispos, creyeron los dos partidos que debian atender á la voz de la prudencia y eligieron por árbitro á San Luis Este grande y nuevo homenage fue para el rey de Francia la palma mas gloriosa que puede presentarse á un soberano: porque no se ofrecia ni al nacimiento ni al poder, sino

á las cualidades personales. Las primeras conferencias se celebraron en Boloña, pero no tuvieron resultados. El augusto árbitro daba consejos: pero los dos partidos estaban muy acalorados para atenderlos. En fin, no pudiéndose terminar una querella de esta clase sino por sentencia ó combate, se convinieron todos, en que Luis fuese, no ya mediador, sino juez, y prometieron estar á lo que él sentenciase, solo le pidieron que juzgase con prontitud y antes de la fiesta de Pentecostés, esta célebre causa.

La ciudad de Amiens fue el teatro de suceso tan importante. Allí se presentó por una parte el rey de Inglaterra, al frente de sus numerosos amigos: por otra Leicester y los lores que sostenian su partido: y defendieron al pie del trono de San Luis, los primeros el poder real, y los segundos las libertades inglesas. Con grande admiracion de un siglo semibárbaro se discutieron y profundizaron las grandes cuestiones del poder y la soberanía, que en todos tiempos han dividido el mundo, y en nuestros dias le han devastado. Los de Leicester decian que "el hombre no habia nacido para ser esclavo: que no se habian instituido los reyes para ser arbitrariamente señores de los hombres, sino para que defendiesen con su poder y autoridad los derechos é intereses de sus vasallos; y en fin, que las disposiciones de la convencion de Oxford eran consecuencias naturales de los artículos de la gran carta, necesarias para la ejecucion de las leyes y el man-

tenimiento de las libertades públicas." Sus adversarios alegaban que "el rey, imágen de la Divinidad en la tierra, no podia ser tratado como un vano fantasma ó una ilusion de teatro. El monarca, añadian, encargado de defender la patria, y de hacerla feliz y gloriosa, no puede lograr este bien ni llenar esta obligacion sino goza de ámplios poderes. Su persona, revestida por la uncion santa de un carácter sagrado, y su autoridad son inviolables. Como soberano, es supremo legislador. No es ley la que no dimana de él. No puede haber libertades legales sin que él las conceda, ni debe cuenta de sus acciones sino á Dios que es su único juez. Por tanto, la convencion de Oxford es una infraccion criminal de las leyes divinas y humanas, y un atentado contra el código fundamental del reino."

El monarca francés, despues de haber oido los alegatos y cerrado la discusion, pronunció la famosa sentencia que todos los estados de Europa esperaban en silencio con respeto é impaciencia. Su tenor fue el siguiente: "en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, anulamos y abolimos todos los estatutos decretados en el parlamento de Oxford, como novedades perjudiciales é injuriosas á la dignidad del trono: descargamos al rey y á los barones de la obligacion de observarlos: declaramos nulo y de ningun valor todo lo que se ha mandado en consecuencia de ellos: revocamos y suprimimos todas las letras que el rey

pueda haber espedido acerca de esta materia: mandamos que todas las fortalezas que estan en manos de los veinte y cuatro lores, se entreguen á su poder y disposicion: queremos que tenga facultad de nombrar á todos los empleos considerables del estado, de conceder asilo á los estrangeros en su reino, de llamar indiferentemente á su consejo todos aquellos cuyo mérito y fidelidad le sean conocidos: decretamos y establecemos que recobre todos los derechos poseidos legítimamente por sus antecesores, que de una parte y otra se olvide lo pasado, y que nadie sea perseguido ni inquietado. Sin embargo, no es nuestra intencion derogar, con las presentes, los privilegios, cartas, libertades y costumbres que habia antes de empezar la disputa. "Luis conmovido de los escesos, violencias, muertes y estragos, que ocasionó la sublevacion de los barones y de una parte del pueblo contra la autoridad real, creyó que su juicio pondria fin á las calamidades: pero el suceso fue contrario á sus esperanzas. Su decision, conforme á las leyes de Inglaterra, era sobradamente justa para calmar las pasiones irritadas.

Los barones ingleses declararon que Luis habia sentenciado, no como juez imparcial, sino como rey adicto á las prerrogativas de la corona: y apelaron de la sentencia á sus espadas. Leicester, mas político, sostuvo que las últimas palabras de la sentencia, la hacian favorable á la causa que él y su partido defendian, y ale-

gaba falsamente que las disposiciones de la convencion de Oxford eran corolarios forzosos de la gran carta, cuyo vigor habia dejado ileso el juez.

Las hostilidades comenzaron. Al principio fue la suerte favorable á Enrique: pero no supo aprovecharse de la prosperidad. Vencido por Leicester en la batalla campal de Lewes, fue hecho prisionero con su hijo Eduardo. Su hermano Ricardo, elegido poco antes rey de romanos, hubo de jurar la observancia de la convencion.

El vencedor llevó en triunfo sus cautivos: y creyendo que podria quitar á su ambicion la máscara que le incomodaba, ejerció en nombre de su real prisionero, el despotismo contra el cual habia aparentado armarse. Su audacia, su valor, sus vicios, la marcha tortuosa de su política, su crueldad y codicia le grangearon merecidamente el nombre de *Catilina Inglés*. Fue objeto de amargas sátiras, y tambien, como todos los hombres felices y poderosos, de elogios fanáticos y lisonjas serviles: pero su tiranía era demasiado violenta para poderse sostener.

El jóven príncipe Eduardo halló medio de escaparse, y juntó en breve tiempo gran número de realistas decididos, y aun algunos de los señores á quienes el orgullo y la mala fé de Leicester habia desengañado, aunque tarde. El príncipe marchó al frente de ellos contra su enemigo, le dió batalla en Eveshan, le venció

y mató, y puso en libertad al rey su padre. El pueblo que tributó inciensos al tirano feliz, le ultrajó cuando le vió muerto, é hizo pedazos el cadáver de Leicester. Sin embargo, algunos religiosos ingleses le proclamaron santo, y procuraron reunir sus miembros esparcidos y conservarlos como reliquias: pero el papa condenó y anuló esta canonizacion criminal y escandalosa. Atribuyóse el mal éxito de la intervencion de San Luis á la ambicion de los lores y á la mala fé de su rey: pero la gloria del monarca francés no padeció por eso mancha alguna, y toda Europa le veneró como el mas justo y el mas sabio de sus príncipes. Despues de consolidar y legitimar su dominacion sobre las provincias que habia perdido Inglaterra en Francia, habiendo mostrado solemnemente su derecho de soberanía y el vasallage de Enrique, supo sin turbar la paz de sus pueblos, estender poco á poco los dominios de la corona por medio de enlaces útiles. Pedro de Francia, su hijo segundo y conde de Alenzon, casó con Juana de Chatillon, por cuyo matrimonio se añadieron á los muchos feudos que poseía ya la familia real, los señoríos de Blois, Chartres, Brie comte Robert, Guisa, Avennes, Condé y Landrecy.

Tratado de Cárlos de Anjou con la santa sede (1265). Entretanto Cárlos de Anjou, hermano de San Luis, se preparaba á hacer la guerra por satisfacer su insaciable ambicion: y sordo á las amonestaciones del rey, estaba

resuelto á aprovecharse de las discordias de los güelfos y gibelinos para conquistar un reino en Italia. San Luis no habia querido el cetro de Nápoles ni para sí ni para su hijo: Cárlos lo aceptó, arrostrando á un mismo tiempo la rivalidad de Conradino, heredero del trono, y las pretensiones del rey de Aragon y del flaco Edmundo de Inglaterra. Los pontífices á pesar de la superioridad que tenian sobre todos los reyes de Europa, eran entonces poco respetados en su misma capital, y algunas veces fueron espelidos de ella por el pueblo inconstante, que solo habia conservado de su antigua libertad el hábito de la licencia. Las facciones enemigas del pontificado crearon una magistratura con el intento de oponer su autoridad á la de los papas: á este magistrado llamaban *senador*, y representaba él solo todo el pueblo romano. Cárlos, que para lograr su objeto tomaba algunas veces los caminos mas opuestos, logró por sus emisarios en Roma que le eligiesen senador; y al mismo tiempo echó la voz de que pasaria á Italia con un ejército. Esta audacia amedrentó al papa Urbano, que entonces se hallaba desterrado de Roma por la faccion popular, y amenazado por las armas de Manfredo, su implacable enemigo. Obligado á entrar en negociacion con el príncipe francés, al cual habia llamado en su socorro, y que casi era ya competidor suyo, cedió á las circunstancias, y prometió á Cárlos el cetro de Nápoles, bajo condicion de que no conservaria mas de cinco años

la dignidad de senador de Roma. Para concluir este tratado, era menester revocar la donacion de aquel reino que hizo la santa sede al príncipe Edmundo. Urbano se disponia á hacerlo: pero la muerte le impidió llevar á cabo la negociacion.

Guido Fulcodi, cardenal de Santa Sabina, francés de nacion y ministro que habia sido de San Luis, fue elegido para sucederle, y tomó el nombre de Clemente IV. El nuevo pontífice adoptando los planes de su predecesor, declaró que el trono de Nápoles, vacante por la inercia de Edmundo y por la felonía de Conradino y Manfredo, pertenecia á la santa sede que podia disponer de él á su arbitrio y darlo en feudo.

Cárlos se presentó para recibirlo: y el tratado que se celebró, se conserva en los archivos franceses. El conde de Anjou, aceptando la corona de Nápoles, se reconoció por feudatario del sumo pontífice; renunció á toda pretension sobre Benevento, Roma, Espoleto, la Marca de Ancona, y demas tierra del patrimonio de san Pedro, sin poder hacer en ellas ninguna adquisicion, sopena de ser destronado y escomulgado. Prometió restituir á todos los eclesiásticos sus bienes y derechos y defender sus jurisdicciones contra los tribunales civiles: como tambien esceptuar al clero de todo impuesto, y restituir á los desterrados cuando el mismo clero lo pidiese. Juró ademas no permitir que se le eligiese señor de Lombardía, ni de Toscana, rey de romanos ni emperador. Desde el mo-

mento que infringiese el tratado, debia tenerse por devuelto á su santidad el trono de Nápoles, y en este caso podria la corte de Roma dar la investidura al hijo del monarca destituido, si éste renunciaba á toda pretension contraria á la autoridad pontificia. Previendo que el cetro podria recaer en hembra, se decidió que la heredera del trono no casaria sin consentimiento del papa. Se arregló el orden de sucesion, que debia ser de baron en baron, prefiriéndolos siempre á las hembras y los mayores á los menores. Los bastardos quedaban escluidos de la corona; y á falta de herederos, la santa sede entraba á disponer del reino. Ademas de estas disposiciones políticas, se impusieron á Cárlos y á sus herederos otras meramente feudales: todos los años debia el rey pagar un tributo al papa: y se le amenazaba en caso de retardarlo con la destitucion y escomunion. Cárlos despues de la entera conquista del reino, se obligaba á entregar cinco mil marcos esterlines en las cajas del clero: y ademas cada tres años debia presentar al santo padre una hermosa hacanéa blanca, y siempre que fuese requerido, trescientos caballeros seguidos de los correspondientes hombres de armas. El homenage ligio estaba redactado en estos términos: "Yo que hago vasallage pleno y ligio por el reino de Sicilia, seré, ahora y en lo porvenir, fiel y obediente á san Pedro, al papa mi señor y á sus sucesores canónicamente elegidos. Defenderé con todo mi poder su vida y

miembros: no revelaré su secreto: no haré ninguna alianza que les sea perjudicial: ó si por desgracia hiciera alguna, renunciaré á ella apenas me lo manden."

El papa, despues de haber tomado todas las precauciones necesarias para asegurarse de que llamaba á Italia un vasallo fiel y no un rival de su potencia, apresuró el momento en que las armas francesas arrojarian del trono al jóven Conradino y al formidable Manfredo. Exigió de Cárlos que pasase con prontitud los Alpes con mil caballeros, cuatro mil hombres de armas, trescientos ballesteros y el correspondiente número de peones. Ademas de fijar el número de tropas, señaló tambien la época de su llegada de allí á tres meses, declarando que en caso de retardacion sería devuelto á la santa sede el reino de Sicilia. Cárlos suscribió á todo: juró renunciar dentro de tres años al destino de senador, y hacer que los romanos cediesen en lo sucesivo el nombramiento de esta magistratura al soberano pontífice. En un artículo adicional del tratado amenazó el papa con los rayos del Vaticano á todo príncipe que se opusiese á la marcha del ejército de Cárlos ó defendiese la causa de Manfredo: pero al mismo tiempo concedió muchos privilegios á San Luis, le preservó de toda censura, y prohibió á los obispos poner entredicho sin órden de la santa sede, en los dominios del rey. El obispo de París intentó desobedecer á este decreto: y San Luis mandó embargar sus temporalidades. Este

príncipe prudente permitió á su hermano emprender una conquista que él desaprobaba: mas no permitió que se predicase en sus estados la cruzada contra Manfredo. El papa llamaba á este príncipe "execrable rama de una estirpe maldita que debia ser destrozada como la estátua de Nabucodonosor." Al mismo tiempo relevó de sus votos á los cruzados de oriente, con tal que acudiesen al ejército formado contra el regente de Nápoles. Manfredo se preparaba á conjurar la tempestad formada contra él, y llamó á todos los gibelinos á sus estandartes. El emperador Miguel Paleologo le prometió socorros, y los sarracenos que ocupaban una parte de Pulla y de Sicilia, aumentaron su ejército. El conde de Anjou, privado de los socorros del rey su hermano, y reducido á solas sus fuerzas y á las tropas que podia levantar en sus estados, supo que en Italia no tendria mas aliado que el sumo pontífice.

Batallas de Benevento y del lago Celasio (1266). Esta dificultad no le detuvo: confiando su fortuna á los vientos y á las espadas de sus caballeros, dió la vela con una armada de ochenta buques, desembarcó en Ostia y llegó á Roma; donde el pueblo le recibió mas bien como soberano que como senador. Cuatro cardenales le coronaron y proclamaron rey de Sicilia. Su muger fue tambien coronada. El papa no se atrevió á asistir á esta solemnidad por temor al pueblo que no le queria bien. Cárlos tenia ya la corona, objeto de sus deseos, pero

le faltaba conquistarla, y la actividad de su enemigo no le permitió gozar por mucho tiempo los homenages y aclamaciones del pueblo romano.

Manfredo habia entrado en el Lacio con poderoso ejército. Cárlos le salió al oposito, acometió su vanguardia y la puso en huida. Dícese que Manfredo intentó en este tiempo darle veneno, crímen que no está probado: pero no fue esta la primera vez que se acusaba á este príncipe de semejantes atentados. El ejército de Cárlos se reforzaba continuamente. La nobleza francesa acudió como siempre, al grito de la guerra: y á pesar de la desaprobacion de san Luis, muchos señores franceses, oyendo la voz de la gloria, obedecieron al llamamiento del papa, se alistaron en la cruzada y pasaron á Italia á pelear bajo las banderas del nuevo rey de Nápoles. Manfredo, ó por temor ó por política, entró en negociacion y propuso la paz á su competidor. Cárlos respondió á sus enviados con el desprecio que debia á un amigo de los sarracenos, y les respondió: "decid á vuestro amo el sultan de Luceria que dentro de poco me enviará al paraiso, ó yo le enviaré al infierno."

Continuó su marcha y llegó en pocos dias á san Germano, plaza fuerte defendida por diez mil sarracenos y tres mil alemanes. Creíase que para tomarla sería necesario un sitio de muchos dias, cuya pérdida es tan irreparable en las guerras de invasion. La suerte que decide

tiempos por el valor de los alemanes. "Hoy les decia, vencereis casi sin peligro; pues solo teneis que pelear contra un corto número de estrangeros que se ponen en vuestro poder medio vencidos por la fatiga de una larga marcha." Las trompetas suenan: el aire se cubre de dardos: los batallones se confunden: la caballería acomete: y la triste Italia espera de esta lucha terrible si quedará sometida al yugo aleman, ó al de los franceses bajo el título de alianza: pues desde que cayó el imperio de Roma, estuvo siempre condenada á mudar contínuamente de señores y á estar sometida á un estrangero. A pesar de la furia francesa, la suerte favoreció al principio el flemático valor de los germanos y la intrepidez de los sarracenos. Pero Cárlos, avergonzado de cejar, rehace sus tropas, restablece el combate, introduce pelotones de infantería entre sus ginetes, los anima con su ejemplo y penetra en las filas enemigas.

Manfredo, no obstante, disputa con furor la victoria: en vano se vé atacado por sus flancos: resiste como un escollo combatido de las olas, á los esfuerzos de Roberto de Flandes que le rodea con los suyos y le ostiga. Pero la suerte no favoreció el valor de Manfredo. Sus mas valerosos guerreros perecen á sus pies: él mismo, cediendo al número, cae confundido entre la multitud de los cadáveres: y algunos dias despues se encontró el suyo cubierto de heridas. Fue adulado en su prosperidad: el odio le insultó en la desgracia. Atribuíanle la muerte

de Federico y acusábanle de haber tenido casi en esclavitud á su pupilo Conradino. Manfredo fue ambicioso, quizá malvado: pero gobernó como príncipe hábil y murió como valiente caballero. Conradino, ó por temor ó por prudencia, habia dejado sin quejarse las riendas del gobierno en manos de su tutor; hallándose demasiado jóven para gobernar en tiempos tempestuosos. Pero despues de la victoria de Cárlos el honor le obligó á pelear para sostener los derechos de su casa.

La derrota de Manfredo causó en Roma mucha alegría, solo turbada por los escesos que los franceses cometieron en Benevento, ciudad que saquearon é inundaron de sangre. Cárlos se aprovechó del favor de la fortuna, y se apoderó del tesoro y de la armada de Manfredo. Los sarracenos capitularon y depusieron las armas: Pisa y Florencia reconocieron al nuevo rey de Nápoles: y los franceses, que habia cuatro siglos que estaban tristemente encerrados en los límites de su patria, destrozándola con disensiones civiles, ó que solo habian salido de ella para verter su sangre en Palestina, volvieron á esgrimir en los campos de batalla de Europa las antiguas espadas de los paladines de Carlomagno. En menos de tres meses habian atravesado á Italia, entrado en Roma, vencido á los alemanes y sarracenos coligados, conquistado una corona y sometido á Nápoles, Calabria y Sicilia.

Desgraciadamente no quiso Cárlos confiar á

la justicia y á la virtud el cuidado de afirmar en su frente la corona adquirida por el valor. Subió al trono con gloria, y cayó de él con ignominia, porque usó del cetro con tiranía. Era codicioso y oprimió al pueblo con impuestos: era orgulloso, severo, no se dejaba ver de sus nuevos vasallos: dominábanle privados avarientos, cuyos vicios y escesos quedaban sin castigo: vengábase con crueldad, era inflexible en su rigor; y así logró en poco tiempo que se lamentase la falta de Manfredo y se maldigese su victoria. La desesperacion dió orígen á frecuentes rebeliones: Cárlos licenció imprudentemente una gran parte de sus tropas, cuando le eran mas necesarias, pues quería reinar por el temor y no por el afecto. En vano el papa le aconsejaba grangear el amor de los vencidos: continuó humillando á los grandes, arruinando á los ricos y oprimiendo á los pobres: y al mismo tiempo ponia en desorden la hacienda pública con sus locas prodigalidades.

Los descontentos de todas las provincias llamaron en su socorro al jóven Conradino, heredero legítimo del cetro. Este protector era brillante por su cuna, pero débil: solo tenia diez y seis años, y se distinguia no mas que por su bondad, su valor ardiente, y la presuncion natural que presenta todas las cosas á la juventud bajo los colores engañosos de la esperanza.

En vano su madre Isabel queria darle prudentes consejeros para dirigirle en su empresa contra un competidor hábil, feliz, poderoso y

vencedor. Deseoso de buscar la gloria ó la muerte, marchó con rapidez y pasó los Alpes. Cárlos no haciendo caso de tan flaco enemigo, pensaba no tanto en defenderse, como en hacer nuevas conquistas: casó á su hija con Balduino, arrojado recientemente del trono de Constantinopla por Miguel Paleólogo, y esperaba neciamente por medio de esta alianza, apoderarse del imperio griego. Pero cuando la adulacion apartaba de su lado á cuantos podian hacerle conocer la verdad, el papa Clemente se atrevió á decírsela, y le avisó de los deseos y conjuraciones que formaban contra él los pueblos de Italia. Los toscanos estaban ya para sublevarse. Cárlos desengañándose tarde, creyó esta vez los consejos del sumo pontífice: y revestido con el título de *paciario* y vicario imperial de la santa sede, se puso en campaña, asoló las tierras de Pisa, y con su presencia inesperada obligó á los toscanos á someterse.

Conradino, que se habia puesto en marcha con diez mil caballos, vió aumentadas sus fuerzas en breve tiempo con gran multitud de señores y escuderos. Todos los gibelinos parecian determinados á hacer causa comun con él: y aun el pueblo romano, siempre idólatra de la fortuna, se preparaba á darle la corona con el mismo entusiasmo que tres meses antes habia manifestado á su rival. Los sarracenos de Luceria tomaban las armas á favor suyo, y los de Túnez le ofrecian una armada. La suerte le favorecia: pero era jóven, y se dejó engañar de

de verse obligado á huir por la vez primera, hizo vanos esfuerzos para resistir á aquel torrente: el desorden se aumenta, sus tropas cejan por todas partes: Conradino se cree ya vencedor y rey; persigue con ímpetu al enemigo que se retira, y los vencedores abandonan sus filas y sus banderas por alcanzar á los fugitivos. Valery, sereno en medio del peligro, advirtió á Cárlos que era llegado el momento de fijar la suerte del combate. Dá la señal y repentinamente el cuerpo emboscado dá vuelta á la colina, desciende de ella, y se precipita con la rapidez del rayo sobre los alemanes esparcidos sin orden en la llanura.

Entonces vuelve á animarse el valor de los franceses: á la voz de Cárlos se reunen, acuden, vuelan, impacientes de vengar la afrenta del primer revés. Desde entonces se decidió irrevocablemente la suerte de la pelea: los alemanes desordenados y acometidos á un tiempo por el frente y por el costado, no oponen ya á las temibles columnas del enemigo sino los esfuerzos del valor individual; ninguno puede ya mandar ni obedecer. El campo de batalla está sembrado de cadáveres.

Conradino, intrépido en medio de la matanza, procura, aunque inútilmente, rehacer su ejército: despues de haber mostrado con el corage de la desesperacion, que merecia vencer, fue arrebatado por los fugitivos con su joven amigo el príncipe Federico de Austria, su desgraciado compañero de armas. La derrota del

ejército aleman era ya completa: pero los españoles, habiendo vuelto á ordenarse, conservaron sus filas con la serenidad de ánimo que les es propia. Este cuerpo, situado enmedio del campo y cercado por todas partes, parecia una fortaleza inespugnable é invencible. Valery, que lo asaltaba, recurrió al ardid y fingió huir desalentado: y cuando los españoles engañados se arrojaban desordenadamente á perseguirle, Cárlos, aprovechándose de su imprudencia, los acometió é hizo en ellos horrible matanza. Conradino y Federico se disfrazaron de paisanos para evitar las cadenas del vencedor. Pero las ricas alhajas que ofrecieron á un pescador para que los pasase á Sicilia, descubrieron su disfraz: fueron reconocidos, presos y entregados á Cárlos, que los hizo poner en un castillo.

El conde de Anjou para perpetuar la memoria de su triunfo, fundó en el campo de batalla la abadía de nuestra Señora de la Victoria. Pocos dias despues de esta jornada decisiva entró en Roma, y fue recibido con homenages y aclamaciones de aquel pueblo degenerado. El rey victorioso y libre ya de toda competencia, podia mostrándose generoso, consolidar su conquista: pero si manejaba la espada como un héroe, su cetro era el de un tirano.

Apenas llegó á Nápoles, temió en su mismo palacio al desgraciado príncipe, á quien habia vencido, derrotado y puesto en prision, y resolvió matarle. Y como si el número de cómplices pudiese atenuar la gravedad del crímen,

quiso engañar su conciencia asociando una nacion entera á su maldad. Y así, valiéndose del terror que inspiraba, consiguió que los grandes y magistrados del reino le pidiesen el suplicio de Conradino y de Federico de Austria. El tirano fue engañado porque fue obedecido: y el rencor se ocultó bajo las apariencias de la adulacion mas servil.

Los magistrados y jueces napolitanos, violando la justicia y ahogando el grito de su conciencia, declararon que siendo necesaria la muerte de los príncipes para la salvacion del estado, el interés del trono y los principios del derecho público exigian su condenacion. Las dos víctimas oyeron su sentencia con ánimo sereno y con dignidad. Fueron llevados á una capilla donde se les cantó el oficio de difuntos y asistieron á sus funerales: y desde allí subieron al caldalso.

Federico fue degollado primero: Conradino tomó en las manos su cabeza sangrienta, la besó é inundó de lágrimas, pidiendo perdon á su amigo, muerto por su causa. Recobrando despues la dignidad propia de su clase y conveniente á su infortunio, echó en cara agriamente á los napolitanos su cobardía, su injusticia, su ingratitud para con una familia que tan felices los habia hecho con su gobierno. Arrojando despues su guante á la plaza, dejó en manda su corona al que se mostrase digno de ella castigando su muerte. Estas fueron sus últimas palabras interrumpidas por el hacha

del verdugo. Su calamidad, su denuedo escitaron tantas lágrimas y admiracion hácia un jóven segado en la flor de su edad, como horror y desprecio á su homicida. Vrucheez de Valbour, caballero aleman, recogió, segun se dice, el guante que tiró Conradino, y le llevó al rey de Aragon. De aquí nacieron las largas y sangrientas querellas que durante muchos siglos inundaron á Italia de sangre española y francesa. El infante Enrique de Castilla habia seguido antes el partido de Cárlos, y pasó despues al de Conradino, y se temia que el rey cometiese con él el mismo atentado que con los príncipes: pero habia prometido su gracia al abad de Monte Casino, cuyo influjo le era muy útil en Italia, y cumplió la promesa.

Al primer delito siguieron otros muchos en el resbaladero de la tiranía. Cárlos, asustado del odio que inspiraba, solo calmaba sus terrores infundiéndolos en los demas. Bien pronto se vieron al rededor de su palacio muchos cadalsos, y se oyeron los gemidos de muchas víctimas. Solo un francés se atrevió á manifestar en público su indignacion. Roberto de Flandes, valiente en los combates y atrevido en los consejos, habia hecho vanos esfuerzos para templar la crueldad de Cárlos: y enagenado de furor, mató con su misma espada al juez que condenó á muerte á Conradino, y al verdugo que ejecutó la sentencia. El sacrificio de esta víctima augusta no bastó á los rencores de Cárlos de Anjou, é hizo morir en secreto á la viuda

de Manfredo y á su hijo. Muchos autores, entre ellos el abate Velg, cuentan que habiendo consultado el rey al papa acerca de lo que haria con los restos miserables de la familia de Suevia, el papa le envió en respuesta una medalla con estas palabras: *la muerte de Conradino es la salud de Cárlos: la vida de Conradino es la ruina de Cárlos.*

Esta relacion, ademas de no estar apoyada en ningun documento ni prueba, es notoriamente falsa. Ni los pontífices ni los soberanos responden con medallas á los que los consultan en secreto. Por otra parte Cárlos no tenia costumbre de consultar á la corte de Roma, ni la corte de Roma estaba contenta entonces con él: pues aunque habia arrojado á los alemanes de Italia, manifestaba el proyecto de tiranizarla en premio de su cooperacion. En fin, poco despues murió el papa Clemente, poseido de una gran tristeza por las crueldades y tiranía de Cárlos, y por la triste suerte que la dominacion angevina amenazaba á los italianos.

Reformas de San Luis en la administracion de impuestos (1267). Mientras Cárlos de Anjou, habiendo adquirido mucha gloria por sus rápidos triunfos, la mancillaba con horribles atentados, San Luis reformando prudentemente á Francia, continuaba acelerando su civilizacion, y renovando en ella el imperio de la buena fé, la justicia y la paz, tanto tiempo desterradas. No podia aniquilar de una vez todos los rastros de la barbarie: pero los borraba poco

á poco. Él solo trocó las costumbres de su siglo, dando su apoyo á los virtuosos á quienes la modestia alejaba de la escena pública, y reprimiendo á los malos y perversos que siempre se presentan con audacia y aturden con sus gritos. Semejando en su gobierno á Marco Aurelio y á Carlomagno, reformó su nacion: restableció con sus leyes la paz entre los grandes, la seguridad en el pueblo, la rectitud en los tribunales, la moral en todas las clases. Las luces, que empezaban á nacer, rompian ya las tinieblas: y gracias al cuidado constante del príncipe, la virtud, hasta entonces oprimida, se mostró sin temor, y se ocultó el vicio avergonzado. El nombre de Luis era temido en los castillos, venerado en los claustros, bendito en las aldeas. El cetro protegia al arado y la espada real, arrojando de los caminos á los ladrones que por tantos años los habian infestado, abria al comercio y á la industria libre y pacífica circulacion. Para hacer respetables sus derechos, respetaba cuidadosamente los de los otros. Casi en todas partes se quejaban los pueblos de las exacciones que cometian los cobradores de peages: el rey hizo justicia á sus quejas, y reprimió á los vejadores. Los franciscanos de Tours se quejaron de que los ministros del tribunal habian preso á un reo en el recinto de su convento. Luis, previa la sentencia del parlamento, mandó que se les devolviese: pero no queriendo que los delitos hallasen asilo, mandó á los religiosos que echasen al delincuente del sagrado para

que cayese en manos de la justicia. Tuvo necesidad de mucha firmeza para reprimir los abusos introducidos en el ejercicio de la jurisdiccion eclesiástica, tan respetada entonces, que se condenaba á un magistrado cuando atentaba á sus privilegios, á ser herido con varas, y á dar satisfaccion descalzo y en camisa.

Contestaciones de San Luis con la corte de Roma (1268). San Luis pidió al papa una bula que libertase á todos los príncipes de la familia real de las censuras eclesiásticas que los obispos y abades fulminaban frecuentemente contra ellos: pero Clemente, aunque en otro tiempo ministro y amigo del rey, no quiso acceder á su peticion. Ocurrió al mismo tiempo un incidente, poco decoroso á la corte de Roma. Habiendo vacado la silla de Reims, la solicitaron el cardenal de san Marcos y Juan de Courtenay que la obtuvo. Acusóse á este de haber dado dinero por la mitra. Courtenay confesó el hecho: y los oficiales de la secretaría romana respondieron que se habia recibido aquel dinero para otros servicios, pero que no habia tenido la menor influencia en el nombramiento. Para terminar esta discusion desagradable, Courtenay que poseia tres beneficios, hizo cesion de dos á su rival. El poder régio aun cuando castigaba los delitos, se veía obligado hartas veces á usar de miramientos con los autores: porque con la aparicion sola de la justicia del trono bastaba para que se armasen contra ella los grandes del reino. El Señor Bozon de Bourduilles fue conde-

nado por un asesinato: pero Luis no le impuso la pena capital, sino la de destierro á Palestina. La espada de la ley era todavía muy corta para alcanzar á las cabezas de los delincuente ilustres. Al mismo tiempo tuvo San Luis otra contestacion con la corte de Roma: el papa promulgó un decreto en que declaraba su derecho esclusivo de nombrar para algunos beneficios vacantes: el rey se opuso, y como nadie dudaba de su piedad y religion, su oposicion fue aprobada y respetada. La devocion de este santo príncipe fue tierna, contínua y al mismo tiempo ilustrada, pues sus prácticas y ejercicios, en vez de quitarle el tiempo como á otros príncipes, para cumplir las obligaciones del trono, producian en él el efecto que deben producir cuando son bien dirigidos; y era el de darle nuevas fuerzas para llevar el peso de la corona. Una de sus espediciones piadosas fue á Vezelay, donde asistió á la traslacion solemne que se hizo de las reliquias de Santa María Magdalena: dos de ellas se regalaron, una al legado del pontífice y otra al papa. En lo sucesivo el monasterio de Sainte Baume en Provenza sostuvo que las reliquias que en él se hallaban de la santa, son auténticas, y las de Vezelay apócrifas: disputa semejante á otras muchas que se originaron en Europa, cuando las luces de la crítica se substituyeron á la fé candorosa de la edad media.

Luis se dedicó á un acto, no menos piadoso y digno de interés histórico: y fue, coordinar en el panteon de san Dionis los restos de los

príncipes merovingios y carlovingios, y los de la tercer dinastía, de la cual fue él mismo la gloria principal. Esperábase que este rey virtuoso gozaría lo que le quedaba de vida, la paz que sus afanes dieran á Francia: pero la noticia inesperada de los desastres de Palestina y del estremo peligro en que se hallaban los cristianos de Oriente, movió otra vez al mas pacífico de los reyes á tomar las armas, y á buscar la gloria y su sepulcro en aquellas arenas abrasadoras y desiertas.

Establecimientos de San Luis: espedicion de Tunez (1269). Antes de seguir á San Luis en su última espedicion, parece conveniente examinar la célebre legislacion que su génio procuró sacar del caos de los antiguos usos de Francia: pues poco antes de su partida á Africa se publicó la coleccion de reglamentos y leyes, que se han conservado hasta hoy con el nombre de *Establecimientos de San Luis.* Mably observa con razon, que este rey se convenció de una máxima: y fue, que no era posible estender y fortificar el poder real, sin reunir antes, modificar, y por decirlo así crear un código de leyes: y que forzosamente ha de existir una legislacion, para que la autoridad reclame el poder necesario de ejecucion y mantenimiento de las leyes. La fuerza central no podia existir sin centralizar la justicia. La multiplicidad y estravagancia de los usos convenia á la anarquía feudal: pero la monarquía necesitaba de una legislacion general y uniforme: y si Luis IX no pudo lograr este gran

designio en toda su perfeccion, dió á lo menos los primeros pasos para conseguirlo. "Las circunstancias, dice Mably, eran favorables. Todas las clases del reino estaban descontentas y conocian la falta de un legislador. Luis tuvo la prudencia de no correjir en sus primeras leyes sino los abusos de que todos se quejaban." El monarca logró con destreza la aprobacion de los señores, cediéndoles las multas que resultaban de las sentencias: y de este modo sus leyes, que solo habrian tenido vigor en sus dominios, fueron casi generales para el reino. El clero, que temia á los nobles, contribuyó con celo al buen éxito de las reformas.

Poco á poco fueron menos frecuentes los desafíos judiciales. La nueva legislacion los permitió muy pocas veces, y sustituyó el sistema de informacion al método bárbaro, llamado tan estravagantemente *juicio de Dios*. Esta gran mudanza produjo otra no menos importante: los pleitos fueron mas complicados desde que la sentencia no dependia de la fortuna ciega de las armas, sino del exámen de títulos y pruebas legales. Entonces, por una consecuencia necesaria, los guerreros no acostumbrados al estudio, se disgustaron del empleo de jueces: la pluma sucedió á la espada, y sobre las ruinas de la potencia feudal y militar, nació otro nuevo poder, el de la magistratura y de la toga. Este poder, favorable á la monarquía, no lo fué á la libertad política; la cual siendo hasta entonces privilegio esclusivo de la nobleza, desapareció

gradualmente. Los barones habrian cortado este peligro, si hubiesen enviado sus poder habientes al parlamento: pero conocieron muy tarde los progresos rápidos del poder de los reyes Capetos, porque éstos tuvieron la política de no modificar sino poco á poco la legislacion, y de dejar á los barones una aparente independencia.

Esta política, la fuerza irresistible de las costumbres y la imperiosa necesidad de las circunstancias, dan á los establecimientos de San Luis cierto carácter de contradicion. En ellos se ven mezcladas leyes bárbaras de los germanos y francos, grandes y admirables ideas tomadas de los capitulares de Carlomagno, la orgullosa y tiránica anarquía de las costumbres feudales, los principios luminosos vueltos á encontrar en el *Digesto* que Luis mandó traducir, máximas romanas conservadas en los tribuñales eclesiásticos, y máximas de la edad media que confundian la tiara y la corona. A pesar de estos defectos, es menester para apreciar justamente el designio de los *Establecimientos* de San Luis, transferirse á la época de este rey. Para entonces son admirables; porque hizo todo lo que era posible hacer: y no pudiéndose mostrar estrangero á su siglo, quiso y supo á lo menos elevarse sobre las tinieblas de la ignorancia; modificar algunos abusos, ratificar algunos errores, y dar á la civilizacion naciente las luces que podia y proteccion fuerte y útil. Montesquieu critica con harta severidad la le-

gislacion de San Luis, la cual, dice, vivió, nació y murió en poco tiempo: añade, contradiciendo á Ducange que estas leyes no fueron nunca generales, no habiendo sido deliberadas y adoptadas en parlamento, y que solo tuvieron fuerza en los dominios del rey. Pero es menester observar que los *Establecimientos* de San Luis tuvieron evidentemente por fin principal substituir poco á poco la razon escrita, esto es, el derecho romano, á la legislacion bárbara de los francos. Así el rey no publicó esta coleccion de leyes como un código durable; sino al contrario, como una primera reforma, á la cual debian seguirse otras pronta y necesariamente: y San Luis dando este primer paso contra la anarquía de los usos, esperaba que sus succesores disiparian poco á poco todo lo que él se habia visto obligado á dejar, de las tristes reliquias de los usos feudales. Ademas las disposiciones de los establecimientos, aplicándose evidentemente á casi todos los señoríos y baronías del reino, debe inferirse que estas leyes, aunque no discutidas en parlamento, fueron aprobadas por muchos barones y señores en convenios particulares, pues tuvieron vigor en sus dominios. En efecto, sabemos que desde Luis el gordo practicaron los reyes esta prudente política para ampliar y generalizar su autoridad y sus reglamentos. Nos parece, pues, que bajo estos dos aspectos el autor del *Espíritu de las leyes* no ha hecho á Luis IX, considerado como legislador, la debida justicia. Sin embargo,

hace de este príncipe el elogio mas honroso, diciendo que "poseia el grande arte de insinuar, cuando no convenia obligar, y de dirigir, cuando no convenia mandar."

Montesquieu cree tambien, con algunos historiadores, que los diversos reglamentos de san Luis, no se reunieron y publicaron con el nombre de establecimientos hasta despues que falleció este monarca. A esta duda, que parece poco importante, no ha dado motivo otra cosa sino una disputa sobre las fechas de la publicacion de este código, y de la salida del rey para Tunez. Lo que importa en estos reglamentos es la reforma que hicieron en la legislacion, y no su coleccion: pues considerándola como un código, ni tiene division de materias ni orden regular, ni mas ventaja que la de presentar junto todo lo que San Luis conservó, modificó é hizo nuevo en la antigua legislacion francesa. Es probable que Mostesquieu siguiese en esta materia la opinion de Guillermo de Nangis: pero despues se ha averiguado que San Luis no se embarcó para el Africa en 1269, sino en 1270: y así, sus *Establecimientos*, que se publicaron en 1269 lo fueron de orden suya y cuando estaba aun en Paris, como observa juiciosamente el abad de san Martin, consejero de estado, que dió á luz una nueva edicion de los *Establecimientos* en 1786 Muchos críticos, y recientemente dos jurisconsultos jóvenes, llenos de talento é instruccion, se han distinguido por sus sábias y útiles indagaciones sobre

los *Establecimientos* de San Luis, en las cuales ilustran mucho la ociosidad de aquella época. M. Mignet, que es uno de ellos, trata quizá con demasiada severidad las obras de Mably, Boulainvilliers, Dubos y Montlosier. Es verdad que estos autores han procurado muchas veces ajustar los hechos á los sistemas opuestos que cada uno sostenia: pero no por eso son menos dignos de grande elogio principalmente Dubos y Mably, que han examinado mejor que nadie á la luz de la sábia crítica, las antiguas tinieblas; y si bien estan en oposicion en algunos puntos dudosos que no pudieron aclarar ni Montesquieu ni Robertson, por lo menos nos instruyen de muchos sucesos importantes y nos ofrecen opimo fruto de sus largos y laboriosos estudios.

En vano procuraríamos fijar la época precisa en que empezó la nobleza de Francia. En los tiempos bárbaros de la monarquía no se descubre plan ni orden regular, sino un caos espantoso de costumbres germánicas, galas y romanas. En Germanía los grandes, leudes y antrustiones eran gefes que con su valor adquirian un gran número de compañeros de armas, dispuestos siempre á seguirlos. El príncipe tenia tambien los suyos que eran sus comensales: la duracion de su poder dependia de su talento y valor, no del nacimiento. Cuando conquistaron las Galias, repartieron las tierras de los vencidos; y á semejanza de los romanos, los nuevos propietarios fueron jueces, no de los

francos sus iguales, sino de sus propios tributarios y siervos. Los jueces de los hombres libres eran los condes y duques, nombrados por el rey y amovibles á su arbitrio. Desde el reinado de Clodoveo y de sus hijos se ve á muchos romanos y aun á algunos libertos, hechos leudes, antrustiones, generales, y algunas veces duques y condes. Aureliano, elevado por Clodoveo á la dignidad de conde de Melun, y encargado de ir á pedir á Clotilde en casamiento para el rey, era romano. Leudaste pasó de siervo á ser leude y conde, y se atrevió á resistir á san Gregorio de Tours en su diócesis, y á la orgullosa muger de Chilperico en su palacio. Era dificil, cuando no se escribian ni los testamentos ni los contratos matrimoniales, que se probase el derecho hereditario ni se estableciese la nobleza. No obstante, algunas familias célebres, como la de Pipino, transmitieron por herencia, durante algunas generaciones, las principales dignidades de la monarquía. Los modernos publicistas se engañan, como algunos de sus predecesores, cuando dicen que la nobleza existía ya desde los tiempos de Carlomagno. Entonces no habia sino lineamientos de ella: los que se llaman *optimetes y proceres* en los capitulares, no eran mas que poseedores de dignidades eminentes y oficios importantes, pero amovibles. Es verdad que algunos guerreros atrevidos, poderosos y afortunados lograron hacer independiente y hereditaria su dignidad, como en Francia

los duques de Aquitania y los condes de Gascuña; en Alemania, los condes de Frisia, y duques de Baviera, y en Italia los duques de Friul y de Benevento. A ejemplo de estos, los demas duques, condes ó *seniores*, aprovechándose de las desavenencias de los príncipes y del desorden de las guerras civiles bajo los débiles sucesores de Ludovico Pio, usurparon la herencia de los oficios, y lograron en fin que Cárlos el Calvo la reconociese y consagrase. Este fue un gran paso: mas para dar alguna existencia á la nobleza, producida por el sistema feudal, era necesario que estos nobles de *hecho* perpetuasen la ilustracion de sus familias, substituyendo los nombres de ducado, condado, señorío, feudo, ciudad ó aldea, en fin, los nombres de familia, á los de bautismos, únicos que se usaban hasta aquella época. Los nuevos nombres no se introdujeron hasta los siglos XI y XII, época en que se organizó la gerarquia feudal. Así no hay en Francia ninguna familia noble que pueda tener fundadas pretensiones á hallar títulos, pruebas ó vestigios de su orígen, anteriores á dichos siglos. Sea como fuere, las esplicaciones de los diferentes sistemas sobre esta materia son mas curiosas que importantes para la historia del reino de Francia.

Lo mas interesante es examinar, empezando desde la época conocida en que el feudalismo completamente organizado derribó la dinastía carlovingia, como la política de los reyes Capetos logró levantar la autoridad del trono so-

bre las ruinas de la aristocracia francesa: y principalmente, como el trono, protegiendo los pueblos y humillando los grandes, hizo desaparecer los vestigios de los campos de mayo, de los parlamentos carlovingios, y de las juntas deliberantes de los pares, apoderándose poco á poco de la potencia legislativa y de las facultades absolutas. Solo de este modo se esplicarán los progresos del poder real, templado posteriormente solo por los estados generales, rara vez convocados y reducidos sin autoridad legislativa, á hacer peticiones. Para medir la admirable rapidez con que adelantó el poder monárquico, basta recordar que los sucesores de Carlomagno habian reconocido y proclamado esta máxima fundamental del derecho público de los francos: *la ley se hace por la constitucion del príncipe y el consentimiento del pueblo:* y que en pocos siglos el espíritu de la nacion estaba tan mudado, que Beaumanoir, no reconociendo mas poder que el del rey, llama al monarca, *custodio de los usos*, y Boutillier, *dueño de los usos*; y que en fin, cuando los parlamentos, sombra de los estados generales, oponian al trono solamente representaciones sin fuerza legal, casi todos los magistrados reconocieron este principio, que tomado á la letra, pasa mas allá del gobierno absoluto y llega al despotismo: *como quiere el rey, así quiere la ley* (1). A pesar de los esfuerzos

(1) En efecto, si el sonido de este axioma es que la volun-

sucesivos de Luis el gordo y Felipe Augusto, todo yacia en confusion, ni habia concierto alguno en el cuerpo social, compuesto de elementos opuestos, inconexos, y sin solidez. La corte queria ejercer su poder: los señores, conservar su independencia. El combate judicial hacía ilusorias las apelaciones: se comenzaban con prontitud las guerras privadas para evitar las seguridades: y las municipalidades, que habian recobrado sus franquicias, procuraban substraerse á la autoridad de los señores y aun á la de los reyes.

Era menester, pues, un hombre cuerdo y esforzado, que centralizase el poder, uniese al trono todas las partes del estado, aboliese los desafios, hiciese efectiva la seguridad prefijando á todos los barones un término cierto antes de buscar la justicia de las armas, próroga que se llamaba la *cuarentena del rey*; estableciese con regularidad la jurisdicion y facultades de los bailíos, estableciese límites á las pretensiones del clero, obligase los grandes á la sumision, y pusiese en estimacion á los plebeyos, llamando á los que eran dignos á los empleos públicos.

---

tad privada del monarca basta para abolir y aniquilar las leyes, la forma del gobierno será despótica, como en los reinos de Oriente. Pero si solo quiere decir, que el rey es el supremo legislador, y promulga las leyes hechas por él con las formalidades competentes, y que si las anula, no es por un acto privado, sino por su voluntad pública ó *de príncipe*, manifestada con la debida solemnidad, el gobierno será absoluto, como el de Rusia, Dinamarca y otros reinos cristianos de Europa. (*N. del T.*)

San Luis se atrevió á tan grande empresa, sin mas apoyo que la veneracion tributada á su justicia y su virtud. No pudo hacer leyes que destruyesen para siempre la arbitrariedad: pero á lo menos sustituyó á la barbarie feudal, el poder protector del trono que dirigió los franceses á la civilizacion, y adquirió la mas brillante gloria, restableciendo el reinado de la justicia.

Así se vió, en aquellos tiempos de iniquidad, que todos los príncipes y pueblos tributaban los mayores elogios á su sabiduría. Los mismos bárbaros de Egipto, que le habian vencido y encadenado, se humillaban á sus pies. Los papas y emperadores, el rey de Inglaterra y sus nobles, las iglesias de Occidente y Oriente le nombraron por árbitro. Hizo renacer en Francia el reinado de las leyes; y como se juzgó muchas veces á sí mismo con severidad y sacrificó sus propios intereses á los derechos agenos, recibió unánimemente el título glorioso de *príncipe de la paz y de la justicia*. Este rey escelente y grande, aunque sometió sus barones, fue muy amado de ellos, porque era avaro de los bienes de sus vasallos, pródigo de los suyos propios, caritativo con los infelices, y estaba pronto á verter su sangre en defensa de su pueblo. Reunió muchos feudos á la corona con habilidad, pero sin injusticia, abolió los dobles vasallages y restableció la paz entre los grandes feudatarios que disputaban el condado de Flandes. Prefiriendo la verdadera gloria á la falsa grandeza, rehusó la corona de Inglaterra, y tuvo por mas

honorífico ser juez de sus eternos rivales que dominar sobre ellos como rey.

Si no pudo disipar las calamidades, producidas por las guerras intestinas en los estados de sus grandes barones, libertó enteramente de ellas sus propios dominios. Las costumbres se oponian á la abolicion de los combates judiciales: pero por su ordenanza de 1270 redujo este antiguo delirio á casos muy raros y graves, substituyendo la accion de la justicia á la espada, la instruccion al cartel de desafío y los testigos á los campeones. Las monedas que se alteraban antes con arbitrariedad, recobraron su valor intrínseco y fijo.

Restituyóse la gerarquía á las apelaciones. Fue permitido legalmente *falsear* el juicio señorial, lo que antes era felonía. Pedir la reforma de un juicio, era reclamar contra la sentencia: *falsear* el juicio, declinar la jurisdicion del juez. En este último caso, pasaba el proceso á un tribunal superior: y así no era posible *falsear* el juicio del rey, porque no habia tribunal superior al suyo: pero para conservar el derecho de apelacion, se apelaba entonces del rey al mismo rey. Mitigáronse las leyes penales que aplicaban á casi todos los delitos la muerte ó la pérdida de un miembro. Los jueces dejaron de vender sus oficios, y les fue prohibido recibir presentes. No se les permitió casar sus hijos ni comprar tierras en el término de su jurisdiccion, sino con el consentimiento del rey.

Habia muchos siglos que la integridad y

sabiduría de los tribunales eclesiásticos habia estendido su jurisdiccion á un gran número de causas, entre ellas algunas cuya relacion con la disciplina religiosa no era evidente, como las de usura y los pleitos de testamentaría. Como de estos tribunales podia apelarse á la santa sede, la jurisdiccion de Roma era efectiva y universal. En el reinado de Felipe Augusto muchos barones pidieron que se acortase, y se nombró una comision de muchos señores para que fijase los límites de ambas autoridades, espiritual y temporal. San Luis prohibió á los tribunales eclesiásticos la facultad de confiscar, dió á los litigantes el derecho de elegir la jurisdiccion á que querian someterse, y autorizó á la nobleza á apelar de las sentencias de dichos tribunales. Prohibió ademas toda exaccion de tributos para Roma; restableció el vigor de los antiguos cánones, la autoridad de los concilios y la antigua forma de elegir los obispos, y restituyó á los propietarios el nombramiento de los beneficios. Dióse el nombre de *pragmática sancion* á esta ordenanza célebre.

Despues de haber referido las principales innovaciones que hizo San Luis en la legislacion, no será inútil hacer un breve estracto de las leyes y reglamentos mas notables, comprendidos en la coleccion titulada *Establecimientos de San Luis*: porque es el mejor medio de dar á conocer el espíritu y las costumbres de aquel tiempo, los males que era forzoso remediar, y los obstáculos innumerables

que la diversidad de los usos, la independencia de los grandes vasallos, la barbarie de las antiguas tradiciones y la ignorancia del siglo oponian á las miras benéficas del mas prudente de los reyes de Francia.

Este santo monarca esplicó así en el preámbulo los motivos y objetos de los establecimientos: "En el año de gracia 1270, Luis, rey de Francia por la gracia de Dios á todos los buenos cristianos que habitan en el reino y señorío de Francia, y á todos los demas presentes y futuros, saluden nuestro Señor. Por cuanto la malicia y la mentira se han introducido entre los hombres, y los unos hacen muchas veces á los otros daño, ó incomodidad y perjuicio de muchas maneras contra la voluntad y mandato de Dios, sin miedo ni espanto del severo juicio de Jesucristo: y por cuanto queremos que el pueblo sumiso á nos, pueda vivir en paz y justicia, y que los unos se guarden de hacer daño á los otros, por temor del castigo del cuerpo y de perder los bienes, para refrenar y castigar los malhechores por medio del derecho y de la equidad, invocando el ausilio de Dios, hemos mudado estos establecimientos, segun los cuales queremos que se haga justicia en los tribunales legos en todo el reino y señorío de Francia." Despues de este preámbulo siguen las diferentes disposiciones legislativas reunidas sin clasificacion ni orden de materias.

Al principio designa las formalidades que

debe seguir el preboste para citar las partes, oírlas, tomarles juramento, oir los testigos, admitir ó desechar las acusaciones, y juzgar segun las leyes conocidas, los usos y el *Digesto.* Prohibe espresamente en sus dominios terminar las demandas y contestaciones por las armas, dejando en vigor los demas medios de denegacion y justificacion. Al desafío sustituye las pruebas por testigos y títulos. Debe prevenirse, só pena de nulidad, al acusador de homicidio, que si es vencido en la causa, sufrirá la pena á que se hubiera condenado el reo siendo convicto. Dos testigos bastan para la prueba, y ésta se sustituye al desafío. Así, durante muchos siglos dependió la vida y el honor de un acusado del testimonio de dos testigos, á veces muy parciales ó muy fáciles de comprar. San Luis, arreglando las formalidades que han de observarse en su tribunal, usa de esta espresion: *en los paises donde se puede apelar de un juicio:* lo que prueba que el derecho de apelacion al rey no estaba aun admitido en muchos señoríos. Los falsos testigos son condenados á multa: se les prohibe el desafío: el rey se reserva el derecho de modificar sus disposiciones. (Esta pena muy débil para un delito tan grave, era reliquia de la ley salica). El gentil hombre ó noble, está obligado á dejar los dos tercios de su patrimonio al mayor de sus hijos: pero puede disponer en favor de los menores, del caudal adquirido. Toda herencia se reparte con igualdad entre las hijas que no tienen her-

mano: la mayor tendrá ademas la casa y *el vuelo del capon*, esto es, una ó dos aranzadas segun la costumbre. El marido viudo no puede heredar á su hijo si éste no ha vivido la edad suficiente para gritar (*crier*). La muger, cuya mala conducta antes del matrimonio está probada, pierde su herencia. La muger noble puede en los pleitos de viudedad, acudir, segun quiera, al tribunal del Señor ó del eclesiástico. (Este reglamento manifiesta cuán antigua era la intervencion de la autoridad espiritual en los negocios civiles). Un noble, casando á su hijo ó haciéndole caballero, le dará la tercera parte de su tierra. Cuando una noble casa con un plebeyo, los hijos han de repartir con igualdad la herencia: pero solo el mayor prestará homenage á su baron. Una baronía no se reparte entre hermanos. Si el padre muere sin haber fijado la suerte de sus hijos, el mayor debe dar una porcion conveniente de tierra á los menores y dotar las hijas. (La indivisibilidad de la baronía era entonces una máxima muy fundamental para que San Luis se atreviese á impugnarla). El baron tiene toda justicia en su tierra: y como el rey no puede poner bandos (edictos) en la tierra del baron sin el consentimiento de éste, por la misma razon, el baron no puede ponerlo en la tierra del *vavasor* (su vasallo inmediato) si el vavasor no consiente en ello. En caso de homicidio, rapto, violacion y violencias en caminos reales, el delincuente es ahorcado y arrastrado: sus muebles pertenecen al baron.

que podrá quemar su casa, secar los prados, cortar los árboles y arrancar las viñas. (Castigo absurdo, pues redundaba contra la agricultura y la riqueza pública). En caso de homicidio de resultas de una pendencia, si el homicida prueba que antes de matar fue herido, podrá ser absuelto. Pero si un pariente del muerto ofrece probar que no lo fue, se podrá mandar que haya desafio entre el demandante y el reo: el vencido será ahorcado. (Contradícese el legislador que quiere establecer la justicia en lugar de la fuerza, y no obstante en ciertos casos confia á la ciega suerte de las armas la decision. Pero las costumbres del tiempo eran mas fuertes que la prudencia y la voluntad del príncipe). Para disminuir el número de los desafios, presenta el rey el medio de las seguridades, es decir, la obligacion de no valerse de la fuerza. El que quebrantáre la seguridad que ha ofrecido, será ahorcado. El ladron de caballos y el incendiario son castigados con pena de muerte. Al que robe en la iglesia y el monedero falso se le sacarán los ojos. Los demas hurtos serán castigados por la primera vez, perdiendo una oreja; por la segunda, un pie; por la tercera, con la horca. (Legislacion procedente de la de los francos: la gravedad que se atribuye al robo de un caballo es propia de una legislacion nacida en los campamentos feudales). El robo doméstico es castigado con muerte, como traicion. Ningun *cavasar* puede desterrar á un hombre sin licencia de su baron. Los complices sufren la

misma pena que los culpables. El preboste puede desterrar á todo hombre que no justifica cuales son sus medios de subsistencia. El infanticidio *accidental* será juzgado por un tribunal eclesiástico, que impondrá penitencia. En caso de reincidencia la pena será el fuego. El vavasor no puede poner en libertad á un ladron sin permiso del baron, só pena de perder el derecho de hacer justicia. (Esta ley feudal atribuye, pues, al baron el derecho de indultar, usurpado al cetro). Los señores deben entregarse unos á otros los ladrones que se refugien en sus dominios, En caso de contestacion de herencia entre un baron y un vavasor, deben ser juzgados por su señor principal. Todo gentil hombre, que sin ser herido hiera á su señor, pierde su feudo: y tambien, cuando haciendo la guerra á su señor, es auxiliado por los que no son sus propios vasallos. (Esta ley establecida antes para consolidar el poder feudal de los barones, fue arma útil de que se sirvieron los reyes con habilidad, para reprimir á los grandes ó apoderarse de sus feudos: y así aumentaron su potencia sobre las ruinas del feudalismo, procediendo como señores soberanos). Si el baron llama al hombre *lige* (1) para que pelee en su favor contra su señor principal, por denegacion de justicia, el hombre lige debe presentarse á dicho señor principal y preguntarle si es verdad que

(1) Véase á Ducange, verbo *ligius*.

ha negado justicia al baron. Si el señor principal dice que sí, el hombre lige puede seguir la bandera del baron: sino, puede negarle su servicio sin riesgo de perder su feudo. (Tales eran los singulares medios que se practicaban para poner algun concierto en la anarquía feudal). En ciertos casos de insulto contra un baron, de caza prohibida en sus tierras, ó de seduccion de su muger ó hija, perdia el vasallo, segun la gravedad de las circunstancias, sus muebles ó su feudo. Si un gentil hombre á quien se ha confiado la hija de otro gentil hombre, ofende su honor, aunque sea con su consentimiento, pierde su feudo; y si usó de violencia, se le ahorca. El señor pierde sus derechos sobre el vasallo, cuando le niega justicia en su tribunal: y entonces el vasallo dependerá del señor principal. El señor no puede castigar á un vasallo que se queja de él en el tribunal del rey. (Esta disposicion aseguraba á la nobleza inferior y al pueblo la proteccion del rey contra los grandes. Todos los que se pusieron así bajo el apoyo del trono, contribuyeron á elevarlo). Si un señor cree poder tomar la tierra de un vasallo y llamarle á juicio á su tribunal, aunque el vasallo se haya quejado ante la justicia del rey, la instruccion puede hacerse ante ambas justicias. Pero en todos los casos la corte del rey puede retener la causa. El señor está encargado de ejecutar la sentencia del rey; y si no lo hace, el tribunal del rey la ejecuta. Ningun noble paga impuesto ni peage por las cosas que compra, á

no ser que las vuelva á vender. (Tradicion que llega hasta el tiempo en que los francos y hombres libres estaban esentos de toda contribucion, censo ó impuesto.) Cuando un baron llama sus vasallos á la bandera del rey para la guerra, deben todos acudir bajo las órdenes de los prebostes del baron. El refractario paga sesenta sueldos de multa. Las mugeres, panaderos y molineros estan esentos de todo servicio de hueste y bagajes. El señor puede ir, y decir á su vasalla viuda que quiere casar su hija: "el novio no me conviene, yo os presento otro mas rico y con mas ventajas:" y la viuda debe dar la seguridad de que no concluirá aquel casamiento. Si su hija, siendo ya casadera, es pedida por alguno, su madre, antes de casarla, debe consultar á su señor y decidir con él el negocio. (Esta autoridad, paternal en apariencia, concedida á los señores sobre las familias, era muchas veces tiránica é insoportable. Los reyes, sucediendo al poder de los barones, no la han conservado). Una muger noble, que tiene hijo menor, no dispone de la herencia, sino solamente administra sus rentas. Rehusar el homenaje despues de muchas insinuaciones da derecho al señor para embargar el feudo y emplazar á su vasallo. San Luis establece las formalidades y términos que han de observarse en los pleitos de acreedores y deudores. Cuando un baron, llamado al tribunal del rey, pide que le juzguen sus pares, el tribunal toma por adjuntos para el juicio, lo menos tres barones. (Artículo muy nota-

ble: los barones, sometiéndose á esta disposicion, se sometieron á ser juzgados, no por sus pares solamente, sino por jueces entre los cuales no tenian mas que tres de sus pares). Un deudor noble, que está para ser juzgado, si al mismo tiempo va á recibir el orden de caballería, puede dársele término de un año. (Este privilegio, injusto para el pueblo, era propio de las costumbres feudales). Ningun gentil-hombre puede testar, pleitear ni combatir hasta que pasa de veinte años. El que cree que el rey retiene lo suyo indebidamente, puede quejarse en juicio. Luis prescribe la forma en que el demandante debe dirigir su querella al rey, el cual manda entonces hacer informacion: si la peticion es fundada, la hacienda se devuelve. Un hombre, condenado por juicio del rey, no puede apelar sino al mismo rey; el cual, si la apelacion se interpuso el dia mismo del juicio, nombra otros jueces para examinar de nuevo el pleito y sentenciarlo. Un vasallo que acusa á su baron de haber pronunciado contra él mala sentencia, puede, despues de avisarle, apelar de ella al tribunal del rey, el cual manda hacer el combate si ha lugar. Si el demandante es vencedor, deja de ser vasallo del baron: si es vencido, pierde su feudo. Un noble ó caballero ó próximo á serlo, acusado de homicida por un plebeyo, puede pelear contra él á caballo: pero si el noble es el acusador debe pelear á pie. El vencido será ahorcado. (¡Qué costumbres tan absurdas! se establece

justa igualdad en el castigo, y atroz desigualdad en el combate, esto es, en el juicio). Todo acusado de homicilio que se fuga de la prision, es tenido por culpable y condenado. Todo hombre, preso por un señor, un baron ó el mismo rey, por cualquier crímen que sea, si es clérigo, cruzado ó religioso, debe ser entregado á la iglesia, que le juzgará. Son nulas todas las confesiones que haga ante un tribunal lego. Todo hombre, sospechado de heregia ó ateismo, es enviado al tribunal de la iglesia: si es convencido, será condenado al fuego y confiscados sus muebles. El hombre convencido de usura, será castigado con la confiscacion de sus bienes á favor del baron, y enviado á la iglesia para que castigue su pecado. Los muebles del suicida se confiscan á favor del baron. Los muebles del hombre que muera sin confesion despues de ocho dias de enfermedad, se confiscan á favor del baron. En caso de descubrirse un tesoro en una tierra, el oro pertenece al rey y la plata al baron. El señor puede embargar la hacienda del vasallo que haya pasado cuatro ó cinco años sin prestarle el servicio que le debe. Si hay acusacion de homicidio, deben ponerse en prision el acusador y el acusado. No se puede conceder fianza al uno con preferencia al otro. Si el hombre que ha presentado fianza, se escapa, el fiador paga por él: pero si es pariente, solo paga cien sueldos de multa. No se puede rehusar el repartimiento de una hacienda; á no ser que el que se niega á hacerlo,

pruebe que entre los poseedores de la hacienda, él solo ha asistido al tribunal que administra justicia á los vasallos. El señor, que tiene tribunal, puede obligar á todos los habitantes á que vengan á moler á su molino, so pena de embargo de las harinas. El derecho de horno no puede pertenecer á un vavasor que no tenga pueblo. Un baron que es poseedor de un feudo en otra baronía, no adquiere en ella el derecho de tener tribunal. Un vavasor puede depender de dos señores, del uno en cuanto al feudo y del otro en cuanto á la justicia. La muger, despues de casada no puede hacer al marido donaciones, que son nulas porque se repartan como no libres. El baron no puede dar su hombre de *fé*, sino á su hermano ó á su hermana, repartiendo los emolumentos: si lo da á otros, no puede exigir parte en los emolumento. (Esta era una modificacion del derecho de transferir el dominio de los vasallos como se transfiere el de los rebaños). Si un animal dañino hiere ó mata á alguno, su amo pagará el perjuicio: si dice que la bestia no es suya, será entregada á la justicia. Si se reclama contra un hombre el pago de la deuda de su padre, es menester que dos testigos declaren ser el crédito legítimo. Toda persona escomulgada durante un año, puede ser puesta en prision y embargados sus bienes por el obispo. Pero si la escomunion es por deudas, la justicia no embargará su persona, sino sus bienes, dejándole de qué vivir hasta que sea

absuelto. Los padres de hijos en pequeña edad pueden obligarse á su futuro matrimonio y darse arras en heredades ó dinero. Si una de las partes no cumple el contrato, la otra se quedará con las arras. Un vasallo no puede hacer mandas á la iglesia, ni la iglesia aceptarlas, sin el consentimiento de los señores. (Esta cláusula daba indirectamente al señor principal, esto es, al rey, el derecho de poner límite al aumento de los bienes del clero). No puede ser recibido el testimonio de un judío. Todo hombre que solo es noble por parte de madre, aunque recibe la orden de caballería, no será caballero de derecho, porque el *vientre* no ennoblece. En este caso el rey ó el baron podrán prender al nuevo caballero, mandar romper sus espuelas sobre un muladar, y embargar sus bienes. (Con estos castigos tan duros é ignominiosos se reparó enteramente la nobleza del pueblo: y el pueblo, en paga, se unió al rey contra la nobleza). El plebeyo no puede *falsear* el juicio de su señor. (O en otros términos, no habia justicia para el plebeyo). El que se niega á pagar el peage ó el que vende géneros con peso falso, paga sesenta sueldos de multa. (Un mismo castigo para dos delitos de tan diferente gravedad). Al plebeyo, que hiera primero á su señor, se le corta la mano: si hiere al sargento de su señor, paga sesenta sueldos de multa. Un hombre puede coger en terreno de otro el enjambre de avejas que salió de su colmena. Se prohibe á los hermanos pelear unos

con otros por contestaciones civiles ú otra cualquier causa que no sea traicion, homicidio ó rapto: pero nombran campeones para que combatan por ellos. (Ley propia del siglo, pero contraria á la religion y á la naturaleza, pues legalizaba en algunos casos el fratricidio). Ninguna justicia puede prender sino en delito notorio al súbdito del tribunal del rey: y en este caso tiene que probar la notoriedad: San Luis establece muchas formas de procedimientos, y ordena como han de instituirse los procuradores. Da prudentes instrucciones á los abogados, dejándoles amplisíma latitud para la defensa. Pero les prohibe las injurias, y toda venta ó compra con su cliente mientras dure la causa. El preboste, cuando administre justicia, debe llamar á su tribunal cierto número de hombres buenos para que voten y sentencien con él. Deben hacer buena justicia, como que estan en presencia de Dios: pues nada es mas funesto ni considerable que un juicio inícuo. (Esta es una corta reliquia del antiguo juicio por pares). El hombre sospechoso y de mala fama debe ser preso é interrogado: puede ser echado del señorío, pero no juzgado sino cuando hay cargos suficientes para acusarle de delito. Golpes ó injurias se castigan en diez sueldos, cinco para el que hace la querella y cinco para la justicia. Si es una muger, paga la mitad de la multa. (La ley no impone castigo al marido que apalea á su muger). La falta de comparecer se castiga en ocho sueldos por el

preboste, á no ser que el multado jure no haber recibido la intimacion. El señor no puede juzgar en su tribunal las causas de sus vasallos ó habitantes en sus dominios, que se querellan de él al rey: porque, dice San Luis, son necesarias tres cosas para la justicia; *juez, defensor y demandante*: y en este caso, sería el señor juez y parte á un mismo tiempo. En cualquier señorío que se halle el que despues de haber dado seguridad, es acusado ante el tribunal del rey de haber roto la tregua, no puede dispensarse de venir á defenderse en dicho tribunal. Un noble no puede ser baron sino tiene baronía por herencia ó por donacion real, y si la tierra no tiene mas que tribunal: pero es baron, si tiene mercado, castellanía, peage ó clase de vasallos liges. En caso de igualdad de pruebas, en pro y contra de la acusacion, ha de sentenciarse á favor del acusado. En materia de acusacion capital, ha de empezarse probando y mostrando el cuerpo del delito. Los bienes del homicida se confiscan á favor de su señor. Todo baron que entre en las tierras de otro sin causa legítima, puede ser perseguido á peticion del agraviado ante el tribunal del rey: el cual manda hacer perquisa é instruccion: pues solo el rey puede autorizar las peleas en las tierras donde el uso no dá derecho para travarlas. (Restriccion que prueba que muchos señores no consintieron en adoptar esta ley para sus dominios).

Los conocimientos eran tan raros en aquella

época que el legislador estaba obligado á llevar de la mano, por decirlo así, á todos los que pedian justicia, plebeyos y aun nobles. Es muy curioso ver con que candor tan paternal esplica San Luis en sus leyes todos los casos y circunstancias y prescribe á las partes los trámites que han de seguir y hasta las voces que han de usar, ya para acusar ya para defenderse. Citaremos el primer ejemplo que ocurra. "Si algun gentil hombre se queja de que su señor no le hace justicia, podrá decirle: *la sentencia que habeis dado, es falsa é injusta*: *no quiero pleitar ante vos.* Si el señor es baron, apelará el noble á la corte del rey ó del señor inmediato: y si es vavasor, llevará su queja al tribunal del baron ó señor de quien dependa, y dirá así: *señor, fulano ha dado sentencia falsa contra mí, y por eso no quiero depender de él, sino de vos que sois señor principal.* Si el vavasor se defiende, el demandante podrá decir: *yo me opongo á que se defienda: porque en presencia y conocimiento mio, ha dado contra mí que le debo fidelidad, sentencia falsa é injusta; y estoy pronto á probarlo en combate particular, si se obstina en defenderse.*

Ademas de estas disposiciones legislativas y reglamentarias, San Luis mejoró con ordenanzas, ó creó algunas instituciones para la conservacion del orden público. En todos tiempos estaban obligados los pueblos á dar á los señores una guardia urbana, llamada el *acecho ó ronda* (guet) para la policia interior.

La ronda que París alistaba y armaba, y cuyo mando estaba confiado á los prebostes, sucesores de los condes, era de doscientos cuarenta hombres, San Luis, aumentando esta milicia urbana, formó en todo el reino un cuerpo mas numeroso, que fue el principio de la *mariscalía*. El amor de los franceses á su patria pudiera hacer que se atribuyesen á parcialidad los elogios que hemos tributado al mas grande de nuestros monarcas: mas para demostrar mejor cuán fiel es el retrato que hemos hecho de San Luis, citaremos algunos lineamentos de Mr. Halam, sábio profundo, escritor ilustre, crítico perspicaz, y natural de Inglaterra, siempre rival y hartas veces enemiga de Francia.

Mr. Halam, despues de recordar en pocas palabras los esfuerzos que hicieron muchos señores franceses para recobrar el poder que se les escapaba oponerse al acimento de la autoridad real, cuyos espantosos progresos habian conocido muy tarde, cuenta de qué modo; cuando Luis era menor, la prudencia y vigor de Blanca reprimieron y humillaron á los feudales. "En los 15 primeros años del reinado de San Luis, dice M. Halam, se renovó la lid muchas veces, y fue preciso vencerlos contínuamente para que llegasen á entender que el trono no estaba ya afirmado sobre sus bases." "Luis IX, prosigue el mismo autor, tenia para conservar su ascendiente, medios muy diversos de la fuerza de las armas. De todos los que han tenido el cetro,

este escelente príncipe ha sido quizá el modelo mas perfecto de irreprensible probidad y de conciencia pura y verdaderamente cristiana. En el medio siglo que gobernó á Francia, no hubo en su conducta el menor olvido de los principios de moderacion, y desinteres: y no obstante, aumentó el influjo de la corona mucho mas que el mas ambicioso de sus predecesores." Digimos que varios historiadores franceses han censurado en Luis la cesion de algunas provincias confiscadas á los reyes de Inglaterra. El autor inglés, no solo le justifica, sino le colma de elogios por esta generosidad. "Las almas virtuosas, dice, son las únicas que pueden discernir cuán prudentes son los consejos de la moderacion." Ensalzando esta virtud de San Luis, tan opuesta al maquiavelismo vulgar, continúa: "¿qué soberano egoista y ambicioso tuvo jámas la cordura de renunciar al atractivo del poder inmediato? En el estado que tenia el reino de Francia, un monarca vulgar hubiera fomentado con destreza, ó á lo menos con placer, las disensiones que se movieron entre los vasallos principales. Luis creyó siempre que era obligacion suya roconciliarlos: y en esta parte su benevolencia produjo los efectos de la política mas profunda. Sus tres predecesores inmediatos habian tenido la costumbre de ser mediadores entre el clero, la nobleza, las clases inferiores y los habitantes de las ciudades privilegiadas, Así la supremacia de la corona llegó á ser una máxima universal: pero la integridad de San

Luis disipó todas las sospechas, y acostumbró á los feudatarios, aun los mas celosos de su poder, á respetarle como juez y legislador; y como la autoridad real no se habia desplegado hasta entonces sino en sus prerogativas mas benéficas, en la dispensacion de favores y en la reparacion de agravios, hubo pocos observadores bastante suspicaces para notar en la constitucion francesa el tránsito de la confederacion feudal á la monarquía absoluta. "Luis, continúa el mismo escritor, se distinguia tanto por su valor y firmeza, prendas sin las cuales hubieran sido inútiles sus demas virtudes, que nadie se atrevió á concebir la idea temeraria de rebelarse contra un gobierno justo que no ofrecia ningun pretesto á los revoltosos." Despues de alabar merecidamente los afanes contínuos del monarca para arreglar la administracion, asegurar la tranquilidad del reino, y dar por la vez primera á los franceses, con el nombre de *establecimientos*, un código que reunia, modificaba y regularizaba la legislacion feudal y de costumbres provinciales, añade que "este príncipe, no contento con dirigir todas sus acciones por la justicia, quiso tambien practicar la virtud de la restitucion, tan rara entonces entre los particulares, y sin ejemplo entre los grandes. Nombró comisarios para examinar los bienes que se habian incorporado sin justicia al dominio de la corona en los dos últimos reinados, fueron restituidos á los que probaron ser sus dueños legítimos, y se repartió á los

pobres el valor de aquellos cuyo verdadero propietario no pudo descubrirse." M. Halam censura en San Luis las espediciones contra los infieles, de las cuales una le costó la libertad y otra la vida, sus leyes sobradamente rigorosas contra los delitos religiosos y la escesiva condescendencia que manifestó á su madre, con gran disgusto é inquietud de su esposa Margarita. Pero las cruzadas no tuvieron otro defecto sino el de no haberse hecho bien por la falta general de conocimientos militares y políticos: los crímenes contra la religion eran en aquella época traiciones contra el estado; y no sabemos que San Luis faltase á ningun deber de rey, de hombre ni de cristiano, por observar estrictamente las leyes de la piedad filial.

El Oriente era teatro de grandes y repentinas mudanzas. Cuando murió el emperador Conrado, Enrique de Lusignan tomó el título de rey de Jerusalen. El valiente Sargines, á pesar del corto número de sus guerreros, sostenia heróicamente en San Juan de Acre la esperanza de los cristianos y el honor del nombre francés. Durante algunos años las disensiones de los musulmanes permitieron á los latinos gozar de algun descanso: pero el mameluco Sefedin, célebre por su audacia y sus hazañas, ancadenó la victoria y se creyó cercano á someter bajo su cetro todos los estados del mahometismo, habiendo humillado ó vencido á sus competidores.

Pero Bondocdar, guerrero mas famoso, mas feliz y sobre todo mas hábil, que habia na-

cido esclavo y ascendió al trono dando la muerte á sus amos, detuvo el curso de las victorias y de la vida de Sefedin; reinó como un príncipe hábil, sometió á sus leyes á Egipto, Siria, Palestina y Arabia, restableció el orden en estos paises, protegió las ciencias, el comercio y la agricultura, y mostró en el trono tantas cualidades heróicas como crímenes habia cometido para llegar á él.

Los latinos, que conservaban algunas fortalezas á favor de una tregua que se hizo durante la guerra entre los sultanes de Egipto y de Damasco, la rompieron y se atrevieron á desafiar el poder formidable de Bondocdar. Al mismo tiempo, poseidos del delirio que es precursor de las grandes calamidades, en vez de reunirse contra el enemigo comun, se dividieron, y tomaron parte en las disensiones de genoveses y venecianos, enemigos en Oriente como sus repúblicas lo eran en Italia. Los caballeros del Temple y del Hospital se agregaron á los belijerantes, é hicieron las querellas mas ostinadas y sangrientas.

Bondocdar, aprovechándose de esta anarquía, marchó rápidamente con un ejército de trescientos mil hombres, asoló á Nazareth, sitió y tomó á Cesaréa, y aunque rechazado de la fortaleza de Montfort, vengó su derrota tomando por asalto la plaza de Safet y degollando á sus habitantes á pesar de la capitulacion que la juró solemnemente. El feroz vencedor mostraba tanto ódio como desprecio á

los cristianos. "¿De qué han servido, decia, los grandes esfuerzos de esos emperadores de Alemania, de esos reyes de Francia é Inglaterra, que acometian el Asia y el Africa al frente de todos los guerreros de Europa? Esas terribles montañas que iban á oprimirnos, se disiparon cuando estuvieron cerca á la vislumbre de nuestras cimitarras, como los nublados á los rayos del sol." Embriagado de orgullo, como todos les hombres favorecidos por la fortuna, se creia superior á Mahoma, y destinado por Alá á la conquista del orbe cristiano. Continuando su marcha victoriosa, devastó las cercanías de Acre y cercó esta plaza. La ruina de los cruzados parecia inevitable: y el valor heróico de Sargines y de un corto número de caballeros franceses era el único dique que se oponía á aquel torrente asolador.

Estas noticias funestas llegaron á Occidente y causaron la mayor afliccion. San Luis, indignado de las ofensas que sufria la cruz, resolvió al punto volver á tomar las armas, salvar los cristianos oprimidos y llevar los franceses á nuevos combates. El papa, que participaba de su dolor, aunque no de sus esperanzas, procuró al principio disuadirle tan arriesgada empresa: pero el celo ardiente del monarca triufó de la circunspeccion pel pontífice. Dejando de oponerse al piadoso entusiasmo de Luis, le favoreció despertando en todos los príncipes y señores cristianos el amor, muy amortiguado ya, de las guerras sagradas. Convocáronse muchos conci-

lios: y en todo el Occidente resonaron los templos con los acentos del dolor y con las exortaciones á la lid. Como esta guerra era religiosa, se impuso al clero una contribucion considerable: San Luis convocó en París á todos los grandes, obispos y barones de su reino: cuya junta se celebró el dia de la Anunciacion de nuestra Señora. El buen señor de Joinville, cuyo celo religioso se habia amortiguado mucho en la campaña de Egipto, alegó, aunque inútilmente, el mal estado de su salud para dispensarse de concurrir al llamamiento del rey. Luis le respondió que ni en la corte ni en los reales le faltarian médicos. En la primer sesion se presentó el rey con la corona de espinas del Salvador en las manos: y empezando su discurso con la dignidad de un monarca, el ardor de un guerrero y el celo de un apóstol, describió patéticamente las atroces crueldades de los mahometanos, los ultrajes que prodigaban á la religion de Jesucristo, y el peligro inminente en que se hallaban los valerosos cristianos de Palestina. Habló con tanta elocuencia, que logró, á pesar de la repugnancia de casi todos los circunstantes á una nueva espedicion, infundir en ellos el ardor que le consumia. Pidió la cruz y la recibió de manos del cardernal de Santa Cecilia. Todos le imitaron. Los primeros cruzados fueron Felipe, hijo mayor del rey, á quien habia dado poco antes la orden de caballería, sus dos hermanos, y los condes de Bretaña, Montpensier, Eu, Laval y Brienne. Muchos prínci-

pes, barones y militares acudieron de todas las provincias para alistarse bajo la bandera religiosa y real. Joinville, juzgando de lo futuro por lo pasado, y conociendo sobradamente el estado de la salud del rey para no preveer que hallaría pronta y segura muerte donde buscaba la victoria, no quiso ser partícipe de una empresa que creía contaría á los intereses del monarca y de la nacion.

En las cruzadas anteriores el entusiasmo universal multiplicaba los recursos: todos deseaban verter su sangre y prodigar sus tesoros por la santa causa: todos los hombres eran soldados: todos los príncipes, barones y prelados invertian sus riquezas en alistar y armar las milicias. Pero San Luis, que quiso volver á encender el fuego ya casi apagado, hubo de hacer los mayores sacrificios para formar un ejército. Los vasallos mas poderosos alegaban que no podian pagar los gastos de una espedicion tan costosa: para que el duque de Borgoña se resolviese á marchar con veinte banderas y cuarenta caballeros, fue menester que el rey le diese veinte y dos mil libras. Tambien dió indemnizaciones á los caballeros de Valery, Beaujeu y Mailli. Los prelados de Langres y Reims recibieron cada uno cuatro mil libras del tesoso real por quince caballeros. La suma total que pagaba el rey ascendia á ciento setenta mil libras. Ademas de esto, tenia que proveer víveres á todas las tropas, y á su mesa se sentaban diariamente ciento treinta caballeros. Los genoveses le ven-

dieron muy cara la armada que le era necesaria para el transporte del ejército. Luis, que en todos tiempos era tan pródigo de sus riquezas, como avaro de las de sus pueblos, lo sacrificó todo en esta ocasion al celo religioso, y sometió todos los vasallos de sus reinos á una capitacion cuantiosa. Se impuso un diezmo sobre los bienes del clero, y el papa concedió por cuatro años la décima parte de las rentas eclesiásticas. Cárlos de Anjou, Gaston de Bearne y Eduardo de Inglaterra, siguiendo el ejemplo de San Luis, tremolaron la bandera de la cruz. El rey de Francia creyó favorable esta ocasion para solicitar del gefe de la iglesia una bula que libertase á él, á sus hijos y al conde de Artois, su hermano, de las escomuniones que los obispos y prelados solian fulminar contra ellos: pero el pontífice se negó constantemente á su demanda.

Antes de salir de Francia, hizo Luis testamento: por él dejó en manda un infantazgo á su heredero Felipe y algunas ciudades á Tristan con el título de conde de Valois, á Pedro los condados de Alanzon y de Perche, y á Roberto, el de Clermont en Beauvaisis. El rey habia pagado ya el dote de su hija Isabela, reina de Navarra: y dió fianza por los de Blanca, que casó con Fernando, heredero del trono de Castilla, y de Margarita, prometida á Juan, duque de Brabante. Inés, la última de sus hijas, recibió una manda de diez mil libras. Esta princesa casó despues con Roberto, duque de Borgoña. Nombró por albaceas á los obispos de París y

de Eareux y á los abades de san Dionis y Rogaumont. Hizo muchas donaciones á todos los monasterios, á ochocientos hospitales de leprosos, á un gran número de indigentes, á estudiantes cuyos padres no podian mantenerlos durante sus estudios, á las viudas, á los huérfanos y á los oficiales pobres de su casa. Pudo ser muy generoso porque habia sido muy económico.

Este príncipe tan bueno y sensible, y que habia permitido á su madre reinar muchos años en Francia y en él mismo, no amaba menos á su esposa Margarita. Pero al alejarse de ella, no le confió ningun poder, fuese porque creía que su carácter benigno y suave era poco apropósito para gobernar una nobleza turbulenta, ó porque Margarita, esenta de ambicion y empleada solo en amarle, desechó asustada el peso de la corona. Y así, encargó la regencia al abad de san Dionis y al señor de Nesle.

Hechos todos los preparativos, recibió el oriflama en san Dionis segun la costumbre, y se puso en marcha para Aguas muertas, adonde no habia llegado todavía la escuadra genovesa, que debia esperarle en aquel puerto. Esta detencion fue funesta al ejército: porque los franceses, que debieran ya haber escarmentado con tantas esperiencias funestas, se entregaron en aquella ciudad a la misma licencia, deshonestidades y escesos que habian sido en Oriente presagios de sus desastres. Arruinados por el juego, embriagados por el vino, irritados por competencias amorosas ó de ambicion, ensangrenta-

ron diariamente sus casas, tiendas y convites. Muchos catalanes y provenzales fueron víctimas de su insensato furor. Luis, profundamente afligido de estos desórdenes, procuraba remediarlos acelerando la partida. Al fin, su actividad consiguió triunfar de todos los obstáculos que le impedian darse á la vela.

Antes de embarcarse, dió audiencia á algunos enviados de los griegos, y procuró terminar por su mediacion el antiguo cisma de la iglesia de Oriente. Semejantes cuidados eran dignos de él: pero la santa sede desechó por artificiosas las proposiciones de los cismáticos, y Luis hubo de renunciar á su generoso designio.

Todo estaba pronto para la partida: pero aun no se habia decidido la importante cuestion del camino que debia seguirse y de la primera empresa á que debian dirigir sus esfuerzos. El rey mandó que deliberase su consejo sobre estos asuntos. Hubo duda algun tiempo entre tres partidos diferentes. Unos querian que se pasase inmediatamente á socorrer á Palestina: otros, que se desembarcase en Egipto para acometer al sultan en el centro de su poder: y otros aconsejaban tomar tierra en Africa en la corte de Cartago, apoderarse de este pais, privar á Egipto y Siria de los socorros que de él sacaban, y aun obligar al enemigo con este ataque á apartar sus ejercitos de las ciudades cristianas de Palestina y dar algun descanso á los heroicos y desgraciados compañeros de Sargines. Este último dictamen prevaleció en el ánimo del

rey: Voltaire le censura injustamente, atribuyendo esta resolucion á su condescendencia con Cárlos de Anjou su hermano, que codiciaba las provincias de Africa cercanas á su reino; cuando se sabe que Luis reprimió siempre el carácter ambicioso de su hermano, desaprobó su conducta, le obligó hacer justicia á sus vasallos, y se negó á sacrificar la tranquilidad de Francia á la conquista de Nápoles.

Los príncipes musulmanes se valian de la perfidia para alejar las invasiones de los cristianos, dividirlos y paralizar sus esfuerzos. Como estaban siempre amenazados por las formidables legiones de Occidente, creian que todo les era permitido en la guerra contra los latinos. Muley Moztaulza, rey de Tunez, escribiendo muchas cartas á Luis, y enviando á su lado emisarios ábiles, le hizo creer que estaba inclinado á abrazar la religion cristiana. Todos los historiadores convienen en la verdad de este hecho. El lazo habria sido muy grosero en otro tiempo y con otro príncipe. Pero aquel siglo era candoroso: y San Luis deseaba con mucho ardor semejante conquista para dudar de ella, y así esclamaba muchas veces: "¡qué consuelo sería para mi sacar de pila á un príncipe mahometano!" Se asegura ademas que envió á decir al príncipe africano; "de buena gana pasaré el resto de mi vida en una mazmorra, si con ello logró que Muley Maztaulza y su nacion reciban el bautismo." Esta esperanza fijó la irresolucion de San Luis: y la astucia de un bárbaro

privó á Palestina de todo socorro, y condujo á un monarca tan prudente y á su ejército á la árida playa que fue su tumba.

Los cruzados, lejos de preveer las calamidades que les amenazaban, se entregaron á las ondas con tanto ardor como confianza, apenas llegó la armada genovesa. Impacientes por llegar á la costa de Africa, y engañados por una falsa voz que se diseminó en el ejército, creian hallar en Tunez tesoros, aliados, armas y tropas dispuestas á facilitarles la conquista de Egipto y la libertad de Jerusalen. Desde los primeros dias de su navegacion, la suerte, mostrándoseles contraria, pareció anunciarles el funesto éxito de la empresa. Atormentados por vientos opuestos, quisieron arribar á la isla de Cerdeña, que estaba á la sazon en poder de los de Pisa; y estos republicanos manifestaron á los franceses la misma desconfianza, que los griegos de Oriente á los primeros cruzados.

Luis, enojado de que por la primera vez se sospechase de su lealtad se hizo con prontitud al mar. Reuniéronsele en el camino los reyes de Navarra y los condes de Poitiers y de Flandes con un gran número de bageles. A pocos dias ancló toda la armada en una playa situada entre Argel y Tunez cerca de la antigua Cartago. Solo quedaba ya de esta célebre competidora de Roma vestigios diseminados, una aldea musulmana con el nombre de ciudad y un castillo guarnecido de torres. Al ver el oriflama y los pabellones franceses, los sarracenos que coro-

naban la ribera, huyen asustados por todas partes. Se creyó que esta retirada tan pronta era una asechanza, y nadie desembarcó. Al dia siguiente, habiéndose reunido en la playa gran multitud de mahometanos, anunciaban con sus ademanes y gritos que la batalla sería ostinada y sangrienta.

El rey dá la señal del combate: y al punto los franceses sin esperar el socorro demasiado lento de las barcas y canoas se arrojan al mar sable en mano, arrostran el furor de las olas, las puntas de los escollos y las armas de los enemigos, llegan á la ribera, se reunen y apiñan, se arrojan con furia á los infieles, los aterran con su osadia, los desordenan y desbaratan, los obligan primero á retirarse, despues á huir, últimamente á buscar asilo en completa derrota. Durante esta corta pelea y triunfo esclarecido, Luis, animando con su voz á los suyos, dirigia fervientes súplicas al Señor: y su limosnero, bendiciendo el estandarte plantado en la orilla, proclamaba, en nombre de Dios, que tomaba posesion de aquella tierra infiel. Los musulmanes aterrados abandonaron vergonzosamente desfiladeros y gargantas fáciles de defender. La victoria de Luis fue brillante; pero en Africa, como en Egipto, debia perderse pronto el fruto del valor dirigido sin prevision ni plan.

No tardó en conocerse que se habia elegido mal el sitio del desembarco. Los franceses, fatigados por los rayos del sol y la agitacion de la pelea, no hallaron en la abrasada arena

donde estaban acampados, ni arroyo ni fuente para apagar la sed. Supieron que cerca de Cartago habia algunas cisternas. Los primeros destacamentos que se enviaron á ellas, fueron degollados por los africanos. Entonces Luis, reuniendo sus valerosos, acudió á reparar este reves imprevisto, dispersó á los bárbaros, se apoderó del agua, y cercó la ciudad. Creíase que fuese necesario un largo sitio para reducir esta fortaleza: pero la ardiente osadia de los franceses, animados por el ejemplo de su rey, allanó todos los obstáculos. Pasaron los fosos, escalaron las murallas, degollaron la guarnicion, y se hicieron dueños en un solo asalto de la ciudad y del castillo. El Escipion frances igual al romano en valor, y superior en virtudes aunque no en ciencia militar, en vez de entregarse al reposo despues de la toma de Cartago, trató de poner en práctica inmediatamente todos los recursos que pueden disminuir las calamidades de la guerra; y estableció con prontitud hospitales para aliviar á los enfermos y bendar las heridas de vencedores y vencidos. Las princesas sus hijas, hermanas y sobrinas, se alojaron en el castillo: y en los socorros que prodigaron á los que padecian, dieron á aquella tierra bárbara el espectáculo nuevo de las virtudes animosas que la religion de caridad inspira y ordena al sexo mas débil. La gran resistencia que encontró Luis al desembarcar en una tierra, en donde, segun las promesas del rey de Tunez, debia esperar otro acogimiento,

Luis. Nuestros fastos conservarán tambien la memoria de los ministros que honró con su confianza este sabio monarca; los principales fueron los cancilleres Duerin, Algrin, Juan de Lacour, Simon de Brioud, que despues fue sumo pontífice con el nombre de Martino IV. Á estos debe añadirse el señor de Nesle que fue regente. Entre los hombres mas célebres de esta época, en que San Luis llamaba las ciencias en ausilio de la civilizacion, los mas célebres fueron Estevan Boileau ó Boisleve, Pedro de Fontaines, Gil, arzobispo de Tiro y confesor del rey, Guillermo de Saint Amour, Mateo París, Pedro des Vignes, Roberto de Sorbona, Escoto, santo Tomás de Aquino y san Buenaventura. Estas fueron las primeras luces que brillaron en medio de las tinieblas

Apenas supo el ejército cristiano que su rey estaba en la agonía, esta desgracia hizo que se olvidasen todas las demas. El fuego devorador del clima, los asaltos continuos del feroz enemigo, los tormentos de la fiebre epidémica; nada en fin podia separar á los franceses del fúnebre objeto de su dolor. Aquellos intrépidos, que tantas veces habian arrostrado la muerte, temblaban al verla acercarse á Luis, y sus ayes y gemidos resonaban al rededor de la tienda del monarca. Este gran príncipe, cercano ya á la muerte, tuvo que hacer el último ensayo de sus fuerzas para alentar á sus compañeros. Mandó llamar á los gefes, y con su acostumbrada serenidad les dijo: "Amigos mios, acabóse mi car-

rera: no os quejeis por eso: pues siendo vuestro caudillo, es natural que vaya delante de vosotros. Debeis seguirme: y así, estad siempre preparados para el viaje." Sus hijos y sus hermanos, á escepcion de Cárlos de Anjou, que llegó despues de su muerte, rodeaban su lecho y lo regaban con sus lágrimas: todos los corazones estaban subyugados por el dolor, escepto el suyo. Este buen rey, fiel á sus deberes hasta el último instante, entregó, antes de morir, á su heredero Felipe una instruccion escrita de su mano; instruccion paternal y religiosa á un mismo tiempo, que se ha conservado hasta nuestros dias: y es monumento tanto mas precioso, cuanto mas bien se pinta San Luis á sí mismo, dando consejos á su hijo: se ven en él sus virtudes, su bondad, las costumbres de su siglo, y su piedad pura, evangélica y síncera. "Tal era, dice Joinville, el mejor de los reyes, que ha vivido tan santamente y que ha hecho tan buenas obras para con Dios; el príncipe mas santo y justo que ha tenido corona; cuya fé era tan grande, que parecia, no que creía los misterios, sino que los veía: modelo en fin el mas perfecto que presenta la historia para los soberanos que quieren reinar segun Dios y para bien de sus vasallos." El original de esta instruccion, dada por San Luis á su hijo, fue hallado en 1374 por Gerardo de Montaigu, archivero del tesoro de las cartas, y presentado al rey Cárlos v, que lo regaló á su cuñado el duque de Borbon, descendiente de San Luis. En la cámara de cuentas se deposita-

con muchas copias de ella; y Menard las habia publicado en sus observaciones. El tenor de la instruccion es el siguiente. "Buen hijo, decia San Luis á Felipe, la primer cosa que te enseño y mando que observes es que ames á Dios con todo tu corazon y sobre todas las cosas, porque sin él ningun hombre puede ser salvo. Y guárdate de hacer cosas que le desagraden, esto es, de pecar. Porque mas bien debes sufrir todo género de tormentos que pecar mortalmente. Si Dios te envia adversidades, recíbelas de buena voluntad, y dale gracias por ellas; y piensa que las has merecido mucho, y que todas se convertirán en tu pró. Si te da prosperidades, dale gracias por ellas muy humildemente, y cuida que con el bien no te hagas peor por orgullo ó de otra manera. Porque no se debe hacer guerra á Dios con los beneficios que nos hace. Confiesa con frecuencia , y elije confesor á propósito, honrado y que te pueda enseñar bien á hacer las cosas necesarias para la salvacion de tu ánima, y tambien de qué cosas debes guardarte: y procura ser tal, que tus confesores, parientes y familiares te puedan reprender sin miedo el mal que hayas hecho, y tambien mostrarte lo que te conviene. Oye el oficio divino de nuestra madre iglesia devotamente, de corazon y de boca: especialmente en la misa despues de la consagracion del Cuerpo de nuestro Señor, no debes reir ni chancear con los otros. Ten corazon benigno y compasivo para los pobres, y consuélalos y ayúdalos en cuanto puedas. Sosten las buenas

costumbres en tu reino, y corrige y destruye las malas. Guárdate de la codicia: ni eches demasiados gravámenes ni subsidios á tu pueblo, sino tienes grande necesidad de ello para defender tu reino. Si tienes en tu corazon algun pesar, dilo inmediatamente á tu confesor ó á alguna persona de providad y buenas palabras. Y así podras facilmente llevar tu tristeza con el alivio que te dará. Cuida mucho de tener en tu compañía hombres buenos, leales y sin codicia, ya sean clérigos, religiosos ó seglares. Huye la compañía de los malos: procura oir la palabra de Dios y grabarla en tu ánimo. Empléate siempre en rezos y oraciones y en ganar indulgencias. Ama tu honor. Guárdate de permitir á nadie la osadía de decir en tu presencia alguna palabra que dé á los otros motivo de pecar, ó de hablar mal del prójimo á sus espaldas ó delante de él por via de murmuracion. No permitas que se diga ninguna palabra villana, de Dios, de su digna Madre, de los santos ó santas. Dá gracias repetidas á Dios del bien y prosperidad que te dispense. Haz justicia recta á cada uno, tanto al pobre como al rico. Sé para tus sirvientes leal, liberal y serio en las palabras: á fin de que te teman y amen como á dueño suyo, y si se mueve alguna controversia ó pleito, no dejes de inquirir hasta que sepas la verdad, bien sea contra tí ó á favor tuyo. Si te avisan que tienes alguna cosa que sea de otro, ya por tí, ya por tus predecesores, hazla restituir al punto. Cuida diligentemente de que los hombres y súb-

ditos vivan en paz y rectitud bajo tu gobierno, especialmente en las buenas villas y ciudades. Manten las franquicias y libertades que tus antepasados han mantenido y guardado: y tenlas en aprecio y amor. Porque por la riqueza y poder de tus buenas ciudades, tus enemigos y adversarios no se atreverán á acometerte, ni á portarse mal contigo, en especial tus pares y barones y otros semejantes. Ama y honra á todos los eclesiásticos y religiosos, y procura que no les quiten sus rentas, dones y limosnas que tus antepasados y predecesores les han dejado y donado. Se cuenta del rey Felipe mi abuelo, que en una ocasion le dijo uno de sus consejeros que los eclesiásticos le hacian perder y disminuir los derechos y libertades, y aun la facultad de juzgar: y que se maravillaba mucho de que lo sufriese. Y el rey mi abuelo le respondió que así lo creía: pero que Dios le habia hecho tantos bienes y favores, que mejor queria dejar perder lo que era suyo que tener debates ni disputas con los sacerdotes de la santa iglesia. A tu padre y tu madre honra y reverencia, y guárdate de enojarlos desobedeciendo sus buenos mandamientos. Da los beneficios que te pertenezcan á hombres buenos y de vida pura: y nómbralos con el consejo de personas rectas y prudentes. Guárdate de mover guerra contra cristianos, sin haberlo consultado mucho y que por otra parte no la puedas evitar. Y si tienes alguna guerra en pais cristiano, ten gran cuidado con que no se ofenda á los eclesiásticos, ni á los que ningu-

na ofensa te han hecho. Si hay guerra y debate entre tus vasallos, pacifícalos lo mas pronto que puedas. Vela con frecuencia sobre tus bailíos, prebostes y otros oficiales, indaga como gobiernan, para que si hay algo que reprender en ellos, lo reprendas. Y guárdate que no reine en tu reino ningun villano pecado, como blasfemia ó heregía: y si reinase, hazlo quitar y borrar. Procura que el gasto de tu casa sea razonable y con medida. Y te suplico, hijo mio, que despues de mi muerte te acuerdes de mi pobre alma, y me socorras con misas, oraciones, preces, limosnas y buenas obras en todo tu reino. Y concédeme parte y porcion en todas las buenas obras que hagas. Y yo te doy toda bendicion que un padre puede dar á su hijo: suplicando á toda la Trinidad del paraiso, Padre, Hijo y Espíritu santo. que te guarde y defienda de todos los males, especialmente de morir en pecado mortal: para que podamos un dia, despues de esta vida mortal, estar juntos delante de Dios, y darle gracias y alabanzas sin fin en el reino del paraiso. Amen." Así hablaba á su hijo el modelo de los héroes y de los príncipes. El lugar de su sepultura fue célebre por los milagros que en él se obraron, y que se cuentan muy á la larga en la vida de San Luis, escrita por su confesor. El célebre historiador Gilbon, estrangero y protestante, hace el siguiente elogio de San Luis. "Luis IX, rey de Francia, perdió la libertad en Egipto, y la vida en la costa de Africa. Roma le canonizó veinte y ocho años despues de su muer-

te: sesenta y cinco milagros, solemnemente comprobados, justificaron los honores dados á su memoria. La voz de la historia da testimonio honroso de sus virtudes. Tenia las que son propias de un hombre, de un monarca y de un héroe. El amor de la justicia templaba la impetuosidad de su valor. Luis fue padre de sus vasallos, amigo de sus vecinos, terror de los infieles." La posteridad sabrá apreciar estas palabras de un historiador estrangero. Luis IX, hijo obediente, tierno padre, esposo constante, caballero leal, aliado fiel, vencedor generoso, hábil político, recto juez, prudente reformador, apoyo de los oprimidos, gran limosnero, protector de los pueblos, indulgente con los débiles, temible á los perversos, severo con sus cortesanos, modesto despues de la victoria, inespugnable en el infortunio, no recibió de la posteridad el título de *grande*; pero obtuvo y mereció el de *príncipe de paz y justicia*, que es mucho mas raro. Su nombre queda grabado en los anales militares por la gloria; en los fastos civiles por la justicia, en el corazon de los franceses por la gratitud, y en los altares del cristianismo, por la santidad, orígen y premio de todas las virtudes que le adornaron.

CAPÍTULO ADICIONAL.

Historia de Italia desde la ruina del imperio de occidente hasta la caida de la dinastía de Suevia.

Durante el reinado de San Luis en Francia, se verificó en Italia la gran catástrofe que arruinó la dominacion alemana en aquella península, con el esterminio de la familia de Suevia; dió esperanzas á los italianos de recobrar la antigua independencia, perdida desde que cayó el imperio de occidente, bajo la tutela y el poderío de Roma cristiana; y que no obstante, solo produjo la division del territorio en pequeños estados, guerras y disensiones intestinas entre príncipes débiles, dispuestos siempre á llamar en su socorro las potencias estrangeras, y en fin, la conversion de aquel bello pais, otro tiempo dominador del mundo, en un sangriento y perpétuo campo de batalla, donde los franceses, españoles y austriacos decidieron sus contiendas que en nada interesaban á Italia, premio siempre y víctima del vencedor.

Conviene, pues, recordar en este sitio la historia de los pueblos que dominaron en la península desde la caida del imperio de occidente: historia que es mas bien de los hérulos, ostrogodos, griegos, lombardos, francos y alemanes

que de los mismos italianos: pues si se esceptua la inmensa influencia de la santa sede en toda la cristiandad, suceso que pertenece á la historia del cristianismo y no á la de Italia en particular, la política que dirigió los varios sucesos fue propia de los pueblos dominadores, no del subyugado. Cuando los restos de tantas naciones y monarquías derribadas sucesivamente sobre las ruinas de lás anteriores, se llegaron á confundir con la poblacion primitiva de Italia: cuando esta alusion de diversas gentes y familias llegó á tener un espíritu nacional y el amor de la propia independencia, entonces empieza verdaderamente la historia de los italianos modernos: y esto no se verificó sino á mediados del siglo xiii, época, en que descubrimos ya en esta nacion carácter, política, literatura y fisonomía individual.

El periodo histórico que habemos de recorrer, comprende la dominacion de cuatro pueblos célebres en Italia, que son los ostrogodos, lombardos, francos y alemanes: y así lo dividiremos en cuatro secciones que abrazan un intervalo de ocho siglos. En la narracion, procuraremos, como siempre, abreviar aquellos sucesos que hemos contado con suficiente estension en las historias del imperio de Oriente y de Francia: pero antes de empezarla, no será fuera del caso dar una idea general de las épocas y revoluciones principales de este pais.

La conquista de Italia por los hérulos y ostrogodos en el siglo v no destruyó la unidad de

gobierno: ya porque Odoacre y Teodorico la sometieron toda entera, ya porque la sombra ilustre y grande del imperio y los nombres de senado y pueblo romano, subyugando los ánimos, sometian naturalmente toda la península al que fuese señor de la capital del Tiber.

Cuando en el siglo VI destruyeron Belisario y Narses el imperio de los ostrogodos, y sometieron la Italia á Constantinopla, quedó destruido aquel lazo de unidad: porque los emperadores griegos, no queriendo que hubiese mas centro de poder que la ciudad del Bósforo, acabaron con el senado romano, y dividieron el pais en provincias ó ducados, gobernados arbitrariamente por duques y exarcas. La señora del mundo no fue mas que la capital del ducado de Roma. Los lombardos, que invadieron en el mismo siglo la parte septentrional de la península, hallaron establecida esta division, y la conservaron como muy apropósito para consolidar el régimen feudal, tan acomodado á sus costumbres y á su posicion. Roma ofendida, abandonada por los monarcas de Constantinopla á la ambicion de los lombardos, y protegidas por la influencia de los sumos pontífices, reconoció la soberania de la santa sede: primer acto de la emancipacion de los italianos. Venecia, fundada por los que buscaron asilo y patria en los islotes del golfo Adriático, huyendo de los furores de Atila en el siglo V, tenia ya en el VI marina y poder; y era aliada natural de Roma contra lombardos y griegos.

Pero las débiles fuerzas de estas dos ciudades no bastaban á resistir á enemigos tan poderosos. Fue preciso implorar el ausilio de los francos que en el siglo VIII destruyeron la dominacion de los lombardos y establecieron la suya en Italia, renovando el imperio de Occidente. Sin embargo, los italianos fueron mas independientes bajo la dinastía de los Carlovingios, tanto porque los francos no emigraron como los ostrógodos y lombardos para establecerse en Italia, como porque el poder de los sumos pontífices sobre toda la cristiandad aumentaba diariamente.

Cuando en el siglo X acabó la dinastía de los Carlovingios, los alemanes que habian conservado la gran parte de su imperio, hicieron valer sus derechos en Italia al favor de las divisiones que asolaban este pais. Pero su dominacion, siempre contestada por Roma, fue destruida en el siglo XIII. Esta era la ocasion de fundar en Italia un imperio compacto é independiente: pero la multitud de repúblicas y estados pequeños que nacieron de las ruinas de la dominacion germánica, las guerras de ambicion, las convulsiones democráticas, los odios provinciales, y el influjo activo de las potencias estrangeras que siempre miraron á Italia como su presa, impidieron la fundacion de un poder central. Los sumos pontífices quisieron establecer á lo menos una confederacion de fuerzas como la que existía en Alemania: pero tampoco fue posible: porque ningun estado se

fiaba de otro, y todos aspiraban á engrandecerse á costa agena.

Los aragoneses disputaron á los angevinos, en los siglos XIII y XIV el reino de Nápoles. Los franceses en este último siglo y en el XV disputaron á los españoles y á los austriacos el mediodia y el norte de Italia. España triunfó en el siglo XVI, y hasta el XVIII conservó la supremacía en Italia, merced á su cordura y á las riquezas del nuevo mundo, con que pagaba la industria de los italianos y los enriquecia. La guerra de la sucesion de España hizo á los austriacos potencia dominante en Italia: y á pesar del establecimiento de una rama de la familia de Borbon en el reino de las dos Sicilias, todavía lo son, por la adquisicion de los estados de la estinguida república de Venecia. Así los italianos han reconocido en todas las épocas de su historia la supremacía de alguna nacion estrangera. Su carácter sutil y aficionado á la astucia, ha sido el resultado de su contínua posicion entre señores que los oprimian y libertadores que so color de alianza aspiraban tambien á oprimirlos. La pasion de los celos y los furores de la venganza son hijos del clima ardiente del mediodia, como tambien su estraordinaria aptitud para las bellas artes, las ciencias y la política. Háles quedado de los antiguos romanos el amor de las grandes empresas y la constancia en sus designios: pero jamás sus fuerzas han sido suficientes para llevarlos á ejecucion.

En medio de esta versatilidad del poder, de esta política necesariamente falsa y variable, de tantas calamidades como debió producir el estado perpétuo de guerra estrangera y civil, descollaba el poder de la santa Sede, como un obelisco grandioso que servia de punto de reunion, no solamente á Italia, sino tambien á todo el orbe cristiano. Su potencia política debida á las necesidades sociales de los siglos de la edad media, y aumentada por Gregorio VII, empezó á decaer cuando los reinados de Luis IX en Francia, y de Fernando III en Castilla enseñaron á los demas monarcas de Europa á substituir el imperio de la justicia y de las máximas del cristianismo, al de la fuerza brutal que fundó los estados modernos de Europa: no siendo ya tan necesario el poder político del cristianismo, fue poco á poco perdiendo su influencia, hasta que se redujo á los estrechos límites de las provincias que componen ahora el estado de la iglesia. Mas no por eso abdicó la santa Sede ni abdicará jamas la supremacía moral y civilizadora que le concedió el divino legislador de los cristianos. En los siglos bárbaros templó con las virtudes é instituciones cristianas la ferocidad de las costumbres, conservó los monumentos del saber que dejára la antigüedad, abrió las sendas de ciencias y artes á las generaciones modernas y mostró los verdaderos principios del régimen de los pueblos. Cuando ya la civilizacion se ha estendido, y tocado y aun pasado de sus justos límites,

muestra á todas las naciones en las máximas indestructibles de la doctrina evangélica, las únicas reglas de moral que pueden corregir los vicios, alentar las virtudes y hacer felices á un mismo tiempo á los pueblos y á los individuos.

SECCION PRIMERA.

DOMINACION DE LOS OSTROGODOS EN ITALIA.

Odoacre, rey de Italia (476). Los hérulos y turingios, que bajo el mando de Odoacre, dieron al imperio de Occidente el golpe mortal, eran originarios de las selvas que se estienden á lo largo del Elba, donde este rio sale del Brandemburgo actual para estenderse en las llanuras de la baja Sajonia; y aun todavía hay en aquellos paises una provincia, que conserva el antiguo nombre de Turingia, y su capital es Erfurt. Segun puede conjeturarse, estos pueblos eran escandinavos. Pasaron de las orillas del Elba á las del Danubio en el movimiento general que hicieron en el siglo v los pueblos del norte contra el imperio romano; y cedieron su nueva morada á los lombardos, procedentes de las orillas del bajo Oder, cuando Odoacre les hizo pasar los Alpes para la conquista de Italia. El pueblo, pues, que acabó con el imperio de Roma, fue quizá el menos célebre y poderoso de cuantos invadieron entonces el Occidente Europeo: pues ni antes ni despues de Odoacre tuvo fama ni nombradía. Apareció

como un espectro para cumplir la terrible mision que la providencia le confiaba, y volvió á sumergirse inmediatamente en las tinieblas del olvido.

Odoacre concluyó su conquista casi al mismo tiempo que la empezó. Preso y muerto en Pavía, Orestes, padre del emperador Augustulo, cautivó este emperador en Ravena, y enviado al castillo de Luculo en la ciudad de Nápoles, llamado hoy del Ovo, donde acabó sus dias, quedó el rey Hérulo dueño absoluto de Italia. Reinaba entonces en Oriente el emperador Cenon, que entregado á las disputas religiosas, reconoció fácilmente el derecho de la fuerza. Galia estaba repartida entre francos, borgoñones y visigodos; estos últimos eran los mas poderosos por la reciente conquista de España hecha por su rey Eurico, insigne como guerrero y como legislador. Los vándalos poseian el Africa, los ostrogodos, la Pannonia y la Mesía: y Germania estaba sometida á diversas tribus de las cuales ninguna queria fijarse en aquel pais, mientras no perdia la esperanza de lograr conquistas y establecimientos en Italia ó en las Galias. Tal era entonces la situacion del mundo político.

Ignórase á cual de estos dos pueblos, hérulos y turingios, pertenecia Odoacre; solo se sabe que era oficial en la guardia del emperador Augustulo, y que conociendo la situacion del imperio, formó el proyecto de destruirle llamando á Italia á aquellas dos naciones bárba-

ras. Despues de conquistada la península con felicidad, la gobernó como buen príncipe y político hábil. Su primer cuidado fue solicitar de Cenon el título de patricio, que equivalia al de vicario del emperador, para legitimar su poder. Esta pretension de Odoacre halló grande oposicion en la corte de Constantinopla, porque Julio Népote, antecesor de Augustulo y destronado por él, conservaba todavía en Dalmacia muchas ciudades y el título de emperador, y era obedecido en Provenza; siendo hermano de Verina, emperatriz de Constantinopla, y habiéndole enviado á esta corte á ser emperador de Roma, no podia Cenon acceder decentemente á su despojo: y así aconsejó á Odoacre que solicitase de Népote el título de Patricio. Odoacre lo hizo así, y entretuvo á este príncipe con vanas esperanzas de restablecerle en el trono, mientras reinaba verdaderamente. Igual felicidad tuvo en su negociacion con Genserico, rey de los vándalos: pues por una suma de dinero y algunas fortalezas de Sicilia, logró la posesion de esta isla, que habia estado en poder del vándalo, desde la espedicion que hizo de Africa, en el reinado del emperador Máximo, para saquear á Roma y devastar á Italia.

Odoacre conservó en el mismo estado que antes tenian, las leyes y gobierno; y dejó al senado romano todas sus facultades y prerogativas; pero se hizo odioso á los pueblos de Italia, repartiendo el tercio de todas las pro-

piedades á los bárbaros que le habian ausiliado para la conquista: providencia necesaria, si habia de conservar la fuerza á la cual debia su elevacion. Pero si se esceptúa este acto obligado de injusticia, triste producto de la usurpacion, en todo lo demas gobernó con prudencia, rectitud y bondad.

La única espedicion militar que se cuenta de él, siendo ya rey, fue al Norico, hoy Austria, provincia de Alemania. Los rugios, pueblos de las orillas del Báltico, de orígen escandinavo, se habian establecido cerca del Danubio de Baviera é infestaban á los habitantes romanos del Norico, que imploraron los socorros del patricio de Italia, poniendo por intercesor á su amigo san Severino, obispo de aquel pais. Odoacre pasó á él dos veces, y rechazó á Faba, rey de los rugios, que huyó á Pannonia á la corte de su pariente Teodorico, rey de los ostrogodos. Odoacre, á pesar de su victoria, temió dejar espuestos los pueblos del Norico á nuevos ataques de los rúgios, y así persuadió á sus protegidos que pasasen á establecerse en Italia, donde les distribuyó nuevas tierras. Esta espedicion que le pareció útil para acrecentar su poder, ya con la fama de sus victorias, ya con el aumento de sus súbditos en Italia, contribuyó de dos maneras á su ruina. La primera, haciendo mas intenso el odio de los italianos, porque hubo de despojar á muchos de sus propiedades, para darlas á los huéspedes que trajo de Norico: la segunda, dando nuevo pábulo á la

animosidad del estrogodo Teodorico, bastante dispuesto ya por su ambicion á pasar á Italia con su pueblo.

Cesion de la Provenza á Eurico, rey de los estrogodos (479). No obstante, todavía le fue benigna la suerte. Julio Népote murió, y le libertó de un rival, cuyos derechos temia. Entonces el emperador Cenon le confirmó sin escrúpulo alguno el título de Patricio, y se agregaron al reino de Italia las tierras de Dalmacia y Provenza que aun conservaba el difunto exemperador. Es verdad que Odoacre, para tener á su devocion á Eurico, rey de los visigodos, que era entonces el monarca mas poderoso de Occidente, le cedió todas las tierras que Népota habia poseido al otro lado de los Alpes marítimos.

Pontificado de Felix III (483). Despues de la muerte del papa Simplicio, que tuvo el dolor de ser testigo de la ruina del imperio de Occidente, fue elevado á la silla pontifical Felix III, que sostuvo una terrible lucha contra el emperador Cenon, acérrimo partidario de los eutiquianos, y contra Acacio, patriarca de Constantinopla, cuya ambicion se valia de la inclinacion de Cenon á dicha secta, con el fin de hacer la silla de Bizancio superior, ó por lo menos igual á la de Roma. Los legados del papa que pasaron á Oriente á transigir estas diferencias, fueron maltratados y presos, y Acacio borró de los dípticos el nombre del papa: y al mismo tiempo que la fé cristiana y

sus ministros eran tratados de esta manera en el imperio griego, Odoacre, bárbaro é infestado de la heregía de Arrio, tuvo en sumo honor al romano pontífice, y favoreció y protegió la iglesia de Italia. Lo mismo habian hecho los reyes visigodos, señaladamente Eurico: lo mismo hizo despues Teodorico: y esta diferencia mostró al mundo cuanto mas peligrosa es la corrupcion producida por el error, que los estravíos de la ignorancia. Esta funesta oposicion de la silla de Constantinopla á la de Roma, preludio del cisma futuro de la iglesia griega, no cesó hasta el año de 489 que murió Acacio.

Espedicion de Teodorico, rey de los ostrogodos en Italia: batallas del Isouro y de Verona (486). Despues de la espedicion á Italia de Alárico, rey de los visigodos, los paises de Mesia, y Pannonia quedaron ocupados por los ostrogodos ó godos orientales, que desde muchos siglos tenian reyes de la noble familia de los amalos. Durante el reinado de Cenon en Oriente, fue monarca de esta nacion el célebre Teodorico que mereció el renombre de grande, tanto por sus hazañas y la estensa monarquía que fundó, como por sus prendas y virtudes. Gobernaba su nacion y poseía el territorio que ocupaba, á título de lugar-teniente del emperador griego, segun la costumbre de los reyes bárbaros desde los tiempos de Constantino: pero Cenon procuró muchas veces arruinar á su general que le era tan formidable. Acometíale con la perfidia: mas siempre fue vencido

por el valor y obligado á hacer con él paz ignominiosa. Cansado de lid tan desigual, movido de las quejas de los italianos contra Odoacre y deseando libertarse de unos vecinos tan temibles como eran los ostrogodos, dió oidos á la solicitud de Teodorico, que le pidió permiso para establecerse con su pueblo en Italia, y le demostró la conveniencia de la espedicion con argumentos tomados del interés mismo de Cenon. "Si soy vencido, le decia, en la guerra contra Odoacre, quedas libre de mi potencia: si venzo, logras por medio mio tener mayor influjo en Italia. De todas maneras te es muy útil que peleen entre sí dos naciones que miras como enemigas tuyas." El emperador condescendió.

Teodorico llevó á Italia todo su pueblo con cuantas riquezas, ganados y bienes poseia. Su empresa fue una verdadera emigracion, mas bien que una espedicion militar. Encontró á Odoacre que no se habia descuidado, apostado en las orillas del Isonzo, rio del Friul, y le venció en batalla campal. Forzadas con esta victoria las puertas de Italia, marchó hácia el Adige, derrotó segunda vez al hérulo junto á Verona, y ocupó toda la parte septentrional de la península. Odoacre quedó sin fuerzas para sostenerse en campaña contra el enemigo, y se hizo fuerte en Ravena, donde le sitió Teodorico.

Toma de Ravena: Teodorico, rey de Italia (490). Parecia la guerra casi concluida: pues Tufa, general hérulo, habia desertado las

banderas de Odoacre, privándole así de gran parte de sus fuerzas, y pasádose al campo de los ostrogodos, y casi toda Italia reconocia la dominacion de Teodorico. Pero este grande hombre espèrimentó las vicisitudes de la fortuna. Odoacre, tan babil negociador como valiente general, no solo supo ganar el afecto de Tufa, que volvió á su partido con las tropas que mandaba, sino tambien reconciliarse con su mortal enemigo el rey de los rugios, gran promovedor de la guerra y que acompañaba á Teodorico con todas las fuerzas de su nacion. La desercion de estos dos gefes quebrantó en gran manera el poder del ostrogodo: mucho mas, teniendo que enviar un cuerpo de ejército á la frontera de los Alpes, acometida por los borgoñones, cuyo rey Gundebaldo, aprovechando la ocasion de la guerra en que ardia Italia, invadió el Piamonte y la Liguria y taló y saqueó estas dos provincias. Teodorico se vió reducido á tal estremo, que hubo de encerrarse en Pavía, donde el nombre de Odoacre era aborrecido por los estragos que hizo en esta plaza, cuando la tomó y prendió en ella á Orestes, padre del último emperador Augústulo. El hérulo sitió en Pavía á Teodorico, que se defendió valerosamente al favor de las nuevas fortificaciones que añadió á las antiguas: hasta que habiendo recibido un cuerpo considerable de visigodos que Alarico, hijo y sucesor de Eurico, envió en su favor, salió en campaña, ahuyentó á Odoacre, le encerró en Ravena y le

obligó á capitular. Las condiciones de paz que entonces ajustaron, son ignoradas: parece que el ostrogodo dejó al hérulo un pequeño estado; á pesar de este convenio, le mandó matar tres años despues, ó por sospechas que de él tuvo, ó por la política ordinaria del poder recientemente establecido. Así acabó un hombre, que habria sido célebre por su valor y su habilidad á no haber tenido por competidor á Teodorico el grande. Con él se arruinó el nombre y poderío de los hérulos, confundidos en lo sucesivo con los demas pueblos de Italia. Esta nacion empezó á ser conocida y á hacer guerra á los romanos en la frontera del Danubio desde el reinado de Galiens.

Durante la guerra entre Odoacre y Teodorico empezó el dominio temporal de los obispos en Italia del modo siguiente. Viendo las calamidades que sufrian los pueblos, algunos prelados, señaladamente Onorato, obispo de Novara, construyeron castillos cerca de sus iglesias para que en ellas se refugiasen los fieles que huian de las espadas enemigas: aquel territorio era un asilo sagrado á causa del respeto que los caudillos de los pueblos bárbaros profesaban á los ministros del evangelio, célebres por su santidad y sus luces. Desde entonces empezaron les prelados á ser dueños de tierras y á recibirlas como feudos de los monarcas de Italia.

Teodorico fue uno de los mas grandes hombres de la historia, y el primero de los héroes

bárbaros. Despues de haber conquistado á Italia con el valor de Camilo, la gobernó con la prudencia de Trajano. Aunque repartió á los ostrogodos la tercera parte de las tierras, no la quitó á los italianos, sino á los hérulos, recientes usurpadores, y así evitó la odiosidad de que no pudo libertarse Odoacre. Imitó á éste en conservar el mismo réjimen político y civil que había tenido Italia en tiempo de los emperadores; conservó sus derechos al senado romano, á las corporaciones municipales y á los tribunales civiles; de modo que los caudillos ostrogodos eran gefes militares y nada mas. Aunque arriano, protegió la religion católica, y trató con sumo respeto á sus ministros escepto en los últimos tiempos de su reinado. Puesto en medio de los emperadores de Oriente, sus enemigos naturales y de los francos, que bajo la conducta del intrépido Clodoveo invadieron entonces las Galias, supo conservar y aumentar sus dominios, que comprendieron, ademas de Italia, gran parte de Pannonia, Recia y Provenza. En fin, no se hechó menos en él ninguna de las prendas que constituyen un gran general, un hábil estadista y un príncipe ilustrado.

Pontificado de Gelasio I (492). A Felix III sucedió en el sumo pontificado Gelasio I, papa santísimo y escritor vehemente contra los eutiquianos. Negó su comunion á Eufemio, patriarca de Constantinopla, porque no quiso borrar de los dípticos el nombre de Acacio su antecesor, fautor del Eutiquianismo. Se conservan de este

pontífice muchos himnos y oraciones. Succedióle en 496 Anastasio, que solo tuvo dos años la mitra de Roma.

Entre tanto Teodorico consolidaba su poder, atendiendo con la mayor vijilancia á todas las partes del gobierno, señaladamente á la agricultura, cuya prosperidad llegó á ser tanta en su reinado por el aumento de poblacion, que los graneros de Italia bastaron para el consumo de sus habitantes: cuando desde tiempo inmemorial estaba en posesion la isla de Sicilia, de abastecer de granos á Roma y á gran parte de la península. En cuanto á la política esterior, aumentó su alianza por medio de casamientos. Su sobrina Amalaberga, hija de su hermana Amalafrida, casó con Segismundo, hijo de Gundebaldo, rey de los borgoñones: Teodiceda, su hija natural, con Alarico, rey de los visigodos, y él mismo recibió por esposa á Audefreda, hija de Clodoveo, rey de los francos. Estas relaciones de parentesco, añadidas á la superioridad de sus luces y á lo grande de su poder, le dieron la mayor influencia en todos los negocios del Occidente. Anastasio, emperador de Constantinopla, aunque siempre contrario suyo, no pudo manifestar su animosidad sino con una espedicion insignificante á las playas de Tarento. Despues de haber tomado y saqueado esta ciudad, la abandonó.

Pontificado de Sinmaco (498). Habiendo muerto el papa Anastasio, fue elegido en su lugar el diácono Sinmaco: pero el patricio Festo

afecto á la heregía de Eutiques, hizo que sus partidarios nombrasen al arcediano Laurencio. Concertóse para terminar el cisma que causaba esta doble eleccion, que ambos pasasen á Ravena, donde Teodorico residia ordinariamente, y que alegasen su derecho ante él. Teodorico decidió que la primera eleccion debia ser la legítima, y Sinmaco fue reconocido por sumo pontífice. Sus enemigos irritados le acúsaron, cuando volvió á Roma, de crímenes horribles: pero fue declarado inocente en un concilio de ochenta obispos: y para que se celebrase con la debida tranquilidad y reprimir á los facciosos que querian turbarla, pasó Teodorico á Roma, y conservó el orden con su presencia y autoridad. Floreció en este tiempo en letras y santidad, Epifanio, obispo de Pavía, muy estimado de Teodorico.

Guerra entre francos y borgoñones (500). Clodoveo deseaba conquistar la Borgoña, y movió cruel guerra á Guindebaldo. Para no tener contra sí las armas de dos enemigos poderosos, se coligó con Teodorico. Este príncipe, que miraba como muy arriesgado para el reino de Italia la cercanía de un monarca jóven y ambicioso á sus fronteras, entró en la alianza propuesta: pero á pesar de la batalla de Dijon que ganó Clodoveo, le obligó con sus persuasiones á hacer la paz con el borgoñon, mediante un tributo: siendo lo mas singular que al mismo tiempo que privaba al franco del fruto de su victoria, él ganó para sí en virtud de la alian-

za muchas ciudades de Provenza, señaladamente á Marsella.

Tutela del reino de los visigodos confiada á Teodorico: su guerra con Clodoveo (508). En la historia de los visigodos y en el reinado de Clodoveo, comprendido en el segundo tomo de la historia de Francia, contamos muy á la larga la guerra entre Alarico y el fundador de la monarquía francesa: los esfuerzos de Teodorico para evitarla, y la sangrienta batalla de Vouglé, en que pereció Alarico, y que puso en manos de Clodoveo el mediodia de Francia. Teodorico, no queriendo tener tan cercano á sus dominios un príncipe tan valiente y activo, le declaró la guerra, y envió con un ejército á su general Tulun en defensa de la ciudad de Arlés, que Clodoveo sitiaba. Los francos fueron derrotados. Anastasio, emperador de Oriente, enemigo de Teodorico, pero enemigo débil, procuró encender mas los odios entre las dos naciones beligerantes, y tener á favor suyo á Clodoveo: para conseguirlo, le envió los títulos de patricio, cónsul y augusto, que segun la diplomacia de la corte de Oriente, le daban derechos sobre Italia. Al mismo tiempo tenia Teodorico que pelear contra Gesalico, hijo bastardo de Alarico, por la razon siguiente. Alarico dejó de su muger, la princesa ostrogoda Teudicoda, hija de Teodorico, un hijo lejítimo llamado Amalarico, pero en menor edad: por lo cual los visigodos prefirieron á Gesalico, que aunque bastardo, era jóven, Teodorico sostenia los de-

do con la sangre de Odoacre, Sinmaco y Boecio y con la sevicia gratuita é inútil que usó con el papa Juan I. Dejó por heredero de su reino á Atalarico, su nieto, hijo de Amalasunta, su hija, y de Eutarico, príncipe de la familia real de los Amalos. Como Atalarico era menor, quedó encargada de la regencia del reino su madre Amalasunta, digna hija de Teodorico por su valor, prudencia y virtudes.

Atalarico, rey de Italia (526). Apenas Amalasunta tomó en sus manos las riendas del gobierno, escribió al emperador Justino para que reconociese la autoridad de su hijo: porque los reyes godos no se creian con derecho de reinar en Italia, sino como lugar tenientes del imperio. Justino, que habia incitado á los lombardos para que acometiesen á los godos en Panonia despues de la muerte de Teodorico, viendo á sus ausiliares vencidos por las tropas de Amalasunta, hubo de reconocer á Atalarico por rey de Italia. La reina cedió á Amalarico, rey de los visigodos, algunas ciudades de Provenza, para conservar la alianza y buena amistad con aquella nacion del mismo orígen que la suya. Así su prudencia y vigor conservaron la paz y prosperidad de Italia, durante su regencia. Tuvo por ministro á Casiodoro, el primer literato y político de su siglo, que fue privado, historiador y panegirista de Teodorico.

En el mismo año que ascendió al trono Amalasunta, murio en la prision el papa Juan I, cuyo sucesor fue Felix IV.

Fundacion del monasterio de Monte Casino (529). San Benito, natural de Nursia en el pais de Sabinia, dotado de las virtudes propias del verdadero cristiano, introdujo en Occidente las reglas é institutos monacales: pues aunque ya habia en Italia y en otras partes muchas ermitas y algunas comunidades de monges, carecian de cánones fijos y determinados para su régimen y disciplina. Fundó el monasterio de Monte Casino cuna de los demas de Europa: pues poco despues san Martin Dumiene, el apóstol de los suevos, llevó á España la regla de san Benito, y san Mauro la propagó en Francia. Los votos religiosos, el trabajo corporal, la frecuente oracion y el estudio constituían la parte principal de esta regla. Las virtudes de san Benito y de sus discípulos consolaron la humanidad en medio de los males contínuos que la afligian por las guerras é invasiones de los bárbaros, y adquirieron á los monges la veneracion merecida del orbe cristiano. El mismo año murió el papa Felix y le sucedió Bonifació II, el cual designó por sucesor suyo al diácono Vigilio en un concilio, que le concedió esta facultad; mas fue revocada despues en otro concilio, en cuya presencia entregó á las llamas Bonifacio el decreto anterior de nombramiento.

Teodato, rey de Italia (534). Amalasunta, guiada tanto de su propio dictámen, como de los consejos de Casiodoro, procuró dar á su hijo una educacion esmerada, é hizo que se le

instruyese en las ciencias y literatura de los romanos. Los godos llevaron muy á mal que se apartase á su príncipe de los ejércicios militares y de las costumbres groseras, pero candorosas de la nacion, para iniciarlo en las artes de la civilizacion, que ellos llamaban astucia, afeminacion y perversidad. Movíalos á pensar así el contraste que hacian las recientes virtudes y hazañas de Teodorico, que nunca supo escribir con el carácter horrendo de su sobrino Teodato, hijo de una hermana suya y gobernador de Toscana, que siendo muy sábio en todas las ciencias, y letras que entonces se estudiaban, era pérfido, cruel, avaro y cobarde; reuniendo todos los vicios de los griegos y habiendo perdido todas las virtudes de los godos.

Atalarico no sostuvo con mas felicidad el honor de la educacion literaria. O por su mala índole ó por los vicios de sus compañeros, se entregó á toda especie de disoluciones con tanto ardor y ahinco, que arruinó su temperamento y contrajo una enfermedad de languidez, que en breve le llevó al sepulcro.

Era Teodato el único heredero baron de la familia de los amalos, y por consiguiente el legítimo sucesor al trono, no siendo costumbre de los godos reconocer el dominio de las hembras. Justiniano, emperador de Constantinopla, que acababa de subyugar el Africa y de destruir en ella la monarquía de los vándalos por el valor y la pericia de su célebre general Belisario, meditaba ya emplear en la conquista

de Italia el mismo brazo que habia triunfado de Cartago. Amalasunta, perdido su hijo, enagenado el afecto de los ostrogodos que la culpaban por la mala educacion y desgraciada muerte del heredero de Teodorico, amenazada por las fuerzas del imperio que dirigia un general hábil y afortunado, abrazó la única tabla que en tantos peligros le ofrecia la fortuna: y disimulando el desprecio que le inspiraba el carácter vil de Teodato, le dió la mano de esposa bajo la condicion secreta de que ella conservaria el mando. Así esperaba, reunidas las fuerzas de entrambos y dirigidas por su habilidad, salvar el reino de todos los peligros que le amenazaban.

Teodato prometió cuanto ella quiso; pero apenas se vió en el trono, la desterró á una isla del lago del Bolsena en Toscana, donde la hizo matar al año siguiente, movido tanto de su perversidad propia como de las sugestiones y emisarios de Teodora, muger de Justiniano, que temia el ascendiente de la hermosura y del talento sobre el ánimo del emperador su marido. Con la muerte de Amalasunta empezó á descaecer la gloria y fortuna del nombre ostrogodo en Italia. El mismo año de 535 falleció el papa Juan II y le sucedió Agapito.

La corte de Constantinopla, que habia sido el principal móbil de la muerte de Amalasunta, se dispuso á vengarla, y declaró á Teodato, que era preciso que restituyese la Italia al imperio. El vil ostrogodo prometió hacerlo, con tal

que se le asignase una renta cuantiosa, y envió con cartas suyas al santo pontífice Agapito, cuyas virtudes eran veneradas en todo el mundo cristiano, para que sostuviese sus intereses ante el emperador. Este papa era tan limosnero y pobre, que fue necesario empeñar los vasos de la iglesia de Roma para los gastos de su viaje. Parecia ya concluido el tratado de cesion, cuando Teodato supo que los godos habian conseguido una señalada victoria sobre los imperiales en la frontera de Pannonia. Este feliz suceso alentó sus esperanzas: se preparó á hacer la guerra con firmeza y rompió las negociaciones ya casi concluidas.

Toma de Nápoles por Belisario (536). Entre tanto pasaba Belisario con el ejército que domó los vándalos de Africa, á la isla de Sicilia, donde halló muy poca resistencia, ya fuese por la inepcia de Teodato, ya porque los godos, no siendo poderosos por la mar, no la miraban sino como un punto abanzado de la frontera. De Sicilia pasó al Brucio, se apoderó de Regio, y marchó sobre Nápoles, arrojando de la parte meridional de Italia las tropas ostrogodas. Nápoles era fortaleza del primer orden, y habria detenido por mucho tiempo al caudillo imperial, si no se hubiese introducido un cuerpo de su ejército por un acueducto, que daba desde el campo al centro de la plaza, y que le habia mostrado un desertor. La guarnicion goda, acometida á un tiempo por este cuerpo y por el grueso de las tropas imperiales que asaltaron

los muros, se vió obligada á rendirse. La posesion de Nápoles facilitó á Belisario penetrar en el centro de la potencià de los godos, y emprendió sin dilacion la conquista de Roma.

Este mismo año murió en Constantinopla el papa Agapito, y tuvo por sucesor al subdiácono Silverio, hijo del pontíce Hormidas, habido en legítimo matrimonio antes de su elevacion á las órdenes sacras.

Vetiges, rey de Italia (537). Los ostrogodos, indignados contra Teodato, á quien atribuian justamente todas las desgracias de la nacion, le quitaron el cetro, y lo dieron á Vitiges, general valiente y activo, que para aumentar sus derechos y consolidar su poderio, casó con Matasunta, hija de Amalasunta. Teodato, despues de su destitucion huyó á Ravena: Vitiges, temeroso de su perfidia y del partido que podrian formarle sus grandes tesoros, le persiguió, le alcanzó en el camino y le dió muerte con su misma espada. Así acabó aquel perverso príncipe, causa principal de la ruina de su patria.

Pero Belisario era ya dueño de Roma, del Samnio, del Piceno y de la Umbia. Vitiges, habiendo reunido todas sus fuerzas sitió á Roma: pero vencido en una batalla que le dió Belisario junto á los muros de esta ciudad, se volvió á Ravena, y mientras juntaba nuevo ejército, imploró el ausilio de Teodoberto, rey de Austrasia, al cual cedió los territorios que poseian en Galia los ostrogodos, de los lombar-

dos á quienes incitó á hacer guerra contra el imperio en la Pannonia, y de Cósdroas, rey de Persia, eterno enemigo de los emperadores, á quien demostró fácilmente por medio de sus enviados, cuán útil sería al engrandecimiento de su reino acometer á Siria, Mesopotamia y Armenia cuando Justiniano tenia ocupadas en Italia sus mejores tropas y su mejor capitan. No parece que los esfuerzos de Vacon, rey de los lombardos, contra Justiniano, fueron muy eficaces: pero Cosdivas, rey de Persia, rompió la paz con el imperio é invadió sus fronteras de Asia. Teodoberto, creyendo la ocasion favorable para quitar la Italia á los griegos y á los godos, preparó una grande espedicion de cien mil hombres contra esta provincia.

Belisario, á pesar de las grandes ocupaciones que le daban los negocios militares, tuvo tiempo para cometer una gran maldad. La emperatriz Teodora, que gobernaba á su marido y al imperio, queria que el pontífice Silverio fuese depuesto, y que se eligiese en su lugar á Vigilio, el cual le habia prometido rescindir las actas del concilio general de Calcedonia contra los eutiquianos (heregía á que ella se inclinaba en secreto), si llegaba á ser pontífice. Teodora manifestó su voluntad á Belisario: y este general hizo inmediatamente venir á su palacio al papa, le envió desterrado á Patara, ciudad del Asia menor, y obligó por fuerza al clero romano á que eligiese á Vigilio. Justiniano, que nada de esto sabia, reprehendido por el

obispo de Patara, de semejante violencia, mandó que Silverio fuese restituido á su silla: pero la emperatriz logró eludir esta orden. Silverio volvió efectivamente á Roma, mas solo para ser entregado en poder de Vigilio, que le desterró á la isla de Palmaria, donde falleció al año siguiente de hambre y miseria. Este hecho basta á probar cuales eran entonces las costumbres y la política de la corte de Constantinopla.

Ildovaldo, rey de Italia (538). Belisario, dueño del centro de Italia, marchó hácia las provincias septentrionales, y aunque reducido algun tiempo á la inaccion por el corto número de sus tropas, habiendo recibido en fin los refuerzos que esperaba de Grecia, pasó el Pó, se apoderó de Milan, encerró á Vitiges en Ravena y cercó esta plaza. Despues de un sitio largo y obstinado, el rey de los godos tuvo que capitular, y cayó prisionero con su muger en poder del vencedor. Las armas imperiales triunfaban en Italia, y habian concluido en breve la conquista, si Justiniano no hubiese mandado á Belisario, que pasase al Asia, á oponerse á los persas. Belisario obedeció y llevó consigo á Vitiges; el cual fue tratado por el emperador con la honra debida á su dignidad, y al valor desgraciado. El rey destronado sirvió en la guerra de Persia bajo las órdenes de su vencedor mandando un cuerpo de tropas imperiales.

Los ostrogodos arrinconados en Italia hácia las orillas del Adige, eligieron por rey á Ildovaldo, que reunió y disciplinó las fuerzas que-

brantadas de su pueblo, y les volvió á dar la esperanza de la victoria.

Mientras la infeliz Italia sufria todos los males que la ferocidad de los bárbaros y la corrupcion de los griegos podian causarle en la guerra obstinada de que era teatro, hizo su espedicion Teodoberto, rey de Austrasia. Sus tropas acometian igualmente á los destacamentos que encontraban de las dos naciones beligerantes, y asolaban con igual furor las provincias sometidas á una y otra. Liguría, Emilia y entrambas riberas del Pó quedaron devastadas. Pero este ejército formidable se consumió por sus mismos escesos. A la rapiña se siguieron los desórdenes y á estos una terrible enfermedad contagiosa, que destruyó casi enteramente las tropas austrasias. Teodoberto hubo de retirarse á Francia con sus miserables reliquias, despues de haber causado grandes calamidades á Italia, sin fruto alguno para sí ni para su reino.

Totila, rey de Italia (540). Ildovaldo venció cerca de Treviso á Vital, general de los imperiales: pero cuando se preparaba á pasar el Adige y á invadir la Italia central, fue asesinado en un banquete, por orden de su misma muger, que estaba celosa de los amoríos de su marido con otra señora ostrogoda. Sucedióle Evarico, que falleció dentro de pocos dias, y cuyo nombre no se menciona entre los reyes ostrogodos. Despues de él nombraron por rey á Baduedo, por sobrenombre Totila, que en

lengua goda quiere decir *inmortal*, héroe igual en todo á Teodorico, escepto en la fortuna.

Totila, saliendo al fin con su ejército de los estrechos límites á que le habian reducido las victorias de Belisario, ocupó á Milan y á Ravena y marchó contra Roma. En ninguna parte pudieron oponerle resistencia eficaz los lugartenientes de Justiniano. Este emperador de cuya gracia habia caido Belisario por el mal éxito que tuvo la guerra contra Persia, juzgó conveniente enviarle á Italia por segunda vez: pero sin darle los ausilios necesarios de tropas y dinero para hacer la guerra con felicidad contra un enemigo activo y valiente, amado de los suyos y de los italianos por su justicia y prudencia, y por el maravilloso orden que á pesar de los desastres de la guerra iba estableciendo en todas las provincias que se le sometian.

Toma de Roma por Totila (546). Belisario, pues, se veía obligado á ser testigo de las victorias y progresos de los godos, sin poder venir con ellos á batalla campal, y contentándose con ocupar algunos sitios fuertes cerca de la costa, desde los cuales los incomodaba cuanto podia. Y así cuando Totila sitió á Roma, él se hallaba apostado en el puerto de Ostia, con tan pocas tropas, que nada pudo hacer en defensa de la ciudad, sino aconsejar al príncipe ostrogodo que no destruyese aquella capital como tenia designio de hacerlo en venganza de la enemistad que siempre profesaban los roma-

nos á su nacion. Totila, habiéndose apoderado de la plaza, abriendo brecha en un pedazo de la muralla mal defendido, se abstuvo de hacer daño á sus habitantes: cosa de que le pesó despues: pues habiendo marchado al año siguiente de 547 contra las tropas griegas que habian desembarcado en Brindis, y venian á reforzar el ejército de Belisario, este infatigable capitan penetró en Roma por la misma brecha, aun no cerrada, que habia abierto Totila, fortificó la plaza é hizo en ella firme resistencia á los progresos de los ostrogodos. Totila á la verdad venció á los imperiales de Brindis: pero la pérdida de Roma debilitaba tanto sus fuerzas, que habiendo exhortado por sus embajadores á los reyes que mandaban en Francia, á que se uniesen con él contra los griegos, le respondieron: "jamás tendremos por aliado, al que no supo conservar á Roma despues de haberla tenido en su poder."

Totila conquista á Roma segunda vez (549). Si el rey de los ostrogodos cometió un yerro militar, supo repararlo. Despues de triunfar de los destacamentos griegos de las provincias, vuelve sobre el Tíber, y durante dos campañas hicieron alarde él y Belisario de todos los recursos del arte de la guerra en los contínuos y frecuentes combates que uno á otro se dieron junto á las murallas de Roma. Belisario esperaba refuerzos de oriente, y éstos no llegaban. Salió, arrostrando grandes peligros, y se embarcó para Sicilia, donde esperaba hallar algunas tropas.

Defraudado tambien de esta esperanza, pidió su dimision á Justiniano, y la consiguió.

Totila estrechó cada dia mas el sitio de la plaza, obstinadamente defendida por el valiente Diógenes, discípulo y lugarteniente de Belisario: hasta que al fin, reducidos los imperiales al corto número de cuatrocientos hombres, encastillados en el mauseolo de Adriano, obtuvieron una capitulacion honrosa. Totila, dueño de Roma, la volvió á poblar llamando á los habitantes que habian huido temerosos de su furor y concluyó la conquista de Italia, apoderándose de Sicilia: bien que conservó poco tiempo esta isla, habiendo sido arrojados de ella los ostrogodos por Artabano, general de los imperiales.

Teya, rey de Italia (552). Parecia afirmado el dominio de los ostrogodos en Italia por el valor de Totila, y perdida la península para los griegos, cuando un eunuco trastornó por su valor y habilidad la suerte de la guerra y de los imperios. Nárses, camarero y valido del emperador, habia ya dado pruebas de prudencia é intrepidez, sirviendo á las órdenes de Belisario en la guerra contra los godos: y este hombre estraordinario fue nombrado por Justiniano para pelear contra Totila. Nárses aceptó el cargo: pero á condicion de que se le diesen todos los medios y recursos en gente y dinero, necesarios para asegurar el buen éxito de la empresa: y como era amado del emperador, se le facilitó cuanto quiso. La mayor parte de su ejér-

cito se componia de gépidos, lombardos y otros bárbaros, que militaban á sueldo del imperio: pero la disciplina era romana, y el general que los dirigia, digno de los primeros siglos de la república.

Desembarcó en el campo Piceno con todas sus tropas, marchó á Ravena, donde hizo su plaza de armas, y salió al encuentro á Totila que venia de Roma contra él con todas sus fuerzas. Encontráronse los dos ejércitos en la llanura de Urbino, célebre ya por una victoria de Camilo contra los galos, y por la rota de Asdrúbal, el hermano de Annibal. Allí fue completamente vencido el ejército de los ostrogodos. Totila, despues de haber peleado con el valor que acostumbraba, se retiró con solo cinco soldados de caballería, y fue herido en un costado por el rey de los gépidos que le perseguia. Pocos dias despues murió de su herida: príncipe, que hubiera consolidado el poder de los godos en Italia, si hubiese reinado inmediatamente despues de Teodorico ó de la regencia de Amalasunta.

Los ostrogodos no pudieron hacerse fuertes sino en las orillas del Sebeto, y faldas del Vesuvio. Eligieron por rey á Teya, llamado por su intrepidez el mas valiente de los godos: el cual se preparó á pelear de un modo digno de su renombre. Pero sus esfuerzos fueron inútiles contra la fortuna y la pericia del eunuco. Despues de la batalla de Urbino, marchó rápidamente sobre Roma, la tomó por asalto, y prosiguió

su marcha hasta encontrarse con el ejército enemigo junto al Vesubio, donde se dió la segunda batalla, que acobó con la potencia ostrogoda. Teya peleó con la temeridad de un soldado, y despues de cuatro horas de combate, pereció cõn gloriosa muerte: sus tropas en vez de desanimarse, redoblaron su ardor con la ira; de modo que Nárses no pudo llamarse victorioso, hasta que fueron esterminados casi todos sus enemigos.

Aligerno, último rey de los ostrogodos (553). Las reliquias de estas dos batallas se refujiaron á Cumas, plaza fuerte donde los ostrogodos habian reunido todas sus riquezas; y eligieron por rey á Aligerno, hermano de Teya. Al mismo tiempo infestaba á Italia un ejército compuesto de francos y alemanes, que Teodoberto, rey de Austrasia, receloso ya del escesivo poder de Justiniano, envió en ausilio de los godos, bajo las órdenes de Lotario y Bucelin sus generales. Estos impidieron á las tropas de Nárses apoderarse de Verona, derrotaron junto á Parma un cuerpo del ejército imperial y se hicieron fuertes en Luca. Esta plaza y Cumas eran los dos obstáculos que le faltaban á Nárses que vencer.

Su actividad triunfó de todas las dificultades. Despues de haber derrotado á los francos en Liguria, sitió y tomó la plaza de Luca: persiguió á los generales de Teodoberto, que marchaban á Campania para reunirse con el grueso de las fuerzas ostrogodas, y se presentó con todo su ejército delante de Cumas. Aligerno

cuyas tropas eran pocas y desanimadas, y que por otra parte preveía, que aunque Nárses fuese vencido, el triunfo de la victoria no sería para él sino para los francos, cuyas fuerzas eran muy superiores á las suyas, capituló con Nárses, que habia vuelto á Ravena, dejando sitiada la plaza, le entregó las insignias reales y las llaves de Cumas, y se declaró con todos los suyos súbdito del imperio romano. Así acabó en Italia la monarquía de los ostrogodos, que habia durado sesenta y tres años.

Lotario y Bucelin continuaron asolando la Italia, hasta que dos años despues fueron vencidos por Nárses junto á Cápua con muerte de treinta mil francos y alemanes. Los que sobrevivieron á esta derrota y á las enfermedades propias del clima ó producidas por los escesos, pasaron los Alpes y se restituyeron á su patria.

Quedaban solamente en Italia siete mil ostrogodos, mandados por un caudillo, llamado Ragnario, que se habia hecho fuerte en Conisa. Éste, fingiendo que deseaba capitular, pidió una conferencia con Nárses, la obtuvo, se negó á todas las condiciones que se le proponian, y al retirarse rota la negociacion, se volvió de repente, y lanzó un dardo que llevaba oculto contra el general: mas no acertó el tiro, y la guardia de Nárses le hizo pedazos en el momento. Los siete mil godos se rindieron, y Nárses, temiendo su valor y conociendo que dificilmente se reducirian á obedecer en un pais donde habian sido señores, mandó que fuesen transferi-

dos á Tracia, donde se le dieron tierras en que vivir.

Así volvió á incorporarse Italia con el imperio romano, que habia nacido en ella; pero bajo condicion muy diferente. La península no fue ya el centro de la dominacion, sino una provincia, como el Egipto y la Siria. Cesaron enteramente los privilegios del pueblo romano y las facultades del senado, tan cuidadosamente conservados por Odoacre, Teodorico y sus sucesores. Roma no fue mas que la capital de un distrito militar, llamado *ducado*, como otros muchos en que se dividió entonces Italia. Justiniano reservó para sí y sus sucesores la confirmacion del romano pontífice, nombrado hasta aquella época con entera independencia por el pueblo y clero de Roma; receloso de la grande influencia moral que egercía en Italia la dignidad de los papas. Así que la conquista de los griegos privó á la península de sus libertades políticas y religiosas, y solo le dejó las civiles: es decir, el gobierno municipal, antiquísimo en ella desde los primeros tiempos de su poblacion. Allegóse á estos males la avaricia y corrupcion de los magistrados enviados de Constantinopla, y que solo pensaban en atesorar riquezas por medio de las estorsiones y sobornos para ir despues á gozarlas en su patria entre el lujo y los placeres de Bizancio. Es verdad que estas calamidades no comenzaron á sentirse hasta que Nárses dejó el gobierno de Italia: pues mientras permaneció en ella, gobernó con suma mo-

deracion y justicia el pais que habia conquistado con valor y pericia.

Pontificado de Pelagio (555). El papa Vigilio murió en Siracusa, de vuelta de Constantinopla, donde habia celebrado el v concilio general, que condenó los escritos de Teodoro de Mopsuestia, Teodoberto é Ibas, célebres con el nombre de los tres capítulos, y favorables á la heregía de Nestorio. Sucedióle Pelagio, arcediano de la iglesia romana, y fue muy dificil encontrar obispos que le consagrasen, porque se le acusaba de haber dado muerte á Vigilio con veneno: sin embargo se justificó de esta calumnia en presencia de todo el pueblo, y gobernó la iglesia de Roma, con aplauso universal cuatro años. Tuvo por sucesor á Juan III en 559.

Establecimiento del exarcado (568). Nárses dominó en Italia, y conservó su crédito en la corte de Constantinopla hasta la muerte del emperador Justiniano, acaecida en 567. La emperatriz Sofía, muger de su sucesor Justino II, y que ejercía grande imperio sobre el débil carácter de su marido, aborrecia á todos los hombres que habian tenido autoridad en el reinado anterior; y con respecto á Nárses se añadía á este ódio el desprecio tan natural en las mugeres á su condicion física. Fue, pues, exhonerado del mando con insulto: pues los historiadores cuentan haberle escrito Sofía, que le necesitaba en su palacio para distribuir á sus criadas las telas que debian labrar. Nárses se retiró á

Nápoles con los resentimientos de un eunuco y perdidas las virtudes y cualidades de grande hombre, diciendo "que él urdiría una tela imposible de desenredar."

La corte envió á Longino por sucesor suyo, con el nombre de *Exarca*, originado, segun parece, de las seis provincias en que se dividió la administracion civil de Italia. El gobierno militar se dividió en los ducados de Roma, Nápoles, Surrento, Amalfi, Gaeta, Bari, Benevento, Espoleto, Brescia, Turin y el Friul. Puso su residencia en Ravena, cuyo territorio se llamó el *exarcado*, por ser la corte del Exarca, y empezó á dar impulso al sistema de depredacion que los griegos ejercian en todas las provincias sujetas al imperio.

Nárses entretanto meditaba la venganza mas cruel contra la corte de Constantinopla. Era amigo suyo Alboino, rey de los lombardos: conocía su valor y ambicion, y la fuerza de su pueblo: á éste elijió por instrumento de sus furores. Exortóle en sus cartas á que invadiese á Italia, pintándole las delicias de este pais y la facilidad de la empresa por el ódio de los italianos á la dominacion griega, y por la nulidad de las fuerzas imperiales.

Cuando hubo persuadido á Alboino, se arrepintió, ya por las exortaciones del santo pontífice Juan III, amigo, ya por los hábitos de su vida heróica tan agena de la traicion, ya por los remordimientos que le inspiraba la proximidad de la muerte. Pero ya era tarde. Nárses

exaló el último suspiro al estruendo de las trompas lombardas.

SECCION SEGUNDA.

DOMINACION DE LOS LOMBARDOS.

Alboino, rey de Italia (569). En el mes de abril de 568 se puso en movimiento Alboino con toda su nacion, á la cual se agregaron con el deseo de nuevos establecimientos, veinte mil sajones y gran multitud de hunnos, búlgaros y gépidos. A este último pueblo habia vencido Alboino en Pannonia, dando muerte á su rey Cunimundo, de cuyo cráneo, segun la costumbre bárbara de los pueblos escandinavos, hizo un vaso para beber en los combites. A Rosamunda, hija de Cunimundo, tomó por muger enamorado de su hermosura.

Antes de pasar los Alpes Julios, dejó establecidos á los avaros en Pannonia y á los esclavones en el Norico, á condicion que si volviese vencido de su empresa, le cederian los paises y territorios que solo les dejaba en depósito. Entró despues en Italia; y ocupó sin oposicion á Foro Julio, llamada hoy la ciudad de Friul, todo el ducado de este nombre, á Treviso, Vicencia, Verona y demas ciudades de la provincia de Venecia, escepto Pádua y Monselice, plazas fuertes, y bien guarnecidas: porque el exarca Longino, hallándose sin el ejército necesario para salir en campaña, y no esperando refuer-

zos de Grecia, habia repartido las pocas tropas que tenia en las fortalezas y castillos. Alboino llegó con sus avanzadas hasta Mántua, y viéndola fortificada y guarnecida tambien, resolvió no pasar adelante dejando plazas fuertes á sus espaldas: dió el ducado de Fruil á su sobrino Gisolfo, con el cuerpo de ejército necesario para defenderlo, y tomó cuarteles de invierno entre el Piave y el Adige.

Apenas empezó la primavera siguiente, continuó la carrera de sus conquistas sin que en ninguna parte hallase mas resistencia que la que le oponían las guarniciones de las ciudades fortificadas. Tomó á Mántua, Brescia, Lodi y Como: asaltó a Milan, capital de la Galia cisalpina, provincia que desde entonces empezó á llamarse Lombardía; y cuando fue dueño de la plaza, sus tropas le proclamaron rey de Italia, poniéndole una lanza en la mano segun la costumbre de su nacion. Penetró despues en Liguria, y la ocupó toda, escepto las plazas marítimas que le hicieron gran resistencia. Imitolas Pavía, ciudad entonces de mas importancia militar que Milan, por su posicion central y por el gran rio que la baña. Alboino puso sitio á Pavía, que se defendió ostinadamente durante tres años y algunos meses, mientras sus generales conquistaban la Toscana, la Umbría y el ducado de Benevento, cuyo primer duque fue un capitan lombardo, llamado Zoton. El rey, irritado de la resistencia de los pavianos, habia jurado esterminarlos cuando se apo-

derase de la ciudad: mas no cumplió tan impío juramento: antes bien la hizo capital del nuevo reino que fundaba. Solo quedaron en Italia bajo el dominio del emperador de Constantinopla el exarcado de Ravena, algunas plazas en la marca de Ancona, el ducado de Roma y todo lo que hoy se llama reino de Nápoles, escepto el ducado de Benevento. El resto de Italia cayó en poder de los lombardos, los cuales, conservando la division en ducados, hecha por Longino, atribuyeron á la dignidad de duque, que hicieron hereditaria, no solo el supremo dominio militar, sino la administracion de la justicia, y la propiedad suprema del territorio, distribuido entre los vencedores con la obligacion de asistir al duque en la guerra. Así empezó en Europa el régimen feudal, que fue poco á poco destruyendo el antiquísimo sistema municipal de Italia. Los pueblos subyugados, en vez de ser esclavos como en la religion pagana, quedaron sometidos á la servidumbre del terruño: transacion debida á los progresos del cristianismo, cuyo espíritu templó la crueldad y avaricia de los vencedores. Los lombardos eran cristianos, aunque el rey y la mayor parte de la nacion profesaban la secta arriana.

Clefo, rey de Italia (573). Alboino, dueño ya de toda la parte septentrional de Italia, se dedicó á arreglar el gobierno para continuar despues sus conquistas: pero la muerte le sorprendió en medio de sus triunfos, por un suceso mas digno que de la historia, de la novela mas

horrible y espantosa. Hallábase en Verona, y dió un banquete á sus generales para celebrar sus victorias. Enardecido con el vino y orgulloso con su valor que le habia elevado á tanto poder, mandó que le tragesen el vaso en que estaba engarzado el cráneo de Cunimundo, y lo presentó á la reina, diciéndole que *bebiese en él y se hallaria en compañía de su padre.* Rosamunda obedeció disimulando su despecho, juró venganza, y conspiró con Elmigiso, oficial de palacio y hermano de leche del rey, al cual sobornó con el adulterio, para dar la muerte á Alboino. Quisieron seducir á Perides, soldado de grandes fuerzas, para la ejecucion del golpe: pero le hallaron fiel y resuelto á no cometer semejante maldad.

La reina sabia que una de sus damas tenia trato ilícito con Perides, y le introducia muchas noches en su aposento á favor de la oscuridad. Conviénese con ella, pónese en su lugar, y el guerrero engañado injurió, sin saberlo, el honor de su príncipe. Rosamunda le manifiesta entonces quien es, y le declara que no babia medio entre la muerte de Alboino ó la del adúltero. Perides se decide por el primer estremo, y en una siesta, que el rey estaba durmiendo despues de comer, introducido en su aposento por la infernal Rosamunda, le dió muerte á estocadas. Alboino fue llorado de los lombardos que le amaban mucho por sus prendas militares, las mas apreciadas en una nacion bárbara y conquistadora.

Rosamunda tomó por esposo á Elmigiso en premio de su complicidad y quiso elevarlo al trono: pero los duques y generales que sospechaban la traicion, meditaron, al contrario, quitarle la vida. Los dos infames esposos huyeron á Ravena con Absuinda, hija de Alboino, y todos los tesoros de Rosamunda. El exarca Longino, movido de la hermosura de su huéspeda, y de la codicia de los tesoros que traia, le prometió su mano si quedaba libre. La malvada muger aceptó, y para llenar la condicion que por su parte le tocaba, dió á Elmigiso un veneno: pero habiendo éste conocido en los dolores y fatigas que sentia, la iniquidad de su esposa, la obligó á beber lo que restaba del vaso, y así perecieron uno y otro detestados del cielo, de la tierra, y de sí mismos.

Los lombardos elijieron por su rey á Clefo, descendiente de una familia nobilísima entre ellos: reinó dos años, y solo se distinguió por su crueldad con los italianos, contra quienes continuó la guerra. En 574 murió el pontífice Juan III, y le sucedió Benedicto I.

Interregno, gobierno de los duques (575). Clefo murió asesinado per un sirviente suyo, sin que se sepa la causa ó motivo de esta maldad. Quedó de él un hijo, llamado Autaris, de muy corta edad: por lo cual se resolvieron los lombardos á suprimir la dignidad de rey, y á contentarse con el gobierno de los treinta y seis duques que habia en las ciudades y territorios conquistados. Esta especie de gobierno

duró diez años. La historia ha conservado los nombres de algunos de estos duques, como los de Zabano, duque de Pavía; Alboino, de Milan; Vallario, de Poergamo; Alaquiso, de Brescia; Erciso, del Friul, y Zoton, de Benevento. Entonces se afirmó el poder de la aristocracia feudal: pues este gobierno fue mas bien una confederacion de soberanos que una oligarquía compacta y bien enlazada. Los lombardos, como todas las naciones escandinavas no daban al pueblo parte en el gobierno, al contrario de las germánicas, donde el poder político se componia del rey, de los nobles y de la asamblea general; y así no es estraño que cuando los lombardos tomaron asiento en Italia, fuese la nobleza el principal elemento del poder, y se estableciese la gerarquía feudal, necesaria para defenderse de los griegos é italianos. No hicieron mas que transplantar á las ciudades y campos conquistados el mismo réjimen que tenian cuando eran una tribu errante.

Varias causas contribuyeron á que las conquistas de los lombardos en Italia ni fuesen tan rápidas ni tan completas como las de los hérulos y ostrogodos. Odoacre y Teodorico, adoptando el sistema militar y político de los romanos, egercian un poder mas concentrado y vigoroso, y por tanto, mas propio para el ataque: el feudalismo de los lombardos era mas á propósito para la defensa. Alboino emprendió la lid, contra el imperio de Oriente, vasto y estenso, y sus antecesores no tenian contra sí

sino las fuerzas de Italia, débil y despoblada ya. En fin la muerte temprana del primer rey de los lombardos, mas hábil que sus sucesores en el arte de la guerra, el corto reinado y los vicios de Clefo, y la desmembracion del poder en treinta y seis soberanos, destruyeron la unidad de accion, tan importante en las invasiones.

Pero lo que mas debilitó las fuerzas de los lombardos fueron sus impolíticas invasiones en Francia. En vez de pelear con sus enemigos naturales, que eran los griegos: en vez de hacerse dueños de las plazas que estos poseian en el mismo territorio conquistado, como eran Padua (Mantua que volvió al poder del exarca), Génova y hasta Susa en las gargantas del monte Cenis, guiados por el espíritu de rapiña mas poderoso que el de establecimiento en los pueblos bárbaros, durante el gobierno de los duques, hicieron diversas invasiones, siempre con mal éxito, en los reinos de Borgoña y Austrasia. Amato y Mummol ó Mummolo, generales francos de mucho valor y pericia, los derrotaron en las orillas del Rodano y en los desfiladeros de Susa. En venganza de estas agresiones, los francos de Austrasia hicieron alianza con Tiberio y con Mauricio, su sucesor, emperadores de Constantinopla, contra los lombardos, é invadieron en varias ocasiones la parte septentrional de Lombardía, hácia las orillas del Adige y del lago de Garda. Así que los lombardos, acometidos en el norte y en el

sur de su reino, apenas tenian fuerza para resistir á dos tan formidables enemigos: y la historia no refiere ninguna empresa de importancia contra los griegos, sino la toma de Claso, plaza marítima, cercana á Ravena, por Faroaldo, primer duque de Espoleto, que añadió tambien á sus estados muchas ciudades de Toscana y Umbría. Era entonces exarca de Ravena, Esmaragdo, sucesor de Longino; y sumo pontífice, Pelagio II, que habia succedido á Benedicto I, en 578. Este papa fue consagrado sin esperar la confirmacion del emperador: sin duda por la necesidad que tenia Roma de un gefe á causa de la apertura en que la ponian las invasiones de los lombardos en su territorio: pues ya desde esta época eran los sumos pontífices la única autoridad civil que existia en Roma, á causa de la incomunicacion con Ravena, por hallarse interpuestos los lombardos de Espoleto entre las dos ciudades. Los papas consolaban y animaban á los fieles, y empleaban las rentas de la iglesia romana, ya en socorrer á los que se veian reducidos á la miseria por los saqueos de los enemigos, y á las viudas y huérfanos, ya en rescatar á los que se llevaban cautivos, ya en fin, en apartarlos del territorio romano con gruesas sumas que les daban.

Este espíritu de rapiña de los lombardos, y el odio que inspiraron á los francos con sus invasiones, fueron mas tarde causa de su ruina. Pero debe confesarse que si eran enemigos crueles y codiciosos, observaban en el territorio que

se volvieron á su patria, y Esmaragdo hizo treguas con Autaris. Mauricio mandó volver á Constantinopla á su lugarteniente, y le dió por sucesor á Romano, tercer exarca de Ravena.

Autaris murió poco despues de haber libertado su nacion de tan gran peligro, algunos dicen que de veneno. Al mismo tiempo, por muerte del papa Pelagio, ascendió á la silla de san Pedro uno de los barones mas grandes que la han ilustrado. Este fue san Gregorio, primero de este nombre, apellidado merecidamente el *magno*, por sus virtudes civiles, políticas y religiosas, por sus escritos llenos de uncion y de sabiduría cristiana, por la conversion de los anglo sajones, debida á su celo y al monge Agustin que envió á la Gran Bretaña, por la bondad y firmeza con que gobernó la cristiandad, y en fin por la prudencia y vigor con que libertó á Roma del furor de los lombardos. Este gran pontífice fue verdaderamente el fundador del poder temporal de la sede apostólica: porque sus virtudes hicieron tan adictos los pueblos de Italia, abandonados por otra parte de la corte de Constantinopla, que *en el hecho* no reconocieron por mucho tiempo otros soberanos que á los sumos pontífices, sus libertadores y bienhechores.

Teodolinda era tan amada de los lombardos por su benignidad, prudencia y virtudes religiosas, que á pesar de ser católica y ellos por la mayor parte arrianos, no solo le confiaron el

gobierno de la monarquía, sino le dieron permiso para elegir segundo esposo, y asociarlo al trono. Teodolinda determinó recibir por marido á Agilulfo, duque de Turin, pariente de Autaris. El modo de declararle su resolucion, fue muy singular. Mandóle venir á Pavía, y ella misma salió á recibirle á Lomelo. Pidió de beber, y habiendo bebido la mitad del vaso, lo dió á Agilulfo, que bebió y le devolvió el vaso, besándole al mismo tiempo la mano como á su reina. Teodolinda le dijo que "no debia besar la mano á quien tenia derecho de besar en la boca." Las bodas se celebraron en Pavía: y al año siguiente la dieta de los lombardos le reconoció y coronó por rey.

Agilulfo, rey de Italia (591). Los primeros actos de Agilulfo fueron el castigo del duque Misulfo á quien mandó cortar la cabeza y la guerra contra Gandolfo, duque de Bergamo y Ulfario, duque de Treviso, que se rebelaron sucesivamente contra él. Ambos fueron vencidos y se sometieron, bien que Gandolfo se rebeló otras dos veces en el reinado de Agilulfo: ambas fue vencido tambien, y solo á la tercera, que se verificó el año de 600, fue castigado de muerte, juntamente con su cómplice y aliado Zangrulfo, duque de Verona.

Entre tanto el exarca romano, sobornando á Mauricio, duque lombardo de Perusa, logró que le entregase esta importante fortaleza. Rota por esta traicion la tregua que habia entre imperiales y lombardos, al mismo tiempo que los

duques de Espoleto y Benevento movieron sus armas contra Nápoles y Roma, marchó Agilulfo sobre Perusa, recobró la plaza é hizo cortar la cabeza al traidor Mauricio. Acometió despues á Roma, defendida por un corto número de tropas y por la firmeza de san Gregorio Magno. Los asaltos de los lombardos, aunque vigorosos, fueron rechados con tanto valor, que Agilulfo, mediante una suma de dinero que le dió el papa, convino en dejar libre la ciudad y evacuar el ducado.

Á pesar de la guerra con los lombardos, esperaba el santo pontífice gran remedio á los males de Italia, de la piedad de Teodolinda, princesa católica, y que profesaba á Gregorio el mayor afecto y veneracion. Al mismo tiempo procuraba atraer al rey su marido al gremio de la iglesia, persuadiéndole á que imitase el ejemplo reciente de Recaredo, rey de los visigodos de España, que abjurando el arrianismo, habia hecho triunfar la fé católica en sus dominios. Ayudábala en esta santa empresa su hermano Gundebaldo, que pasando con ella á Italia, se casó con una señora lombarda y recibió de Agilulfo el ducado de Asti.

El deseo mas ardiente de Gregorio era la conversion de Agilulfo y la paz de Italia, que miraba como una consecuencia necesaria de aquel grande acontecimiento: pero Romano, exarca de Ravena, hombre codicioso y para el cual el estado de guerra era una mina abundante de ganancias, producto de las vejaciones

de los pueblos, asegurado en Ravena con la fortaleza de la plaza, y la proximidad del mar, ni hacía caso de los infortunios que sufria el centro de Italia, ni atendia á las quejas de Roma y de su santo obispo, espuestos siempre al furor de los enemigos. Los romanos clamaban que ó se hiciesen paces con el lombardo, ó se les amparase con fuerzas suficientes para la defensa. La dominadora del mundo mendigaba entonces algunas cohortes de un miserable lugar teniente del señor de Bizancio.

En fin, el emperador Mauricio, que no fiaba ya en la alianza de los austrasios, porque Teodoberto, hijo y sucesor de Childeberto, fue rechazado constantemente por Agilulfo, en las espediciones que hizo á Italia, quitó á Romano la dignidad de exarca, y la dió á Calinico, el cual en 599 firmó con los lombardos la primer paz que hubo entre ellos y los imperiales. Por ella adquirió Agilulfo la cesion de Pádua, Monselice, Cremona y Mántua, plazas que habia conquistado de los imperiales, y un tributo de doce mil libras de oro, que se le dió con el título de presente. Agilulfo coronó las grandes acciones de su reinado, cediendo á las instancias de su esposa, y de san Gregorio, y abjurando la secta arriana. De este modo hizo una sola familia de los lombardos y de los italianos por la unidad de creencia, y abrió el camino á la civilizacion de su pueblo.

Su última espedicion militar fue contra los esclavones, que se habian establecido en la pro-

vincia de Iliria, llamada actualmente Esclavonia. Estos hicieron una irrupcion en el Friul, cuyo duque era entonces Gisulfo II. Su madre Romilda, locamente enamorada del Kan ó rey de aquellos bárbaros, les entregó la ciudad de Friul, les abrió las puertas del ducado, y fue causa de su ruina y de la de su familia. Gisolfo pereció en esta guerra, y sus hijos Grimoaldo, tan célebre despues en la historia lombarda, y Rodoaldo, cayeron cautivos en poder de los esclavones. Romilda, despues de haber servido á la lubricidad del Kan y de sus oficiales, fue empalada por orden del bárbaro. Agilulfo acudió con prontitud á remediar aquella desgracia, venció á los bárbaros, los arrojó del territorio lombardo, y dió el ducado de Friul á Grasolfo, hermano de Gisolfo.

Adaloaldo, rey de Italia (616). A Agilulfo sucedió en el trono de los lombardos, su hijo Adaloaldo, á quien en sus últimos años habia hecho su colega. Unido con Teodolinda su madre, gobernó con justicia y felicidad los primeros años de su reinado.

San Gregorio Magno habia muerto en 604: y ocuparon sucesivamente despues de él la silla de Roma. Saviniano, Bonifacio III, Bonifacio IV y Deusdedit, que murió en 617. Toda la atencion de estos sumos pontífices se dirigia, despues del gobierno de su iglesia, á libertar á Roma del poder de los lombardos, que siempre la amenazaban, y á consolar con sus limosnas y exortaciones las infelices víctimas

de una guerra inmediata, cruel y contínua.

Adaloaldo, despues de algunos años de reinado próspero, cayó en estado de demencia, de resultas de un veneno que le dió Eusebio, enviado á su corte por Eraclio, emperador de Constantinopla. Empezó desde entonces á mostrarse cruel y tirano: dió muerte á muchos señores principales, entre ellos al duque de Turin, cuyo hijo y sucesor Ariobaldo, poniéndose al frente de los descontentos, á pesar de estar casado con Gundeberga. hermana del rey, movió guerra civil contra él. Esta se continuó con vario suceso hasta el año de 625 en que Adaloaldo pereció á manos de los suyos. Con él cayó el poder de Teodolinda, que murió dos años despues en un retiro, consumida de pesadumbres: princesa digna de todo elogio, por sus virtudes religiosas y políticas y por haber conseguido ser alabada de san Gregorio. Los lombardos elevaron al trono á Ariobaldo, cuñado y competidor del último rey.

Ariobaldo, rey de Italia (625). A Deusdedir, que falleció en 617, sucedió Bonifacio v. Este murió el mismo año que subió al trono Ariobaldo: y fue elegido sumo pontífice Honorio i, que vió nacer en Oriente la heregía de los monotelitas, especie y residuo del eutiquianismo, la cual no admitiendo en Jesucristo mas que una voluntad, destruía el misterio de la Encarnacion. Estaba apoyada por Sergio y Ciro, patriarcas de Constantinopla y Alejandría: los cuales desfigurando los hechos, sor-

prendiendo la religion de Honorio y pintándole la cuestion como una mera disputa de palabras, dirigida á reconciliar con la iglesia á muchos eutiquianos, lograron del sumo pontífice una carta, que aunque ortodoxa, les sirvió para estender sus principios en Oriente, proclamándola como favorable á su partido: artificio de que se habian valido otros muchos heresiarcas, señaladamente los arrianos, no solo con respecto á los papas, sino tambien á otros obispos y escritores, insignes en virtudes y doctrinas.

Ariobaldo ocupó gran parte de su reinado en las turbulencias que se suscitaron en el Friul por la ambicion de Grimoaldo y Rodoaldo, hijos del duque Gisulfo, que habiendo caido, como ya dijimos, en poder del Kan de los avaros, habiendo logrado escaparse de su prision, volvieron al ducado de su padre, donde mandaba ya su tio paterno Grasolfo: mas no pudiendo sufrir la vida dependiente que llevaban en un pais, donde el nacimiento los habia destinado á reinar, huyeron á la corte de Arigiso, duque de Benevento, que habia sido ayo y maestro de ambos, y que por su valor adquirió aquel ducado en el reinado de Autaris. Pero dejaron la corte de Friul tan agitada de facciones que muerto Grasolfo, se sublevaron contra el rey sus dos hijos y sucesores en la dignidad ducal.

Esta guerra causó á Ariobaldo no solo cuidados esteriores, sino grandes pesadumbres domésticas, porque recayó sobre Gundeberga, su esposa, la sospecha de favorecer en secreto la in-

surreccion de los duques del Friul, en venganza de la muerte de su hermano Adaloaldo; y estuvo presa tres años, hasta que puesta su causa en tela de juicio, fue reconocida su inocencia. El rey no queriendo consumir las fuerzas de Lombardía contra los dos rebeldes, hizo trato con el exarca de Ravena, que los ausiliaba en secreto, de perdonarle el tributo impuesto por el rey Agilulfo, á condicion de que acabase con ellos. El exarca aceptó, y un enviado imperial los mató á traicion: política infame, aunque muy comun en aquel siglo.

Rotaris, rey de Italia (636). Muerto Ariobaldo sin sucesion, los grandes del reino se reunieron para elegir monarca: y no pudiendo convenirse entre sí, acordaron repetir con la reina viuda Gundeberga, el mismo ejemplar que habian hecho con Teodolinda, y dejar á su arbitrio el nombramiento del rey de los lombardos, que sería al mismo tiempo su esposo. Gundeberga eligió á Rotaris, duque de Brescia, que fue inmediatamente jurado y reconocido por rey de Italia.

Este príncipe en los primeros años de su reinado, manifestó grandes vicios, que compensó en los últimos con brillantes cualidades. Entregóse á la deshonestidad, llenó el palacio de concubinas, persiguio á los duques, que ó movidos de ambicion propia ó reprendiendo sus costumbres, se mostraban descontentos ó agraviados de él: dió muerte á muchos con mas crueldad que justicia: mandó encerrar en el palacio

mismo y privar de la dignidad real á su esposa, destinada á ser infeliz con sus dos maridos; y en fin, aunque valiente é intrépido, dió todas las señales de gobernar como tirano mas que como rey.

Pero esta conducta solo duró los cinco años primeros que poseyó la corona. Clodoveo II, rey de Francia, pariente de Gundeberga, afeó de tal manera su género de vivir desordenado, que Rotáris, vuelto en sí, dió libertad á su esposa, la restituyó á su afecto y á la dignidad á que era acreedora, y se dedicó con todas sus fuerzas á las obligaciones de príncipe.

El papa Honorio falleció en 638 y tuvó por sucesor á Severino, que solo gobernó la iglesia dos años, Juan VI, que subió despues de él á la silla apostólica, condenó solemnemente la *Ectesis*, ó fórmula de fé, promulgada por el emperador Eraclio, en la cual estaba consignada la doctrina del monotelismo. Sucediole Teodoro en 642. En este tiempo los mahometanos, habiendo salido de los arenales de Arabia, se iban enseñoreando de Siria, Persia y Egipto, y amenazaban por una parte el Asia menor, y por otra el Africa.

Conquistas de Rotaris contra los imperiales (641). Rotaris tomó las armas contra el exarca de Ravena: el pretesto ó causa inmediata no se sabe, aunque siempre existía el motivo general de la ambicion. Sus armas fueron felices: tomó á Génova, y demas plazas que poseía el imperio de Oriente en la costa de Ligu-

ria y en las gargantas del Arennio septentrional, y al año siguinte, habiendo derrotado al exarca en batalla campal, hizo paces con él á condiciones muy ventajosas para los lombardos.

Leyes de Rotáris (643). Los principios del reinado de este monarca podian dar esperanza de un rey guerrero y virtuoso: pero no de un legislador. Rotaris fue uno y otro. Los lombardos hasta entonces se habian regido por sus usos y costumbres, sin tener derecho alguno escrito, lo que acaso bastaria para ellos, mas no para los italianos que podian ser engañados, á cada momento, no habiendo ley escrita y conocida de todos, que les avisase de qué manera se habian de deslindar los derechos. Rotáris que habia empezado su reinado con injusticia y crueldad, hizo á su nacion el gran beneficio de darle el primer código de leyes que tuvo.

La monarquía de los lombardos era electiva y aristocrática. La eleccion de rey se hacía en la dieta ó asamblea de los señores y magistrados, los cuales eran partícipes tambien de la potencia legislativa, y contribuian con el monarca á la deliberacion de la ley. En cuanto á las leyes civiles, las principales eran las relativas á tutelas, matrimonios, siervos y aumento de poblacion. La servidumbre no era domestica, sino del terruño, como entre los francos y visigodos, y la ley era muy favorable á los estrangeros que venian á establecerse en el pais. Así es que muchos francos, borgoñones, alemanes y esclavones emigraron de sus tierras para vivir y poblar

en Lombardía. Es verdad que el mismo cuidado de aumentar la poblacion, obligó á los lombardos á conservarla por medio de una providencia, muy semejante á las de los modernos pasaportes; y nadie podia mudar de residencia sin permiso del príncipe. Los juicios criminales se terminaban como en las demas naciones bárbaras de aquella época, ó por testigos, ó por juramento, ó por el desafio. Las leyes lombardas eran muy duras contra los adúlteros, y correspondientes á la estraordinaria severidad de costumbres que observaba esta nacion.

Pontificado de san Martino I. (649). Este sumo pontífice, destinado por la providencia á defender á costa de su sangre la doctrina de la iglesia católica, contra los monotelitas, fue consagrado sin prévia confirmacion de la corte de Constantinopla, aunque despues fue reconocido por ella. En un concilio que juntó en Roma, espuso con suma claridad la doctrina de la iglesia acerca del misterio de la Encarnacion, renovó la sentencia, dada antes contra la Ectesis de Eraclio, y anatematizó el *tipo* de Constante, nieto de Eraclio, que era entonces emperador. Este *tipo* era una nueva fórmula en la cual se mandaba observar silencio acerca del monotelismo; y por consiguiente favorable á la heregía.

Constante, mal guerrero y peor monarca, irritado de la condenacion de su obra, mandó traer al papa a Constantinopla, le juzgó inicuamente como reo de Estado, como cómplice de los sarracenos de Sicilia, y le desterró á la

Crimea; donde murió, despues de haber sufrido en el viaje, en el juicio y en el destierro todos los ultrages y maltratamientos que pudieron inventar los satélites de una corte corrompida. Sucedióle en 655 Eugenio I, y dos años despues Vitaliano.

En 631 desembarcaron en Sicilia por la primera vez los sarracenos. El exarca Olimpio pasó á la isla con las tropas que pudo juntar, y fue completamente derrotado. No fueron mas felices los griegos en otra espedicion, que hicieron un año antes á la Apulia con el objeto de robar el monasterio de san Miguel del monte Gargano: Grimoaldo, que habia sucedido en el ducado de Benevento á Arigiso, su ayo y protector, marchó contra ellos y los esterminó. Los griegos egercian entonces en Italia una dominacion mas tiránica, que los mismos lombardos, pueblo nuevo y que empezaba á perder los vicios de la ferocidad sin haber adquirido todavía los de la corrupcion, que eran tan comunes en el imperio de Oriente.

Rodoaldo, rey de Italia (652). Muerto Rotáris, fue elegido rey de los lombardos Rodoaldo, su hijo, que solo reinó seis meses. Nada cuenta de él la historia sino el motivo de su muerte. Un noble de su nacion, á cuya muger habia seducido, le mató á puñaladas en venganza de su honra.

Ariberto, rey de Italia (653) Los lombardos eligieron por rey á Ariberto, hijo de Gundebaldo, duque de Asti, y por tanto, sobrino

de la célebre reina Teodolinda. Ariberto, pues, era bávaro de origen, y no lombardo. Su reinado fue pacífico. Como profesada la religion católica, contribuyó mucho á destruir en su nacion la secta arriana. Murió á los nueve años de haber ascendido al trono, y fue enterrado en la iglesia de san Salvador de Pavía, que él mismo habia fundado. Pero este buen príncipe, llevado del afecto paternal, cometió un yerro funestísimo á su nacion, repartiendo al morir los estados de Lombardía entre sus dos hijos Pertarito y Godeberto, dividiendo así, por amor á su hijo segundo, el gobierno supremo y esclusivo del reino que pertenecia al mayor, y sembrando los gérmenes de la guerra civil entre sus vasallos. La dieta lombarda por veneracion á Ariberto que era muy querido, ó por la esperanza que concibieron los grandes, de mediar á favor de las turbulencias futuras, aprobó el testamento del rey.

Pertarito, rey de Italia (661). Pertarito pasó su corte en Milán y Godeberto en Pavía. Estos dos príncipes jóvenes, inespertos y ambiciosos, empezaron á hacerse guerra uno á otro, apenas se vieron en el trono. Pero Godeberto tenia menos tropas: y deseando valerse de la cooperacion de Grimoaldo, duque de Benevento, el mas poderoso y valiente de los barones lombardos, envió por embajador á su corte á Garibaldo, duque de Turin, que seguia su partido, ofreciéndole su hermana por esposa, si le ausiliaba con las fuerzas del mediodia de Italia.

Garibaldo hizo efectivamente su embajada: pero cometió una horrible traicion, esperando mejor suerte del gobierno de Grimoaldo que del de Godeberto. Persuadió, pues, al duque que trabajase *en bien propio y no en el de otro.* Concertada entre los dos la iniquidad, volvió á Pavía y dijo á su rey en secreto, que aunque Grimoaldo venia á socorrerlo con sus tropas, desconfiase de él y no se pusiese en su presencia sino bien armado: porque tenia sospechas que el duque trataba de asesinarlo. Godeberto le creyó, y cuando recibió á Grimoaldo, llevó un peto muy fuerte debajo del vestido: el duque, al abrazarlo, le tocó, fingió sorprehenderse, clamó que se le hacía traicion, sacó la espada y dió muerte al rey allí mismo. Despues de este atentado se apoderó de Pavía, marchó á Milán con todas sus fuerzas, Pertarito huyó á los estados del rey de los ávaros, y el usurpador Grimoaldo ciñó la corona de Lombardía y tomó por esposa á la misma princesa cuya mano le habia ofrecido Godeberto en premio de su cooperacion contra Pertarito. Cayeron en poder del feliz Grimoaldo, Regimberto, hijo de Godeberto, y Rodelinda y Cuniberto, muger é hijo de Pertarito. Esta terrible é inesperada revolucion se verificó el año de 662.

Nada faltó al reinado de Grimoaldo para ser uno de los mas gloriosos de la historia, sino la legitimidad. Poseia este príncipe todas las prendas dignas de un grande héroe y de un escelente monarca. Era habil político, gran

capitan y hombre clemente y generoso: pero la imposibilidad de conservar con buenas artes lo injustamente adquirido, le hizo tal vez desmentir la nobleza de su carácter. Persiguió á Pertarito en el remoto asilo que habia hallado, y declaró al rey de los ávaros que le haría guerra si continuaba dando hospitalidad á su competidor. Pertarito, obligado á salir de Panonia, en vez de emigrar á otra parte, tomó la resolucion, única en los anales del mundo, de ponerse en manos de su enemigo, y así lo avisó á Grimoaldo por medio de un confidente. La magnanimitud del príncipe fugitivo despertó los sentimientos nobles que eran naturales en Grimoaldo; y este usurpador acogió benignamente á su rival, le dió un palacio en que viviese, y le asignó rentas: pero el júbilo, imprudentemente manifestado, de los ciudadanos de Pavía cuando vieron á su príncipe legítimo, y la malignidad de los cortesanos acostumbrados á especular sobre las sospechas de los monarcas, le inspiraron temores de perder la corona. Envió, pues, satélites para que asesinasen á Pertarito despues del banquete de bienvenida que dió á sus amigos. Onulfo, amigo y sirviente fiel del rey destronado, sabiendo lo que se preparaba, sacó del palacio á Pertarito disfrazado de page por medio de los guardias, los cuales cuando penetraron en el cuarto donde creian que estaba durmiendo embriagado, se hallaron burlados. No obstante, Grimoaldo tuvo suficiente magnanimidad para dar premio á

Onulfo y á otros sirvientes fieles que favorecieron la fuga de Pertarito. Este infeliz príncipe tuvo en Francia su segundo asilo. Allí reinaba á la sazon Clotario III, que conmovido de sus no merecidas desgracias, envió á Italia un ejército contra Grimoaldo: pero el lombardo, que era habilísimo capitan, con una retirada fingida, dejó en poder de sus enemigos el campamento, lleno de víveres y de gran cantidad de vino. Los franceses se entregaron á los placeres de la mesa con tanto desórden y confianza, que cuando Grimoaldo volvió á media noche sobre ellos, casi no encontró resistencia; hizo gran matanza, y muy pocos volvieron á pasar los Alpes. Este combate se dió en Rio, no lejos de la ciudad de Asti.

Al año siguiente, que fue el de 666, se rebeló contra Grimoaldo el duque de Fruil, llamado Lupo, temiendo el castigo que merecia por las vejaciones que habia cemetido en Lombardía, siendo gobernador de ella en ausencia de Grimoaldo. Este, no queriendo emplear contra el rebelde sus propias fuerzas, incitó al rey de los ávaros á que le hiciese guerra. Los ávaros entraron en el Fruil; y vencieron y dieron muerte á Lupo en una obstinada batalla que se dió junto á Fiume; pero queriendo conservar el ducado que habian conquistado, marchó contra ellos Grimoaldo, y los obligó á salir de Italia con el terror de su nombre y con la astucia de que se valió pasando revista á su pequeño ejército en presencia de los

embajadores ávaros, y haciendo desfilar un mismo cuerpo muchas veces con diferentes uniformes: lo que hizo creer al enemigo que traia fuerzas muy considerables.

Las dos espediciones que hizo al año siguiente, deslustraron mucho su gloria: pues destruyó, por resentimientos personales, las dos ciudades de Opitergio y del foco de Popilio. por otro nombre Forlimpópoli; la primera, sometida á los exarcas de Ravena, porque habia insultado tanto á él como á sus mensageros, en los viajes que hacian de Pavia á Benevento: la segunda, perteneciente al ducado de Friul, porque dentro de sus murallas habian sido muertos dos hermanos suyos en el reinado de Rotaris.

Este príncipe nunca fue amado de los lombardos que le miraban como un usurpador. Gobernó sin embargo nueve años con justicia y habilidad. Restringió en cuanto le fue posible, la bárbara costumbre de sentenciar los pleitos y juicios por medio del desafio. Aumentó la poblacion del reino, dando tierras en el ducado de Benevento á una tribu búlgara que dirigida por su duque Alacon, pasó á Italia, y se estableció en las montañas del Samnio. Este duque prestó homenage al rey de Lombardía con el título de *Gastaldo*, que equivalia al de conde, por los territorios de Isernia, Boviano y Supino, que poblaron él y los suyos.

Romualdo, hijo de Grimoaldo, á quien su padre, cuando pasó á usurpar el trono, habia

cedido el gobierno del ducado de Benevento, manifestó tanto valor y prudencia como su padre, y mucha mas moderacion y bondad de alma. El emperador Constante, que aborrecido en Bizancio, hacía su residencia en Sicilia, viendo los alborotos de los lombardos con motivo de la guerra entre los dos hermanos Godoberto y Pertarito, y de la revolucion que puso en el trono á Grimoaldo, concibió el designio de invadir el ducado de Benevento: pasó á Italia con todas sus fuerzas, tomó á Nácera y Cirenza, plazas muy fuertes, y puso sitio á la ciudad de Benevento. Como Grimoaldo habia llevado al norte de Italia la mayor parte de sus tropas, no tenia Romoaldo fuerzas suficientes para defenderse; y aunque su resistencia fue digna de su valor, hubo de escribir á su padre, que sino acudia á su defensa, no podria sostener la plaza. Llevó esta carta Sesualdo, amigo de Romualdo. Su padre que ya era señor pacífico de Lombardía, se movió con todas sus tropas hácia Benevento en socorro de su hijo, enviando antes á Sesualdo con la respuesta á las cartas que le habia traido. Sesualdo cayó en poder de los griegos, y exigieron de él que diese á los sitiados la falsa noticia, de que Grimoaldo no podia socorrerlos. Sesualdo condescendió; llega, con una escolta griega, al pie de las murallas de Benevento: pide que se presente Romualdo para hablar con él, y apenas le ve entre las almenas, le grita: "defiéndete cuanto puedas: Grimoaldo llega con todo su ejército." Apenas dijo estas

palabras, cayó el noble jóven atravesado de mil heridas que le dieron los griegos. Constante se retiró, pasó á Nápoles y á Roma, dejando en todas partes señales de su latrocinio, y fue despues á ocultar en Sicilia su oprobio, sus vicios y su cobardía. Cinco años despues, en 668, quitó Romualdo á los griegos las ciudades y territorios de Tarento y Brindis, y aumentó con ellas el ducado de Benevento.

Restauracion de Pertarito (671). Grimoaldo murió de habérsele abierto y enconado la cisura de una sangría por la fuerza que hizo cuando aun estaba bendada, para flechar un arco. En Pavía se proclamó á Garibaldo su hijo, que á la sazon era niño, por rey de los lombardos: mas Pertarito que en este mismo tiempo estaba embarcado ya para pasar á Inglaterra, temiendo las asechanzas que le ponían en Francia los emisarios de Grimoaldo, apenas supo la muerte del usurpador, volvió á Italia, se presentó en Pavía, y subió á su trono sin alguna dificultad. Romualdo le reconoció por monarca, y le envió su esposa y su hijo, que hasta entonces habian estado reclusos en la fortaleza de Benevento. Garibaldo descendió del trono, y vivió en la clase que le correspondia, como hijo que era de un príncipe tan ilustre, y de una hermana de Pertarito.

El reinado de este buen rey, que duró diez y siete años, fue el siglo de oro de los lombardos. Paz no interrumpida, amor y respeto de los vasallos al monarca, la beneficencia y la

justicia enlazadas en el trono fueron los signos con que se distinguió esta época afortunada y que por tanto dá muy pocas páginas á la historia. Solo hubo una rebelion, y fue la de Aligiso, duque de Trento, que orgulloso por algunos triunfos que habia conseguido contra los bávaros, sus confinantes, se atrevió á desconocer la autoridad real, Pertarito le venció, y queria castigarle: pero movido de los ruegos de Cuniberto su hijo, á quien habia asociado al trono, le perdonó, no sin sospecha de que esta misericordia era inoportuna y mal empleada.

El papa Vitaliano falleció en el mismo año que Pertarito fue restituido al trono. Sucediéronle, Deusdedit II, que gobernó la iglesia cuatro años, Domno, cuyo pontificado fue de solo un año, y Agaton. Este sumo pontífice, ausiliado por Constantino Pogonato, emperador muy católico, solicitó y logró la paz de la iglesia, anatematizando la heregía de los monotelitas, en el sesto concilio general, celebrado en Constantinopla. Murió en 682 y le sucedió Leon II, y á éste, despues de un año de pontificado, Benedicto II, que murió pocos meses despues de su exaltacion. Juan V y Conon, cuyos gobiernos no llegaron á un año, y Sergio I, que llegó hasta el primer año del siglo VIII. Todos estos pontífices sostuvieron grandes disputas contra los arzobispos de Ravena, que por ser aquella ciudad cabeza del exarcado, querian gozar del privilegio de *autocefalía* ó independencia, dado por el impio emperador Constante

á los obispos de ciudades considerables, en odio de la iglesia romana porque rechazó su *tipo* ó fórmula de fé. Las pretensiones de los prelados de Ravena no pudieron sostenerse á vista de la supremacía de la sede de Roma, reconocida en todo el orbe cristiano.

Cuniberto, rey de Italia (688). Pertarito falleció, y fue reconocido por único rey de los lombardos su hijo Cuniberto, que ya habia reinado diez años asociado con su padre. Fue semejante á Pertarito en bondad, prudencia y justicia, y reinó con acierto doce años despues de la muerte de su antecesor: pero notábasele de ser aficionado al vino, y de entregarse al placer de beberlo con mas frecuencia y desorden que el que permite la dignidad de rey: pretesto de que se valió Alagiso, duque de Trento, para acometerle y apoderarse del trono.

Usurpacion de Alagiso, duque de Trento: batalla de Coronata (690). Alagiso justificó los temores de Pertarito, y colmó la medida de su iniquidad é ingratitud, levantándose contra su rey y bien hechor, por quien conservaba la vida y la dignidad, que debió perder en la primera sublevacion. Aprovechándose de la oportunidad de estar Cuniberto fuera de Pavía, y ayudado de Aldon y Granson, hermanos y ciudadanos ricos de Brescia, y de otros lombardos, marchó á la capital, se hizo dueño de la fortaleza, y fue proclamado rey de los lombardos, sin dejarle a Cuniberto mas recursos que el de refu-

giarse en la isla del lago de Como, en la cual habia un castillo inespugnable.

El nuevo rey era cruel, codicioso é impío, y en breve fue odioso y despreciable á sus vasallos. Los mismos que le elevaron al trono, conspiraron contra él. Estaba un dia contando dinero sobre una mesa y cayó en el suelo una moneda de oro. El hijo de Aldon, niño de corta edad, que segun la costumbre del tiempo se educaba en palacio en calidad de page de la corte, cogió la moneda y se la dió á Alagiso. Este, al tomarla dijo: "muchas como esta tiene tu padre: y Dios mediante, no tardará en dármelas." El niño repitió á Aldon las palabras del rey en la primera ocasion que fue á su casa, y Aldon, considerada la ingratitud y codicia de Alagiso, tomó el partido de evitar la confiscacion ó muerte que le amenazaba, conspirando con su hermano Granson para la restitucion del príncipe legítimo.

Persuadieron, pues, á Alagiso, que se celebrase una gran montería, á que eran muy aficionados los lombardos, en la selva de Orba; y mientras el rey se entregaba á esta diversion, pasaron los dos hermanos secretamente á la isla del lago, se echaron á los pies de Cuniberto, pidieron que les perdonase la rebelion de que estaban arrepentidos, le manifestaron el plan y los medios que tenian para su restitucion, le condujeron á Pavía, y con sumo júbilo del pueblo, clero, y nobleza volvió á subir al trono.

Alagiso se refujió en el Austria (llamábase así

la parte oriental de Lombardía, y la occidental Neustria, á imitacion de los nombres que se daban en Francia á las provincias situadas en la misma posicion con respecto al curso del sol): en ella juntó un ejército, pasó el Adda y en el territorio de Como halló á su competidor que le salió al encuentro junto á una villa, llamada entonces Coronata y hoy Corna. Cuniberto le convidó á decidir la querella en un combate particular entre los dos. Alagiso respondió que "aunque Cuniberto era borracho, se acordaba de haberle visto levantar dos carneros castrados muy grandes, agarrándolos por la lana de las espaldas: lo que él no podia hacer por no tener tantas fuerzas." Un capitan toscano que habia acudido con su gente en ausilio de Alagiso, oida su respuesta, le dijo: "pues no te atreves á pelear con Cuniberto, ni yo tampoco," y se pasó con los suyos á las banderas enemigas.

Trabóse, pues, la batalla. Cenon, diácono de Pavía, pidió á Cuniberto que entrase en la lid como guerrero particular, y le permitiese á él llevar las armas é insignias reales para llamar contra sí la atencion del ejército contrario, y libertar la vida del rey de los peligros del combate. Cuniberto se lo concedió, no sin repugnancia. Sucedió lo que el diácono habia previsto. Alagiso reunió la flor de su ejército contra el fingido rey, y lo derribaron muerto en el campo: pero conociendo su yerro cuando le quitaron la celada, esclamó enfurecido: "nada

hemos conseguido: pero si Dios me concede la victoria hago voto de llenar un pozo con narices y orejas de clérigos." Cuniberto, en lo mas fiero de la pelea, volvió á desafiar al tirano: y como los capitanes de éste le incitasen á aceptar el desafio, y á evitar tanta efusion de sangre, Alagiso les respondió: "no puedo: sobre aquella imágen del arcangel san Miguel, que lleva Cuniberto en su bandera, le juré fidelidad en otro tiempo." "Muy tardías son esas reflexiones," le respondieron los suyos. Mas no por eso dejaron de pelear con el valor propio de los lombardos. La victoria, aunque muy costosa, quedó por Cuniberto. Alagiso cayó muerto en el campo de batalla. En lo restante del reinado de Cuniberto, que duró hasta fin del siglo VII, gozó Lombardía de paz no alterada.

Liutberto, rey de Italia (700). Despues de la muerte de Cuniberto, fue proclamado rey de los lombardos su hijo Liutberto: pero no bien habia pasado un año de reinado, se rebeló contra él Regimberto, duque de Turin, é hijo de Godeberto el hermano del rey Pertarito. Este príncipe fue prisionero de Grimoaldo, cuando dió muerte en Pavía á su padre Godeberto, y usurpó la corona: pero restituido Pertarito al trono, le trató como á príncipe de la sangre real y le hizo duque de Turin. Regimberto ocultó su ambicion durante los reinados de su tio y de Cuniberto su primo; pero se despertaron las esperanzas de subir al trono de su padre, cuando le vió ocupado por Liutberto, príncipe de corta

edad, bien que Cuniberto, al morir, le habia dejado bajo la tutela de Ausprando, su ayo, caballero lombardo de mucho valor y prudencia.

El ejército del rey, aumentado con las fuerzas de Rotaris, duque de Bergamo, se encontró con el de Regemberto junto á Novara, y se dió una batalla campal, en la cual quedó victorioso el rebelde. Liutberto y Ausprando se salvaron huyendo á las provincias orientales, y dejaron á Regimberto por trofeo de la victoria, la capital Pavía, y el trono. Pero Regimberto falleció en breve, dejando por sucesor de la corona á Ariberto su hijo.

Este suceso dió ánimo á Luitberto, Ausprando y Rotaris: formaron nuevo ejército, marcharon á Pavía, y al pie de sus murallas dieron otra batalla á los rebeldes, pero con mayor infelicidad. La victoria quedó por Ariberto, Liutberto herido en el combate, cayó prisionero en poder de su rival, que mandó matarle cuando estaba en el baño, y Ausprando huyó á la isla del lago de Como.

Ariberto II, rey de Italia (702). Rotaris, duque de Bergamo, varon ambicioso y de grande ánimo, se puso al frente del partido de Liutberto, tomó el título de rey de los lombardos, é hizo guerra á Ariberto: pero las fuerzas del rey eran superiores. Despues de haber tomado por asalto á Lodi, plaza fronteriza del ducado, sitió á Bergamo, donde se habia encerrado Rotaris, la tomó y cogió prisionero al duque, le mandó cortar cabello y barba, ignominia gran-

de entre los lombardos, le envió prisionero á Turin, y poco despues hizo que le matasen.

Al año siguiente acometió la ĩsla del lago de Como. Ausprando, no creyéndose con fuerzas suficientes para defenderse, huyó á Baviera, dejando en el castillo su familia, espuesta á los furores de un rey cruel y que ardía en el deseo de la venganza. Á Teoderada, esposa de Ausprando, y á su hija Aurora mandó cortar narices y orejas: á Sigibrando, su hijo mayor, hizo que le diesen muerte, y solo conservó la vida á Liutprando, hermano menor de Sigibrando, porque era de muy corta edad, y no le inspiraba temor.

Despues de esta carnicería, reinó este príncipe con paz y mansedumbre once años. La historia no ha conservado de él mas que dos sucesos. El primero fue un acto de justicia: pues mandó restituir á la iglesia de Roma, las tierras que le pertenecian en la provincia de los Alpes Cocios, adquiridas por la piedad de los emperadores y de los pueblos, y usurpadas por los lombardos, cuando invadieron la Italia. El segundo es un rasgo de política, que pinta con fidelidad el espíritu y las costumbres de aquel siglo. Siempre que daba audiencia á los embajadores estrangeros, en vez del lujo y magnificencia real de que se hace muestra ordinariamente en semejantes ocasiones, se presentaba en trage tan modesto que rayaba en humilde: y en los banquetes de ceremonia que les daba, solo ofrecia manjares comunes. Su objeto era que los

otros potentados, creyendo que Lombardía era tierra pobre y miserable, desechasen toda idea de ambicion y de conquista contra su reino.

En el primer año de su reinado, Gisolfo II, duque de Benevento, invadió la campaña de Roma, tomó á Sora, Arpino y Arce, saqueó estas ciudades, hizo gran botin y cogió muchos cautivos. Juan VI, sucesor en 701 del papa Sergio I, rescató los cautivos y con una suma de dinero logró que el duque se retirase é hiciese paz con los romanos. Los emperadores de Constantinopla, que afectaban el supremo dominio en Italia, no cumplian la primera obligacion de los soberanos, que es la proteccion de sus pueblos; y así poco á poco se acostumbraron la ciudad de Roma y otras muchas de Italia á reconocer por su príncipe al papa, de quien recibian no solo consuelos y socorros, sino tambien medios de defensa. Á Juan VI sucedió en 705 Juan VII, y á éste en 708 Sisinnio, que mandó reedificar las murallas de Roma; obra que empezó en el corto termino de veinte dias que duró su pontificado. La autoridad de los emperadores griegos solo se conocia en Italia por las vejaciones de sus exarcas y duques, por las enormes contribuciones que pagaban los pueblos al fisco imperial, y por las injusticias y estragos que cometian los gobernadores. El emperador Justiniano II, restituido al trono despues de la usurpacion de Leoncio, y de Tiberio Absímaro, queriendo vengarse de los de Ravena, por haberse mostrado demasiado afectos á sus dos

antecesores, envió á aquel punto á Teodoro, gobernador de Sicilia, con una escuadra, el cual puso en prision á las personas mas distinguidas de la ciudad, y las envió á Constantinopla; donde todas fueron degolladas por mandado del bárbaro Justiniano. El papa Constantino, sucesor de Sisinnio, pasó á la corte imperial, de orden del emperador, que segun parece, no tuvo otro objeto en hacer viajar al pontífice, que el de mostrar á la Italia que era dueño de Roma, y que su clero y su obispo le obedecian. Durante la mansion del papa en Constantinopla, el exarca Juan entró en Roma y mandó matar á tres sacerdotes de los que tenian oficios superiores en la corte pontifical, sin forma de juicio, y sin que fuese posible adivinar el motivo ó pretesto de aquella atrocidad. Tanta barbarie produjo su efecto ordinario. Los ciudadanos de Ravena se sublevaron, vencieron en un combate y dieron muerte al exarca Juan, y no se sometieron al imperio hasta el reinado de Filipico, sucesor de Justiniano.

Ausprando, rey de Italia, Liutprando rey de Itatia (712). Ausprando, ausiliado con las fuerzas de los bávaros, volvió á tentar la fortuna de las armas, y descendió con poderoso ejército, á las llanuras de Lombardía. El rey Ariberto le salió al opósito, y se dió una batalla obstinada que duró todo el dia sin decidirse la victoria. Parece que Ausprando y sus bávaros llevaron en ella lo peor: pero Ariberto que veia la inmensa pérdida de gente que habia

sufrido, y no conocia la de los contrarios, creyéndolos mas fuertes, se retiró por la noche del campo de batalla. Este movimiento retrogrado le hizo perder el reino y la vida. Los orgullosos lombardos declararon que no obedecerian á un caudillo que se retiraba: Ariberto, viéndose abandonado de los suyos, recogió lo mas precioso de sus riquezas con el objeto de retirarse á Francia, y al atravesar el Ticino, murió ahogado en este rio, sumergido, dicen los historiadores, por el peso de oro de que iba cargado. Los lombardos nombraron rey á Ausprando, y habiendo fallecido éste despues de tres meses de reinado, dieron la corona á su hijo Liutprando. En esta época fue la terrible invasion de los árabes en España que acabaron con el nobilísimo reino de los visigodos, y conquistaron toda la península sin quedar otro asilo para los cristianos resueltos á conservar su libertad, que las montañas de Asturias, Cantabria, Navarra y Aragon.

Liutprando fue el mas célebre de los reyes lombardos, tanto por la duracion de su reinado, que fue de treinta y dos años, como por la prosperidad y grandeza que dió á su reino con sus leyes y hazañas. Despues de Rotaris, fue el principal legislador de su nacion, corrigió un gran número de abusos en el régimen judicial, y estirpó enteramente la antigua superstición pagana, de la cual quedaban todavía muchos vestigios entre sus vasallos. Sometió al duque de Friul, rebelado contra él, é hizo vol-

ver á su obediencia á los duques de Espoleto y Benevento, que validos de la estension de sus estados, de sus grandes fuerzas, y de la distancia á que se hallaban de la corte de los reyes lombardos, aspiraban á hacerse independientes.

La locura del emperador Leon Isauro, que se empeñó en destruir en todo el imperio el culto de las imágenes, hizo á Liutprando árbitro en cierto modo de la suerte de Italia. Gobernaba entonces la iglesia de Roma el papa san Gregorio II, que sucedió á Constantino en 715, y que fue célebre por su santidad y virtudes, por el celo con que conservó en Italia la pureza de la fé católica, por la justicia con que defendió los derechos de Leon, aunque heresiarca, oponiéndose al deseo que tenian los romanos de nombrar otro emperador, y en fin, por la conversion de Germania, á la cual envió por apóstol á san Bonifacio, primer arzobispo de Maguncia.

En el primer fervor de los romanos contra los edictos del emperador que mandaba destruir las santas imágenes, Liutprando se coligó con ellos, tomó á Ravena por sorpresa, y se apoderó de la mayor parte de las ciudades del exarcado: bien que hubo de abandonarlas despues por haber acudido en defensa del emperador la armada de los venecianos sus aliados, que eran entonces el único pueblo de Italia poderoso en la mar, quedando preso en poder de ellos Ildebrando, sobrino de Liutprando, y aso-

ciado despues al trono de su tio. Este suceso obligó á Liutprando á alterar sus combinaciones políticas, y á coligarse con Eutiquio, exarca de Ravena, prometiéndose mútuo ausilio para sujetar á los romanos que se habian levantado contra el emperador, y á los duques de Espoleto y Benevento, que no querian reconocerse dependientes del rey de Lombardía. Liutprando consiguió su fin, y aun estuvo dos veces á vista de Roma con el objeto de apoderarse de esta capital: pero ambas fue vencido por la elocuencia y los ruegos de Gregorio II, en 729 y en 742 del papa Zacarías que el año anterior habia sucedido á Gregorio III, nombrado sumo pontífice en 731 despues de la muerte de san Gregorio II. El mismo papa libertó al año siguiente á Ravena de la guerra que Liutprando queria hacer al exarca, y concluyó la paz cediendo el imperio al rey y la tercera parte del exarcado.

No solamente fue poderoso Liutprando en Italia, sino tambien estendió sus relaciones políticas mas allá de los Alpes. Aquejábale el ver como crecía en Europa la potencia de los sarracenos, que subyugada la península española, no solo entraron en Francia, sino se apoderaron de la isla de Cerdeña. Y así formó con Cárlos Martel, gobernador del palacio de Francia, y único héroe capaz de tener á raya la potencia de los árabes, alianza tan íntima, que Pipino, hijo de Cárlos, pasó á la corte de Pavía para que Liutprando le cortase el cabello, símbolo de la adopcion entre los lombardos. Cuando

Cárlos esterminó en la célebre batalla de Poitiers el ejército de los sarracenos, los nuevos generales de esta nacion, que pasaron de España á Francia en vez de continuar sus marchas hácia el norte, donde tenia Martel concentradas sus fuerzas, pasaron el Ródano, é invadieron la Provenza. Liutprando temiendo que pasasen los Alpes, y en virtud de su alianza con los franceses, marchó con su ejército á aquella provincia, y obligó á los bárbaros á evacuarla y á retirarse al Languedoc, que aun estaba por ellos.

Ildebrando, rey de Italia (744). Ildebrando era generalmente aborrecido por su crueldad, y así no reinó mas que siete meses despues de la muerte de su tio. Sus vasallos le depusieron, y colocaron en el trono á Ráguis, duque del Friul, que se habia ya distinguido por muchas hazañas militando bajo las órdenes de Liutprando en las guerras contra los duques de Espoleto y Benevento.

Ráguis, rey de Italia. Apenas Ráguis subió al trono, el papa Zacarías le envió embajadores para conservar la paz entre lombardos y romanos, y consiguió que se firmase una tregua de veinte años.

Astolfo, rey de Italia (749). Ráguis, ó por ambicion, ó por algunas injurias que hubiese recibido de los griegos, determinó vengarse, juntó un numeroso ejército y puso sitio á Perusa, plaza que pertenecia entonces al exarcado. No quedaba á los griegos, abandonados

de la corte do Constantinopla, mas recurso que los ruegos y la elocuencia del papa Zacarías. El pontífice pasó á los reales del Lombardo, y le habló con tanta vehemencia, que no solo le persuadió á levantar el sitio de la plaza, sino tambien á abandonar el cetro y á retirarse al monasterio, de Monte Casino, donde recibió el hábito de monge. Los lombardos nombraron rey en su lugar á su hermano Astolfo, no menos esforzado que él, pero mas ambicioso.

En 752 falleció el papa Zacarías, célebre por haber sancionado con su voto la traslacion del cetro de los francos de la familia de Clodovéo á la de Cárlos Martel, en la persona de Pipino, su hijo y sucesor en la dignidad de gobernador de palacio, y primer rey de Francia de su dinastía. Mucho se ha declamado contra esta usurpacion, que en realidad solo fue de nombre: pues el verdadero poder estaba ya, por la costumbre de la nacion francesa, en manos de los gobernadores de palacio; y el papa no hizo mas que cortar de raiz las guerras civiles dando el título de la autoridad regia á quien era poseedor de dicha autoridad. La palabra *rey* aplicada á los últimos merovingios, nada significaba: aplicada á Pipino, se asociaba á las ideas de fuerza y poder de estado y de nacion. A Zacarías sucedió Estéban II.

En el mismo año empezó el rey Astolfo la guerra contra los griegos, tan feliz para el al principio, y despues tan funesta. Tomó á Ravena y demas plazas del exarcado, y aniquiló

el poder de los emperadores de Constantinopla, en toda la Italia septentrional, inclusa la Istria que agregó tambien al reino de Lombardía. Despues emprendió la conquista de la ciudad y ducado de Roma.

El papa Estéfano recurrió á las súplicas que habian sido las armas de sus antecesores, y logró una tregua de cuarenta años, que Astolfo violó pocos dias despues de haberla firmado, cuando su ambicion volvió á hablar mas fuerte que la elocuencia del sumo pontífice. Despues que Estéban hubo agotado en vano los ruegos, los regalos y las amenazas, pidió socorro al emperador Constantino Coprónimo aunque iconoclasta furibundo. Constantino le respondió que acometido en el Oriente por los musulmanes, y estragado el imperio con disensiones intestinas, no tenia fuerzas disponibles para socorrer la Italia.

Hallábase entonces esta península en la situacion mas crítica. Los pueblos del mediodia, parte estaban sometidos al duque de Benevento, parte al imperio griego: los del septentrion obedecian á los reyes lombardos: el centro, es decir, el ducado de Roma y el exarcado se habian puesto en abierta rebelion contra los emperadores de Constantinopla desde los edictos de Leon Isauro contra las santas imágenes, y no reconocian mas gobierno que el de los papas, á quienes debian esclusivamente desde mucho tiempo antes el consuelo, la defensa, la existencia misma y la conservacion de las pocas

luces y conocimientos que quedaban en el occidente de Europa. Por otra parte, un enemigo feroz amenazaba á la cristiandad por el Oriente, el mediodia y el occidente, y aunque el mahometismo, quebrantado por Cárlos Martel en la batalla de Poitiers, mostraba menos fuerzas en Francia, era dueño de España, poseía la isla de Cerdeña y amenazaba la Provenza y la barrera de los Alpes, desde el Languedoc, y la isla de Sicilia, y el mediodia de Italia desde Africa. En fin, las misiones evangélicas que en poco tiempo habian convertido al cristianismo, las islas británicas y la Germania, no podian salir sino de Roma independiente é ilustrada.

Los lombardos, dueños de toda Italia, habrian destruido las últimas luces de la civilizacion: porque su existencia social dividia naturalmente la poblacion en dos clases, la de señores y la de siervos; y su gobierno político era á propósito, no para la felicidad general, sino para el predominio de la nacion vencedora. Esto no podian sufrir los romanos, acostumbrados desde tiempo inmemorial á vivir bajo el imperio de la ley y derecho comun, igual para todos los ciudadanos. Roma no queria á los emperadores de oriente, porque ofendian la religion cristiana, gobernaban mal y no le dispensaban la proteccion necesaria para defenderse de sus enemigos. Roma no queria á los lombardos, porque aborrecia el sistema feudal, y de tiranía doméstica, contrario á la

organizacion social que por tantos siglos habian gozado los pueblos del Tiber. Fue necesario, pues, buscar un protector que la libertase del rey de los lombardos, y la conservase bajo el gobierno de los sumos pontífices al cual estaba acostumbrada. No se trataba ya de derecho; pues los de la corte de Constantinopla habian caducado, por el abandono y por las ofensas hechas al culto y religion de los pueblos: solo se trataba de conservar la existencia de la *república romana*, esto es, del orden civil y religioso que existia en Roma y en los pueblos del centro de Italia: orden, que á lo menos en la parte civil arruinarian los lombardos en el caso de ser vencedores.

El papa Estéfano II imploró, pues, la proteccion de Pipino, rey de Francia, contra Astolfo. En 754 pasó Pipino con su ejército por la primera vez á Lombardía: la superioridad de sus fuerzas sobre las de Astolfo era tal que el lombardo ni aun pudo hacer resistencia honrosa en las gargantas de los Alpes. Cercado en Pavía, y viéndose en peligro de perder su reino, hizo las paces con Pipino, cediendo el exarcado á la *república romana*, cuyo gefe era entonces el sumo pontífice.

Astolfo, imitando en su conducta á todos los príncipes pérfidos y débiles, apenas Pipino pasó los Alpes y se volvió á Francia, acometió el ducado de Roma y puso sitio á esta ciudad. Pipino volvió á Italia, obligó á Astolfo á retirarse del Tiber para defender su capital, á

pedir vergonzosamente clemencia y perdon, á confirmar la cesion estipulada antes, y á pagar una gran suma de dinero. Esta vez no se volvió á Francia sin que quedasen los paises cedidos en poder del papa, y las llaves de las ciudades depositadas sobre el altar de san Pedro de Roma. Al año siguiente murió Astolfo de una caida del caballo, que dió cazando.

Desiderio, rey de Italia (757). Los lombardos eligieron por rey á Desiderio, duque de una de las ciudades de Toscana; pero su nombramiento tuvo dificultades, porque Raguis, antecesor de Astolfo, ó cansado de la vida quieta del monasterio, ó pesaroso de que el cetro de Italia saliese de su familia, dejó á Monte Casino, pasó á Lombardía, y formó un partido contra Desiderio. Pero el papa Estéfano II favoreció la eleccion del nuevo rey, y envió en su ausilio algunas tropas francesas de las que habian quedado en Italia á disposicion de la corte de Roma para asegurar el cumplimiento del segundo tratado de Pavía, añadiendo á ellas un cuerpo de milicias romanas. El partido de Ráguis enmudeció, Desiderio fue reconocido, y el monge ex-rey se volvió á acabar sus dias en Monte Casino. Muchos siglos despues conservaba un pago del monasterio el nombre de *viña de Raguis*, plantada, segun la tradicion, por las manos de este príncipe.

A pesar de este beneficio de la corte de Roma, á Desiderio, y del que Desiderio hizo á

la corte de Roma despues de la muerte de Paulo I, sucesor de Estéban II en 757, librándola de dos antipapas ensalzados por la violencia de algunos señores, y favoreciendo la eleccion legítima y canónica de Estéfano III en 768, era imposible que hubiese buena armonia entre los sumos pontífices y el rey lombardo. Indignábase este de la dependencia en que se hallaba de la corte de Francia, del freno impuesto á su ambicion, de la pérdida del exarcado que los lombardos habian adquirido á fuerza de armas, y en fin, de ver destruida la esperanza de la conquista entera de Italia por la creacion de un nuevo poder independiente en el centro de la península, apoyado por los ejércitos numerosos y aguerridos de la nacion franca. Los papas por su parte, conociendo las intenciones de la corte de Pavía, estaban en contínua sospecha, y la inspiraban á Pipino mientras vivió, y despues á Cárlos, por sobre nombre el Magno, y á Carlomagno, sus sucesores. Desiderio, que conocia la debilidad de sus fuerzas, mas bien manifestaba su mala voluntad á Roma poniendo dificultades diplomáticas al cumplimiento de los tratados de Pavía, que cometiendo hostilidades manifiestas: porque si aborrecia el poder de los pontífices, le refrenaba el temor de los ejércitos franceses. Su política era paciente: pero la indignacion represada estalló á causa de una injuria, y perdió en solo un dia el fruto de diez y siete años de templanza.

Carlomaguo repudió á Desiderata, hija de

Desiderio, con la cual se había casado, y la envió á la corte de su padre. El lombardo, irritado de este agravio, no puso freno alguno á su ira. Favoreció la rebelion de Miguel, arzobispo intruso de Ravena, contra el sumo pontífice adriano I, que habia sucedido en 772 á Estéfano III: se apoderó de las plazas de Faenzà, Ferrara y Comaquio inclusas en el célebre tratado de cesion, recibió en su corte á los hijos de Carlomagno, que falleció en esta época: los cuales huian sospechosos de que su tio Cárlos, que quedó único poseedor de todo el imperio de los francos, los hubiese á las manos y los matase ó tuviese en prision, para estinguir los derechos de su hermano: exigió del pontífice, que fuese á Pavía á consagrar y ungir como reyes á aquellos jóvenes: y habiéndose negado á hacerlo Adriano por no disgustar á su protector el rey de Francia, entró con poderoso ejército por las tierras de la iglesia, y se apoderó de Simigalía, Urbino, Montefeltro y Gubio. Los embajadores de Carlomagno protestaron contra estas hostilidades: Desiderio persistió. El ejército francés pasó los Alpes por la tercera vez, puso sitio á Pavía, defendida por el rey en persona, y se apoderó de ella despues de un cerco de ocho meses; Desiderio prisionero acabó sus dias en Francia en el monasterio de Corbré, su hijo Adelgiso, á quien habia asociado al trono, huyó á Constantinopla, y el cetro de Italia, que habian poseido los lombardos 204 años, fue transferido á los francos en 774.

SECCION TERCERA.

DOMINACION DE LOS FRANCOS.

Carlomagno, rey de Francia é Italia (774). La invasion de Carlomagno fue muy diversa en su carácter y consecuencias de las de Odoacre, Teodorico y Alboino. Estos caudillos de pueblos bárbaros trageron consigo sus naciones y las establecieron en Italia, dándoles casas y tierras á costa de sus antiguos poseedores: Cárlos mandaba á un pueblo civilizado, y no trajo á Lombardía mas que un ejército, del cual una gran parte habia de volver á Francia, á Alemania y á los demas paises donde le llevase la suerte de la guerra. Venia ademas llamado por los italianos mismos para que los libertase de la tiranía de Desiderio; hasta los lombardos le eran favorables, como lo prueban dos hechos: el primero, que no se movió contra él mas sublevacion que la del duque de Friul, que fácilmente vencido, perdió el gobierno de aquel ducado; el segundo, que en casi todas las ciudades de Italia dejó condes de aquella nacion.

Por otra parte los italianos no eran ya aquel pueblo muelle y degenerado del antiguo valor de Roma, que hallaron en sus invasiones Alarico, Genserico y Odoacre. Mezclados con los hérulos, ostrogodos y lombardos, habian adquirido la fuerza é intrepidez de estos pueblos al mismo tiempo que habian suavizado sus

costumbres. La poblacion de Italia, aunque no enteramente compacta, tenia una misma religion, un mismo espíritu, unas mismas costumbres, y así era fácil despertar en ella el espíritu nacional y restablecer la unidad del mando, objeto constante de la solicitud del pontífice Adriano I, y de Leon III que le sucedió en 795, Carlomagno, colocado entonces al frente del mundo civilizado, accedió á las miras elevadas de estos sumos pontífices y favoreció con todas sus fuerzas este movimiento de independencia nacional que el sacerdocio imprimia á la Italia: y así tomó los títulos de *rey de los lombardos y de patricio romano*, el primero por derecho de conquista, el segundo por concesion del pontífice, nobleza y pueblo de Roma. Con el primero gobernaba la Lombardía; con el segundo el ducado romano y las nuevas adquisiciones de la silla apostólica, mas bien como protector, que como dueño soberano: pues es indudable que el supremo dominio de estos paises perteneció desde entonces manifiesta y publicamente á los sumos pontífices, como gefes de la república romana.

Solo Avigiso, duque de Benevento, que estaba casado con una hija del rey Desiderio, se negó á reconocer el dominio de Carlomagno, por tener mas fuerzas que los demas señores lombardos, por estar mas remotos sus estados de las armas francesas hácia el mediodia de Italia, y por recibir frecuentes socorros de los griegos de Sicilia, en la cual isla mandaba

entonces como patricio, en nombre de Leon VI emperador de Oriente, Adelgiso, hijo de Desiderio, que procuraba, con el ausilio de la corte de Constantinopla, recobrar el reino de su padre. Pero los griegos y lombardos fueron vencidos por los franceses: el duque de Benevento se sometió: y aunque Grimoaldo su hijo y sucesor, volvió á recobrar la independencia y la sostuvo hasta su muerte, otro Grimoaldo, por sobre nombre *Store saiz*, despues de alguna resistencia, hizo la paz con Carlomagno, y conservó sus estados mediante un tributo. Pero esto no se verificó hasta principios del siglo IX.

Pipino, rey de Itatia (781). Carlomagno sostenia á un mismo tiempo guerra contra los sarracenos en la frontera de España, contra los sajones en las riberas del Elba, contra los bávaros en el Danubio superior, y contra los hunnos en el inferior: siéndole forzoso acudir en persona con mucha frecuencia de una estremidad á otra de su imperio, nombró rey de Italia á su hijo Pipino, y de Aquitania á su hijo Luis, llamado despues Ludovico Pio.

Pipino fijó su residencia en Verona, y tuvo por consejero á Adelardo, abad de Corbie, nieto de Carlos Martel por un hijo bastardo de este héroe. Su reinado fue próspero y feliz: siempre subordinado á su padre; le asistió en las guerras contra los bávaros y hunnos con las fuerzas de Lombardía, y así mereció que se agregasen á su reino gran parte de Baviera y Ungría, y todo el territorio comprehendido entre el Rhin

y el Danubio superior; al cual se daba en aquel siglo el nombre de Alemania, por haber sido desde los tiempos del emperador Constantino el principal asiento de la confederacion de los alemanes.

Pipino era prudente y esforzado: peleó con los griegos y les quitó las provincias de Istria y Liburnia, y las agregó á sus estados: hizo guerra á los venecianos y tuvo en mucho estrecho la ciudad de Venecia, sino la tomó, como dice Eginardo, aunque lo niegan los historiadores de aquella república, é invadió en varias ocasiones el ducado de Benevento, se apoderó del Abruzo y le agregó á su reino.

Carlomagno, emperador (800). Ya hemos contado en el tercer tomo de la historia de Francia, la grande revolucion que resucitó el imperio del Occidente en la persona de Carlomagno. El papa Leon III le dió este título, substituyéndolo al de patricio que antes tenia, y la nobleza y pueblo de Roma lo confirmaron con sus aclamaciones. Este título, concedido al héroe de Francia, destruia todas las esperanzas y pretensiones de los emperadores griegos sobre Roma, Italia y el Occidente: mas no se vé que aumentase la autoridad de Cárlos, sino haciéndola mas sagrada y augusta para los pueblos, acostumbrados desde nueve siglos antes á venerar el nombre de emperador. Carlomagno, en calidad de rey de los francos y lombardos, mandaba en Francia, Germania y en los paises que habia conquistado en España, Italia

y Ungría: en calidad de patricio mandaba en los estados de la iglesia de Roma. El título de emperador consolidó su autoridad, hizo mas firme su derecho de proteccion de la república romana y la santa sede, y le dió la supremacía de honor sobre todo los reyes cristianos, aun que fuesen independientes de su poder, qué tenian antes los emperadores de Constantinopla.

En virtud de su nuevo título se abrogó el derecho de confirmar la eleccion y nombramiento de los papas qué habia ejercido la corte de Constantinopla desde Justiniano I: pero este derecho no pasó á sus descendientes, ni fue puesto en ejercicio una sola vez. Mandó ademas que cada una de las naciones que habia en Italia se gobernase por sus propias leyes. Hízolo así, por no disgustar á los lombardos, tenaces de sus antiguas costumbres y que no querian someterse á la legislacion romana: pero este decreto conservó en la península el régimen feudal, y dió ejemplo al monstruoso sistema que se estableció en todo el occidente europeo al fin de la dinastía de los carlovingios.

Bernardo, rey de Italia (812). Pipino falleció en 810, despues de haber reinado treinta años con mucha gloria, bajo los auspícios de su padre. Quedó de él un hijo natural, llamado Bernardo, que se hallaba entonces en los últimos años de la niñez. Carlomagno se encargó de la educacion de su nieto y del gobierno del reino de Italia, hasta 812, que habiendo entrado ya el príncipe en edad juvenil, le

coronó rey de Italia, y le envió á Lombardía, dándole por consejero, ademas de Adelardo abad de Corbie, que habia continuado en el gobierno del reino despues de la muerte de Pipino, á Vala, hermano de dicho abad.

Luis I, emperador y rey de Francia (814). Carlomagno murió, y con este grande hombre se puede decir que pereció su imperio, cuyas riendas pasaron á las manos débiles de Luis, rey de Aquitania, único hijo que le sobrevivió. Apenas falleció su padre, tomó en Aquisgran, corte entonces de los reyes de Francia, con acuerdo de los grandes y señores franceses, el título de emperador. El papa Leon III no reclamó contra esta innovacion, ni en su nombre ni en el de Roma : lo que fortificó la idea de que la dignidad imperial debia ser hereditaria: pues los que contribuyeron para elegir al primer emperador de Occidente, en nada fueron consultados para el segundo.

Una de las primeras muestras que dió Luis de su debilidad, fueron las sospechas y miedos que lograron inspirarle sus cortesanos contra Adelardo y Vala, consejeros de Bernardo, rey, de Italia. Temíalos por ser descendientes de Cárlos Martel, y mucho mas los aborrecia por sus talentos y esperiencia y por la gran parte, que les dió en el gobierno, Carlomagno, que á nadie temia. Templóse algun tanto su enojo al ver que Bernardo, apenas le mandó llamar, acudió á Aquisgran á rendirle sus homenages; pero poco despues desterró á Adelardo á la isla

de Noirmoutier, y Vala, para libertarse de la persecucion, abondonó su muger, su familia y el mundo, y entró monge en la Abadía de Corbie donde atesoró ira hasta que llegase, como llegó, el dia de la venganza.

Bernardo, jóven y sin esperiencia, privado de sus prudentes consejeros, por sugestion de los nuevos válidos que escogió, empezó á hacer demostraciones de rebelarse contra su tio, aumentando su ejército y guarneciendo los pasos de los Alpes. Luis envió un poderoso ejército á Italia. Bernardo desmayó y abandonado su proyecto de independencia, pasó á la corte del emperador, se arrojó á sus pies é imploró su clemencia. Luis fue inflexible: mandó formar causa tanto á él como á sus cómplices, y todos fueron castigados rigorosamente. El infeliz rey de Italia, fue condenado á perder los ojos, y la operacion se hizo con tanta dureza ó inhabilidad, que á los tres dias murió de la llaga en 818.

Al papa Leon III sucedió en 816 Estéfano VI, que reinó poco. Sucesor de éste fue Pascual I en 817. Ninguno de los dos esperó para consagrarse á que el emperador confirmarse su nombramiento, contra la ley dada por Carlomagno. Luis se mostró enojado por ello: mas parece que las satisfacciones dadas por la corte de Roma le convencieron, pues sus reclamaciones no tuvieron consecuencias.

Lotario, hijo de Luis I, asociado al imperio (817). El emperador, despues de la

patricio, que nombraba la corte de Constantinopla, y los obligó á pagar tributo. Tambien parece que hizo independiente su principado, de la corona de Italia: pues ningun acto consta de que rindiese vasallage á Lotario, ó pagase el tributo á que se habia obligado Storesaiz. A Sicon, que murió en 833, sucedió su hijo Sicardo.

Cinco años antes emprendieron los sarracenos de Africa la conquista de Sicilia, sometida hasta entonces al imperio de Oriente. Ya en el siglo VIII habian hecho invasiones en la isla, mas solo para coger botin y cautivos: pero en 828 fueron movidos á emprender una espedicion militar por Eufemio, siciliano, y que servia en las tropas del emperador de Oriente con el grado de capitan de milicias de la isla. La causa de la traicion se cuenta de dos modos: los historiadores griegos dicen que Eufemio, enamorado de una monja, la robó; que perseguido por la justicia, huyó con ella al Africa, é indicó á los sarracenos los medios de apoderarse de Sicilia: pero los escritores sicilianos dicen, que Eufemio tenia contraidos esponsales con una jóven de singular belleza, y el que el gobernador griego de la isla, sobornado por otro pretendiente, se la quitó á Eufemio y la dió por esposa á su rival. El capitan, irritado por esta injuria, pasó al Africa, incitó á los bárbaros á la empresa y les sirvió de guia. El hecho es que los sarracenos desembarcaron con ejército poderoso en la playa oriental de la isla.

se apoderaron de Catania; donde hicieron terrible matanza; sitiaron á Siracusa, que les pagó un tributo de cincuenta mil sueldos por su libertad, se estendieron por toda Sicilia, tomaron á Mesina dos años despues, y en 832 á Palermo, enseñoreándose de toda la isla escepto de Siracusa que quedó en poder de los cristianos. Desde Sicilia empezaron á infestar con sus piraterías el golfo de Venecia y el mar Tirreno: muchos buques y aun escuadras de los venecianos cayeron en su poder: saqueaban las ciudades marítimas que no tenian amparo: lo que obligó al pontífice Gregorio IV á fortificar á Ostia; única defensa de Roma por la parte del mar.

Sin embargo, la ceguedad de los cristianos era tal, que Andres, duque griego de Nápoles, acometido por Sicardo, príncipe de Benevento, á quien negó el tributo impuesto por Sicon, llamó en su ausilio á los sarracenos de Sicilia, comunes enemigos de todos los fieles. Sicardo aparentó hacer la paz, apenas los bárbaros se volvieron á la isla, estrechó á Nápoles de manera, que obligó al duque á pagar el tributo negado.

Sicardo era odioso á los beneventanos por la crueldad con que gobernaba sin perdonar á su misma familia, y pereció en 839 en una conspiracion, tramada contra su vida, y cuyo gefe era un caballero lombardo, llamado Adalferio. Fue elegido por sucesor Radelgiso, que habia sido su tesorero. El nuevo príncipe siguió las

Luis xi, rey de Italia (844). Lotario, que necesitaba tener su residencia en Aquisgran para atender á los movimientos de sus dos hermanos los reyes de Francia y Germania, y preservar de la ambicion de ellos su reino de Lotaringia, colocado entre dos enemigos tan poderosos, dió á su hijo mayor Luis la corona de Lombardía. Al mismo tiempo falleció el papa Gregorio iv, y le sucedió Sergio ii: fue consagrado sin confirmacion del emperador Lotario; y ofendido éste de la injuria, mandó á su hijo Luis que pasase á Roma con un ejército. Las tropas imperiales hicieron mucho daño en los campos: pero Sergio ii no permitió que entrasen en la ciudad, dió satisfaccion á Luis, y le coronó y ungió como á rey de Italia.

Continuaban entre tanto su guerra impía los príncipes de Salerno y Benevento, mientras los sarracenos hicieron por mar una invasion terrible en la campaña de Roma. Forzaron la entrada del Tiber, llegaron á las puertas de la capital y saquearon la basílica de san Pedro que estaba entonces fuera de las murallas: pasaron despues á Fundi, la robaron y redugeron á cenizas, se apostaron á las orillas del Garellano, con intento de pasar este rio para robar el monasterio de Monte Casino, y no pudiendo lograrlo por una crecida inesperada de las aguas, despues de derrotar un ejército que Luis, rey de Italia. envió contra ellos, pusieron sitio á Gaeta. Pero una furiosa tempestad que sobrevino, disperso o destruyó su armada, y pensa-

ron en retirarse á Sicilia; y era tanto el terror que inspiraban, que el duque de Nápoles les dió bajeles para hacer su viaje á pesar del estado crítico en que se veían, teniéndose por muy dichoso en que saliesen de sus estados.

Durante esta invasion (en 847) murió el papa Sergio II, y le sucedió Lon IV, sin que se esperase á la confirmacion del emperador para consagrarle, por la necesidad que tenia Roma de un gefe en la consternacion y espanto que causaban los sarracenos. Este santo pontífice empleó los ocho años de su reinado en fortificar las playas y la ciudad contra los ataques de los infieles. Cerró la entrada del Tiber con una cadena: pobló á Ostia y Porto con los habitantes de Córcega que se habian refugiado al continente huyendo de los estragos que hacian los moros asaltando frecuentemente aquella isla: fundó junto á la antigua ciudad marítima de Centurucelas, espuesta á las piraterías de los sarracenos y abandonada por eso de sus vecinos, otra plaza fortificada, y en fin, construyó una nueva ciudad al rededor de la basilica de san Pedro, llamada ciudad Leonina y la rodeó de murallas, para preservar de los ataques enemigos aquel templo, el primero de la cristiandad.

Luis II, rey de Italia, asociado por su padre Lotario á la dignidad imperial (849). Lotario, cuya ambicion inmoral habia causado las desgracias de su padre, de la dinastía carlovingia y las suyas propias, se entregó en los últimos

años de su vida á la disolucion en el palacio de Aquisgran; y para libertarse enteramente del cuidado de los negocios de Italia, cuando apenas le dejaban tiempo los placeres para atender á los de Lotaringia, nombró colega suyo en el imperio á Luis, su hijo mayor.

El largo reinado de Luis II fue próspero para Lombardía, donde se conservó inalterable la paz. Este príncipe, activo y esforzado, se dedicó á crear una gran potencia en Italia, y estuvo cerca de conseguirlo. Cuando pasó á Roma en 850 á recibir la corona imperial, los príncipes de Benevento, Cápua y Salerno, y los duques de Nápoles, Gaeta y Amalfi, escarmentados en fin de sus guerras crueles que habian dado á los sarracenos oportunidad para devastar y dominar el mediodia de Italia, le prestaron homenages como vasallos, é imploraron el ausilio de sus armas contra los infieles. Desde entonces Luis fijó su atencion en los paises meridionales é hizo frecuentes espediciones contra los sarracenos. Las de 852, 867 y 869 fueron desgraciadas: porque salieron triunfantes los mahometanos en los combates que se ofrecieron: bien que en la última se apoderó Luis de Matera, Venusa y Canosa, y fortificó estas plazas, con lo cual puso freno á las correrias de los enemigos en el principado de Benevento.

En 855 falleció el emperador Lotario, y repartió de esta manera sus estados entre sus tres hijos: á Luis, aunque era el mayor, dejó el reino de Italia, que ya poseia, y la corona impe-

rial: á Lotario, el segundo, dió la parte septentrional de los estados que tenia en Francia, esto es, la Frisia, la Lorena actual y parte de la Borgoña, y al tercero, que se llamaba Cárlos, el resto de Borgoña y la Provenza. El emperador Luis, aunque disgustado de este repartimiento, no quiso mover sus armas contra sus hermanos, cuando estaba empeñado en la guerra con los sarracenos; y se contentó con las ciudades y territorios de Ginebra, Lausana y Sion, que por un convenio le entregó su hermano Cárlos, rey de Provenza. Este príncipe, que gozaba de muy poca salud, falleció en 863, y sin dejar sucesion: y sus estados se repartieron entre sus dos hermanos, Lotario, rey de Lotaringia y el emperador Luis: éste adquirió la mayor parte de Provenza, y aquel lo restante de esta provincia y lo que le faltaba de Borgoña.

Sitio de Bari (870). Este año fue el mas glorioso de la vida militar de Luis II. Poniéndose al frente de un poderoso ejército, y ausiliado con las tropas de sus vasallos los señores de Benevento, Salerno, Cápua, Nápoles y de las ciudades de Calabria que estaban aun por los cristianos, las cuales le prestaron homenage de fidelidad abandonando al emperador de Constantinopla, de quien ni esperaban proteccion ni socorro, pasó el Aufido, derrotó completamente en tres batallas campales á los sarracenos, los obligó á encerrarse en Bari, centro entonces del poder de estos bárbaros en Italia, cercó esta plaza fortificada y defendida con la mayor in-

trepidez, y no cesó los asaltos hasta que se hizo dueño de ella á principios del año siguiente. Se apoderó tambien de Oria, ciudad marítima de mucha importancia en aquella costa.

En 869 habia muerto sin hijos su hermano Lotario, rey de Lotaringia, y sus tios Luis de Germania y Cárlos el Calvo, rey de Francia, dividieron entre sí sus estados, sin dar parte alguna de ellos al emperador Luis, heredero legítimo. Este príncipe ni pudo vengar la injuria ni reclamar con las armas su derecho, por tener entonces ocupadas todas sus fuerzas contra los mahometanos.

Conquistada Bari, movió su ejército contra Tarento, única ciudad que quedaba ya á los sarracenos en la península: el emperador Luis II meditaba despues de tomar á Tarento, pasar á Sicilia, quitar á los sarracenos esta isla, y dueño de toda Italia, fundar en ella una monarquía compacta y poderosa. Tan justas y lisonjeras esperanzas destruyó la insolencia de la emperatriz y de los franceses de su corte, combinada con el espíritu independiente de los duques italianos, descontentos del gran predominio que iba tomando el emperador.

Luis II era valiente, hábil político y bastante benigno para su siglo: pero su justo amor á Ingelberga, su esposa, rayaba en debilidad, y le permitió en el gobierno mas influjo del que merecia. Esta princesa, de cuyo origen nada cierto se sabe sino que era ilustre, pues fue su padrino de bautismo Luis de Germania, era

orgullosa, cruel y avarienta. Como seguia á su marido en todas las espediciones, puso su corte en Benevento, mientras Luis sitiaba la plaza de Bari. Allí manifestó su codicia, vendiendo empleos y sentencias por dinero, y su orgullo impertinente maltratando de palabras y aun de obra á las señoras mas principales de aquella ciudad, y tachando á sus maridos de *cobardes.* Los palaciegos de Ingelberga añadian á estos insultos, segun la costumbre, sus ignobles chanzas y sarcasmos. Adelgiso, que era entonces príncipe de Benevento, y que acompañaba con sus tropas á Luis, sabedor de lo que pasaba, juró vengarse, y coligándose con los demas príncipes lombardos, y con los duques de Nápoles, Espoleto y Camerino, hizo, con sus manejos secretos, que la mayor parte de las ciudades del Samnio y de la Apulia se sublevasen contra el emperador.

Esta rebelion inesperada obligó á Luis á abandonar el sitio de Tarento, que ya tenia muy adelantado, acometió á las plazas rebeldes, las sujetó con facilidad y las perdonó, repartió su ejército en guarniciones y se retiró á invernar á Benevento, donde tenia su corte, con el príncipe Adelgiso, de cuya traicion nada sabia. Tenia consigo pocas tropas, habiendo diseminado su ejército, ya por la comodidad de las subsistencias, ya para contener las ciudades que acababa de sujetar. Valióse Adelgiso de la ocasion; sitió á Luis en su palacio, y le hizo prisionero con su muger é hija: y no les dió libertad hasta que

le juraron bajo las mas terribles imprecaciones, que nunca procurarian vengarse de aquel desacato ni introducir tropas en el principado de Benevento. El emperador despechado se volvió á Lombardía.

Este suceso decidió la suerte de Italia. Lòs sarracenos, que habian hecho á Agrópoli centro de sus fuerzas en el mediodia, volvieron á infestarla. Los de Bari, no defendidos ya por Luis II, se entregaron á Basilio el macedonio, emperador de Constantinopla, hombre de mano y de consejo, cuyos generales se apoderaron de Agrópoli, vencieron en muchos combates á los mahometanos, y volvieron á poner la parte meridional de Italia bajo la obediencia del imperio griego. Pero el resultado mas funesto que produjo el atentado de Adelgiso, fue el atrevimiento que dió á los duques, condes y marqueses del reino de Italia para hacer independientes y hereditarios sus señoríos, á imitacion de lo que hacian los barones de Francia en la misma época, validos de las desavenencias entre los príncipes carlovingios y del gobierno débil de su rey Cárlos el Calvo.

Sitio de Salerno por los sarracenos de Africa (872). Los moros africanos, irritados de la pérdida de Bari, juntaron una poderosa armada, desembarcaron en la costa de Italia, y pusieron sitio á Salerno. Hallaron ya prevenido á Gaiferos, príncipe de esta ciudad, porque un moro, á quien en otro tiempo le habia hecho un beneficio, le advirtió con tiempo la empresa

que meditaban sus compatriotas: y así, aunque el ataque era terrible, la defensa no fue menos vigorosa. Pero á pesar de ella, la plaza hubiera caido en poder de los sitiadores, y con ella toda la provincia de Campania, si el emperador Luis II, olvidando la injuria recibida el año anterior, y atendiendo solo al peligro de Italia, no hubiese acudido con su ejército. Uno de sus cuerpos marchó á socorrer al mismo Adelgiso que le habia tenido preso, y en cuyos estados habian entrado ya los musulmanes; otro á Cápua, y él con el resto de sus tropas asaltó los cuarteles enemigos que sitiaban á Salerno. En todas partes fueron tan felices sus armas que el numeroso ejército africano quedó enteramente destruido. Esta señalada victoria habria restituido á Luis el imperio de Italia, á no haber fallecido tres años despues: príncipe, digno descendiente de Carlomagno, y el último de su dinastía que hizo respetable en Italia el nombre franco.

Al santo pontífice Leon IV sucedió en 855 Benedicto III: á éste en 858, Nicolao I: á éste en 867 Adriano II, cuyo sucesor fue Juan VIII en 872. El emperador Luis II, quiso, durante su reinado, hacer valedero el derecho ó el abuso de confirmar la eleccion de los papas, y aun intervino en ella. La corte de Roma, que miraba en él su protector nato contra los ataques de los sarracenos, le concedió como privilegio lo que él reclamaba como atribucion de la dignidad imperial: pero este privilegio no pasó á sus sucesores.

Cárlos II el calvo, emperador (875). Muerto Luis II sin sucesion varonil, los señores de Italia celebraron dieta general en Pavía para elegir rey: mas no se atrevieron á hacer la eleccion entre dos competidores tan poderosos como eran Carlos el calvo, rey de Francia, y su hermano Luis, rey de Germania: y así dejaron el nombramiento á la fortuna de las armas. Las de Cárlos fueron mas prontas ó mas numerosas, y la Italia y la dignidad imperial quedaron por suyas.

Al año siguiente falleció su hermano Luis, rey de Germania, dejando repartidos sus estados entre sus tres hijos Carlomano, Luis y Carlos, por sobrenombre el gordo. Al primero tocó la Baviera con la parte oriental de Germania; al segundo, la parte occidental: al tercero, la Suevia actual, llamada entonces Alemania.

Carlomano, rey de Baviera y de Italia (878). Dos años despues falleció en Pavía Cárlos el calvo, de veneno, segun se cree, á tiempo que su sobrino Carlomano, rey de Baviera, bajaba á Lombardía con poderoso ejército para disputar á su tio el cetro de Italia y la dignidad imperial. Volviéronse, pues, á dividir las coronas de Italia y Francia, quedando Carlomano rey de la primera, y sucediendo en ésta Luis II el tartamudo, hijo de Cárlos el calvo.

El reinado de Carlomano, príncipe enfermizo, fue muy corto y desgraciado por la turbulencia y osadía de los señores, que se aumentaba diariamente. Entre las calamidades que

sufrió entonces la cristiandad, no fue la menor haber caido en poder de los sarracenos de Sicilia la importante plaza de Siracusa, única que poseian los cristianos en aquella isla, y defendida heróicamente por tantos años,

Cárlos III el gordo, rey de Italia (879). Carlomano murió. Sus estados de Germania cayeron en poder de su hermano Luis, escepto la Corintia que dejó al célebre Arnolfo ó Arnoldo, hijo único y bastardo de Carlomano. En Italia fue su sucesor Cárlos el gordo, rey de Alemania, su hermano tercero, que se hallaba ya en Lombardía con su ejército, antes de que su antecesor muriese.

Este príncipe, célebre por haber consumado la ruina de los carlovingios, logró sin embargo reunir bajo su cetro el vastísimo imperio de Carlomagno. Dos años despues fue coronado emperador por el sumo pontífice, y heredó todos los estados que habian sido de su padre, esto es, la Germania oriental y occidental, y la Lotaringia, por muerte de su hermano Luis II de Germania: en 784 heredó el reino de Francia por fallecimiento de Carlomano, hijo y sucesor de Luis el tartamudo: pues aunque dejaba un hijo, que fue Cárlos el simple, se dudaba de la legitimidad del matrimonio de sus padres; y como era niño, fue pospuesto.

Cárlos III manifestó al mundo con cuanta facilidad destruye un príncipe flaco y descuidado la monarquía mas vasta. Los normandos asolaban el norte y occidente de su imperio; los sar-

racenos, la parte oriental y meridional. Los señores de los tres reinos, á saber: Francia, Alemania é Italia, hicieron hereditarios sus gobiernos, convertidos así en propiedades y señoríos territoriales: usurpacion que fue sancionada por el mismo emperador en el célebre capitular de Quierry. El establecimiento y consolidacion del sistema feudal produjo el señorío temporal de los obispos y abades, la ruina de los estudios, la mas grosera ignorancia y el predominio de la supersticion, no solo en el bajo pueblo reducido á la esclavitud del terruño, sino tambien en la clase de los señores, entregados esclusivamente al ejercicio de las armas en las guerras contínuas que se hacían unos á otros y contra los reyes.

De este caos político resultó 1.° el reino de Germania que Arnolfo, bastardo de Carlomano, quitó á su tio Cárlos el gordo: 2.° el reino de Arles, que usurpó Boson, yerno y privado del emperador Luis II, ausiliado por los duques y condes de aquel pais: 3.° el reino de la Borgoña Transyurana, que comprendia á Saboya y Suiza, usurpado por Rodulfo, duque de estas provincias, cuando murió Cárlos III: 4.°, en fin, la division de Italia entre varios señores, de los cuales los mas poderosos eran el marques de Ivrea al pie de los Alpes, el duque del Friul, el marques de Toscana, el duque de Espoleto, el marques de Camerino: los príncipes de Benevento y Salerno, el conde de Cápua y los duques de Nápoles, Gaeta y Amalfi. Estos señores de la parte meridional de Italia se hicieron va-

sallos del emperador de Oriente cuando decayó la potencia de los carlovingios.

Al pontífice Juan VIII sucedió en 882 Marino: á este, dos años despues, Adriano III, cuyo sucesor fue en 885 Estefano V. Estos papas no hicieron otra cosa durante sus reinados que implorar el socorro del emperador y de los príncipes cristianos contra los sarracenos: los cuales, favorecidos por las contínuas guerras que se hacian los señores de Nápoles, Cápua y Benevento, ocuparon un lugar muy fuerte en las orillas del Garellano, y se mantuvieron en él cuarenta años, saliendo desde aquella madriguera á robar y saquear las dos campañas de Roma y Nápoles. Recibian por la mar frecuentes refuerzos de Africa, y por el mismo conducto vendian los cautivos y el botin que juntaban en sus depredaciones.

Berengario, rey de Italia (888). Este año falleció Cárlos el gordo, y con él acabó la sucesion masculina de Carlomagno en Italia. Berengario, duque del Friul, y Guido, duque de Espoleto, descendian por hembras de aquel conquistador: el primero era hijo de Everardo, duque del Friul, y de Gisela, hija de Ludovico Pio: el entronque del segundo con la familia imperial, no es conocido. Estos dos señores, los mas poderosos de Lombardia, habian concertado entre sí, antes de que muriese Cárlos III, apoderarse el uno de Italia y el otro de Francia por el derecho de sus madres; y así, apenas falleció Cárlos, Berengario ocupó sin

dificultad el trono de Lombardia, y Guido pasó á Francia con todas sus fuerzas, creyendo fácil la conquista de aquel reino.

Berengario era esforzado capitan, rey clemente y bondadoso, hábil político: y se conservó en el trono muchos años, bien que acometido contínuamente de competidores, y espuesto á las invasiones de los wagros y úngaros, pueblo bárbaro de las orillas del Volga, que atravesando el Nieper pocos años antes, se habia establecido en la Pannonia, á la cual dió el nombre de Ungria, que aun hoy tiene, subyugando á los hunnos y ávaros que la poseian, é infestaba con sus correrias la Germania y la Italia.

El primero de los rivales de Berengario fue el mismo Guido, duque de Espoleto, que perdida la esperanza de reinar en Francia, porque los barones de este pais colocaron en el trono á Eudes, conde de París, y le sostenian contra las fuerzas de Arnolfo, rey de Germania, que favorecia á Cárlos el simple, descendiente en línea recta varonil de Carlomagno, se volvió á Italia, resuelto á ser rey de alguna parte, y peleó muchos años con vario suceso contra Berengario. Aumentóse su poderío, siendo nombrado emperador en 891 por el papa Estéfano v, que murió este mismo año, y tuvo por sucesor á Formoso i. Al año siguiente tomó Guido por colega en la dignidad imperial á su hijo Lamberto, el cual, despues de la muerte de su padre, acaecida en 894, continuó la guerra contra el rey

de Italia, ausiliado de Arnolfo, rey de Germania, que pensaba, aniquilando sucesivamente á los dos competidores, hacerse dueño de Lombardía. Todo era perversidad y flaqueza en aquel siglo de corrupcion y desventura.

En efecto, Arnolfo entró en Italia con poderoso ejército en 896, penetró hasta Roma, é hizo que el papa le coronase emperador. La infeliz Lombardía era asolada por dos emperadores y un rey. Pero Arnolfo se volvió á Germania, y perdió todas sus conquistas en la península, murió en 899 dejando por sucesor á su hijo Luis III, último rey de la familia carlovingia en Germania; y como el emperador Lamberto habia fallecido poco antes, Berengario quedó por algunos meses pacífico señor de su reino.

Batalla del Brenta (900). Cuando respiraba Italia de tantas calamidades, vino sobre ella la mayor de todas, que fue la invasion de los úngaros. Berengario, como capitan valeroso y hábil, marchó contra ellos con su ejército, los encerró junto á las orillas del Brenta y les cortó los víveres: pero embriagado con la esperanza de esterminarlos, no quiso dar oidos á la capitulacion, en que los bárbaros ofrecian restituir los cautivos y presa que habian hecho, evacuar á Italia y no volver mas á ella. Viéndose, pues, entre la hambre y el hierro de los enemigos, se les infundió el valor de la desesperacion: acometen de improviso los atrincheramientos italianos, á quienes cogen descuidados: apodéranse de los reales, hacen terrible carnicería,

pasan el Brenta, el Aelda y el Po, devastan y roban ciudades, campos y monasterios, y se vuelven al fin del año á Ungria, cargados con las riquezas de la Italia septentrional.

Los partidarios de Guido y de Lamberto, que despues de la muerte de estos príncipes se habian sometido á Berengario de mala voluntad, viéndole vencido por los úngaros, y quebrantadas sus fuerzas, le suscitaron un nuevo competidor. Este fue Luis, rey de Arles, hijo y sucesor de Boson, y nieto por su madre del emperador Luis II: pasó á Italia con su ejército, fue reconocido por muchos barones, al año siguiente fue coronado emperador, y disputó la corona de Lombardía á su rival hasta el año de 915, en que cansado de la guerra, renunció á sus derechos sobre Italia. Berengario obtuvo la dignidad imperial, y la mereció enviando un cuerpo numeroso de tropas, que reunido con los de Nápoles, Cápua, Salerno y Benevento, esterminó á los sarracenos del Garellano, y acabó con aquella madriguera de ladrones y piratas, que eran temor de las costas y de las provincias circunvecinas.

El mismo espíritu de ambicion y discordia, que dividia á los barones de Italia, empezó á difundirse en la nobleza y pueblo romano, muy concordes hasta los tiempos de Berengario en la eleccion de los sumos pontífices. Dividiéronse en dos partidos: uno, favorable á los príncipes de la familia carlovingia y á la autoridad de la santa sede: otro, que seguia la causa de Beren-

gario y que procuraba imponer límites á la dignidad pontificia. La funesta influencia de esta division se dejaba ver en las conmociones que habia á cada eleccion de papa, y en la política versatil de la corte de Roma, favoreciendo cada pontífice el partido que le habia elevado. El ejemplo de la capital cundió por las demas ciudades de Italia, de modo que en cada una hubo dos facciones opuestas, que con diversos nombres y con varios pretestos asolaron por muchos siglos aquel hermoso pais.

Al papa Formoso I, sucedió en 896 Bonifacio VI que solo reinó quince dias y á éste Estéfano VI de faccion contraria á la de Formoso, y favorable á Berengario. Al año siguiente, en que murió, le sucedió Romano, á quien sucedieron en 898 Teodoro II, que reinó veinte dias y Juan IX, que hubo de disputar la tiara al anti-papa Sergio, elegido por la faccion de Estéfano VI. Sucedióle el año 900 Benedicto IV: y á éste, tres años despues, Leon V, que despues de dos meses de pontificado, fue puesto en prision por Cristóforo, clérigo romano que usurpó la sede apostólica, el cual fue depuesto al año siguiente, y nombrado sumo pontífice Sergio III, el mismo que habia ya sido anti-papa en concurrencia de Juan IX. Reinó hasta 911 y tuvo por sucesor á Anastasio III á quien dos años despues sucedió Landon, y á éste en 914, Juan X, arzobispo de Ravena.

Desde principios del siglo X era dominante en Roma la faccion de Teodora, muger de

cuyo orígen nada se sabe, pero de costumbres livianas. Sucedióla en esta dictadura popular, y ridícula é ignominiosa para la nobleza romana, su hija María, llamada Marozia por los italianos, que tenia mucho talento, grande hermosura y costumbres semejantes á las de su madre: pero que no la impidieron casar con Alberico, marques de Camerino, y en segundas nupcias, con Guido, marques de Toscana: esto es, con los dos señores mas poderosos de la Italia central. A la influencia y predominio que tenia en Roma esta muger, se debió la eleccion del papa Juan: mas sean los que fuesen los medios de su elevacion, fue pontífice hábil y vigoroso: y las exhortaciones con que movió á Berengario á enviarle un cuerpo de ejército, y persuadió á los príncipes de Campania que renunciasen por algunos momentos á sus perpetuas guerras y discordias, debió Italia verse libre de los sarracenos del Garellano.

Berengario reinó con bastante tranquilidad hasta el año de 921: pero su destino era tener siempre competidores. Movióse contra él Rodulfo II, hijo de Rodulfo I, rey de la Borgoña Transyurana, que instigado por Adalberto, marques de Ivrea, aunque yerno del mismo Berengario, y por otros señores de su faccion, pasó á Lombardía y se apoderó de la corona. Tres años despues murió Berengario en Verona adonde se habia refugiado, asesinado por Flamberto, uno de los señores de su corte, y víctima de su clemencia: pues habiendo antes

descubierto el designio de aquel traidor, le perdonó generosamente, y le permitió con tan importuna misericordia consumar el crímen.

Rodulfo I, rey de Italia y de la Borgoña Transyurana (924). No gozó largo tiempo Rodulfo el fruto de su usurpacion. Habiendo fallecido Adalberto, marques de Ivrea, su viuda Ermengarda, hija del emperador Berengario, y tutora de su hijo, llamado Berengario tambien, se puso al frente de la faccion de su padre, y llamó á Lombardía á Hugo, duque de Provenza, que triunfó con facilidad de Rodulfo y le obligó á volverse á Borgoña, despues de reinar dos años en Italia.

Hugo, rey de Italia (926). Este fue uno de los hombres mas perversos que dominaron la Italia en aquel triste siglo. La ambicion, la avaricia, la deshonestidad y la perfidia reinaban en su corazon con igual fuerza. Despues de haber tomado por su compañero en el trono á su hijo Lotario, niño todavía, determinó en 932 pasar á Roma para hacerse dueño de aquella capital del mundo cristiano, la cual presentaba entonces el espectáculo mas estraordinario.

Juan X, que murió en 928, preso y quizá asesinado por orden de Marozia y de su segundo marido Guido de Toscana, sucedió Leon VI, que solo reinó siete meses. En 929 le sucedió Estéfano VII, y muerto éste en 931, fue elavado á la santa sede, Juan XI, hijo de Marozia y de su primer marido Alberico, marques de Camerino. Murió en este tiempo Guido, mar-

ques de Toscana, pero su viuda, que ya se habia apoderado de la mole Adriana ó Castillo de Santangelo, que era la ciudadela de Roma, dominando la nobleza y el pueblo por medio de su faccion, y el clero por el influjo que tenia sobre el pontífice su hijo, era la verdadera señora de la ciudad y del ducado romano.

El rey Hugo formó el estravagante proyecto de casarse con esta muger, para adquirir el dominio de Roma. Pero Marozia era su cuñada, porque su segundo marido era hermano de Hugo, de una misma madre, aunque de diferentes matrimonios. El rey de Italia, para libertarse de este obstáculo, persiguió y dió muerte á Lamberto, hermano de Guido, á quien habia sucedido en el marquesado de Toscana, y del mismo rey, alegando que se atribuia falsamente la calidad de hermano suyo. Cometida esta infamia, pasó á Roma de acuerdo con Marozia, dejó su ejército fuera de la ciudad, se introdujo en la ciudadela, y celebró sus bodas incestuosas con aquella furia. Esta maldad fue castigada con otra, quizá mayor. Alberico, hijo de Marozia, de su primer matrimonio y hermano entero del papa Juan XI, conmueve el pueblo romano, tomando por pretesto las maldades de Hugo y su execrable casamiento, sitia el castillo de Santangelo, obliga al rey de Italia, que no era valiente, á huir á su corte Pavía, pone en una prision á su madre, usurpa el título de príncipe de Roma, y con él dominó tiránicamente por muchos años á la santa sede,

á la ciudad y á los estados pontificios. Hugo fue contra él algunas veces con su ejército: pero siempre volvió vencido.

El rey de Italia tenia los derechos de Berengario, marques de Ivrea y nieto del emperador del mismo nombre, y empezó á ponerle asechanzas. Berengario huyó á Germania, donde habiendo reunido algunas tropas, volvió á Lombardía. El odio al tirano fue su mas poderoso ausiliar. Toda Italia se declaró en su favor, Recobró su marquesado, y Hugo huyó á sus estados de Provenza, cargado de los tesoros que habia reunido y de las maldiciones de Lombardía. Al año siguiente falleció.

Lotario, rey de Italia (947). Este príncipe estuvo tres años en el trono, pero no reinó: el verdadero poder estaba en manos de Berengario, marques de Ivrea. Lotario murió en 950 envenenado por orden del marques, segun dice Luitprando, historiador contemporáneo, pero satírico y calumniador.

Berengario II y Adalberto, reyes de Italia (950). Los señores lombardos celebraron dieta en Pavía, y nombraron reyes de Italia á Berengario y á su hijo Adalberto que era niño. Berengario mostró los mismos vicios que su antecesor Hugo. Era suspicaz y cruel, y aumentábase el odio que inspiró á los italianos, con la avaricia insaciable de su muger Gila, que vendia los empleos y la justicia.

El primer acto del reinado de Berengario fue la causa de su ruina y de la dominacion de

los alemanes, en Italia. Adelaida, viuda de Lotario, poseía todas las prendas que pueden embellecer á una señora, juventud, hermosura y honestidad. Receloso del partido que podia reunirse á ella para vengar la muerte de su esposo, ó de las riquezas é influjo que pasando á segundas nupcias podia dar á su nuevo marido, la mandó encerrar en una isla del lago de Garda, privándola de toda comunicacion y no permitiéndola tener mas que una sirviente. Pero las dos mugeres, con el ausilio de un sacerdote, lograron escaparse de la isla, y buscaron asilo en el palacio del obispo de Reggio, antiguo valido de Lotario, el cual las recomendó á Azo, señor de Canosas y feudatario del obispo. En esta fortaleza estuvo oculta Adelaida, sin que Berengario pudiese saber su paradero.

Hemos dicho que Luis III de Germania sucedió á su padre Arnolfo en aquel reino. En él se estinguió la rama germánica de los carlovingios, y despues de su muerte nombraron sucesivamente los barones por reyes á Conrado I, duque de Franconia, á Enrique I, duque de Sajonia, y á su hijo Oton, llamado el grande por sus hazañas y victorias. Llegó á este príncipe, cuando ya estaba viudo de su primera muger Edita, no solo la fama de las prendas é infortunios de Adelaida, sino tambien las súplicas y proposiciones de ella misma para que la librase del manifiesto peligro en que se hallaba.

Oton pasó á Italia con su ejército en 952, venció facilmente á Berengario, tomó á Pavía, donde vino á buscarle desde el asilo de Canosa la bella Adelaida, la recibió por esposa, y se volvió á Alemania, imponiendo obligacion á los reyes de Italia de presentarse en la dieta de Ausburgo para decidir su suerte. En ella se resolvió que conservasen su reino como feudatarios de los reyes germánicos, escepto el ducado del Friul, es decir, todo el pais comprendido entre los Alpes Julios y el Adige, el cual quedó en poder de Oton.

Dos años despues murió Alberico, el tirano de Roma, que habia subyugado no solo á su hermano el papa Juan XI, sino á sus sucesores inmediatos, que fueron Leon VII en 936, Estéfano VIII en 939, Marino II en 941 y Agapito II en 946. En el poder y tiranía de Alberico sucedió Octaviano su hijo, el cual, habiendo fallecido Agapito en 956, solicitó y obtuvo, á pesar de su corta edad, la dignidad pontificia, volviendo á unir de esta manera la potencia temporal de Roma con la espiritual. Al ascender á la silla pontificia, mudó su nombre y tomó el de Juan; ejemplo que despues han seguido los papas. Deseando recobrar el exarcado, que Hugo, rey de Italia, habia quitado á Alberico su padre, y que retenian injustamente los reyes Berengario y Adalberto, se quejó de ellos á Oton, y le convidó á pasar á Roma á recibir la corona imperial, vacante desde la muerte del primer Berengario.

y libertó de sus terribles correrías á Alemania é Italia: intervino como mediador poderoso en la guerra que hacian los duques de París á los últimos carlovingios por la corona de Francia: conquistó el reino de Italia, é hizo vasallos de la corona imperial á los príncipes de Benevento, dependientes mucho tiempo habia del imperio de Constantinopla: peleó con vario suceso contra los griegos de Pulla y Calabria, que por su mal, y para desventura de aquella parte de Italia, habian llamado en su ausilio á los sarracenos de Sicilia y Africa: en fin, obtuvo el título de grande, que ningun emperador desde Carlomagno hasta él logró y mereció, y que la posteridad le ha confirmado.

Oton II el rojo, emperador (973). Sucedióle su hijo Oton II, por sobrenombre el rojo, que ya era su colega en el imperio, y habia sido coronado y ungido por el papa Juan XIII en 967. Al año siguiente hubo de pasar á Roma, donde Bonifacio, que era cardenal diácono (llamábanse cardenales los principales ministros de las parroquias de Roma), hombre poderoso y malvado, habia preso y dado muerte en la prision al sumo pontífice Benedicto, y usurpado la santa sede. Este mónstruo huyó al acercarse las tropas imperiales, y fue elegido papa Donno II, á quien sucedió en 975 Benedicto VII.

Oton II sostuvo guerra contra los reyes de Francia por la posesion de Lorena. Despues que hubo terminado á satisfaccion suya esta lid, volvió á Italia llamado por el sumo pontí-

fice para luchar contra las facciones, atrevidas en su ausencia. Reprimiólas con tanta crueldad, que se le ha atribuido haber dado muerte en el banquete de bien venida que celebró en Roma, á un gran número de príncipes y barones de aquella ciudad. Movió despues guerra contra los sarracenos de Calabria y Pulla, pero con suceso infeliz: pues en una batalla campal que les dió, fue vencido tan completamente, que para librarse de los enemigos hubo de arrojarse en su caballo al mar, que estaba cerca del campo de batalla, y buscar asilo en un buque griego, donde quedó prisionero. Su presencia de ánimo le libertó tambien de este nuevo peligro: pidió al capitan del bajel permiso para enviar un mensagero á la emperatriz su esposa que estaba en Rosano; la cual, decia, dará al punto un cuantioso rescate. El capitan condescendió y se acercó á la playa de Rosano. La emperatriz, advertida de lo que habia de hacer envió muchas barcas con caballerías cargadas, al parecer de riquezas considerables, y cuyos marineros eran soldados disfrazados. Apenas estuvieron junto al navío, Oton que se habia puesto en el bordo, se arrojó al mar. Un griego quiso detenerle por el vestido: pero un soldado de las barcas le atravesó con su chuzo. El emperador, protegido por los soldados de aquellas lanchas, que contuvieron y entretuvieron á los griegos, llegó nadando á la ribera. Al año siguiente murió este príncipe.

Oton III, emperador (983). Poco antes

de la muerte de Oton II, falleció Benedicto VII, y fue elevado á la silla pontificia Pedro, obispo de Pavía, con el nombre de Juan XIV. Oton III, hijo de Oton II, quedó de muy corta edad; y aunque fue reconocido y jurado rey en Alemania é Italia, tuvo competidores que le disputaron la corona germánica. Pero los regentes del reino por su vigor y fidelidad lograron vencer á los rebeldes y ponerle en pacífica posesion del trono.

Entretanto el anti-papa Bonifacio, que estaba refugiado en Constantinopla, apenas supo la muerte de Oton II y las revueltas de Alemania en la menor edad de su sucesor, volvió de secreto á Roma, reunió su partido, se hizo dueño de la ciudad y repitió en Juan XIV el mismo crímen que habia cometido con Benedicto VI, esto es, le puso en prision, y le hizo morir de hambre ó de veneno. Pero la tiranía de este parricida duró poco: al año siguiente (985) murió de un accidente repentino, y fue elevado á la silla pontificia Juan XV, que reinó, atormentado siempre por la faccion contraria, cuyo gefe era Crescencio, cónsul de Roma, hasta su muerte que se verificó en 996. Sucedióle Gregorio V, que en el mismo año coronó emperador á Oton III. Este príncipe, arregladas las cosas de Alemania, habia pasado á Italia á reprimir los partidos de las ciudades, mas atrevidos é insolentes que nunca por la larga vacante del trono imperial.

Oton III citó á su tribunal á Crescencio y á

sus partidarios; y por los artificios de Juan, obispo de Placencia y amigo del cónsul, cometió el yerro de perdonarle. Pacificada, á su parecer, la Italia, se volvió á Alemania donde le llamaba la guerra que los esclavones movian al imperio. Apenas cesó en Roma el temor que su presencia inspiró, se apoderó Crescencio, del castillo de Santangelo, echó de la ciudad al sumo pontífice Gregorio que se refugió á Pavía, se apoderó del supremo gobierno temporal reconociendo vasallage al emperador de Constantinopla, elevó al trono pontificio al obispo de Placencia, su cómplice y protector, mandó prender á los legados que le enviaron el papa y el emperador, y gobernó como déspota. Su tiranía duró año y medio. Oton volvio á Italia en 998, sitió y tomó la ciudadela de Santangelo, hubo á las manos á Crescencio y al antipapa, castigó al primero con el último suplicio; y al segundo le cortó el populacho la lengua y las narices y le sacó los ojos antes que llegase á la presencia del emperador, temiendo que este príncipe le perdonase.

Al año siguiente falleció Gregorio v, y tuvo por sucesor, con el nombre de Silvestre II, al célebre Gilberto, arzobispo de Reims y despues de Ravena, uno de los hombres mas sabios de su siglo. Oton III falleció en 1002, de consuncion, causada, segun se dice, de unos guantes envenenados que le dió la viuda de Crescencio, á la cual imprudentemente habia tomado por concubina, y que se valió de la ocasion que

le proporcionaba el trato íntimo con el monarca para vengar la muerte y suplicio de su marido. No dejó hijos y le sucedió Enrique II, duque de Baviera, biznieto, como Oton III, de Enrique el pajarero, y nieto de Enrique, primer duque de Baviera de la dinastía de Sajonia, y hermano de Oton el grande.

Enrique II el santo, emperador (1002). Entretanto los señores de Italia, cansados del yugo aleman, celebraron dieta general en Pavía, y elevaron al trono á Arduino, marques de Ivrea, capitan esforzado, hábil político, pero hombre violento y que no supo grangear el afecto de los pueblos, por lo cual muchos barones solicitaron á Enrique, cuando ya tuvo bien segura en sus sienes la corona de Germania, á pasar á Italia. Vino, pues, con poderoso ejército el año de 1004, y se apoderó con facilidad de Pavía, Milan y mucha parte del reino. Arduino, que por la desigualdad de sus fuerzas, no podia sostenerse en campaña, se retiró á Turin: y apenas Enrique volvió á Alemania donde se habia levantado contra él Boleslao, rey de Bohemia, entró en Pavía, pueblo enemigo de los alemanes: mas no pudo tomar á Milan que les era adicto: de donde nació cruel odio y hostilidades contínuas entre estas dos ciudades. El papa Silvestre II murió en 1003 y le sucedió Juan XVII. Este número se le dá en la historia, aunque debiera ser XVI, sin duda porque los historiadores y los pueblos contaron entre los pontífices al anti-papa Juan, obis-

po de Placencia, que disputó la santa sede á Gregorio v. Juan xvii reinó solo algunos meses y le sucedió Juan xviii: á éste en 1009 Sergio iv, que vivió hasta 1012, y tuvo por sucesor á Benedicto viii. Arrojado de Roma este sumo pontífice por una faccion, pasó á Alemania á implorar el ausilio de Enrique ii y á convidarle á venir á Italia á recibir la corona imperial. En efecto, en 1014 hizo su segunda espedicion á Italia, recobró á Pavía y otras plazas, pasó á Roma y fue proclamado emperador.

Pero no pudo subyugar enteramente á Arduino, el cual conservó mucha parte de Lombardía y el título de rey hasta el año siguiente en que falleció. La lid contínua que sostuvo contra los alemanes, despertó en las ciudades lombardas el espíritu militar, y empezaron á hacerse guerra unas á otras, acaudilladas las tropas, primero por los barones, que eran señores suyos, y despues por sus magistrados municipales: que ya se deja entender, que habiendo en cada ciudad dos facciones, como ya hemos dicho, habituadas á pelear entre sí la prepotencia feudal debia caducar tarde ó temprano.

Las primeras ciudades de Italia, que se hicieron independientes y adoptaron el régimen republicano, fuera Génova y Pisa. Estimuladas por el ejemplo de Venecia, que se habia engrandecido por el comercio y acababa de conquistar la Dalmacia y otras provincias en la

playa oriental del Adriático, construyeron buques, crearon numerosa marina mercantil, y se hicieron poderosas en el mar Tierreno, como los venecianos lo eran en el golfo de Venecia. Luca era tambien entonces ciudad independiente, y se cita una batalla entre luqueses y pisanos dada en tiempo del emperador Enrique.

Mas célebre fue la espedicion de pisanos y genoveses contra Morgante, rey sarraceno de Cerdeña, que infestaba las playas de Italia, y habia saqueado á Luna, ciudad de Liguria. Los dos pueblos unieron sus fuerzas en 1016, con el ausilio que les envió el papa Benedicto VIII, destruyeron la armada mahometana, invadieron y conquistaron la isla que quedó por los pisanos, y auyentaron á Morgante al Africa.

Pero otra potencia mayor, nacida de pequeños principios, iba echando raices en el mediodia de Italia. En el año 1016 habiendo desembarcado un cuerpo de sarracenos de Sicilia en la ribera de Salerno, sitiaron esta plaza. Hallándose en ella algunos caballeros normandos que volvian de la peregrinacion de Jerusalen, tan comun en aquel tiempo, ofrecieron sus servicios á Guiomario, príncipe de Salerno, é hicieron tales hazañas que los mahometanos, vencidos en muchas salidas hubieron de retirarse. Al año siguiente, otros caballeros de la misma nacion, ausiliaron á Melo, ciudadano de Bari, enemigo de los griegos, y que deseaba libertar la Pulla del yugo de los emperadores de Oriente: dieron batalla al *Catapan* que era

el gobernador que la corte de Constantinopla enviaba á aquella provincia, y le vendieron. Otras dos victorias señaladas alcanzaron peleando contra los griegos, pero fueron derrotados todos en una cierta batalla dada junto á Cánnas. Melo murió, y los normandos, reforzados incesantemente con los aventureros que llegaban de su pais, ofrecieron sus servicios á todos los príncipes de Italia que peleabàn contra los griegos de Pulla y los sarracenos de Calabria. Con el ausilio de aquellos esforzados guerreros tomó el emperador á Troya, ciudad muy fuerte de la Pulla, en la espedicion que hizo á Italia el año de 1022. Dos años despues murió este escelente príncipe, colocado por la iglesia en el número de los santos, en Alemania, adonde habia vuelto despues de la espedicion de Italia. No dejó sucesion, y en él se estinguió la dinastía sajona de los reyes germánicos. El mismo año falleció el pontífice Benedicto VIII, y le sucedió Juan XIX

Conrado II el sálico, emperador (1024). Los señores y obispos de Alemania celebraron en Wormes dieta general para la eleccion de rey, y dieron la corona á Conrado duque de Franconia, y biznieto de Lutgarda, hija de Oton el grande. Llamóse el Salico, porque el rio Sala bañaba los estados patrimoniales de su familia. Este príncipe se distinguió por su valor, justicia y clemencia. Tuvo guerra con los duques de Lorena, que pretendian la posesion de la Borgoña Transyurana, agregada al reino ger-

mánico, y calmó con su prudencia y vigor las agitaciones que durante su reinado se movieron en Alemania y en Italia.

Hizo dos espediciones á Roma: la primera en 1027, á recibir la corona imperial, de manos de Juan XIX, y á sosegar las alteraciones de Lombardía, cuyos señores, antes de recibir un rey aleman, ofrecieron la corona á Roberto, rey de Francia, y á Guillermo, duque de Aquitania, y que la rehusaron prudentemente. Al fin, por las esportaciones de Eriberto, arzobispo de Milan, y el mas poderoso baron de Lombardía, se convinieron todos en someterse á Conrado. La ciudad de Pavía hizo mas resistencia que las demas, y solo se rindió cuando ya el emperador se volvía á Alemania. En esta espedicion hubo rencillas sangrientas, en Ravena y en Roma, entre las tropas alemanas, indisciplinadas, feroces y dadas á la embriaguez, y la plebe de aquellas ciudades, sediciosa y acostumbrada á la licencia. La prudencia y moderacion de Conrado sosegó entrambos tumultos: pero el odio contra los alemanes, originado de la oposicion de caracteres y costumbres, aumentaba sin cesar en Italia.

La segunda espedicion de Conrado á su reino de Lombardía, fue en 1036, llamado por la guerra cruel que hacian en este pais las milicias feudales, favorecidas de algunos nobles, al arzobispo de Milan y á otros señores poderosos. Eriberto, despues de varios combates se habia encerrado en Milan, donde le tuvie-

ron sitiado sus enemigos hasta que llegó el emperador. Este príncipe oyó las quejas que sus adversarios daban contra el arzobispo, y reputándolas por justas, mandó prenderles. El pueblo de Milan, que le amaba por sus eminentes cualidades, clamó contra la arbitrariedad del monarca. Eriberto huyó de la prision, volvió á Milan y puesto al frente de su pueblo, resistió á Conrado; al fin este negocio desagradable concluyó por una transacion. Durante la mansion del emperador en la ciudad de Parma, se repitieron las mismas rencillas entre el pueblo y la tropa que habian ensangrentado á Ravena y á Roma. Dos años despues falleció el emperador en Alemania, cuando ya estaba de vuelta de su segunda espedicion á Italia.

Al papa Juan XIX sucedió en 1033 Benedicto IX, pontífice censurado de todos los historiadores por su avaricia y pésimas costumbres. Debió su eleccion á las grandes sumas de dinero que prodigó á los romanos del pueblo para ganar sus votos.

En el reinado de Conrado el Sálico se aumentó considerablemente la fama y el poder de los normandos en Italia. En 1027 les permitió el emperador habitar en la frontera del ducado de Benevento para que lo defendiesen contra los griegos de la Pulla. En 1029, Rainulfo, caudillo de los normandos, ausilió á Sergio, duque de Napoles, para que recobrase esta ciudad, que le habia quitado Pandolfo, príncipe de Capua: y recibió en premio un territorio

fértil, aunque pequeño, donde edificó la ciudad de Aversa, y tomó el título de conde de ella: primera soberanía que los normandos tuvieron en Italia. En 1030 se aumentó este pequeño estado con algunas fortalezas dependientes del monasterio Monte Casino, que les dió Pandolfo, príncipe de Capua, á cuyo favor militaban entonces. En 1038 dió el emperador Conrado á Rainulfo la investidura de Aversa: y el mismo año pasaron á Sicilia normandos y lombardos de Benevento á las órdenes de Arduino, capitan italiano, y á sueldo del emperador de Constantinopla, para hacer guerra á los sarracenos. Distinguíase entre los normandos Guillermo, por sobrenombre Fierabras, ó *brazo de hierro*, hijo de Tancredo de Hauteville, caballero de Normandía, célebre por su numerosa y valiente descendencia. Jorge Maniaes, general de los griegos, con ausiliares tan esforzados, consiguió señaladas victorias de los sarracenos, y se apoderó de gran parte de Sicilia.

Al mismo tiempo nació en la parte septentrional de Italia una potencia, destinada á crecer en ella y ser custodia de los Alpes y árbitra por muchos años de su destino. Humberto, por sobrenombre *el de las manos bellas*, conde de Maurienne, era uno de los barones menos poderosos del reino de la Borgoña Transyurana; y cuando el emperador Conrado conquistó aquel pais y lo agregó al reino germánico, Humberto peleó valerosamente bajo sus estandartes, y en premio de sus servicios recibió, concluida la guerra, el

Chablais, el Valais, y la ciudad de san Mauricio. De este príncipe desciendè la ilustre casa de Saboya.

Enrique III el negro, emperador (1039). Al emperador Conrado II sucedió sin dificultad en el reino de Germania su hijo Enrique III, por sobrenombre el negro, á causa del color de su barba. Conrado, ántes de volver á Alemania de su segunda espedicion á Italia, habia encargado á los señores de Lombardía que hiciesen guerra á Eriberto, arzobispo de Milan, á quien aborrecia porque no pudo subyugarlo. Eriberto no se amedrentó por la temible liga formada contra él: puso en armas su pueblo, é inventó la célebre *carroza* de Milan; ésta era un carro sobre el cual tremolaba el estandarte de la ciudad, y que los milaneses respetaron muchos años como su principal insignia militar y vaticinio de la victoria. Despues de varios choques entre las tropas de los señores y del arzobispo, llegó á Italia la noticia de la muerte de Conrado. Habiendo cesado el impulso que daba este príncipe á los enemigos de Eriberto, hicieron la paz con él, y Enrique III fue jurado rey de Lombardia.

Dos años mas tarde se encendió una nueva guerra entre los nobles y la plebe de Milan, originada del desprecio y mal tratamiento de los primeros. Fueron echados los nobles de la ciudad por los artesanos y jornaleros, despues de una sangrienta batalla, y ausiliados de la gente de sus estados la pusieron sitio, que duró

hasta el año 1044, en que el temor de los alemanes que se preparaban para pasar á Italia, los obligó á amistarse. En esta guerra, que costó mucha sangre, inútilmente derramada, no tomó parte alguna el arzobispo Eriberto.

En el mismo año fue arrojado de Roma el pontífice Benedicto IX: cansados el clero, pueblo y nobleza de sus maldades é injusticias; y fue puesto en su lugar, contra los cánones, el obispo de Sabina, que tomó el nombre de Silvestre III. Pero restituido Benedicto al trono, despues de tres meses, cometió un atentado inaudito en los anales de la iglesia, y fue abdicar su dignidad, vendiéndola á Juan Graciano, arcipreste de Roma, que tomó el nombre de Gregorio VI, en una gran suma de dinero. Gregorio gobernó dos años la iglesia, mejor de lo que podia esperarse de la simonía con que se habia elevado á la santa sede. Pero el escándalo era muy grande para que pudiese tolerarse. En 1046 pasó Enrique VII á Roma, se convocó un concilio que declaró depuestos á Benedicto, Silvestre y Gregorio, y fue elegido papa Suidgero, obispo de Bamberg, que tomó el nombre de Clemente II, y coronó emperador á Enrique. Á este sucedió Dámaso II en 1048, á este Leon IX en 1049, cuyo sucesor fue en 1055 Victor II. Todos estos papas promulgaron, de acuerdo con el emperador, leyes severas contra la simonía que era la peste de la iglesia en aquel siglo, y concedieron á Enrique mas influencia que tuvieron sus antecesores en la eleccion de los obis-

pos de Roma. Dos causas contribuyeron á esta variacion: 1.ª la esperiencia y el escarmiento de las elecciones populares, espuestas siempre á la violencia de los partidos: 2.ª el influjo que tenian los emperadores en el nombramiento de los demas obispos: pues, ya por fuerza, ya por convencimiento, se habia establecido la costumbre de que el pueblo y el clero nombrasen tres ó cuatro candidatos, y el príncipe eligiese entre ellos; y aun muchas veces sucedió no hacer caso de la propuesta y nombrar fuera de ella. Enrique III falleció en 1056. Fue príncipe justo y muy atento á remediar los males y desórdenes que affligian la iglesia.

En su reinado se hicieron dueños los normandos de casi todo el mediodia de Italia. Habian ausiliado fielmente al patricio Jorge Maniaces, gobernador de Sicilia por el imperio de Constantinopla, á quebrantar las fuerzas de los sarracenos, en las campañas de 1038 y 1039: pero cuando pidieron la parte de botin que les pertenecia, el orgulloso griego los despreció y maltrató de obra y de palabras á Arduino, caudillo de los normandos y lombardos que militaban en el ejército imperial. El prudente italiano disimuló, pasó al continente con los suyos en 1040, y ausiliado de Rainulfo, conde de Aversa, hizo guerra cruel á los griegos de Pulla. Tomó y fortificó la ciudad de Malfi, y se apoderó de Venusa, Ascoli, Lavillo y Bari: y en 1041 dió una gran rota á los enemigos junto al rio Lavento. Los normandos que se

habian separado de él y elegido por capitan á Atenolfo, hermano del príncipe de Benevento, vencieron en otra batalla, dada junto á Cánnas, al catapan Dulciano. Al año siguiente se hicieron dueños de toda la Pulla, y la repartieron entre los gefes principales: Guillermo Fierabras fue conde de Matera, y su hermano Drogon, de Venusa. Este guerrero se apoderó de Benevento en 1045 y la saqueó. Los normandos peleaban, ya en favor, ya en contra de los otros príncipes, atentos siempre á estender su dominacion y ganar botin.

Drogon, nombrado conde de Pulla despues de la muerte de su hermano Fierabras, y Rainulfo, conde de Aversa, recibieron la investidura de sus estados, del emperador Enrique III de 1047. Drogon murió asesinado en 1051, y le sucedió su hermano Unfredo. Dos años despues se vió en gran peligro el naciente señorío de los normandos: porque el pontífice Leon IX, indignado de la crueldad y avaricia con que devastaban la Italia, marchó contra ellos con poderoso ejército, compuesto en gran parte de italianos y de algunos cuerpos alemanes. Los normandos eran pocos en número; pero tenian por caudillos á Unfredo, conde de Pulla, á Ricardo, conde de Aversa y sucesor de Rainulfo, y á Roberto Guiscard, ó *astuto*, hermano de Unfredo. La batalla se dió en Civitella: las tropas pontificias fueron completamente derrotadas, y el papa Leon quedó prisionero. Los normandos se postraron á sus pies, pidieron y

obtuvieron su bendicion, hicieron paces con él, y le dejaron volverse libre á Roma. Esta victoria consolidó su imperio en aquellos paises: despues de conquistada toda la playa del Adriático hasta Otranto, Roberto Guiscard empezó á hacer guerra á los sarracenos de Calabria y estendió en gran manera por aquella parte el señorio de su nacion.

Enrique IV, emperador (1056). A Enrique III sucedió en los reinos de Germania é Italia, su hijo Enrique IV en menor edad. Las conmociones civiles que, mientras fue niño, agitaron á Alemania, y la frecuente variacion de regentes y ayos que tuvo, los mas de ellos ambiciosos é inmorales, en fin, la ternura imprudente de su madre la emperatriz Inés, depravaron hasta tal punto su carácter, que cuando fue mayor, ninguna prenda tuvo de buen hombre ni buen rey sino el valor y la pericia militar. Fue disoluto, tirano y perseguidor de las dos mugeres que tuvo, codicioso de dinero, despreciador de las leyes, disimulado y pérfido. En su largo reinado ni gozó un momento de tranquilidad, ni lo dejó gozar al mundo cristiano.

Pero su culpa mas notable y la que fue causa de todos sus infortunios fue la manifiesta y vergonzosa Simonía con que daba las investiduras de los obispados, abadías y demas beneficios eclesiásticos. Por conservar este minero inmundo de riquezas para él, de perversion y escándalo para la iglesia, persiguió á los su-

mos pontífices, creó un anti-papa, favoreció las discordias intestinas de los romanos, abrasó con guerras civiles á Italia y Germania, y acabó solo, despreciado y perseguido por su mismo hijo.

Al pontífice Victor II sucedió en 1057 Estéfano IX, y á éste en 1058, Benedicto X, cuyo sucesor fue al año siguiente Nicolás II, el cual estableció por decreto en un concilio de ciento trece obispos, celebrado en la basílica de San Juan de Letran, que la eleccion de papa fuese hecha principalmente por los cardenales, y despues por el restante clero y pueblo de Roma, *Salva*, dice, *la reverencia debida á Enrique, rey de Germania*, *que ha de ser emperador*, *y á sus sucesores*, *que pidiesen ser agregados á este derecho de eleccion.* De este decreto consta, que la dignidad imperial, dependiente en los siglos anteriores de la voluntad de los sumos pontífices, se miraba ya como unida á la de rey de Germania, y que en este concilio se restringió el derecho de confirmar el nombramiento de los papas que se habia atribuido Oton el grande en su segunda espedicion á Roma. Á Nicolás II sucedió en 1061 Alejandro II, en cuyo pontificado empezaron á conocerse los vicios del emperador Enrique IV ya en su mayor edad, y el celo y las virtudes austeras del cardenal Hildebrando que bajo los papas Nicolás II y Alejandro II, fue, por decirlo así, el alma y director de todos los negocios eclesiásticos. Entonces, pues, empezó la oposi-

cion de Roma á las pretensiones de Enrique.

Entretanto Roberto Guiscard, conde de Pulla, y su hermano Rugero continuaban felizmente las conquistas contra los griegos y sarracenos de Pulla y Calabria. Estos príncipes, segun la costumbre del tiempo, cedieron á la santa sede, no solo los estados que poseían, sino tambien la Sicilia, cuya conquista meditaban, y los volvieron á recibir de ella en feudo y vasallage. De este modo aseguraban su poderio en el mediodia de Italia, y nada perdian del poder verdadero, pues el reconocimiento del señorío supremo en los sumos pontífices era mas bien honor que cesion de soberanía. Al año siguiente completaron los normandos la conquista de la Calabria, tomando á Regio, y en 1061 empezaron la de Sicilia, con tanta felicidad que despues de treinta años de guerra, en que derrotaron con pocas fuerzas ejércitos numerosos de sarracenos y se apoderaron de plazas muy fuertes, pusieron fin al imperio de aquellos bárbaros en la isla, y Rugero tomó el título de conde de Sicilia, pero reconociendo vasallage á Roberto, su hermano mayor. Este, arrojados los griegos de Italia, los persiguió en el mismo territorio de su imperio, é hizo guerra y venció junto á Durazo, ciudad de Albania, al emperador Alexis I: mas la muerte le atajó en medio de sus victorias, y sus espediciones á Grecia no produgeron resultado alguno. Sucediole su hijo Rugero en el ducado de Pulla y Calabria, y Bohemundo, aunque hijo ma-

yor, solo obtuvo el principado de Tarento. Pero estos hechos, que hemos descrito con estension en la historia del imperio de Oriente, fueron posteriores á la época de que hablamos ahora.

Pontificado de Gregorio VII (1073). A Alejandro II sucedió en la silla de san Pedro, el cardenal Hildebrando que tomó el nombre de Gregorio VII. Este hombre, el primero de su siglo, no solo por sus eminentes virtudes cristianas y morales, sino tambien por sus grandes miras políticas, conoció mejor que nadie el espíritu y las necesidades de la sociedad de su tiempo, y se dedicó á satisfacerlas.

Destruido el principio legal que regia la sociedad civil, en los últimos años del imperio, con la invasion de los bárbaros en el occidente, se estableció el de la conquista, esto es, el de la fuerza y la violencia: y los pueblos fueron gobernados, no para el bien de ellos, sino para el de los conquistadores. El cristianismo fue la única máxima moral que quedó en pie, y así sus leyes y preceptos vinieron á ser principios de derecho civil y político. Los obispos, abades y sacerdotes llegaron á ejercer autoridad muy superior á la de los señores temporales, porque eran mas instruidos y virtuosos. Carlomagno sancionó esta autoridad y la dió sus verdederos límites. Pero en los siglos IX y X decayó su dinastía, y se estableció el régimen feudal, y los señores eclesiásticos participaron hasta cierto punto de la corrupcion y perversidad que era

propia del feudalismo, sistema tiránico y al mismo tiempo anárquico. Por otra parte, la autoridad temporal de los eclesiásticos no era compacta, porque no tenia centro fijo que le diese su carácter propio y que la hiciese obrar con independencia. Los prelados, como señores feudales, se asimilaban á los demas barones, y como ellos, cometian muchos obispos y abades graves desórdenes; entre los cuales los mas notables eran en aquellos siglos bárbaros el concubinato y la simonía. La obra de la civilizacion europea, empezada por la introduccion del principio cristiano en el gobierno, y continuada por Carlomagno, iba á perecer.

Los papas, que habian adquirido señorío temporal en Roma y en el centro de Italia por el abandono de los emperadores de Oriente, por el valor con que defendieron á los romanos, primero contra los lombardos y despues contra los sarracenos, y en fin por las donaciones de Pipino y Carlomagno, se habian hallado, desde este emperador, sometidos en cierto modo á los diversos príncipes ó tiranos, que mandaron en Lombardía, y lo que era peor, á las sediciones del pueblo de Roma. Oton el grande libertó la santa sede de estos peligros: mas la sujetó á su autoridad; y aunque es bien notorio que sus sucesores hasta Enrique II inclusive se aprovecharon de ella para corregir abusos y mejorar las costumbres y la disciplina, siempre era cierto que la prepotencia imperial no permitia al principio cristiano desenvolver todos los frutos

de civilizacion que llevaba en su seno; esto es, no permitia la *moral* que triunfase de la *fuerza*. Un mal príncipe podia en un corto número de años destruir la obra benéfica de sus antepasados. Este mal príncipe fue Enrique IV.

Gregorio VII emprendió la grande obra de poner libre y espedita la autoridad de la iglesia de Roma, reunir á ella como centro de unidad y jurisdicion católica las facultades y poderes temporales que ejercian los demas obispos de la cristiandad, y con esta fuerza inmensa de opinion triunfar de la tiranía, de la violencia y de la inmoralidad de los grandes y potentados; estableciendo sobre los reyes y señores un supremo moderador, una especie de tribunado, cuyo *voto* fuese la escomunion, y cuyos derechos se estendiesen á todos los casos que podian interesar á la iglesia, la moral y el cristianismo. Gregorio VII logró su vasto plan, porque aquellos siglos tenian necesidad de esta nueva institucion. Pesaba sobre la sociedad el yugo de la fuerza: era desconocido el principio político de la utilidad pública: pero la misma fuerza con que los reyes y señores oprimian los pueblos, impedia establecer el principio de la legitimidad, esto es, de la institucion del gobierno conforme á leyes fundamentales. Entonces nada era legítimo, porque todo era producto de la violencia. Díganlo, sino, las continuas revoluciones y translaciones del poder en Francia, Alemania é Italia. Era necesario, pues, que sucediese á esta confusion

de derechos y facultades un poder, una dictadura que substituyese á la suerte ciega de las armas, los principios de la moral y la justicia: Gregorio VII creó este poder. Los que con buena ó mala intencion han censurado á este hombre estraordinario y santo pontífice, se han colocado para juzgarle en los siglos primitivos de la Iglesia, en que el cristianismo solo tenia autoridad *moral*; ó en los siglos modernos en que la autoridad civil se halla consolidada por el tiempo, por leyes fijas y fundamentales, por el consentimiento de las naciones, en fin, por el principio político á que se reducen todos los demas de su misma clase, esto es, *la utilidad pública*. Pero ninguno de los detractores de Hildebrando se ha querido contemplar en el mismo siglo XI: ni apreciar, con respecto á las necesidades de aquel siglo, la bondad y justicia de su proyecto. Hemos notado que esos grandes defensores de la autoridad régia de la edad media contra las usurpaciones, como ellos las llaman, de la corte de Roma, son enemigos al mismo tiempo de la autoridad régia de nuestros dias, y encienden y atizan contra ella todos los furores de la democracia.

Bien creemos que la corte de Roma abusó algunas veces del gran poder que puso en sus manos Gregorio VII, y aun eso contribuyó á que se perdiese mas pronto: mas no debe juzgarse de una institucion por los abusos que de ella se hagan: pues así ninguna sería buena, siendo propio del hombre abusar de todas. Para

juzgar debidamente á este pontífice, es menester ponerse en su siglo, examinar el calamitoso estado en que halló la iglesia y el mundo cristiano, y los benéficos resultados que produjo su reforma. Á ella se debió el terror saludable de los poderes civiles, el cuidado que desde entonces pusieron en respetar con leyes justas los males de la barbarie feudal, los progresos que empezaron á hacer las luces y las ciencias, el respeto á los monasterios y lugares sagrados donde se conservaban los últimos restos de la sabiduría griega y romana, y en fin, la ruina del imperio de la fuerza y la resurreccion del derecho comun en todo el orbe cristiano.

La lid terrible y larga entre Enrique y Gregorio VII empezó en 1076. El papa habia promulgado decretos de varios concilios que celebró en Roma contra los simoniacos y los sacerdotes concubinarios, y demas, otro, célebre en los anales de la iglesia contra los obispos y abades que recibiesen del príncipe la investidura de sus prelacías por medio del báculo y del anillo pastoral. La santa sede no se oponia á que los prelados hiciesen homenage al príncipe por los señoríos y feudos temporales, anejos á los beneficios eclesiásticos: pero condenó como un abuso reciente, y que abria ancha puerta á los manejos simoniacos, el derecho de investidura, por el cual los ministros del emperador adquirian, contra los cánones, una grande influencia en la eleccion de los obispos. Enrique, indignado de este decreto, mandó al papa que

descendiese de la silla de san Pedro y diese lugar á nueva eleccion de pontífice. Gregorio VII le escomulgó como cismático, le destituyó de la corona imperial, y absolvió á los vasallos de Enrique del juramento de fidelidad: accion inaudita en los anales de la iglesia, pero conforme á las ideas del siglo, segun las cuales no podian obtener autoridad en el orbe cristiano ni los cismáticos, ni los hereges. Así es que apenas Gregorio fulminó su decreto, todos los príncipes de Alemania y de Italia se declararon contra Enrique, y el emperador se vió obligado á recurrir á la clemencia del papa. Tres dias y tres noches estuvo Enrique medio desnudo y descalzo en el recinto esterior del castillo de Canosa, implorando la clemencia de Gregorio que se hallaba en dicho castillo, y que al fin le dió la absolucion, imponiéndole penitencia.

Enrique no la cumplió: animado por algunos prelados simoniacos ó concubinarios, que eran tambien objeto de los justos rigores del pontífice, hizo guerra á los señores de Alemania que se habian declarado contra él y la hizo con valor. Venció, despues de muchas batallas, á Rodulfo, duque de Suevia, elevado por el partido contrario al trono de Alemania: peleó en muchos reencuentros con Ermano, conde de Luxemburgo, que fue gefe de los señores, habiendo muerto asesinado Rodulfo, de orden del mismo Enrique: aunque Conrado, hijo del emperador y rebelado contra él, se habia coronado rey de Italia y ocupaba á Lombardía contra su

mismo padre, llegó, no obstante, Enrique hasta Roma y entronizó en ella al anti-papa Guiberto, nombrado por los eclesiásticos que adherian á él. Gregorio VII, despues de haberse defendido tres años en la capital, hubo de refugiarse á Salerno, corte entonces de los príncipes normandos, donde murió en 1086, dejando indecisa todavía la victoria: pero habiendo defendido intrépidamente la libertad de la iglesia, las virtudes que mostró en su vida privada, su inflexible justicia y su celo por la causa del cristianismo le colocaron justamente sobre los altares.

Su sucesor Victor III casi no hizo mas que aparecer sobre el trono pontificio, al cual no ascendió sino con mucha repugnancia y despues de larga resistencia. Enrique se volvió á Alemania para atajar los progresos de su competidor Ermano, y dejó al anti-papa en Roma con muy pocas fuerzas y obligado á hacerse fuerte en una basilica.

Pontificado de Urbano II (1088). El pontificado de Victor III no duró mas de dos años. Su sucesor Urbano II aumentó la gloria y el poder de la santa sede, prosiguiendo con suma actividad la lid contra Enrique y sus adherentes, ausiliado de Matilde, condesa de Toscana, muger que reunia las prendas de un gran príncipe y de un escelente capitan; y cuyo señorío era el mas poderoso de la Italia central; pues se estendia desde las orillas del Tiber hasta las del Mincio. Pero la grande hazaña de Urbano II fue la predicacion de la primer cruzada, que

acometiendo las fuerzas de los mahometanos en Oriente, les quitó los medios y recursos para acometer á Europa como hasta entonces habian hecho. Ya describimos en la historia del imperio de Oriente el concilio de Clermont, el entusiasmo general de los pueblos occidentales á favor de la guerra sagrada, el viaje de los cruzados á Constantinopla y al Asia menor, la conquista de Nicea, Antioquía y Jerusalen, y la fundacion de un reino cristiano en Palestina: y así solo añadiremos ahora que al pasar por Italia Godofre de Bullon con los principales señores franceses de la cruzada, echaron de Roma al anti-papa Guiberto, y aniquilaron en Italia el poder del emperador.

Pontificado de Pascual II (1099). Este año falleció Urbano II, y le sucedió Pascual II. Aunque la estincion del partido de Ermano en Alemania y la muerte de Conrado hijo del emperador en Italia, acaecida en 1101, parecia haber mejorado la causa de Enrique, sufrió sin embargo éste infeliz y desalumbrado príncipe el golpe de muerte tres años despues, porque se rebeló contra él su hijo Enrique, al cual habia nombrado poco antes su colega en el imperio, y que le movió guerra cruel é impía, le venció é hizo prisionero, y le abligó á cederle las insignias imperiales, á arrojarse á sus pies implorando su perdon, y á retirarse á Lieja, donde falleció despues de cincuenta años de reinado, pobre, desvalido, abandonado del universo, y atormentado por sus vasallos, por su hijo y por su conciencia.

Enrique V emperador (1106). El hijo ingrato y rebelde ocupó el trono, y despues de breve tregua renovó la guerra de las investiduras, que le habian servido de pretesto para sublevarse contra su padre. Pasó á Italia con su ejército en 1110, cometió grandes crueldades en las ciudades que no le quisieron recibir, que fueron casi todas las de su tránsito, llegó á Roma, tuvo en su pader al sumo pontífice y le obligó á que le concediese el derecho de investidura. Pero apenas se volvió á Alemania, un concilio, que se celebró en San Juan de Letran, anuló el tratado, y escomulgó al emperador por haber preso al papa. Pascual murió en 1118, y le sucedió Gelasio II, contra el cual movieron grandes turbulencias en Roma los partidarios del emperador. Este príncipe volvió á Italia, y con los adictos á su faccion nombró anti-papa á Mauricio Burdino, arzobispo de Braga en España, y que á la sazon se hallaba en Italia con motivo de algunas pretensiones de su iglesia, contra la de Toledo. Gelasio se refugió en Francia, donde murió el año siguiente, y los cardenales que le acompañaban eligieron sumo pontífice á Calisto II: eleccion que fue aprobada por el clero de Roma, que aborrecia al anti-papa.

Calisto pasó á Italia en el año 1120, fue recibido con aclamacion en todos los pueblos, ahuyentó de Roma al anti-papa, que se refugió á Sutri, y que vencido y hecho prisionero en esta plaza, acabó sus dias recluso en un monasterio. El

emperador no pudo ausiliarle, porque entonces le detenia en Alemania la rebelion de los pueblos de Lorena y Sajonia. Enrique, viendo destruido su poder en Italia y amenazado en Alemania, mas prudente que su padre, resolvió terminar la guerra de las investiduras, é hizo la paz con Calisto II bajo las condiciones siguientes: el clero secular y regular quedará con derecho pleno y libre de elegir sus prelados: el emperador ó su delegado podrá asistir á las elecciones en Alemania: el electo deberá recibir la investidura de los estados temporales, anejos á su prelacía por medio del cetro, de manos del emperador, escepto en la iglesia de Roma: el emperador restituirá á la santa sede todos los bienes usurpados ó distraidos por sus antecesores.

Así se terminó gloriosamente para la silla apostólica, la terrible lucha que habia agitado mas de medio siglo á Germania é Italia. La iglesia quedó libre, y fue desde entonces principio del derecho público de Europa, que el emperador no es dueño ni soberano de la santa sede, sino su protector, Calisto II, á quien se debió esta paz, falleció en 1124, y tuvo por sucesor á Onorio II. Al año siguiente falleció sin hijos el emperador Enrique V.

Lotario II, emperador (1125). Los señores germanos eligieron por rey de Alemania é Italia á Lotario, duque de Sajonia, no sin grande oposicion de otros competidores. Onorio II tuvo que sostener en Italia una guerra terrible con-

tra Rugero II, conde de Sicilia, hijo del célebre Rugero conquistador de esta isla, y sucesor en el condado, de su hermano mayor Simon. Rugero II fue tan valiente, ambicioso y feliz como su padre. Falleció en 1127 Guillermo, duque de Pulla, hijo y sucesor de Rugero, duque tambien de Pulla é hijo de Roberto Guiscard. Pertenecian sus estados á Bohemundo II, primo de Guillermo, príncipe de Tarento y Antioquia, é hijo de Bohemundo. Pero militaba entonces en el Asia, no podia hacer valederos sus derechos, y el ambicioso conde de Sicilia, cercano y poderoso, persuadió á los habitantes de Salerno que le recibiesen por Señor: desde esta plaza acometió las demas de Pulla, sometió á los barones de este señorío y tomó el título de duque.

El antiguo y célebre ducado de Benevento habia ya perecido, y solo quedaba como reliquia suya el pequeño principado de Capua, ciudad conquistada en el siglo anterior por los beneventinos. La ciudad de Benevento, imitando á casi todas las de Lombardía, se habia erigido en república, y sometídose á la proteccion de la santa sede. Onorio, temiendo que esta plaza y la campaña de Roma cayesen en manos del ambicioso Rugero, le hizo guerra á favor del heredero legítimo Boemundo con varios sucesos y diferentes alternativas. Porque habiendo muerto Boemundo en la guerra contra los turcos, no tuvo dificultad en dar al conde de Sicilia la investidura de Pulla con tal de

que se contentase con ella. No era esta la intencion de Rugero; pues nada menos pretendia que la posesion de Capua, Nápoles, Amalfi y Gaeta.

El año 1130 falleció Onorio II; y le sucedió Inocencio II; pero con la oposicion del anti-papa Anacleto, creado por una faccion, y no sostenido por otro príncipe cristiano, que Rugero, conde de Sicilia; el cual, creyendo sacar mejor partido de él que del pontífice legítimo, le favoreció con sus armas, y recibió en pago el título de rey de Sicilia á que aspiraba, y los medios de apoderarse de Amalfi, Cápua y Nápoles. Esta última ciudad fue dependiente hasta esta época del imperio de Constantinopla que nombraba sus duques.

Inocencio II, favorecido por la elocuencia y virtudes de San Bernardo, oráculo entonces de la iglesia, despues de haber hecho un viaje á Francia en que fue reconocido por esta potencia, Inglaterra, Castilla, Aragon y Alemania, volvió á Italia en 1133 para arrojar de ella al enti-papa y coronar al emperador Lotario, que habia de marchar á Roma en el mismo año. Ambos viajes se verificaron, é Inocencio coronó al emperador en san Juan de Letran: mas no pudieron echar de la capital á Anacleto, sostenido por los principales señores de la nobleza.

En 1136 volvió el emperador á Roma con mas poderoso ejército, y con tanta felicidad que en una sola campaña quitó á Rugero todas las plazas fuertes de la Pulla desde Ascoli hasta

Bari: pero al volver á Alemania para prepararse á otra espedicion, acometido de violenta enfermedad, falleció en una aldea de los Alpes. Rugero volvió á recobrar las ciudades y tierras que habia perdido.

Conrado III, emperador (1138). Los señores de Germania, temiendo que recayese la corona en el duque de Baviera, muy poderoso ya por haber agregado á sus estados la Sajonia, eligieron rey de Alemania á Conrado, duque de Suevia, y primer emperador de su ilustre y desgraciada familia. Este príncipe fue llamado en Italia *rey de romanos*, porque no recibió la corona imperial. Los primeros años de su reinado los empleó en sosegar á señores y provincias rebeldes: despues pasó al Asia en la segunda cruzada, predicada por san Bernardo, vió destrozado su ejército en las gargantas del monte Tauro á manos de los turcos y por la perfidia de los griegos, acompañó á Luis VII en el infructuoso sitio de Damasco, volvió á Europa con muy poca gloria, y cuando se preparaba á pasar á Italia, falleció despues de quince años de reinado, no sin sospechas de haberle envenenado Rugero, rey de Sicilia que temia su espedicion á la península.

El mismo año que Conrado III ascendió al trono, murió el anti-papa Anacleto Victor, que le sucedió en el cisma, aun que le protegia Rugero, movido de la elocuencia de san Bernardo, pidio perdon al sumo pontífice y se sometió. Inocencio II continuó la guerra contra el rey de

Sicilia: pero sitiado en san Germano, y queriendo huir de esta plaza, fue perseguido y preso por los normandos, que desbarataron su escolta. Tratado con el mismo respeto que lo habia sido su antecesor Leon IX, les concedió la paz, y dió á Rugero la investidura de rey de Sicilia. Lo restante de su pontificado tuvo contínuas desavenencias con el senado de Roma, que aspiraba á ser independiente de la autoridad pontificia, como lo eran entonces del emperador y rey de Italia Génova, Pisa, Florencia, Milan, Pavía, Ravena, Padua, y en general todas las ciudades considerables del norte y centro de la península, que habian adoptado el gobierno republicano. A Inocencio II sucedió en 1143 Celestino II: á este en 1144 Lucio II, cuyo sucesor fue en 1145 Eugenio III.

Federico I Barba-roja, emperador (1152). Conrado III dejaba un hijo, pero de edad muy tierna, y por eso aconsejó á los señores de Germania que eligiesen por emperador á su sobrino Federico, hijo de Federico de Suevia, su hermano: príncipe jóven, valiente, hábil y célebre, ya por sus hazañas en las guerras que habian ocurrido en Alemania. Subió, pues, al trono de Germania y de Italia sin oposicion.

Pero la autoridad regia era entonces casi nula en ambos paises: porque los señores en Alemania y las repúblicas en Italia, aunque jurasen fidelidad al rey y le prestasen homenage, gobernaban por sí mismos, se hacian guerra unos á otros, y el poder monárquico era

despreciado y puesto en olvido Federico formó el proyecto de restituir á su trono el esplendor y dignidad que habia tenido en tiempo de Oton el grande: y viendo contentos á los alemanes con su gobierno, pasó á Italia en 1154 con el objeto de recibir la corona imperial y hacer efectivo el poder ilusorio que su dignidad y sus títulos le daban sobre toda la península. En el mismo año murió Rugero, el fundador del reino de Sicilia, y tuvo por sucesor á su hijo Guillermo I, por sobrenombre el malo, que justificó con su perverso carácter y su vida afeminada y licenciosa. Durante casi todo su reinado estuvo en contínua lid con los barones de Nápoles y Sicilia que se le rebelaban, y de los cuales se vengaba cruelmente cuando la suerte de las armas se lo permitia. El año anterior habia muerto Eugenio III y le sucedió Anastasio IV, que solo reinó un año, y tuvo por sucesor en 1154 á Adriano IV,

Destruccion de Tortona (1155). Milan era entonces la ciudad mas poderosa de Lombardía, á la cual estaban sometidas las demas ó por temor ó por afecto. En las guerras contínuas con sus vecinos habia sometido á los de Brescia, Como y Lodi. Tortona era su aliada, y los de Pavía, implacables enemigos de los milaneses, aunque vencidos en muchos combates, se sostenian contra ellos y favorecian el partido del rey. Federico, habiendo reunido en Romaglia la dieta de los señores de Lombardía y de los cónsules de las ciudades libres, oyó las quejas de los de Lodi y Vigesano, que se quejaban de

la tiranía del pueblo de Milan: atendió á las instancias de los paveses, que miraban como padrastro suyo la plaza de Tortona, que era como un puesto avanzado de los milaneses, y resuelto á abatir y someter este pueblo, despues de castigar á Asti, que le resistió, empezó su plan de operaciones contra Milan, poniendo sitio á Tortona.

Esta plaza acometida con furia y sostenida con valor, habria resistido mucho mas tiempo á las falanges alemanas, á no haberla faltado las subsistencias y quitadósele el agua. Obligados á capitular, no pudieron conseguir otra cosa que salir libres de la ciudad con lo que pudiesen llevar consigo; y cuando la plaza quedó desierta, fue saqueada y entregada á las llamas de orden del vencedor. Despues movió Federico sus armas contra los milaneses, que aterrados con el escarmiento de Tortona, se sometieron; y dueño de Lombardía con mas poder que tuvieron en ella sus predecesores, pasó á Roma, donde recibió la corona imperial, no sin frecuentes y sangrientas peleas de los alemanes con los romanos que no querian reconocer la supremacia del emperador. Este deseaba acometer á Guillermo el malo, rey de Sicilia, para someter á su yugo toda Italia: pero las enfermedades que cundian espantosamente en su ejército, le obligaron á volverse á Alemania. Apenas volvió la espalda, volvieron las ciudades de Lombardia á su independencia habitual: y entonces el odio alimentaba el espítitu republi-

cano, porque el incendio de Tortona habia puesto una muralla de fuego entre los lombardos y el emperador. Reedificóse esta plaza y añadiéronse nuevas fortificaciones, y los milaneses y sus aliados se prepararon á una lid mas terrible.

Destruccion de Milan (1162). Federico, juntando poderoso ejército en Alemania, volvió segunda vez á Italia en 1158, resuelto á no dejar vestigio alguno de la rebelion lombarda. Atravesó el valle de Trento, acometió á Brescia, aliada de los milaneses, que se libertó de ser arruinada, pagando gran suma de dinero, pasó el Adda por el puente de Casano, aunque defendido por un gran número de milaneses, tomó el castillo fortísimo de Trezzo, y se puso sobre Milan. Los ciudadanos se defendieron con valor: pero afligidos por la falta de víveres y una enfermedad pestilencial, imploraron la clemencia del vencedor. El vencedor la tuvo por entonces. En su campamento de Lodi le fueron entregadas la carroza de guerra de los milaneses, y todas sus armas; el clero, los cónsules y toda la nobleza de Milan se le presentaron descalzos, con espadas sobre sus cuellos y la plebe con sogas á la garganta, como reos que se confesaban dignos del último suplicio: el emperador les perdonó las vidas: pero les mandó salir de la ciudad, y ésta fue enteramente arruinada. Los infelices milaneses erraron largo tiempo por los campos de su pais, y por las ciudades súbditas ó

enemigas, mendigando asilo y subsistencia: espectáculo agradable á los de Lodi y Pavía, en quienes duraba aun la ira de los males que su prepotencia les habia causado: pero triste y doloroso á todos los italianos que amaban su patria

Habia fallecido en 1159 el pontífice Adriano VI, Federico, creyendo que para establecer su dominacion en Italia, le era necesario tener un papa que le fuera adicto, favoreció la pretension de la tiará al cardenal Octaviano, amigo suyo: pero éste no tuvo mas que dos votos, y la eleccion recayó en Alejandro III, uno de los pontífices mas hábiles y virtuosos que han ocupado la silla de San Pedro.

Octaviano, favorecido por la faccion que Federico tenia en Roma, y por el cuerpo de tropas alemanas, que ocupaban las ciudades circunvecinas, usurpó el título de papa, y arrojó de Roma á Alejandro III, que buscó asilo primero en Sicilia y despues en Francia. Octaviano murió en 1164; mas no por eso se acabó el cisma: pues le sucedió en la usurpacion Guido, uno de los cardenales que le habian nombrado. Federico le favorecia, porque nada esperaba para sus planes contra la libertad de Italia, del legítimo pontífice Alejandro III.

En el mismo año se confederaron contra la prepotencia de los alemanes las ciudades de Verona, Treviso, Pádua, Vicenza y las demas del ducado de Friul con el nombre de *liga lombarda*, y pusieron en campaña un poderoso ejército.

Federico marchó contra él: pero no pudo pasar el Adige por el corto número de sus tropas, y se volvió á Alemania á juntar nuevo ejército con que proseguir sus designios. Entretanto Alejandro III volvió á Sicilia, y ausiliado por las tropas de Guillermo II el bueno, hijo y sucesor de Guillermo I el malo, fue recibido en Roma con aclamaciones y vivas universales. El anti-papa Guido se retiró á Viterbo. La liga lombarda adquirió nuevas fuerzas con la asociacion de muchos pueblos al Occidente del Adige. Se reedificó á Milan, y sus infelices habitantes, que estaban dispersos en toda Italia, volvieron al seno de su antigua patria.

La vuelta del emperador á Italia en 1167 con ejército numeroso, cambió el semblante de las cosas. La liga lombarda no se atrevió á pelear con él, y se limitó á presentarle quejas y reclamaciones contra la tiranía de sus ministros en Italia. Sosegadas en apariencia las cosas de Lombardia, marchó á la Italia central, ahuyentó á los sicilianos, restituyó al anti-papa, y Alejandro III hubo de huir de nuevo de su capital. Este fue el mayor punto de grandeza de Federico. Sometidas la Lombardía y la Italia central, y aterrados los sicilianos, una sola campaña le hacía dueño de Nápoles, Pulla y Calabria; Génova y Pisa eran sus aliadas: la Germania le obedecia tranquila, y los tiempos de Oton el grande iban á renacer. Tantas y tan fundadas esperanzas destruyeron en pocos dias la epidemia que el aire de Roma, funesto á los

alemanes, difundió por su ejército. Perecian los soldados á centenares, y Federico no tuvo otro arbitrio que volverse á Lombardía con los miserables restos de sus tropas. No pudiéndose asegurar en ninguna parte, porque sus soldados eran pocos y el odio contra él universal, repartió sus soldados en guarniciones, salió de Italia como fugitivo por el monte Cénis, pasó á Borgoña y desde allí á Alemania.

Fundacion de Alejandría de la Palla (1168). La liga lombarda creció en fuerza y poder: pues á escepcion de Pavía, todas las ciudades de Italia septentrional se agregaron á ella y reconocieron á Alejando III por sumo pontífice; lo mismo hicieron Roma y un gran número de ciudades de Toscana y Romanía.

Federico, detenido en Germania por el cuidado de establecer sus hijos, y por algunas guerras que se movieron entre los señores, trató de hacer paces con el sumo pontífice; cuyo nombre era tan glorioso en Italia, que habiendo edificado los lombardos una ciudad que enfrenase las correrías de los paveses, la dieron el nombre de Alejandría. Llamáronla de la *Palla* porque no teniendo suficientes materiales, y deseando concluirla en breve, hicieron los techos de paja. Alejandro III dió oidos á las propuestas de Federido: pero puso por primera condicion que habian de asistir á todas las conferencias los diputados de la liga lombarda. El primer cuidado de este buen pontífice era la independencia de Italia: porque el yugo

de los tudescos se habia hecho intolerable.

En este mismo año murió en la basilica de san Pedro, donde se habia hecho fuerte, el anti-papa Guido: pero la faccion de Federico le dió por sucesor á Juan, abad de Strum, que tomó el nombre de Calisto III.

Batalla del Tesin (1176). Federico, mientras preparaba en Alemania las fuerzas necesarias para oprimir á Italia, procuró dividir á los aliados, enviando embajadores al papa y al rey de Sicilia, aparentando que deseaba hacer paces con ellos separadamente: pero la política ilustrada y leal de Alejandro III desbarató sus designios. La corte de Roma declaró que no se daría ningun paso sin el conocimiento y anuencia de la liga lombarda.

El emperador bajó á Italia en 1174 con poderoso ejército por el monte Cénis con el objeto de acometer por la espalda las fuerzas enemigas que le aguardaban en las gargantas de Trento y de Como: destruyó á Susa, ocupó á Asti y puso sitio á Alejandría, ciudad la que mas aborrecia de la liga, como fundada en escarnio de su poder. El sitio duró hasta la primavera del año siguiente, resistiendo los alejandrinos con maravillosa intrepidez todos los asaltos del emperador. Este les concedió tregua fingida en la semana Santa, y procuró introducirse en la plaza de noche por medio de una mina: pero los alejandrinos que no estaban descuidados, rechazaron el asalto furtivo, acometieron los reales alemanes, é hicieron en ellos gran destrozo. Poco despues

llegó el ejército de la liga en socorro de la plaza, y Federico se vió obligado, no solo á levantar el sitio, sino hacer treguas con la liga para poder refugiarse en Pavía. Tanta erá la inferioridad de sus fuerzas.

En fin, al año siguiente se decidió esta larga y sangrienta querella. Llegaron grandes refuerzos de Alemania por el camino del lago mayor. Federico atraviesa disfrazado, y solo todo el pais enemigo para ponerse á su frente: se avista con el ejército de la liga en las orillas del Tesin, y es derrotado tan completamente, que huyó casi solo á Pavía, y por algunas semanas se creyó que habia muerto en la batalla. Entonces pidió la paz de buena fé y la consiguió. En 1177 tuvo entrevista con el pontífice en Venecia, renunció al cisma, y fue absuelto de la escomunion. Las ciudades de Lombardía conservaron sus libertades y el derecho de nombrar sus cónsules, salvo el supremo dominio del emperador y la apelacion á su tribunal. La paz con el rey de Sicilia se hizo, mediante el casamiento de Enrique, hijo mayor de Federico y nombrado ya rey de romanos, con Constanza, hija de Rugero, el primer rey de Sicilia y tia de Guillermo II. Así se terminó, con gloria de los italianos, una guerra emprendida para someterlos, con todas las fuerzas germánicas y el genio de Federico. El mérito de la defensa y de la paz debe atribuirse á la firmeza de Alejandro III y á sus virtudes conciliadoras.

Federico cedió el reinado de Italia en 1186

á su hijo Enrique, y pasó tres años despues al Asia á pelear contra el célebre Saladino, que vencidos los cristianos de Palestina, en la funesta jornada de Tiberiade, se habia apoderado de Jerusalen en 1187. El emperador, despues de haber triunfado con la fuerza de su talento y de sus armas de todos los obstáculos que le opuso la perfidia griega en su viaje de Europa al Asia menor, venció en batalla campal al Sultan de Iconio, se puso en comunicacion con los cristianos de Armenia, y cuando ya se preparaba á pasar á Siria, murió bañándose en el Cidno, sobrecogido de la escesiva frialdad de sus aguas. Este príncipe fue uno de los mas grandes héroes de Europa: y supo corregir los yerros que la ambicion le hizo cometer en Italia, gobernando, despues de la paz, con bondad y justicia, los mismos pueblos que no habia podido someter á fuerza de armas. La cruzada de Federico fue la tercera, á la cual concurrieron tambien Felipe Augusto, rey de Francia y Ricardo I rey de Inglaterra.

El gran pontífice Alejandro III, superior á todo elogio, murió en 1181: sucediole Lucio III: á éste, en 1185, Urbano III, que murió de dolor de la pérdida de los cristianos en Tiberiade, en 1187. Su sucesor Gregorio VIII reinó pocos dias, y ascendió á la silla de san Pedro Clemente III.

Enrique VI, emperador (1190). Enrique VI, fue príncipe perverso, avaro y cruel. Su corto reinado de siete años no merece la atencion de la historia sino por la ruina de la dinastía nor-

manda de Sicilia. Guillermo II falleció sin sucesion en 1189, y la corona pertenecia á Constanza, muger de Enrique; pero Tancredo, su sobrino, hijo natural del príncipe Rugero, hermano mayor de Guillermo I, que murió antes que su padre, hallándose mas cerca y siendo bien quisto, subió al trono, y lo defendió contra el emperador Enrique, con el ausilio de la corte de Roma, de la cual era feudataria Sicilia, y que no quería ver estendido á toda Italia el señorío de la casa de Suevia. Pero habiendo fallecido Tancredo en 1193, dejando en tierna edad á su hijo Guillermo III bajo la tutela de la reina viuda Sibila, fue fácil á Enrique apoderarse de la Pulla, Calabria y Sicilia, y llevarse cautivo al niño rey á una fortaleza de Alemania, donde le mandó sacar los ojos, y acabó el infeliz su vida. Así pereció el último vástago de la familia de Roberto Guiscard y Rugero, á quienes debió Italia el esterminio de los sarracenos y griegos. Enrique usó de la victoria con crueldad: no tuvo piedad de ninguno de sus enemigos, y saqueó espantosamente las ciudades del reino de su muger: pero los escritores alemanes le celebran, porque llenó á Germania de las riquezas robadas en el mediodia de Italia

Federico II, rey de Sicilia (1198). Enrique murió, dejando á su hijo Federico de muy corta edad bajo la tutela de su madre Constanza. Disputáronse el imperio de Alemania Oton, duque de Brunswik, que tomó el nombre de

Oton IV, y Felipe, tio de Federico, y duque de Suevia.

A Clemente III sucedió en 1191 Celestino III, y á éste en 1198 Inocencio III á quien debió grandes aumentos de poder la silla apostólica. Aprovechándose de la ocasion en que los alemanes, por su guerra civil, no podian atender á los negocios de Italia ni impedir la accion de la corte de Roma, recobró el dominio de muchas ciudades de la Italia central, que habian usurpado los señores feudales con el ausilio de los emperadores: dió á Federico II la investidura del reino de Sicilia, se declaró su tutor y lo protegió durante su menor edad contra los barones que querian tiranizar las provincias.

En su pontificado se verificó la quinta cruzada, cuyos gefes fueron Enrique Dándolo, dux de Venecia; Balduino, conde de Flandes y Bonifacio, marques de Monferrato, señor poderoso en aquellos tiempos en la Italia septentrional. Los cruzados, como referimos con estension en la historia del imperio de Oriente, en vez de pasar á Palestina, conquistaron á Constantinopla en 1204 y se partieron el imperio griego, aumentándose el poder de los venecianos con las islas jónicas y la mayor parte de las del Archipiélago. El marques de Monferrato fue rey de Tesalónica, y Balduino, primer emperador latino de Constantinopla: pero esta nueva potencia, siempre débil y acometida por los griegos de Asia, duró poco tiempo.

y Bizancio volvió al poder de los emperadores griegos.

Oton IV, emperador (1208). Felipe de Suevia fue asesinado por Oton, conde palatino de Witelspach que vengó con este crímen la ofensa de haberle negado por esposa á Cunegunda su hija, con la cual habia contraido esponsales. Oton IV castigó al asesino, y quedó señor pacífico de Alemania. Al año siguiente pasó á Italia, recibió en Roma la corona imperial, y con el pretesto de una sangrienta rencilla, que hubo, segun la costumbre entre tudescos y romanos, comenzó á usurpar los derechos de la iglesia, emprendió despojar al rey de Sicilia y llegó con sus armas vencedoras hasta Tarento. El papa le escomulgó: en Alemania se levantó contra Oton un partido formidable que proclamaba á Federico II, rey de Sicilia, y el emperador hubo de renunciar á sus conquistas en Italia para defender sus derechos en Germania. Sosegados en apariencia los alemanes, movió sus armas contra Felipe Augusto, rey de Francia, á quien pensaba aniquilar con el ausilio de Juan, rey de Inglaterra, su tio y aliado: pero vencido en la decisiva jornada de Bouvines en 1214, se volvió á Alemania, y falleció de pesar en 1219, ya decaido mucho su poder con el que iba adquiriendo Federico II, jóven príncipe de grandes esperanzas. A Inocencio III sucedió Onorio III en 1216, que predicó la IV cruzada, cuyo único fruto fue la toma de Damieta, perdida poco despues.

Federico II, emperador (1219). Onorio III quiso corregir la falsa política que habian cometido él y su antecesor favoreciendo en Alemania y Lombardía á un príncipe ambicioso y hábil, como era Federico, y dueño ya del mediodia de Italia: y para remediarlo, le obligó á prometer, sopena de escomunion, que pasaria con grande ejército á la conquista de la Tierra-Santa. Federico, mas atento á renovar en Lombardía las pretensiones de su abuelo Federico I, que á cumplir su promesa, dilató el viaje con varios pretestos hasta la muerte de Onorio, acaecida en 1227: pero habiéndole sucedido Gregorio IX, pontífice de carácter tan firme como Alejandro III, y mas violento, se vió obligado á hacer los preparativos de la espedicion. Dió en efecto la vela desde Brindis: mas habiéndose vuelto á esta plaza con pretesto de una enfermedad, fingida ó verdadera, Gregorio le escomulgó, y gravado con esta censura, pasó á Palestina. En virtud de un tratado que celebró con el soldan de Egipto, adquirió sin pelear las ciudades de Jerusalen, Nazaret y Belén, se coronó rey de Jerusalen, volvió á Italia, recobró algunas ciudades de Pulla que las tropas del papa le habian quitado durante su ausencia, y reconciliándose con Gregorio, logró la absolucion de la censura en 1230.

Las ciudades de Lombardía, recelosas de la ambicion de Federico, renovaron la coligacion hecha contra su abuelo; impidieron que pasase á Italia, con ejército aleman, Enrique, hijo

mayor del emperador, y persuadieron á este príncipe jóven y ambicioso, á que rebelase contra su padre la Alemania prometiéndole la corona de Italia. Federico pasó los Alpes casi solo para comprimir está rebelion en 1235; apenas se presentó en Germania, el mal aconsejado Enrique, viéndose sin partido ni tropas, se arrojó á sus pies implorando perdon, y fue preso y recluido en un castillo de Pulla, donde falleció siete años despues.

Federico, sosegadas las cosas de Alemania, dejó en ella por lugar teniente á su hijo segundo Conrado, pasó á Italia con tropas y empezó la larga y sangrienta lid contra la independencia de Lombardía y de la iglesia romana, que se terminó con la ruina de su dinastía. Al principio logró victorias considerables; dió á Encio, su hijo natural, la corona de Cerdeña con el ausilio de los pisanos; sometió la parte oriental de Lombardía con el ausilio de Ezelino, que habia usurpado la suprema magistratura en Verona, hombre célebre por su crueldad y perfidia; se apoderó de muchas ciudades del ducado de Espoleto y de la Umbria, pertenecientes al sumo pontífice; y en fin, era en cierto modo señor de Roma por la influencia que tenia con los senadores y nobles.

Sitio y batalla de Parma (1248). Gregorio IX fulminó segunda escomunion contra Federico, cuando le vió mover guerra á los lombardos. Falleció este pontífice en 1241 y le sucedió Celestino IV, que solo reinó diez y ocho

dias: y no hubo eleccion de papa, por el gran número de cardenales que Federico tenia prisioneros, hasta que los puso en libertad en 1243, y reunidos en Anagni, nombraron sumo pontífice al cardenal de san Lorenzo, que tomó el nombre de Inocencio IV. Los cortesanos del emperador se alegraban de esta eleccion, porque el electo era amigo de Federico: pero éste respondió á los que le daban la enhorabuena: *he perdido un cardenal amigo, y he grangeado un papa enemigo.*

En efecto, Inocencio IV siguió la política que le dictaban los intereses de Italia. Despues de inútiles negociaciones, confirmó la escomunion fulminada contra Federico por Gregorio IX, y obligado á huir de Roma por la persecucion del partido gibelino (así se llamaban los adictos del emperador), buscó asilo en Leon, ciudad entonces libre, y convocó un concilio general en 1245, al cual mandó comparecer á Federico. Hallábase éste en Turin, atento á las operaciones del concilio, cuando la ciudad de Parma, que era de su partido, se rebeló contra él y admitió tropas de la liga. Era aquel punto muy importante, porque interceptaba á los contrarios los caminos de Toscana, de Romania y de la Lombardía oriental. El emperador sitió la plaza con todas sus fuerzas, resuelto á no dejar la empresa hasta hacerse dueño de aquella ciudad. Despues de cinco meses de sitio, en que los parmesanos sufrieron todos los horrores de la guerra y se defendieron con la ma-

yor intrepidez, se presentó en su ausilio el ejército de la liga, mandado por Gregorio de Montelungo, legado del papa, acometió los reales de Federico, los tomó, é hizo gran destrozo en el ejército imperial, que fue perseguido hasta las orillas del Taro. Al año siguiente los de Bolonia acabaron de destruir sus reliquias, cerca de Módena, é hicieron prisionero á Encio, rey de Cerdeña, que las mandaba. Federico, perdidas todas tus esperanzas, se retiró á la Pulla, donde falleció dos años despues en el castillo de Florentino.

Conrado IV, *emperador* (1251). Mientras Federico II hizo la guerra en Lombardía, su hijo Conrado, digno heredero del valor y actividad de los príncipes de Suevia, sostuvo el partido imperial en Alemania, contra dos usurpadores, que los guelfos (así se llamaban los enemigos de los emperadores) habian elevado al trono. El primero fue Enrique, Landgrave de Turingía, que falleció en 1247: el segundo, Guillermo, conde de Olanda. Hallábanse las fuerzas de este muy disminuidas, cuando se supo en Alemania la muerte de Federico II, y Conrado tuvo oportunidad para pasar á Italia á defender su reino de Sicilia, donde se habian rebelado muchas ciudades, aunque su hermano Manfredo, hijo natural de Federico, sostenia en cuanto le era posible los intereses de su familia contra la corte de Roma, resuelta mas que nunca á abatir la casa de Suevia, y á arrojar los alemanes de Italia.

Conrado redujo á su obediencia á Cápua y Nápoles, pidió la paz á Inocencio IV que ya habia vuelto á Roma, y daba esperanzas de un reinado mas tranquilo y próspero que el de su padre, cuando la muerte le arrebató en 1254, segun dicen, envenenado por su hermano Manfredo. Dejó un hijo de corta edad, llamado Conradino. El mismo año falleció Inocencio IV y tuvo por sucesor á Alejandro IV. En tiempo de este Inocencio, hizo san Luis su cruzada, que fue la séptima, en la cual despues de grandes triunfos sobrevinieron mayores desastres y el cautiverio del santo rey.

Manfredo de Suevia, rey de Sicilia (1258). Despues de la muerte de Conrado IV, fue reconocido por algun tiempo rey de Alemania Guillermo de Olanda: pero habiendo perecido en una batalla contra los de Frisia, que se habian rebelado, hubo grande contradiccion entre los señores germanos para el nombramiento de sucesor. La corte de Roma les prohibia bajo pena de escomunion, elegir á Conradino, último vástago de la temible casa de Suevia. Los electores se dividieron, y unos nombraron á Ricardo, conde de Comwall, hermano de Enrique III, rey de Inglaterra, y otros á Alonso X, por sobrenombre el sabio, rey de Castilla. El interregno duró mucho tiempo, porque el papa no se atrevió á decidir entre estos dos competidores, por no ofender á ninguno.

Entretanto Manfredo, despues de haber peleado con felicidad contra las tropas de Roma

y los rebeldes de su reino, usurpó el título de rey de Sicilia, alegando que un niño como Conradino, no era á propósito para tomar las riendas del gobierno en circunstancias tan difíciles. Alejandro IV murió en 1261, tuvo por sucesor á Urbano IV, y éste, en 1265, á Clemente IV.

En el tomo presente de la historia de Francia, en el reinado de san Luis, referimos con toda estension la investidura del reino de Sicilia dada por Clemente IV, á Cárlos, conde de Anjou y Provenza, y hermano del rey de Francia. Su espedicion á Italia; la batalla de Benevento, dada en 1266, en la cual murió peleando valerosamente el rey Manfredo, la empresa de Conradino para recobrar el trono de sus padres, la batalla del lago Celano, en que fue completamente derrotado, su prision, y el horrendo delito, que cometió el nuevo rey de Sicilia, Cárlos de Anjou, haciendo morir en un cadalso á él y su infeliz amigo Federico de Austria, estinguiendo á manos de un verdugo dos casas nobilísimas, la de Suevia, y la de los antiguos duques de Austria.

Así acabó en Italia la dominacion de los alemanes, y empezó este nobilísimo pais á tener política propia, sin intervencion de las naciones estrangeras. Pero estaba ya muy dividido, y las formas de gobierno eran demasiado diversas y mal definidas, para formar un cuerpo compacto y capaz de resistir á la guerra de otras naciones, ó á las disensiones intestinas.

El reino de Nápoles y Sicilia, sometido ya á la dinastía de Anjou, era una monarquía feudal; el estado de la iglesia, una coleccion de repúblicas, que reconocian por gefe al sumo pontífice, cuyo poder en Roma misma, estaba mas combatido que templado por el de los senadores. Venecia era una república aristocrática y mercantil, poderosa por sus establecimientos de comercio en todos los senos del Mediterráneo Oriental, pero que aun no habia tomado parte activa en el continente de Italia: la casa de Saboya no era señora todavía sino de esta provincia y de la ciudad de Turin, donde su poder era contestado: los marqueses de Monferrato no poseian mas que una zona de tierra entre las orillas del Tanaro y del Bormida. Las ciudades de la confederacion lombarda se desunieron apenas cesó el peligro con que la amenazaron los emperadores de la casa de Suevia, y tenian tres principios de eterna desunion, la ambicion de cada ciudad que queria estender su territorio á costa de las vecinas, las enemistades de guelfos y gibelinos que sobrevivieron mucho tiempo á la causa que hizo nacer estos bandos, y en fin, la lid entre nobles y plebeyos, pretendiendo unos y otros tener el nombramiento esclusivo de las magistraturas. De elementos tan varios y discordes, productos de la historia de los tiempos feudales y de la oposicion á la prepotencia alemana, era imposible crear una nacion fuerte y vigorosa.

De todas las repúblicas de la liga lombarda

ninguna se conservó sino Génova. Florencia duró mas tiempo que las demas: Milan, Verona, Mantua, Modena y Bolonia vinieron por sus disensiones contínuas y sangrientas á someterse al yugo de los señores particulares. La hermosa Italia, codiciada por todas las naciones que tuvieron fuerza para invadirla, se vió reducida á la triste política de oponer unos agresores á otros, sin atreverse nunca á ser grande y gloriosa por sí misma. Fue teatro perpetuo de guerras y hazañas, en que sus hijos adquirieron triunfos, pero nunca poder.



TABLA CRONOLÓGICA

de los reyes de Italia.

	Años.
1. Odoacre, rey de los hérulos, entra en Italia, destrona á Angústulo, último emperador de Occidente y gobierna como rey......	476
2. Teodorico, rey de los ostrogodos, invade la Italia, vence á Odoacre, y se corona rey......	490
3. Atalarico, su nieto, hijo de Amalasunta......	525
4. Teodato, sobrino de Teodorico: succede á Atalarico en 534. Asesina á Amalasunta, su tia y bienhechora. Conquista de Sicilia por Belisario, general del emperador Justiniano. Conquista de Nápoles por Belisario. Teodato es depuesto y asesinado por los godos en.	536
5. Vitiges, general de Teodato, es elevado al trono. Roma, Milan y Ravena son tomadas por Belisario. Vitiges se le rinde y es llevado á Constantinopla en.	538
6. Ildibaldo, nombrado rey por los ostrogodos, reducidos ya á la provincia de Venecia: muere asesinado en......	540
7. Evarico, rugio de nacion: reinó pocos dias.	

Años.

8. Totila: recobró gran parte de Italia: peleó con felicidad contra Belisario: es vencido y muerto peleando contra Nárses, sucesor de Belisario, en la batalla de Urbino.. 552

9. Toya: es vencido y muerto el mismo año peleando contra Nárses en la batalla del Vesubio..

10. Aligerno, hermano de Toya, último rey de los ostrogodos; capitula en Cumas y se rinde á Nárses........................ 553

Italia sometida al imperio griego, gobernada por un exarca y dividida en ducados: el senado de Roma privado de la jurisdiccion que habia conservado sobre toda la península en tiempo de los herulos y ostrogodos.

REYES LOMBARDOS.

11. Alboino, rey de los lombardos, invade á Italia, se apodera de la parte septentrional y la dá el nombre de Lombardia. Destruccion del régimen municipal. Alboino muere asesinado por su muger.. 573

12. Clefo, elegido rey por los lombardos: muere asesinado en........................ 575

Republica aristocrática de los lombardos: fundacion de los ducados de Espoleto, Benevento y Perusa.

Años.

13. Autaris, hijo de Cléfo, es elegido rey por los duques lombardos: casa con Teodolinda, hija del duque de Baviera: muere en........ 590

14. Agilulfo, duque de Turin, casa con la reina viuda Teodolinda, y adquiere el reino. Los lombardos por el influjo de Teodolinda, abandonan el arrianismo y admiten la fé católica. Agilulfo, despues de un reinado glorioso, muere en........ 616

15. Adaloaldo, hijo de Agilulfo, depuesto en........ 625

16. Arivaldo, su cuñado: Arriano, persigue á los católicos: mueren en........ 636

17. Rotaris, duque de Brescia: casa con Gundeberga, viuda de su antecesor y adquiere el reino........

Dá leyes á los lombardos: conquista la Liguria; muere en........ 652

18. Rodoaldo, hijo de Rotáris: muere asesinado en........ 653

19. Ariperto I, duque de Asti, de orígen bávaro, é hijo de un hermano de Teodolinda; muere en........ 661

20. y 21. Pertarito y Gundeberto, sus hijos, reinan el primero en Milan y el segundo en Pavía. Grimoaldo, duque de Benevento, asesina a Gundeberto, ahuyenta á Pertarito de Italia, y se ciñe la corona de Lombardía. Habien-

Años.

do fallecido el usurpador en 671, volvió Pertarito al trono, y reinó hasta su muerte, acaecida en.............................. 688

22. Cuniberto, hijo de Pertarito: venció á Aláquis, duque de Trento, que se rebeló contra él: murió en................ 700

23 Liutberto, su hijo: Regimberto, duque de Turin, se rebela contra él y le arroja del trono, y muere poco despues, dejando á su hijo Ariberto II, heredero de su usurpacion. Ariberto venció y dió muerte á Liutberto en.................... 703

24. Ariberto II: Ansprando, ayo de Liutberto, pelea contra este usurpador, ausiliado de un ejército bávaro, y le vence en una batalla.........................

Ariberto se pone en huida, y muere ahogado en el rio Tesin en... 712

25. Ansprando es elegido rey por los lombardos, reinó solamente algunos meses.

26. Liutprando, su hijo: conquistó á Ravena: dió ausilio á Cárlos Martel contra los sarracenos, y arrojó á estos de la Provenza: falleció en......................... 744

27. Hildebrando, su sobrino: reinó con tiranía y fue depuesto por sus vasallos en el mismo año que murió su tio.....

28. Ráquis, duque de Friul, es elegido rey por los lombardos: renunció la corona y tomó el hábito de monge en el monasterio del Monte Casino en.......... 749

Años.

29. Astolfo, su hermano. Emprende la conquista de Roma: es contenido por las armas de Pipino, primer rey Carlovingio de Francia, cuyo ausilio imploró el papa Estéfano II. Muere en.... 756
30. Desiderio, último rey de los lombardos. Es sitiado en Pavía y hecho prisionero por Carlomagno en.................. 774

REYES FRANCOS.

31. Carlos I, ó Carlomagno, rey de francos, y despues emperador de Occidente: nombró rey de Italia á su hijo Pipino, de edad de cinco años, bajo su tutela en.. 781
32. Pipino: ausilió á su padre en las guerras contra bávaros y esclavones: murió antes que el emperador en.......... 810
33. Bernardo, su hijo, depuesto por su tio Luis I, emperador y rey de Francia, contra el cual se habia rebelado en.. 818
34. Lotario I, hijo del emperador Luis, y asociado por su padre al imperio, recibió la corona de Italia que habia perdido Bernardo. Guerra de los hijos de Luis I contra su padre, y muerto éste, entre sí. Batalla de Fontenay. Paz y nueva division del imperio de Carlomagno. Lotario cede la corona

Años.

de Italia á su hijo mayor Luis en........ 849

35. Luis II, de este nombre entre los emperadores: despues de la muerte de su padre Lotario, peleó con felicidad contra los griegos y sarracenos en el mediodia de Italia. Falleció sin sucesion varonil en.. 875

36. Cárlos II el calvo, su tio, emperador y rey de Francia é Italia falleció en.. 877

37. Carlomano, su sobrino, hijo de Luis el Germánico, rey de Baviera y de Italia: muere en.. 380

38. Cárlos III el gordo, su hermano, rey de Alemania, y despues emperador y rey de Germania y Francia. Desmembracion y ruina del imperio de Carlomagno, muere en...................................... 888

39. Berengario, duque de Friul y nieto de Luis I por su madre: rey de Italia, y despues emperador. Disputó la corona contra Guido, duque de Esporeleto, y su hijo Lamberto, contra Arnolfo, rey de Germania, contra Bosson, rey de Arles, y en fin, contra Rodulfo II, rey de la Borgoña Transyurana, que le venció y encerró en Verona, donde fue asesinado en.................. 924

40. Rodulfo II, de este nombre en la Borgoña Transyurana, rey de Italia: arrojado de Italia por los artificios de

Años.

Hermengarda, marquesa de Ivrea y nuera de Berengario, en........................ 926

41. Hugo, conde de Provenza, hermano de Hermengarda, y nieto del emperador Lotario, por su madre Berta: fue destronado por su sobrino Berengario, hijo de Hermengarda, en.......... 945

42. Berengario II, marques de Ivrea, rey de Italia: destronado por Oton el grande, rey de Alemania.................... 952

REYES ALEMANES.

43. Oton I el grande, emperador y rey de Italia, sometió á los duques de Espoleto y Benevento, adquirió grande influjo en Roma, y peleó con felicidad contra los griegos y sarracenos de la Italia meridional. Falleció en..... 973

44. Oton II, su hijo, emperador de Alemania y rey de Italia: fue vencido por los griegos y sarracenos de Pulla y Calabria. Falleció en........................ 983

45. Oton III, emperador de Alemania y rey de Italia, último de la dinastía de Sajonia. Liberta á Roma del tirano Crescencio: muere en........................ 1002

46. Enrique de Baviera, II de este nombre entre los reyes de Alemania: emperador y rey de Italia: disputa este reino con el usurpador Harduino. Prin- [illegible]

Años.

cipio de la libertad de las principales ciudades de Lombardía. Enrique muere en.. 1024

47. Conrado el Sálico, II de este nombre entre los reyes de Alemania, y primer emperador de la casa de Franconia, rey de Italia: muere en.............. 1039

48. Enrique III, su hijo, emperador y rey de Italia: muere en........................ 1056

49. Enrique IV su hijo, emperador y rey de Italia. Pontificados de Gregorio VII y Urbano II. Guerra de las investiduras: primera cruzada. Enrique IV muere en.. 1106

50. Enrique V su hijo, emperador y rey de Italia, último de la casa de Franconia. Continúa con los papas la guerra de las investiduras.

Fin de esta guerra. Enrique V muere en.. 1125

51. Lotario II, conde de Splenburg, emperador de Alemania y rey de Italia. Vence á los normandos. Muere en... 1137

52. Conrado de Suevia, III de este nombre, emperador de Alemania y rey de Italia. Principio de los bandos guelfo y gibelino. Segunda cruzada. Conrado III muere en.............................. 1152

53. Federico I Barba-roja, su sobrino: sus ambiciosos proyectos en Italia. Cisma promovido por él. Ruina de

Años.

Tortorna y Milan. Batalla del Tesin. Paz de Venecia. Tercera Cruzada: Federico muere en el Asia menor en...... 1190

54. Enrique VI, su hijo, emperador de Alemania, rey de Italia y de Sicilia. Estincion de la dinastía normanda. Enrique muere en.. 1197

55. Oton IV de Brunswik, disputa el imperio de Alemania á Felipe de Suevia, hermano de Enrique VI, y por muerte de Felipe, es coronado emperador de Alemania y rey de Italia. Es vencido por Felipe Augusto, rey de Francia, en la batalla de Bouvines, muere en. 1214

56. Federico II de Suevia, hijo de Enrique VI, emperador de Alemania, rey de Italia y de Sicilia. Sus desavenencias con la corte de Roma. Su espedicion á la Tierra santa donde adquiere á Jerusalen por un tratado con el Soldan de Egipto. Guerra contra la independencia de las ciudades de Lombardía y de la iglesia de Roma. Federico es vencido en la batalla de Perusa, y muere en.. 1254

57. Conrado IV, su hijo, último rey de Italia, y último emperador de la casa de Suevia. Sus disputas con la corte de Roma: muere en........................ 1254

Manfredo, su hermano natural, que se habia apoderado del reino de Sicilia

Años.

es vencido y muerto por Cárlos de Anjou, que habia recibido de Roma la investidura de este reino, en la batalla de Benevento en........................ 1266

Conradino, hijo de Conrado IV, pasa á Italia á reclamar los derechos de la casa de Suevia, cuyo único resto era, y es vencido y hecho prisionero por Cárlos de Anjou en la batalla del Lago Celano. Su vencedor le hace morir en un cadalso en.................................... 1268

DINASTÍA NORMANDA.

1. Guillermo Fierabras, caballero normando, milita con otros aventureros de su nacion, á favor de los griegos contra los sarracenos de Sicilia: pero defraudado de la parte de botin que le pertenecia, por el general griego Jorge Maniaces, pasa con los suyos á Pulla, se reune con los lombardos, quita aquella provincia á los griegos, y la reparte entre sus compañeros. Falleció en.. 1046
2. Drogon, su hermano: le sucede en el mando: muere asesinado por los suyos en.. 1051
3. Unfredo, su hermano, le venga y sucede: vence al papa Leon IX en la batalla de Civitella, y le hace pri-

Años.

sionero y le dá la libertad. Falleció en.. 1055

4. Roberto Guiscard, su hermano, recibe de la corte de Roma el título é investidura de Pulla y Calabria. Ayuda á su hermano Rugero á la conquista de Sicilia: se apodera de los principados de Salerno y Benevento: mueve guerra al imperio griego. Muere en.. 1085

5. Rugero, su hijo menor, le sucedió en el ducado de Pulla y Calabria: y Boemundo, su hijo mayor, no tuvo mas que el principado de Tarento, Rugero, tio de ambos, concluye la conquista de Sicilia, y recibe de Roma la investidura de conde de Sicilia Rugero, conde de Pulla, falleció en.. 1111

6 Guillermo, su hijo, duque de Pulla y de Calabria: murió sin sucesion en. 1127

7. Rugero, conde de Sicilia, hijo de Rugero el conquistador de esta isla, heredó á Pulla y Calabria, por muerte de su sobrino Guillermo, y tomó el título de rey de Sicilia. Falleció en.. 1154

8. Guillermo I el malo, su hijo, rey de Sicilia, justificó su nombre: falleció en.. 1166

9. Guillermo II el bueno, su hijo, pero

Años.

de muy opuestas costumbres: falleció en 1189

10. Tancredo, hijo natural de un hijo del rey Rugero: disputó la corona con Enrique VI, emperador de Alemania, marido de Constanza, hija legítima de Rugero. Falleció en............ 1193

11. Guillermo III, su hijo, último rey normando de Sicilia, le sucedió, siendo de menor edad y fue destronado, preso y privado de la vista por el emperador Enrique VI, en..................... 1195

Fin del tomo V de la historia de Francia: VIII de la moderna y XVI de la obra.

INDICE

DE LOS

CAPÍTULOS COMPRENDIDOS EN ESTE TOMO.



HISTORIA DE FRANCIA.

Capítulo XXIV.

Capítulo XXV.

ña. Rebelion y sumision del conde de Champaña. Mayor edad de Luis. Donacion de reliquias. Casamientos de los hermanos del rey. Neutralidad de Luis en las querellas de güelfos y gibelinos. Rebelion de Lusignan: sitio de Fontenay. Guerra con Inglaterra: batallas de Taillebourg y de Saintes. Sumision del conde de la Marcha: tregua con Inglaterra. Enfermedad de Luis. Concilio de Leon: conferencia de Cluny. Preparativos de la cruzada de san Luis. Marcha del ejército cruzado á Aguas muertas. Navegacion de san Luis á Oriente. Toma de Damieta. Batallas de Manuray y Zaca: cautiverio de san Luis. Tratado de san Luis con el soldan de Egipto. Victorias de san Luis en Palestina. Muerte de la reina Blanca. Vuelta de san Luis á Europa. Causa de Guillermo de Saint Amour. Establecimiento de las seguridades. Contestaciones con los reyes de Aragon é Inglaterra. Tratado de Luis con Jaime, rey de Aragon. Paz definitiva con Inglaterra. Alborotos de los flagelantes. Nueva invasion de los mogoles en Europa. Cárlos de Anjou, nombrado rey de Nápoles. Mediacion de san Luis entre Enrique III y los barones ingleses. San Luis, árbitro entre Enrique y sus barones.

CAPÍTULO ADICIONAL.

SECCION PRIMERA.

SECCION SEGUNDA.

SECCION TERCERA.

SECCION CUARTA.




278
16
195


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm